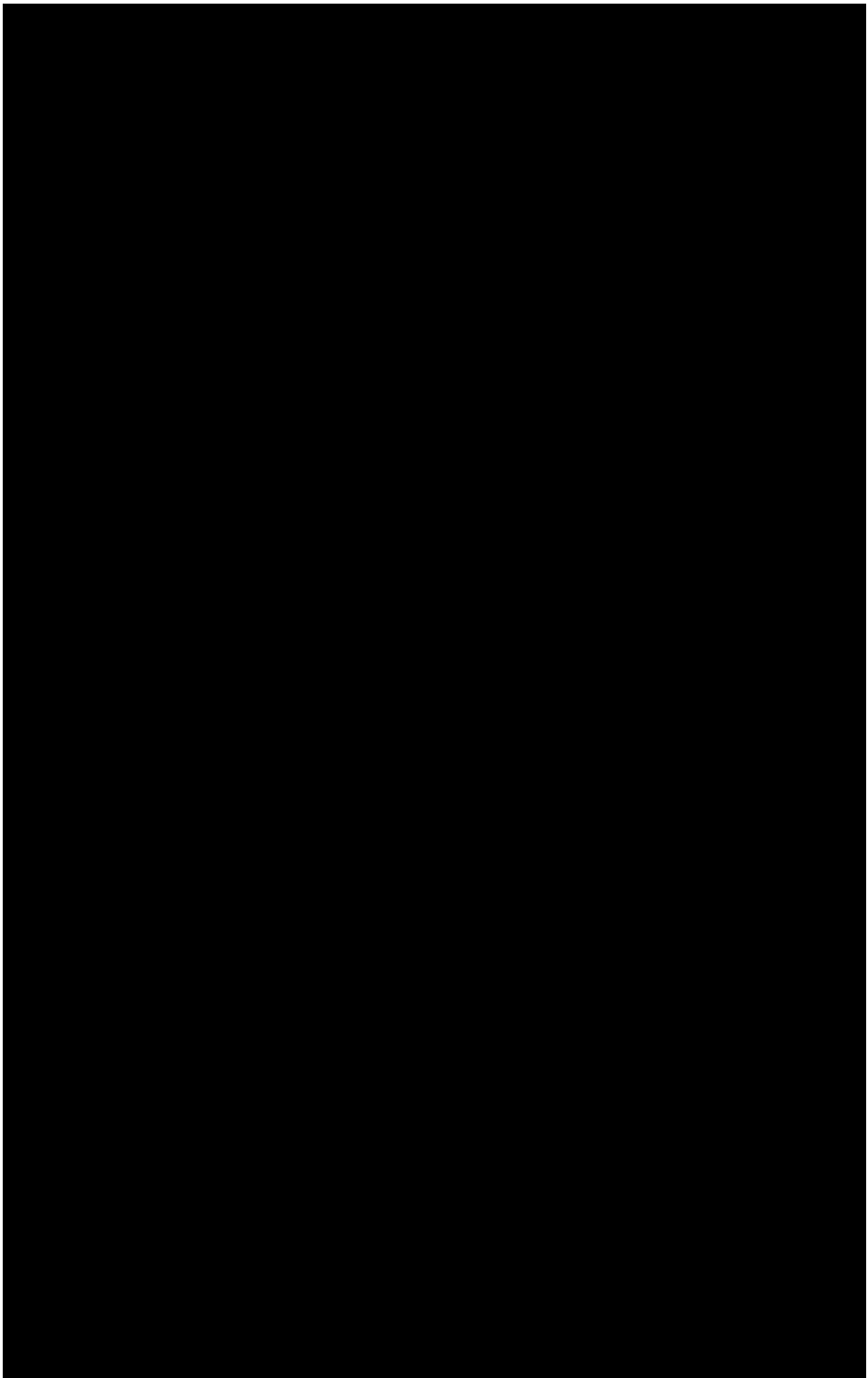


Clásicos

Edgar Allan Poe

Narraciones extraordinarias

Edición de
David Roas

Traducción de
Carlos Santos Sáez

Posfacio de
H. P. Lovecraft

arpa

NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

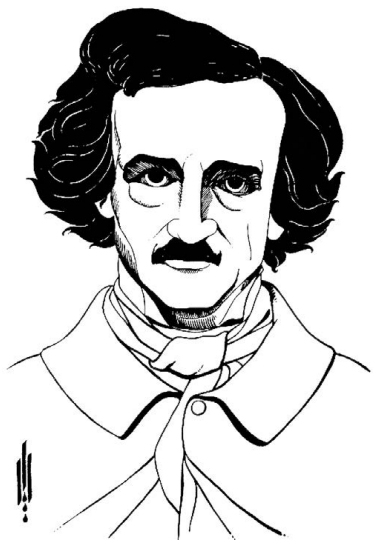
Edgar Allan Poe

NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

Prólogo y edición de David Roas

Traducción de Carlos Santos Sáez

Posfacio de H. P. Lovecraft



arpa

© de la traducción: Carlos Santos Sáez, 2022
© del prólogo: David Roas, 2025
© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 979-13-87833-11-4

Diseño de colección: Anna Juvé
Imagen de portada: Aubrey Beardsley, Retrato de Edgar Allan Poe (1894)
Maquetación: Nèlia Creixell
Producción del ePub: booqlab

Arpa
Manila, 65
08034 Barcelona
arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ÍNDICE

PRÓLOGO DE DAVID ROAS

1. Berenice
2. El gato negro
3. Los hechos en el caso del señor Valdemar
4. La caída de la Casa Usher
5. Hop-Frog o los ocho orangutanes encadenados
6. La máscara de la muerte roja
7. Ligeia
8. El hombre de la multitud
9. Manuscrito encontrado en una botella
10. El pozo y el péndulo
11. Un cuento de las Montañas Ragged
12. El corazón delator
13. William Wilson
14. El escarabajo de oro
15. Los asesinatos de la calle Morgue
16. La carta robada
17. Sin aliento
18. El sistema del doctor Alquitrán y el profesor Pluma
19. El fraude del globo
20. Algunas palabras con una momia
21. El hombre reducido. Un relato sobre la reciente campaña contra las tribus bugabú y kikapú
22. El cuervo

POSFACIO DE H. P. LOVECRAFT

PRÓLOGO

POE O LA PERVIVENCIA DE UN CLÁSICO

«These are the stories of Edgar Allan Poe Not exactly the boy next door.
He'll tell you tales of horror Then he'll play with your mind.
If you haven't heard him You must be deaf or blind».

LOU REED, *Edgar Allan Poe*

¿Qué decir a estas alturas de la obra de Edgar Allan Poe? Con él nace el relato breve moderno y también el género policiaco. Sin él no podría entenderse la historia y evolución de lo fantástico y el terror desde mediados del siglo XIX hasta nuestros días: sin su magisterio no tendríamos (o serían muy distintos) a Lovecraft, a Shirley Jackson, a Stephen King, a Cristina Fernández Cubas y a otros muchos autores/as en cuyas obras se percibe el influjo de Poe, sobre todo en la exploración de las raíces psicológicas de lo fantástico y lo terrorífico (aspecto al que enseguida me referiré) y la creación de atmósferas ominosas y malsanas en ámbitos aparentemente cotidianos.

A todo ello hay que añadir que Poe fue también un gran poeta (su huella entre los simbolistas franceses y los modernistas españoles y latinoamericanos es fundamental), sin olvidar su inigualable maestría para el humor y la sátira grotesca. Y aún hay más: su inteligente (y afilada) pluma para la crítica literaria y sus sagaces reflexiones sobre el arte narrativo y el cuento breve en particular.

Un escritor poliédrico, pero sobre todo un autor cuyas obras siguen interpelándonos. Porque Poe no envejece, como ocurre con los verdaderos clásicos, en el sentido en que lúcidamente lo expresó Italo Calvino: «Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que

tiene que decir». Porque el verdadero clásico siempre se reactualiza.

Poe no envejece porque seguimos asediados por los mismos miedos y obsesiones de los que él habla en sus textos, y porque, además, continuamos explorándolos y gozándolos en la ficción. Y porque también compartimos su manera grotesca de ver el mundo y el ser humano en toda su cotidiana absurdez, una visión agudizada en nuestro caso por el escepticismo propio del pensamiento posmoderno.

Como decía antes, Poe es el padre del cuento moderno: fue el primero en comprender la necesidad tanto estructural como psicológica de la brevedad de los relatos, lo que determina tanto la forma en que él los escribió como también sus reflexiones teóricas sobre dicho género. Así, en la célebre reseña que dedicó a la obra de Nathaniel Hawthorne en 1842, Poe señala que la verdadera originalidad literaria se mide por la impresión que la obra crea en el lector, más que por la elaboración de una trama novedosa o de las ideas expresadas. Pero Poe no se refiere a una sorpresa final (como algunas malas lecturas insisten en señalar), sino al hecho de conseguir que todos los elementos dispuestos a lo largo del relato converjan en el final, tomen sentido ahí y, con ello, provoquen ese efecto único sobre el receptor.

Si nos asomamos a sus relatos fantásticos y terroríficos, a los que hay que añadir su única novela, *La narración de Arthur Gordon Pym*, la gran aportación de Poe fue intensificar la cotidianidad y el realismo que ya se apuntaba en los cuentos del escritor alemán E. T. A. Hoffmann (uno de sus maestros) y, sobre todo, potenciar la dimensión psicológica de lo fantástico y el terror mediante el análisis minucioso de la angustia, el horror y otros estados morbosos de la conciencia. El propio Poe lo expresaba así en el prólogo a su libro *Tales of the Grotesque and Arabesque* (1840): «un horror en cuyas genuinas raíces he escarbado, y llevado hasta sus últimas consecuencias».

Y esto es así porque, como ya advirtiera H. P. Lovecraft, «Poe estudia la mente humana más que los usos de la ficción gótica, trabaja con unos conocimientos analíticos de las verdaderas fuentes del terror que duplican la fuerza de sus relatos y los libran de todos los absurdos inherentes al estremecimiento convencional y estereotipado» (*El horror sobrenatural en la literatura*).

Ello explica que Poe nos ofrezca siempre en sus relatos el estudio

de una mente humana en curso de desintegración, un motivo que queda perfectamente ejemplificado en el proceso de enloquecimiento y crisis final de Roderick Usher, el protagonista de una de sus obras maestras, «La caída de la casa Usher». El componente psicológico se convierte, así, en el eje central de la mayoría de sus relatos, como puede verse en el uso del motivo del doble en «William Wilson», en la fobia a la soledad en «El hombre de la multitud» (un cuento que se adelanta a lo que Kafka explorará en muchas de sus obras), en la obsesión por el mal y el asesinato en «El gato negro» o en «El corazón delator».

Para intensificar ese realismo y, por tanto, la inquietante impresión que sus cuentos provocan, Poe recurrió a la ayuda de la ciencia y los avances de la psiquiatría. Con ello trata de hacer creer al lector en lo que por definición es imposible. Aunque, evidentemente, ese racionalismo de Poe tiene truco. A pesar de que en varios de sus cuentos fantásticos se apunten posibles explicaciones basadas en nuevas prácticas científicas o en trastornos mentales, lo sobrenatural siempre acaba dominando la historia, tal y como puede verse, por ejemplo, en «Los hechos en el caso del señor Valdemar», donde se narra un macabro experimento de hipnosis en el que el tal Valdemar una vez muerto sigue comunicándose desde el más allá con su hipnotizador. La supuesta explicación científica del fenómeno choca aquí con un elemento claramente inexplicable que sumerge al relato en lo fantástico puro, más allá de cualquier posible racionalización de lo narrado. Pero Poe construyó el cuento con tal habilidad que muchos lectores de la época creyeron que era la transcripción de un experimento científico auténtico.

Si bien Poe acudió a la ciencia como recurso (falsamente) verosimilizador de sus historias, también publicó diversos relatos humorísticos en los que —a través del juego con lo fantástico y lo insólito— muestra una visión descreída y caricaturesca de la ciencia (y del científico). Pero no porque Poe desconfiara de esta. Todo lo contrario: lo hace para satirizar la «credulidad» que la ciencia (y sobre todo la pseudociencia: magnetismo, hipnosis, espiritismo) provocó en muchos de sus contemporáneos. Entre los diversos relatos de Poe que juegan con estos asuntos, destacan dos de los recogidos en esta antología: «El fraude del globo», que refiere un estrambótico

viaje en globo cruzando el océano Atlántico ¡en tres días! mediante la aplicación del «principio de la rosca o hélice de Arquímedes a los efectos de la propulsión en el aire», y «Algunas palabras con una momia», donde lo sobrenatural y el humor se combinan para narrar la historia de una momia egipcia (llamada «Allamistakeo», es decir, «*All is a mistake*», «todo es un error, un engaño») que es devuelta a la vida en el siglo XIX mediante el galvanismo; un relato de clara intención paródica no exenta de crítica política, pues tras escuchar a la momia hablar de su época —lo que da pie a diversas bromas respecto a los desastres de la vida del presente—, el protagonista decide finalmente pedir que lo embalsamen, pues quiere conocer el futuro.

Este juego con la sátira y la parodia nos lleva a otra de las vías más transitadas por Poe (a veces un tanto olvidada por los críticos), en la que confluyen lo fantástico, el terror y el humor: el cuento grotesco.

Poe emplea lo grotesco en varios de sus relatos, aunque con objetivos diversos: por un lado, lo utiliza para intensificar esa voluntad paródica y satírica antes comentada (contra la política, la cultura y la sociedad), como ocurre en «El sistema del doctor Alquitrán y el profesor Pluma»; y, por otro, están aquellos relatos en los que se manifiesta la encarnación más distorsionada y absurda de la hipérbole grotesca, como puede verse en «Sin aliento» y en «El hombre reducido», textos que se convierten en una prefiguración de las narraciones de Kafka.

Y llegamos al Poe creador del género policiaco. En su relato «Los asesinatos de la calle Morgue» vamos a encontrar los elementos que serán constitutivos —y repetidos hasta la saciedad— por la ficción policial: el misterio que resolver, el detective y el método de investigación, basado en la observación y la deducción. Sin su genial y extravagante Auguste Dupin no existirían Sherlock Holmes, Hercule Poirot o el Dr. House. Dupin fue el modelo para todos los detectives posteriores: un personaje frío y cerebral con una impresionante capacidad de raciocinio, culto y solitario, de hábitos un tanto singulares y, lo que es esencial, cuyas actividades están lejos de cualquier intención moral: es un artista que solo busca disfrutar con su arte, en este caso, la resolución de enigmas. Así, por ejemplo, en

«Los crímenes de la calle Morgue», mientras investiga dos brutales asesinatos, es capaz de afirmar con toda tranquilidad: «la encuesta nos servirá de entretenimiento». Una frase muy holmesiana.

En esos cuentos policiacos —que el propio Poe calificó «de raciocinio»— encontraremos, además, algunas de las situaciones que la narrativa policiaca posterior convertirá en tópicos: el inocente acusado de forma injusta, el crimen cometido en un recinto cerrado, el misterio aparentemente irresoluble, etc.

EL LEGADO DE POE

La huella de la obra de Edgar Allan Poe desborda la literatura e inunda toda la cultura popular. Son múltiples las adaptaciones cinematográficas de sus cuentos ya desde los primeros años del cine mudo. Así, en 1909 se estrenan, entre otras, *Le puits et le pendule*, de Henri Desfontaines, *The Tell-Tale Heart* (1928), de Charles Klein, o la inquietante *La Chute de la maison Usher* (1928), dirigida por Jean Epstein y en cuyo guion colaboró Luis Buñuel. Los años del sonoro trajeron algunas destacadas adaptaciones como *Murders in the rue Morgue* (1932), de Robert Florey, interpretada por el gran Bela Lugosi, quien también aparece en *The Black Cat* (1941), o *El fantasma de la calle Morgue* (1953), que Roy del Ruth rodó en 3-D. En 1960 se estrenó la primera de las adaptaciones de Roger Corman, *House of Usher* (*La caída de la casa Usher*), a la que seguirán siete más en las que —fascinado por la obra de Poe— vuelve a inspirarse en los textos del escritor americano. Tras estas, siguieron estrenándose versiones para todos los gustos y con un variado respeto por el texto original. Entre las muchas adaptaciones rodadas en los últimos cuarenta años, destacaré solo algunas: *Histoires extraordinaires* (*Historias extraordinarias*, 1968), una coproducción franco-italiana que incluye tres historias: *Metzengerstein*, dirigida por Roger Vadim, *William Wilson*, por Louis Malle, y *Toby Dammit*, por Federico Fellini (sin duda la mejor de las tres); la revisión que hicieron dos maestros del cine de terror, Dario Argento y George A. Romero, en *Due occhi diabolici* (1990), que ofrece sus peculiares versiones de «El gato negro» y «La verdad sobre el caso del señor Valdemar», y la reciente película de Netflix *Los crímenes de la Academia* (2022, Scott

Cooper), en la que aparece Poe como personaje, magníficamente interpretado por Harry Meling (asusta su parecido físico con el escritor).

La televisión también ha prestado atención a la obra de Poe. Para no cansar al lector con más títulos y fechas, solo mencionaré las versiones que filmó otro gran maestro de lo fantástico y el terror, Narciso Ibáñez Serrador, en su espléndida serie *Historias para no dormir* (1965-1984), donde adaptó, a veces muy libremente, «El barril de amontillado», «La verdad sobre el caso del señor Valdemar», «El cuervo» y «Berenice». A ella hay que añadir una referencia reciente ineludible: la impresionante y libre adaptación de «La caída de la Casa Usher» que Mike Flanagan realizó en 2022 en la serie del mismo título para Netflix, en la que, junto al cuento mencionado, aparecen numerosos ecos de «Los crímenes de la calle Morgue», «El gato negro», «El corazón delator», «El cuervo» o «El pozo y el péndulo».

Sin olvidar, por supuesto, la inolvidable versión del poema «El cuervo» que, por boca de Lisa, aparece en *Los Simpson* («La casa del terror», ep. 3, temp. 2, 1990), con un inolvidable Bart como el siniestro cuervo que atormenta a Poe-Homer con su continuo «¡Nunca más!».

Un último apunte: Poe también ha dejado su impronta en el rock. Basta recordar el álbum *Tales of Mystery and Imagination* (1976), de Alan Parsons Project, «Murders In The Rue Morgue» (1981), de Iron Maiden, «Just Like Heaven» (1987), de The Cure, inspirada en el poema «Annabel lee», que ese mismo año fue también versionado por Radio Futura en su canción homónima. Diez años después se editó el disco *Closed on Account of Rabies*, en el que cantantes como Iggy Pop, Jeff Buckley, Marianne Faithfull o Debbie Harry leían poemas de Poe. A todas estas referencias hay que añadir el disco de Lou Reed *The Raven* (2003), quizás el mejor homenaje musical a la obra de Poe.

Por suerte para nosotros, la sombra de Poe continúa siendo muy alargada. Celebrémoslo.

ESTA EDICIÓN

De los 69 cuentos que escribió Poe he seleccionado 21 para esta antología, junto a su poema más celebrado, «El cuervo». Dicha selección viene motivada por lo expuesto en las páginas precedentes acerca de las diversas vías literarias que exploró el escritor estadounidense: lo fantástico, el terror, lo policiaco y el humor. Asimismo, he tratado de combinar los títulos ineludibles con otros no tan conocidos por el público en general, para mostrar, insisto, las muchas caras de Edgar Allan Poe.

Así, como representantes de su producción fantástica y terrorífica, la más amplia y, sobre todo, conocida, he incluido: «Manuscrito encontrado en una botella» (1833), «Berenice» (1835), «Ligeia» (1838), «La caída de la casa Usher» (1839), «William Wilson» (1839), «El hombre de la multitud» (1840), «El pozo y el péndulo» (1842), «La máscara de la muerte roja» (1842), «El gato negro» (1843), «El corazón delator» (1843), «Un cuento de las Montañas Ragged» (1844), «Los hechos en el caso del señor Valdemar« (1845) y «Hop-Frog» (1849).

Entre los policiacos, he escogido los que quizás ofrecen las mejores muestras de las habilidades deductivas de Monsieur Dupin: «Los asesinatos de la calle Morgue» (1841), «El escarabajo de oro» (1843) y «La carta robada» (1844).

Por último, entre la también amplísima producción humorística he optado por cinco cuentos, cada uno de los cuales ofrece un excelente ejemplo de las formas en que Poe se internó por lo grotesco y lo satírico: «Sin aliento» (1832), «El hombre reducido» (1839), «El fraude del globo» (1844), «El sistema del doctor Alquitrán y el profesor Pluma» (1845) y «Algunas palabras con una momia» (1845).

Como cierre de la antología no podía faltar la muestra más celebrada de su obra poética: «El cuervo», un texto inmortal.

DAVID ROAS

1

BERENICE

(1835)

«Mis amigos me dijeron que hallaría consuelo a mi sufrimiento visitando el sepulcro de la amada».

EBN ZAIAT

La desgracia tiene variaciones. El infortunio se propaga sobre la tierra de todas las formas posibles. Se extralimita sobre el amplio horizonte como el arcoíris, con sus tonalidades tan múltiples, tan diferentes y tan íntimamente mezcladas. ¡Extralimitado sobre el amplio horizonte como el arcoíris! ¿Cómo es que de la belleza llegué a una especie de antibelleza, y del compromiso y la paz a un símil de la tristeza? Así, como en la ética, el mal es una consecuencia del bien, así, de la alegría nace la pena. O la memoria de la felicidad pasada es la angustia de hoy, o las agonías que son se originan en los éxtasis que pudieron haber sido.

Mi nombre de pila es Egaeus; no mencionaré mi apellido familiar. Sin embargo, no hay en mi país torres más honorables que mi melancólica y gris propiedad heredada. Nuestra dinastía ha sido llamada raza de visionarios por muchos detalles asombrosos, el carácter de la residencia familiar, los frescos del salón principal, los tapices de los dormitorios, los relieves de algunos pilares de la sala de armas, pero especialmente la galería de cuadros antiguos, el estilo de la biblioteca y, por último, la muy peculiar naturaleza del contenido de sus libros.

Los recuerdos de mis primeros años se relacionan con este recinto y con sus volúmenes, de los cuales no volveré a hablar. Allí murió mi madre. Allí nací yo. Pero es simplemente ocioso decir que no había vivido antes, que el alma no tiene una existencia previa. ¿Lo negáis? No discutiremos el punto. Yo estoy convencido, pero no trato de convencer.

Hay, sin embargo, un recuerdo de formas aéreas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales, aunque tristes, un recuerdo que no será excluido, una memoria como una sombra, vaga, variable, indefinida, insegura, y como una sombra también en la imposibilidad de librarme de ella mientras brille el sol de mi razón.

En ese recinto nací. Al despertar de improviso de la larga noche de eso que parecía, sin serlo, la no-existencia, a regiones de hadas, a un palacio de imaginación, a los extraños dominios del pensamiento y la erudición monásticos, no es raro que mirara a mi alrededor con ojos asombrados y ardientes, que malgastara mi infancia entre libros y disipara mi juventud en ensoñaciones, pero sí es raro que transcurrieran los años y el cenit de la virilidad me encontrara todavía en la mansión de mis padres; sí, es asombrosa la paralización que subyugó las fuentes de mi vida, asombroso el cambio total que se produjo en mis pensamientos más comunes. Las realidades terrenales me afectaban como visiones, y solo como visiones, mientras las extrañas ideas del mundo de los sueños se tornaron, en cambio, no en pasto de mi existencia cotidiana, sino realmente en mi sola y entera existencia.

Berenice y yo éramos primos y crecimos juntos en la propiedad paterna. Pero crecimos de distinta manera: yo, enfermizo, encerrado en la pena; ella, ágil, graciosa, desbordante de fuerza; eran suyos los paseos por la colina, eran míos los estudios del claustro; yo viviendo encerrado en mí mismo y entregado en cuerpo y alma a la intensa y ardua meditación, ella vagando despreocupadamente por la vida, sin pensar en las sombras del camino o en la huida silenciosa de las horas de alas negras. ¡Berenice! Invoco su nombre... ¡Berenice! Y de las grises ruinas de la memoria mil tumultuosos recuerdos se conmueven con este sonido. ¡Ah, ahora su imagen vívida llega ante mí, como en los primeros días de su alegría y de su dicha! ¡Ah, ostentosa y, sin embargo, fantástica belleza! ¡Oh, sílfide entre los arbustos de Arnheim! ¡Oh, náyade entre sus fuentes! Y entonces, entonces todo es misterio y terror, y una historia que no debe ser relatada. La enfermedad —una enfermedad fatal— cayó sobre ella como un huracán, y mientras yo la veía, el espíritu de la transformación la devastó, entrando en su mente, en sus hábitos y en su carácter, y de la manera más sutil y terrible llegó a perturbar su identidad. ¡Ay! El

destructor iba y venía, y la víctima, ¿dónde estaba? Yo no la conocía o, por lo menos, ya no la reconocía como Berenice.

Entre las numerosas enfermedades provocadas por la primera y fatal, que revolucionó tan horriblemente la moral y el cuerpo de mi prima, debe mencionarse como la más preocupante y pertinaz una especie de epilepsia que terminaba a veces en catalepsia, estado muy semejante a la desintegración y de la cual su manera de recuperarse era, en muchos casos, brusca y repentina. Entretanto, mi propia enfermedad —pues me han dicho que no debo darle otro nombre—, mi propia enfermedad, digo, crecía rápidamente, asumiendo, por último, un carácter monomaniaco de una especie nueva y extraordinaria, que ganaba cada vez más fuerza y, al fin, obtuvo sobre mí una incomprensible influencia. Esta monomanía, si así debo llamarla, consistía en una irritabilidad morbosa de esas propiedades de la mente que la ciencia psicológica designa con la palabra atención. Es probable que no se me comprenda, pero tengo miedo de que no haya modo posible de dar a la inteligencia del lector corriente, una idea adecuada de esa nerviosa energía de la fascinación con que, en mi caso, la facultad de meditar (por no emplear términos técnicos) actuaba y se sumía en la contemplación de objetos del universo, aun de los más comunes.

Reflexionar incansablemente durante largas horas, con la atención clavada en alguna nota trivial, al margen de un libro o en su tipografía; pasar la mayor parte de un día de verano absorto en una sombra rara que caía oblicuamente sobre el tapiz o sobre la puerta; perderme durante toda una noche en la observación de la llama tranquila de una lámpara o las chispas del fuego; soñar días enteros con el perfume de una flor; repetir monótonamente alguna palabra común hasta que el sonido, por obra de la frecuente repetición, dejaba de suscitar idea alguna en la mente; perder todo sentido de movimiento o de existencia física gracias a una absoluta y obstinada quietud, largo tiempo prolongada; tales eran algunas de las extravagancias más comunes y menos dañinas provocadas por un estado de las facultades mentales, no único, por cierto, pero sí capaz de desafiar todo análisis o explicación.

Pero no se me malinterprete. La atención indebida, intensa y mórbida así excitada por objetos triviales en su propia naturaleza, no

debe confundirse con la tendencia a la meditación, común a todos los hombres, y que se da especialmente en las personas de imaginación ardiente. Ni siquiera era, como podía suponerse al principio, una condición extrema o una exageración de esa propensión, sino primaria y esencialmente distinta, diferente. En un caso, el soñador o entusiasta interesado en un objeto generalmente no es frívolo, lo pierde de vista poco a poco en una multitud de deducciones y sugerencias que de él proceden, hasta que, al final de un ensueño colmado a menudo de voluptuosidad, el *incitamentum* o primera causa de sus meditaciones desaparece en un completo olvido. En mi caso, el objeto primario era invariablemente trivial, aunque asumiera, a través del intermedio de mi visión perturbada, una importancia refleja, irreal. Pocas deducciones, si es que aparecía alguna, surgían, y esas pocas retornaban tercamente al objeto original como a su centro. Las meditaciones nunca eran placenteras, y al cabo del ensueño, la primera causa, lejos de estar fuera de vista, había alcanzado ese interés sobrenaturalmente exagerado que constituía el rasgo dominante del mal. En una palabra, las capacidades de la mente más ejercidas en mi caso eran, como lo he dicho antes, las de la atención, mientras que en el soñador son las de la especulación.

Mis libros, en esa época, si en realidad no servían para irritar el trastorno, participaban ampliamente, como se comprenderá, por su naturaleza imaginativa e inconexa, de las características peculiares del propio trastorno. Puedo recordar, entre otros, el tratado del noble italiano Coelius Secundus Curio *De Amplitudine Beati Regni Dei*, la gran obra de San Agustín *La ciudad de Dios*, y la de Tertuliano, *De Carne Christi*, cuya paradójica sentencia: *Mortuus est Dei filius; credibili est quia ineptum est; et sepultus resurrexit; certum est quia impossibili est* (Ha muerto el hijo de Dios; es verosímil porque es absurdo; y una vez sepultado resucitó; es cierto porque es imposible) ocupó todo mi tiempo durante muchas semanas de investigación esforzada e inútil.

Se verá, pues, que mi razón, arrancada de su equilibrio solo por cosas triviales, se parecía a ese peñasco marino del cual habla Ptolomeo Hefestión, que resistía firme los ataques de la violencia humana y la feroz furia de las aguas y los vientos, pero temblaba al contacto de la flor llamada asfódelo. Y aunque para un observador

descuidado pueda parecer indudable que el cambio causado en el espíritu de Berenice por su desventurada enfermedad me brindaría muchos objetos para el ejercicio de esa intensa y anormal meditación, cuya naturaleza me ha costado cierto trabajo explicar, no era este el caso. En los intervalos lúcidos de mi mal, su calamidad me daba pena y, muy conmovido por la ruina total de su vida hermosa y dulce, no dejaba de meditar con frecuencia, amargamente, en los prodigiosos medios por los cuales había llegado a producirse una revolución tan repentina y rara. Pero estas reflexiones no pertenecían a la índole de mi enfermedad, y eran parecidas a las que, en similares circunstancias, podían presentarse en el común de los hombres. Fiel a su propio carácter, mi trastorno se gozaba en los cambios menos importantes, pero más llamativos, operados en la constitución física de Berenice, en la singular y espantosa distorsión de su identidad personal.

En los días más brillantes de su inigualable belleza, seguramente no la amé. En la extraña anomalía de mi existencia, mis sentimientos nunca venían del corazón, y las pasiones siempre venían de la mente. A través del alba gris, en las sombras entrelazadas del bosque al mediodía y en el silencio de mi biblioteca por la noche, su imagen había flotado ante mis ojos y yo la había visto, no como una Berenice viva, palpitante, sino como la Berenice de un sueño, no como una habitante de la tierra sino como su abstracción, no para admirar sino para analizar, no como un objeto de amor sino como el tema de una especulación tan esotérica como inconexa. Y ahora, ahora temblaba en su presencia y palidecía cuando se acercaba; sin embargo, lamentando amargamente su decadencia y su ruina, recordé que me había amado largo tiempo, y en un mal momento, le pedí matrimonio.

Se acercaba la fecha de nuestra boda cuando, una tarde de invierno —en uno de esos días inesperadamente cálidos, serenos y brumosos que son la nodriza de la hermosa Alción—, me senté, creyéndome solo, en el gabinete interior de la biblioteca. Pero levantando los ojos vi, ante mí, a Berenice.

¿Fue mi imaginación estimulada, la influencia de la atmósfera nebulosa, la luz precaria, crepuscular del cuarto o los vestidos grises que envolvían su figura los que le dieron un contorno tan vacilante e indefinido? No sabría decirlo. No dijo una palabra y yo por nada del

mundo hubiera sido capaz de pronunciar una sílaba. Un escalofrío helado recorrió mi cuerpo, me oprimió una sensación de intolerable ansiedad, una curiosidad devoradora invadió mi alma y, reclinándome en el asiento, me quedé un instante sin respirar, inmóvil, con los ojos clavados en ella. ¡Ay! Su delgadez era excesiva, ni un vestigio del ser primitivo asomaba en una sola línea de su cuerpo. Mi apasionada mirada recayó, por fin, en su cara.

La frente era alta, muy pálida, especialmente tranquila, y el que en un tiempo fuera cabello de azabache caía parcialmente sobre ella sombreando las sienes hundidas con numerosos rizos, ahora de un rubio reluciente, que por su matiz fantástico, discordaban por completo con la melancolía dominante de su semblante. Sus ojos no tenían vida ni brillo y parecían sin pupilas, esquivé involuntariamente su mirada vidriosa para ver los labios, finos y contraídos. Se entreabrieron y, en una sonrisa de expresión peculiar, los dientes de la cambiada Berenice se revelaron lentamente a mis ojos. ¡Ojalá nunca los hubiera visto o, después de verlos, hubiese muerto!

El golpe de una puerta al cerrarse me distrajo y, alzando la vista, vi que mi prima había salido del cuarto. Pero del desorden de mi mente, ¡ay!, no había salido ni se apartaría el blanco y horrible espectro de los dientes. Ni un punto en su superficie, ni una sombra en el esmalte, ni una melladura en el borde hubo en esa pasajera sonrisa que no se grabara a fuego en mi memoria. Los vi con más claridad que antes. ¡Los dientes! ¡Los dientes! Estaban aquí y allí y en todas partes, visibles y palpables, ante mí; largos, estrechos, blanquísimos, con los labios pálidos contrayéndose a su alrededor, como en el momento mismo en que habían empezado a distenderse. Entonces sobrevino toda la furia de mi monomanía y luché en vano contra su extraña e irresistible influencia. Entre los múltiples objetos del mundo exterior no tenía pensamientos sino para los dientes. Los ansiaba con un deseo frenético. Todos los otros asuntos y todos los diferentes intereses se absorbieron en una sola contemplación. Ellos, ellos eran los únicos presentes en mi mirada mental y, en su insustituible individualidad, llegaron a ser la esencia de mi vida intelectual.

Los observé a todas las luces. Les hice adoptar todas las actitudes. Examiné sus características. Estudié sus peculiaridades. Medité sobre su conformación. Reflexioné sobre el cambio de su naturaleza. Me

estremecía al asignarles en imaginación un poder sensible y consciente, y aun, sin la ayuda de los labios, una capacidad de expresión moral. Se ha dicho bien de mademoiselle Sallé que *tous ses pas étaient des sentiments* (todos sus pasos fueron sentimientos), y de Berenice yo creía con la mayor seriedad que *toutes ses dents étaient des idées. Des idées!* (todos sus dientes eran ideas) ¡Ah, este fue el loco pensamiento que me destruyó! *Des idées!* (¡Las ideas!). ¡Ah, por eso era que los deseaba tan locamente! Sentí que solo su posesión podía devolverme la paz, restableciéndome la razón.

La tarde cayó sobre mí, vino la oscuridad, duró la noche y se fue, y amaneció el nuevo día, y las brumas de una segunda noche se acumularon y yo seguía inmóvil, sentado en aquel cuarto solitario; y seguí hundido en la meditación, y el fantasma de los dientes mantenía su terrible autoridad como si, con la claridad más viva y aterradora, flotara entre las cambiantes luces y sombras del recinto. Al fin, irrumpió en mis sueños un grito como de horror y desconsuelo, y luego, tras una pausa, el sonido de voces trastornadas, mezcladas con lamentos sordos de dolor y pena. Me levanté del asiento y, abriendo de par en par una de las puertas de la biblioteca, vi en la antecámara a una criada deshecha en lágrimas, quien me dijo que Berenice ya no existía. Había tenido un acceso de epilepsia por la mañana temprano, y ahora, al caer la noche, su tumba estaba dispuesta para que la ocupe y ya estaban terminados los preparativos del entierro.

Me encontré otra vez solo, sentado en la biblioteca. Me parecía que acababa de despertar de un sueño confuso y emocionante. Sabía que era medianoche y que desde la puesta del sol Berenice estaba enterrada. Pero del melancólico periodo intermedio no tenía conocimiento real o, por lo menos, definido. Sin embargo, su recuerdo estaba repleto de horror, horror más horrible por lo vago, terror más terrible por su ambigüedad. Era una página atroz en la historia de mi existencia, escrita toda con recuerdos oscuros, espantosos, confusos. Luché para descifrarlos, pero fue en vano, mientras una y otra vez, como el espíritu de un sonido ausente, un agudo y penetrante grito de mujer parecía sonar en mis oídos. Yo había hecho algo. ¿Qué era? Me lo pregunté a mí mismo en voz alta, y los susurrantes ecos del aposento me respondieron: ¿Qué era?

En la mesa, a mi lado, ardía una lámpara y había junto a ella una

cajita. No tenía nada de notable y la había visto a menudo, pues era propiedad del médico de la familia. Pero, ¿cómo había llegado allí, a mi mesa, y por qué me estremecí al mirarla? Eran cosas que no merecían ser tenidas en cuenta, y mis ojos cayeron, al fin, en las abiertas páginas de un libro y en una frase subrayaba: «Decíanme los amigos que encontraría algún alivio a mi dolor visitando la tumba de la amada». ¿Por qué, pues, al leerlas se me erizaron los cabellos y la sangre se congeló en mis venas?

Entonces sonó un ligero golpe en la puerta de la biblioteca; pálido como un habitante de la tumba, entró un criado de puntillas. Había en sus ojos un violento terror y me habló con voz trémula, ronca, ahogada. ¿Qué dijo? Oí algunas frases entrecortadas. Hablaba de un salvaje grito que había turbado el silencio de la noche, de la servidumbre reunida para buscar el origen del sonido, y su voz cobró un tono espeluznante, nítido, cuando me habló, susurrando, de una tumba violada, de un cadáver desfigurado, sin mortaja y que aún respiraba, aún palpitaba, aún vivía.

Señaló mi ropa: estaba embarrada y ensangrentada. No dije nada; me tomó suavemente la mano: tenía manchas de uñas humanas. Dirigió mi atención a un objeto que había contra la pared; lo observé durante unos minutos: era una pala. Con un grito salté hasta la mesa y me apoderé de la caja. Pero no pude abrirla, y en mi temblor se deslizó de mi mano, cayó pesadamente y se hizo añicos, y de entre ellos, entrechocándose, rodaron algunos instrumentos de cirugía dental, mezclados con treinta y dos objetos de marfil, pequeños, blancos, que se desparramaron por el suelo.

2

EL GATO NEGRO

(The Black Cat, 1843)

No pretendo que crean mi historia, que suena rara aunque parezca simple. Estaría loco si lo esperara, cuando mis propios sentidos rechazan su evidencia. Pero no estoy loco y sé muy bien que no es un sueño. Mañana voy a morir y hoy quisiera aliviar mi alma. Mi propósito inmediato es poner de manifiesto sucintamente y sin comentarios, una serie de hechos caseros. Las consecuencias de esos hechos me han aterrado, me han torturado y, por fin, me han destruido. Pero no intentaré explicarlos. Si para mí han sido tétricos, para otros resultarán menos pavorosos que barrocos. Más adelante, tal vez, aparecerá alguien cuya inteligencia reduzca mis fantasmas a lugares comunes; una inteligencia serena, más lógica y menos excitable que la mía, capaz de ver en las circunstancias que describiré, una vulgar sucesión de causas y efectos naturales.

Desde la infancia sobresalí por mi docilidad y mi bondad. Mi inocencia era tan grande que me convertía en objeto de burla de mis compañeros. Me gustaban los animales y mis padres me permitían tener una gran variedad. Pasaba a su lado la mayor parte del tiempo, y jamás me sentía más feliz que cuando les daba de comer y los acariciaba. Este rasgo de mi carácter creció conmigo y, cuando llegué a la madurez, se convirtió en una de mis principales fuentes de placer. Aquellos que alguna vez han experimentado cariño hacia un perro fiel no necesitan que les explique la intensidad de la retribución que recibía. Hay algo en el generoso amor de un animal que llega directo al corazón de aquel que ha probado la falsa amistad y la lealtad frágil del hombre.

Me casé joven y tuve la alegría de que mi esposa compartiera mis gustos. Al observar mi cariño por los animales domésticos, no perdía oportunidad de procurarme los más maravillosos. Teníamos aves, peces, un perro, conejos, un mono y un gato. Este último era un animal de notable tamaño y belleza, completamente negro y de una

inteligencia asombrosa. Al referirse a su viveza, mi mujer, que en el fondo era no poco supersticiosa, aludía a la antigua creencia popular de que los gatos negros son brujas metamorfoseadas. No quiero decir que lo creyera seriamente, y solo lo menciono porque acabo de recordarlo.

Plutón —tal era el nombre del gato— se había convertido en mi favorito y mi amigo. Solo yo le daba de comer y él me seguía por toda la casa. Me costaba impedir que me persiguiera por la calle.

Nuestra amistad duró así varios años, en el curso de los cuales (me sonrojo al confesarlo) mi carácter se alteró radicalmente por culpa del demonio. Día a día, me fui volviendo más melancólico, irascible e indiferente hacia los sentimientos ajenos. Llegué, incluso, a gritarle a mi mujer y terminé por pegarle violentas palizas. Mis mascotas preferidas sintieron también el cambio de mi carácter. No solo las descuidaba, sino que llegué a hacerles daño. Hacia Plutón, sin embargo, conservé suficiente consideración como para no maltratarlo, cosa que hacía con los conejos, el mono y hasta el perro cuando, por casualidad o movidos por el afecto, se cruzaban en mi camino. Mi enfermedad se agravaba —pues ¿qué enfermedad es comparable al alcohol?—, y finalmente el mismo Plutón, que ya estaba viejo y, por tanto, algo enojadizo, empezó a sufrir las consecuencias de mi mal humor.

Una noche en que volvía a casa completamente borracho, después de una de mis correrías por la ciudad, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo alcé en brazos, pero, asustado por mi violencia, me mordió la mano. Se apoderó de mí una furia demoniaca y ya no supe lo que hacía. Fue como si la raíz de mi alma se separara de golpe de mi cuerpo; una maldad más que diabólica, alimentada por la ginebra, estremeció cada fibra de mi ser. Sacando del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí mientras sujetaba al pobre animal por el pescuezo y, deliberadamente, le hice saltar un ojo. Enrojezco, ardo, tiemblo mientras escribo tan condenable atrocidad.

A la mañana siguiente, cuando la razón volvió, cuando disipé los vapores de la orgía nocturna, sentí que el miedo se mezclaba con la culpa ante el crimen cometido, pero mi sentimiento era débil y ambiguo, no alcanzaba a interesar al alma. Una vez más, me hundí en los excesos y ahogué en vino los recuerdos de lo ocurrido.

El gato mejoraba de a poco. La órbita donde le faltaba el ojo presentaba un aspecto espantoso, pero el animal ya no parecía sufrir. Paseaba por la casa y huía aterrorizado cuando me veía. Todavía guardaba bastante de mi antiguo modo de ser, y no quería sentirme agraviado por la antipatía de un animal que alguna vez me había querido tanto. Pero ese sentimiento no tardó en ceder paso a la furia. Y entonces, para mi caída final e inevitable, se presentó el espíritu de la maldad. La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu y, sin embargo, estoy tan seguro de la existencia de mi alma como de que la maldad es uno de los impulsos básicos del corazón humano, una de las virtudes primarias, una de las emociones que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en momentos en que cometía una acción tonta o malvada por la simple razón de que no debía cometerla? ¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a transgredir lo que constituye la Ley por el solo hecho de serlo? Este espíritu de maldad se presentó, como he dicho, en mi caída final. Y el deseo que tenía mi alma de humillarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer mal por el mal mismo, me incitó a continuar y, finalmente, a consumar el suplicio que había infligido a la inocente bestia. Una mañana, actuando a sangre fría, le pasé una soga por el cogote y lo ahorqué en la rama de un árbol; lo ahorqué mientras lloraba, y el más amargo remordimiento me apretaba el corazón; lo ahorqué porque recordaba que me había amado y porque estaba seguro de que no me había dado motivo para matarlo; lo ahorqué porque sabía que, al hacerlo, cometía un pecado, un pecado mortal que comprometería mi alma hasta llevarla —si ello fuera posible— más allá del alcance de la infinita misericordia del Dios más misericordioso y más terrible.

La noche de aquel mismo día en que cometí tan cruel faena me despertaron gritos de: «¡Fuego!». Las cortinas de mi cama eran una llama viva y toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad pudimos escapar del incendio mi mujer, un sirviente y yo. Todo quedó destruido. Mis bienes terrenales se perdieron y desde ese momento tuve que resignarme al desaliento.

No estableceré una relación de causa y efecto entre el siniestro y mi crimen. Pero detallo una cadena de hechos y no quiero dejar

ningún eslabón perdido. Al día siguiente del incendio visité las ruinas. Salvo una, las paredes se habían desplomado. La que quedaba en pie era un tabique divisorio de poco espesor, situado en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba antes la cabecera de mi cama. El enyesado había quedado a salvo de la acción del fuego, cosa que atribuí a su reciente aplicación. Una multitud se había reunido frente a la pared y varias personas la examinaban con atención. Las palabras «¡raro!, ¡extraño!» y otras parecidas animaron mi curiosidad. Al aproximarme, vi que en la superficie, grabado como en bajorrelieve, aparecía el dibujo de un gigantesco gato. El contorno tenía una nitidez asombrosa. Había una soga alrededor del cogote del animal. Al descubrir esta aparición —ya que no podía considerarla otra cosa — me sentí horrorizado. Pero luego reflexioné y recordé que había ahorcado al gato en un jardín cercano a la casa. Al producirse la alarma del incendio, la multitud había invadido el jardín; alguien cortó la soga y tiró al gato en mi cuarto por la ventana. Sin duda, habían tratado de despertarme de esa forma. Probablemente, la caída de las paredes comprimió a la víctima de mi crueldad contra el yeso, el fuego y el amoniaco del cadáver produjeron la imagen que acababa de ver. De esta forma quedó satisfecha mi razón, pero no mi conciencia. El suceso impresionó profundamente mi imaginación. Durante muchos meses no pude librarme del fantasma del gato, y en todo ese tiempo dominó mi espíritu un sentimiento parecido al remordimiento. Llegué al punto de lamentar la pérdida del animal y buscar, en los viles antros que habitualmente frecuentaba, algún otro de la misma especie y apariencia que pudiera ocupar su lugar.

Una noche, estaba emborrachándome en una taberna infecta, cuando me sorprendió algo negro posado sobre uno de los barriles de ginebra del lugar. Durante algunos minutos había estado mirando ese barril y me sorprendió no haber advertido antes la presencia de una mancha negra. Me acerqué y la toqué. Era un gato negro muy grande, tan grande como Plutón y absolutamente igual a este, salvo un detalle. Plutón no tenía ni un pelo blanco en el cuerpo, mientras este gato mostraba una mancha blanca que le cubría casi todo el pecho. Al sentirse acariciado se enderezó ronroneando, se frotó contra mi mano y pareció encantado de mis atenciones. Acababa, pues, de encontrar al animal que precisamente andaba buscando. De inmediato, propuse

su compra al tabernero, pero me contestó que el animal no era suyo y que jamás lo había visto antes ni sabía nada de él. Continué acariciando al gato y, cuando me disponía a volver a casa, el animal pareció dispuesto a acompañarme. Le permití que lo hiciera, deteniéndome una y otra vez para inclinarme y acariciarlo. Cuando estuvo en casa, se acostumbró a ella de inmediato y se convirtió en el gran favorito de mi mujer. Por mi parte, pronto sentí nacer en mí una antipatía hacia aquel animal. Era exactamente lo contrario de lo que había anticipado, pero –sin que pueda decir cómo ni por qué– su marcado cariño por mí me disgustaba y me fatigaba. Gradualmente, el sentimiento de disgusto creció hasta alcanzar el odio. Evitaba toparme con el animal; un poco de vergüenza y el recuerdo de mi antigua crueldad me inhibían. No lo hice víctima de maltrato violento ni lo golpeé durante unas semanas, pero, de a poco, empecé a mirarlo con odio y a escapar en silencio de su abominable presencia, como si huyera del hedor de la peste.

Lo que, sin duda, contribuyó a aumentar mi antipatía fue descubrir, a la mañana siguiente de haberlo traído a casa, que aquel gato, igual que Plutón, estaba tuerto. Esta circunstancia fue precisamente la que lo hizo más grato a mi mujer, quien, como ya dije, poseía en alto grado esos sentimientos humanitarios que alguna vez habían sido mi rasgo distintivo y la fuente de mis placeres más simples y puros. El amor del gato por mí aumentaba como mi repulsión por él. Seguía mis pasos con una tenacidad que me costaría hacer entender al lector. Dondequiera que me sentara venía a ovillarse bajo mi silla o saltaba a mis rodillas, regalándome sus insoportables caricias. Si caminaba, se metía entre mis pies, amenazando con hacerme caer, o clavaba sus uñas afiladas en mi ropa, para poder trepar hasta mi pecho. En esos momentos, aunque deseaba matarlo de un golpe, me paralizaba el recuerdo de mi primer crimen, pero sobre todo —quiero confesarlo ahora mismo— el animal me daba mucho miedo. Un miedo que no era precisamente temor a ser lastimado y, sin embargo, me sería imposible definirlo de otro modo. Me avergüenza reconocer, sí, aún en esta celda de criminales, me siento avergonzado de reconocer que el pánico, el horror que ese animal me provocaba, se intensificaba por la más insensata de las quimeras. Más de una vez mi mujer me había llamado la atención sobre la forma de la mancha

blanca de la cual ya he hablado, y que constituía la única diferencia entre el extraño animal y el que yo había matado. El lector recordará que esta mancha, aunque grande, me había parecido al principio de forma indefinida, pero gradualmente, de manera tan imperceptible que mi razón luchó durante largo tiempo por rechazarla como fantástica, la mancha fue asumiendo un contorno de rigurosa precisión. Representaba ahora algo que me estremezco al nombrar, y por eso odiaba, temía y hubiera querido librarme del monstruo, si hubiese sido capaz de atreverme; representaba, digo, una imagen atroz y trágica ¡la imagen del patíbulo! ¡Oh, lúgubre máquina del crimen, la agonía y la muerte!

Me sentí miserable. ¡Pensar que una bestia, parecida a la que yo había eliminado, fuera capaz de angustiar a un hombre creado a imagen y semejanza de Dios! ¡Ay, ni de día ni de noche pude ya descansar! De día, aquella criatura jamás me dejaba solo; de noche, me despertaba de los sueños más espeluznantes, para hacerme sentir su aliento caliente en mi cara, y su peso —pesadilla de la que no podía desprenderme— apoyado sobre mi corazón.

Agobiado por los tormentos, murió en mí lo poco que me quedaba de bondad. Solo disfrutaba de los malos pensamientos, de los más perversos pensamientos. Mi depresión habitual creció hasta convertirse en odio a todo lo que me rodeaba, en odio a la humanidad entera. Mi pobre mujer, que de nada se quejaba, llegó a ser la habitual víctima de mis frecuentes arrebatos de ira.

Cierto día, para cumplir una tarea doméstica, me acompañó al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. El gato me siguió mientras bajaba la escalera empinada y estuvo a punto de tirarme cabeza abajo, lo cual me exasperó hasta la locura. Alzando un hacha y olvidando en mi rabia los miedos infantiles que hasta entonces habían detenido mi mano, descargué un golpe que hubiera matado instantáneamente al animal de haberlo alcanzado. Pero la mano de mi mujer detuvo su trayectoria. Entonces, llevado por una rabia más que demoniaca, me zafé de su brazo y le hundí un hachazo en la cabeza. Sin un solo quejido, cayó muerta a mis pies.

Habiendo cometido este espantoso crimen, con total sangre fría, oculté el cadáver. Sabía que era imposible sacarlo de casa, de día o de noche, sin correr el riesgo de que algún vecino me observara. Diversos

planes cruzaron mi mente: pensé en descuartizar el cuerpo y quemar los pedazos. Luego se me ocurrió cavar una tumba en el suelo del sótano. Pensé también si no convenía arrojar el cuerpo al pozo del patio o meterlo en un cajón, como si se tratara de una mercadería común, y llamar a un changador para que lo retirara de casa. Pero, al fin, di con lo que me pareció la mejor idea y decidí amurar el cadáver en el sótano, tal como cuentan que los monjes medievales amuraban a sus víctimas. El sótano se adaptaba bien a mis intenciones. Sus muros eran de material poco resistente y estaban recién revocados con una argamasa ordinaria, que la humedad no había dejado endurecer. Además, en una de las paredes se veía la punta de una falsa chimenea, la cual había sido rellenada y tratada de manera semejante al resto del sótano. Sin lugar a dudas, sería muy fácil sacar los ladrillos en esa parte, meter el cadáver y tapar el agujero para que nadie pudiese sospechar.

Pude sacar fácilmente los ladrillos con una barra y, luego de colocar el cuerpo contra la pared interna, lo mantuve en esa posición mientras aplicaba de nuevo la mampostería en su forma original. Con argamasa y arena, preparé un revoque que no se distinguía del anterior y enlucí cuidadosamente el nuevo enladrillado. Terminada la tarea, me sentí seguro. El muro no mostraba la menor señal de haber sido tocado. Había barrido hasta el menor fragmento de material. Miré alrededor, victorioso, y me dije: «Aquí, por lo menos, no he trabajado en vano».

Mi paso siguiente fue buscar al animal causante de la desgracia; estaba decidido a matarlo. Si en aquel momento el gato hubiera aparecido ante mí, su destino habría quedado sellado, pero, por lo visto, el astuto felino, alarmado por la violencia de mi primer acceso, se cuidaba de aparecer mientras no cambiara mi humor. Imposible describir o imaginar el profundo, el maravilloso alivio que la ausencia de la detestada criatura trajo a mi pecho. No se presentó aquella noche, y así, por primera vez desde su llegada a la casa, pude dormir tranquilamente; sí, pude dormir, aun con el peso de la culpa sobre mi alma.

Pasaron el segundo y el tercer día y mi atormentador no volvía. Una vez más, respiré como un hombre libre. ¡Aterrado, el monstruo había huido de la casa para siempre! ¡Ya no volvería a verlo! Gozaba

de una suprema felicidad, y la culpa por mi oscura conducta cada vez me preocupaba menos. Se practicaron algunas averiguaciones, a las que no me costó mucho responder. Incluso hubo una investigación en la casa, pero, naturalmente, no se descubrió nada. Mi tranquilidad futura parecía asegurada.

Al cuarto día del asesinato, un grupo de policías se presentó inesperadamente y procedió a una nueva y rigurosa inspección. Convencido de que mi escondite era impenetrable, no sentí ni el más leve temor. Los oficiales me pidieron que los acompañara en su examen. No dejaron hueco ni rincón sin revisar. Al final, por tercera o cuarta vez, bajaron al sótano. Los seguí sin que me temblara un solo músculo. Mi corazón latía sereno, como el de aquel que se sabe inocente. Paseé de un lado al otro del sótano. Había cruzado los brazos sobre el pecho y andaba tranquilo de aquí para allá. Los policías estaban satisfechos y se disponían a marcharse. La alegría de mi corazón era demasiado grande para reprimirla. Ardía en deseos de decirles, por lo menos, una palabra como prueba de triunfo y confirmar doblemente mi inocencia.

—Caballeros —dije, por fin, cuando el grupo subía la escalera—, me alegro mucho de haber disipado sus sospechas. Les deseo felicidad y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, caballeros, esta casa está muy bien construida… (En mi frenético deseo de decir alguna cosa con naturalidad, casi no me daba cuenta de mis palabras). Repito que es una casa de excelente construcción. Estas paredes… ¿ya se marchan ustedes, caballeros?… tienen una gran solidez.

Y entonces, arrastrado por mis propias fanfarronadas, golpeé fuertemente, con un bastón que llevaba en la mano, sobre el muro tras del cual se hallaba el cadáver de mi esposa. ¡Que Dios me libre de las garras del demonio! Apenas había cesado el eco de mis golpes cuando una voz respondió desde la tumba. Un quejido entrecortado, semejante al sollozo de un niño, que creció rápido hasta convertirse en un largo, agudo y continuo alarido, anormal, inhumano, un lamento de horror y triunfo, como solo puede brotar de la garganta de los condenados en su agonía y de los demonios satisfechos en la condenación. Hablar de lo que pensé en ese momento sería una locura. Mareado, fui tambaleándome hasta el muro opuesto. Por un momento, los policías que estaban en la escalera se paralizaron de

terror. Después, una docena de brazos musculosos embistieron contra el muro, hasta que cayó de una pieza. El cadáver, ya muy podrido y ennegrecido de sangre coagulada, apareció de pie ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la boca roja abierta y el único ojo como de fuego, estaba el gato agazapado, la horrible bestia que me había inducido al asesinato con su astucia y cuya voz delatadora me entregaba al verdugo. ¡Había enclaustrado al monstruo en la tumba!

3

LOS HECHOS EN EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

(The Facts in the Case of M. Valdemar, 1845)

No me sorprende que el extraño caso del señor Valdemar haya causado tanto debate. Hubiera sido un milagro que no sucedieran las discusiones, especialmente en ese contexto. Aunque todos los participantes queríamos mantener la cuestión alejada del público —al menos por el momento, o hasta que se nos brindara una nueva oportunidad de investigación—, a pesar de nuestro esfuerzo no tardó en divulgarse una versión tan espuria como exagerada, que fue la fuente de muchas desagradables tergiversaciones y, como es natural, de profunda desconfianza.

Ya ha llegado el momento que yo dé a conocer los hechos —en la medida en que me es posible entenderlos—. Aquí están, brevemente narrados.

Durante los últimos años, la práctica del hipnotismo había llamado mi atención. Hace unos nueve meses pensé que, en la serie de ensayos hechos hasta ahora, existía una omisión curiosa e inexplicable: nunca se había hipnotizado a alguien *in articulo mortis*. Primero, quedaba por verse si un paciente en esas condiciones podía recibir influencia magnética; segundo, en caso de que pudiera, si su estado aumentaría o disminuiría su posibilidad de permanecer hipnotizado, y tercero, hasta qué punto, o por cuánto tiempo, el proceso hipnótico sería capaz de detener la llegada de la muerte. Quedaban por aclarar otros puntos, pero estos eran los que más estimulaban mi curiosidad, sobre todo el último, dada la enorme importancia que podían tener sus consecuencias.

Repasé una lista de personas que yo conocía buscando a quien me permitiera verificar estos temas, y recordé a mi amigo Ernest Valdemar, renombrado antólogo de la Biblioteca Forensica y autor, bajo el seudónimo de Issachar Marx, de las versiones en idioma polaco de *Wallenstein y Gargantúa*. El señor Valdemar, que vivía desde 1839 en Harlem, Nueva York, es (o era) especialmente notable

por su extraordinaria flacura, sus extremidades inferiores se parecían mucho a las de John Randolph, y sus patillas blancas contrastaban violentamente con su cabellera negra, lo cual hacía suponer con frecuencia que usaba peluca. Su modo de ser tenso lo convertía en un sujeto ideal para prácticas hipnóticas. Dos o tres veces lo había dormido sin dificultad, pero me decepcionaba no lograr los resultados que su especial naturaleza me había hecho prever. Su voluntad nunca quedaba bajo mi entero dominio, y, por lo que respecta a la clarividencia, no se podía confiar en nada de lo que había conseguido con él. Culpaba yo de aquellas frustraciones a la mala salud de mi amigo. Unos meses antes de relacionarme con él, los médicos le habían diagnosticado tuberculosis. El señor Valdemar se refería con calma a su cercano final, como algo que no se puede evitar ni lamentar.

Cuando las ideas a que he aludido se me ocurrieron por primera vez, lo más natural fue que acudiese a Valdemar. Demasiado bien conocía la filosofía de mi amigo para temer algún escrúpulo de su parte; por lo demás, no tenía parientes en América que pudieran oponerse. Le hablé sinceramente de la cuestión y, para mi sorpresa, noté que estaba muy interesado. Digo para mi sorpresa pues, si bien hasta entonces se había prestado libremente a mis experimentos, jamás demostró el menor interés por lo que yo hacía. Su enfermedad era de las que permiten un cálculo preciso sobre el momento de la muerte. Convinimos, pues, en que me mandaría llamar veinticuatro horas antes del momento fijado por sus médicos para su fallecimiento.

Hace más de siete meses recibí la siguiente nota, de puño y letra de Valdemar:

> Estimado P.:
> Ya puede usted venir. D. y F. coinciden en que no pasaré de mañana a la medianoche, y me parece que han calculado el tiempo con mucha exactitud.
>
> VALDEMAR

Recibí la carta media hora después de escrita, y quince minutos más tarde ya estaba en el dormitorio del moribundo. No lo había visto en los últimos diez días y me horrorizó el espeluznante cambio

que se había producido en tan breve intervalo. Su cara tenía un color plomizo, no había brillo en sus ojos y era tan tremenda su delgadez que la piel se había rajado en los pómulos. Expectoraba continuamente y el pulso era casi imperceptible. Conservaba, no obstante, una notable claridad mental y cierta fuerza. Me habló con toda claridad, tomó algunos calmantes sin ayuda ajena y, en el momento de entrar en su habitación, le encontré escribiendo unas notas en una libreta. Se mantenía sentado en el lecho con ayuda de varias almohadas, y estaban a su lado los doctores D. y E.

Luego de estrechar la mano de Valdemar, llevé aparte a los médicos y les pedí que me explicaran detalladamente el estado del enfermo. Desde hacía dieciocho meses, el pulmón izquierdo se hallaba en un estado cartilaginoso y, como es natural, no funcionaba en absoluto. En su porción superior, el pulmón derecho aparecía parcialmente osificado, mientras que la inferior era tan solo una masa de tubérculos purulentos que se confundían unos con otros. Existían varias dilatadas perforaciones y, en un punto, se había producido una adherencia permanente a las costillas. Todos estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha reciente; la osificación se había operado con insólita rapidez, ya que un mes antes no existían señales de la misma y la adherencia solo había sido comprobable en los últimos tres días. Aparte de la tuberculosis, los médicos sospechaban un aneurisma de la aorta, pero los síntomas de osificación volvían sumamente difícil un diagnóstico. Ambos facultativos opinaban que Valdemar moriría hacia la medianoche del día siguiente (un domingo). Eran ahora las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del moribundo para conversar conmigo, los doctores D. y F. se habían despedido definitivamente de él. No era su intención volver a verle, pero, a mi pedido, convinieron en examinar al paciente a las diez de la noche del día siguiente.

Una vez que se fueron, hablé francamente con Valdemar sobre su próximo fin, y me referí en detalle al experimento que le había propuesto. Nuevamente se mostró dispuesto e incluso ansioso por llevarlo a cabo, y me pidió que comenzara de inmediato. Dos enfermeros, un hombre y una mujer, atendían al paciente, pero no me sentí autorizado a llevar a cabo una intervención de tal naturaleza frente a testigos de tan poca responsabilidad, en caso de algún

accidente repentino. Aplacé, por tanto, el experimento hasta las ocho de la noche del día siguiente, cuando la llegada de un estudiante de medicina de mi conocimiento (el señor Theodore L…l) me liberó de toda preocupación. Mi intención inicial había sido la de esperar a los médicos, pero me vi obligado a proceder, primeramente por los urgentes pedidos de Valdemar y luego por mi propia convicción de que no había un minuto que perder, ya que con toda evidencia la muerte se acercaba rápidamente.

El señor L…l tuvo la amabilidad de acceder a mi pedido, así como de tomar nota de todo lo que ocurriera. Lo que voy a relatar ahora procede de sus apuntes, ya sea en forma resumida o literal.

Faltaban cinco minutos para las ocho cuando, después de tomar la mano de Valdemar, le pedí que manifestara con toda la claridad posible, en presencia de L…l, que estaba dispuesto a que yo le hipnotizara en el estado en que se encontraba.

El enfermo respondió, débil pero con claridad: «Sí, quiero ser hipnotizado», agregando de inmediato: «Temo que sea demasiado tarde».

Mientras así decía, empecé a efectuar los pases que en las ocasiones anteriores habían sido más efectivos con él. Sentía indudablemente la influencia del primer movimiento lateral de mi mano por su frente, pero, aunque empleé todos mis poderes, me fue imposible lograr otros efectos hasta algunos minutos después de las diez, cuando llegaron los doctores D. y F., tal como lo habían prometido. En pocas palabras, les expliqué cuál era mi intención y, como no opusieron inconveniente, considerando que el enfermo se hallaba ya en agonía, proseguí sin titubear, cambiando, sin embargo, los pases laterales por otros verticales y concentrando mi mirada en el ojo derecho del enfermo.

A esta altura, su pulso era inapreciable y respiraba entre estertores, a intervalos de medio minuto.

Esta situación se mantuvo sin variantes durante un cuarto de hora. Al finalizar esta fase, sin embargo, un suspiro perfectamente natural, aunque muy profundo, escapó del pecho del moribundo, mientras cesaba la respiración jadeante o, mejor dicho, dejaba de percibirse el jadeo; en cuanto a los intervalos de la respiración, siguieron siendo los mismos. Las extremidades del paciente estaban congeladas.

A las once menos cinco advertí inequívocas señales de influencia hipnótica. La mirada vidriosa fue reemplazada por esa expresión de intranquilo examen interior que solo se ve en los hipnotizados, y sobre la cual no cabe engañarse. Mediante unos rápidos pases laterales hice latir los párpados, como al acercarse al sueño, y con unos pocos más los cerré por completo. No bastaba esto para satisfacerme; continué vigorosamente mis trabajos, poniendo en ellos toda mi voluntad, hasta que alcancé la completa rigidez de los miembros del dormido, a quien previamente había colocado en la posición que me pareció más cómoda. Las piernas estaban completamente extendidas; los brazos reposaban sobre la cama, a corta distancia de los costados. La cabeza había sido ligeramente levantada.

Al dar esto por terminado era ya medianoche y pedí a los presentes que examinaran el estado de Valdemar. Luego de unas pocas verificaciones admitieron que se encontraba en un estado insólitamente perfecto de trance hipnótico. La curiosidad de ambos médicos se había despertado en sumo grado. El doctor D. decidió pasar toda la noche a la cabecera del paciente, mientras que el doctor F. se marchaba, con la promesa de volver por la mañana temprano. L…l y los enfermeros se quedaron.

Dejamos a Valdemar en completa tranquilidad hasta las tres de la madrugada, hora en que me acerqué y vi que seguía en el mismo estado que al marcharse el doctor F.; vale decir, yacía en la misma posición y su pulso era imperceptible. Respiraba sin esfuerzo, aunque casi no se advertía su aliento, salvo que se aplicara un espejo a los labios. Los ojos estaban cerrados con naturalidad y las piernas tan rígidas y frías como si fueran de mármol. No obstante ello, la apariencia general distaba mucho de la de la muerte.

Al acercarme, probé conducir su brazo derecho para que siguiera los movimientos del mío, que movía suavemente sobre su cuerpo. En esta clase de experimento nunca había logrado buen resultado con Valdemar, pero ahora, para mi asombro, vi que su brazo, débil pero seguro, seguía todas las direcciones que le señalaba el mío. Me decidí entonces a intentar un breve diálogo.

—Valdemar, ¿duerme usted? —pregunté.

No respondió, pero noté que temblaban sus labios, por lo cual

repetí varias veces la pregunta. A la tercera vez, todo su cuerpo se movió con una ligera convulsión, los párpados se levantaron lo bastante para mostrar una línea del blanco del ojo, se movieron lentamente los labios, mientras en un susurro apenas audible brotaban de ellos estas palabras:

—Sí… ahora duermo. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Palpé los miembros, encontrándolos tan rígidos como antes. Volví a interrogar al hipnotizado:

—¿Sigue sintiendo dolor en el pecho, Valdemar?

La respuesta tardó un momento y fue aún menos audible que la anterior:

—No sufro. Estoy muriendo.

No me pareció aconsejable molestarle más por el momento, y no volví a hablarle hasta la llegada del doctor F., que arribó poco antes de la salida del sol y se quedó absolutamente estupefacto al encontrar que el paciente se hallaba todavía vivo. Luego de tomarle el pulso y acercar un espejo a sus labios, me pidió que le hablara otra vez, a lo cual accedí.

—Valdemar —dije—. ¿Sigue usted dormido?

Como la primera vez, pasaron unos minutos antes de lograr respuesta y, durante el intervalo, el moribundo dio la impresión de estar juntando fuerzas para hablar. A la cuarta repetición de la pregunta, y con una voz que la debilidad volvía casi inaudible, susurró:

—Sí. Dormido. Muriéndome.

La decisión o, mejor dicho, el deseo de los médicos era que no se quitase a Valdemar de su actual estado de aparente tranquilidad hasta que la muerte sobreviniera, cosa que, según consenso general, solo podía tardar algunos minutos. Decidí, sin embargo, hablarle una vez más, limitándome a repetir mi pregunta anterior.

Mientras lo hacía, un notable cambio se produjo en las facciones del hipnotizado. Los ojos se abrieron lentamente, aunque las pupilas habían girado hacia arriba; la piel adquirió una tonalidad cadavérica, más semejante al papel blanco que al pergamino, y los círculos tísicos, que hasta ese momento se destacaban fuertemente en el centro de cada mejilla, se apagaron bruscamente. Empleo estas palabras porque lo instantáneo de su desaparición trajo a mi memoria la imagen de

una vela que se apaga de un soplo. Al mismo tiempo el labio superior se replegó, dejando al descubierto los dientes que antes cubría completamente, mientras la mandíbula inferior caía con un sacudimiento que todos oímos, dejando la boca abierta de par en par y revelando una lengua hinchada y ennegrecida. Supongo que todos los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho de muerte, pero el aspecto de Valdemar era tan horrendo en aquel momento, que se produjo un movimiento general de retroceso.

Comprendo que he llegado ahora a un punto de mi relato en el que el lector se sentirá movido a una absoluta incredulidad. Me veo, sin embargo, obligado a continuarlo.

Hasta el más mínimo signo de vida se había acabado en Valdemar; seguros de que estaba muerto lo confiábamos ya a los enfermeros, cuando nos fue dado observar un fuerte movimiento vibratorio de la lengua. La vibración se mantuvo aproximadamente durante un minuto. Al cesar, de aquellas abiertas e inmóviles mandíbulas brotó una voz que sería insensato pretender describir. Es verdad que existen dos o tres adjetivos que cabría aplicarle: puedo decir, por ejemplo, que su sonido era áspero y quebrado, así como hueco. Pero el todo es indescriptible, por la sencilla razón de que jamás un oído humano ha percibido resonancias semejantes. Dos características, sin embargo —según lo pensé en el momento y lo sigo pensando—, pueden ser señaladas como propias de aquel sonido y dar alguna idea de su calidad extraterrena. En primer término, la voz parecía llegar a nuestros oídos (por lo menos a los míos) desde larga distancia, o desde una cueva en la profundidad de la tierra. Segundo, me produjo la misma sensación (temo que me resultará imposible hacerme entender) que los elementos gelatinosos producen en el tacto.

He hablado al mismo tiempo de «sonido» y de «voz». Quiero decir que el sonido consistía en un silabeo clarísimo, de una claridad fascinante y perturbadora. El señor Valdemar hablaba, y era evidente que estaba contestando a la interrogación formulada por mí unos minutos antes. Como se recordará, le había preguntado si seguía dormido. Y ahora escuché:

—Sí… No… Estuve dormido… y ahora… ahora… estoy muerto.

Ninguno de los presentes pretendió negar ni reprimir el inexpresable, escalofriante miedo que aquellas pocas palabras, así

pronunciadas, tenían que producir. El estudiante cayó desvanecido. Los enfermeros escaparon de la habitación y fue imposible convencerlos de que volvieran. Por mi parte, no trataré de comunicar mis propias impresiones al lector. Durante una hora, silenciosos, sin pronunciar una palabra, nos esforzamos por reanimar al estudiante. Cuando volvió en sí, pudimos examinar el estado de Valdemar.

Seguía igual, pero el espejo no proporcionaba ya muestras de su respiración. Fue inútil que tratáramos de sangrarlo en el brazo. Debo agregar que este no obedecía ya a mi voluntad. En vano me esforcé por hacerle seguir la dirección de mi mano. La única señal de la influencia hipnótica la constituía ahora el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que volvía a hacer una pregunta a Valdemar. Se diría que trataba de contestar, pero que carecía ya de voluntad suficiente. Permanecía insensible a toda pregunta que le formulara cualquiera que no fuese yo, aunque me esforcé por poner a cada uno de los presentes en relación hipnótica con el paciente. Creo que con esto he señalado todo lo necesario para que se comprenda cuál era la condición del hipnotizado en ese momento. Se llamó a nuevos enfermeros, y a las diez de la mañana abandoné la morada en compañía de ambos médicos y de L…l, el estudiante.

Volvimos por la tarde a ver al paciente. Su estado seguía siendo el mismo. Discutimos un rato sobre la conveniencia y posibilidad de despertarlo, pero poco nos costó llegar a la conclusión de que nada bueno se conseguiría con eso. Resultaba evidente que, hasta entonces, la muerte (o eso que de costumbre se denomina muerte) había sido detenida por el proceso hipnótico. Parecía claro que, si despertábamos a Valdemar, lo único que lograríamos sería su inmediato o, por lo menos, su rápido fallecimiento.

Desde ese momento hasta fines de la semana pasada —vale decir, casi siete meses— seguimos asistiendo todos los días a la casa de Valdemar, acompañados una y otra vez por médicos y otros amigos. Durante todo este tiempo, el hipnotizado se mantuvo exactamente como lo he detallado. Los enfermeros le atendían continuamente.

Por fin, el viernes pasado resolvimos hacer el experimento de despertarlo, o tratar de despertarlo; probablemente el lamentable resultado del mismo es el que ha dado lugar a tanta discusión en los círculos privados y a una opinión pública que no puedo dejar de

considerar como injustificada.

A efectos de librar del trance hipnótico al paciente, acudí a los pases habituales. Al principio resultaron inútiles. La primera indicación de un retorno a la vida lo proporcionó el descenso parcial del iris. Como detalle notable se observó que este descenso de la pupila iba acompañado de un abundante flujo de serosidad amarillenta, procedente de debajo de los párpados, que despedía un hedor penetrante y nauseabundo. Alguien me sugirió que tratara de influir sobre el brazo del paciente, como al comienzo. Lo intenté, sin resultado. Entonces el doctor F. expresó su deseo de que yo interrogara al paciente. Así lo hice, con las siguientes palabras:

—Señor Valdemar… ¿puede decirnos qué siente y qué desea?

Instantáneamente, reaparecieron los círculos tísicos en las mejillas; la lengua tembló o, mejor dicho, se enroscó violentamente en la boca (aunque las mandíbulas y los labios siguieron rígidos como antes), y entonces tronó aquella monstruosa voz que he tratado ya de describir:

—¡Por amor de Dios… rápido… rápido… hágame dormir… o despiérteme… pronto… despiérteme! ¡Le digo que estoy muerto!

Perdí por completo la serenidad y, durante un momento, me quedé sin saber qué hacer. Por fin, intenté calmar otra vez al paciente, pero al fracasar, debido a la total suspensión de la voluntad, cambié el procedimiento y luché con todas mis fuerzas por despertarlo. Pronto me di cuenta de que lo lograría o, por lo menos, así me lo imaginé, y estoy seguro de que todos los asistentes se hallaban preparados para ver despertar al paciente.

Pero sucedió algo para lo cual ningún ser humano podía estar preparado.

Mientras efectuaba a toda velocidad los pases hipnóticos, entre los gritos de: «¡Muerto! ¡Muerto!», que literalmente saltaban desde la lengua y no desde los labios del sufriente, súbitamente todo su cuerpo, en el espacio de un minuto, o menos, se achicó, se descompuso… y se pudrió entre mis manos. Sobre la cama, ante todos los presentes, no quedó más que un bulto casi líquido de asquerosa, aborrecible podredumbre.

4

LA CAÍDA DE LA CASA USHER

(The Fall of the House of Usher, 1839)

«Su corazón es un laúd suspendido;
tan pronto como lo tocas, resuena».

PIERRE-JEAN DE BÉRANGER

Solo, a caballo, atravesé, oscuro y silencioso, durante un día triste de otoño, una región especialmente sombría del país. Mientras las nubes pasaban bajas y pesadas en el cielo, al acercarse la noche, encontré la melancólica Casa Usher. No sé por qué, pero a la primera mirada que eché al edificio, invadió mi espíritu un sentimiento insoportable de tristeza. Digo insoportable porque no lo mitigaba ninguno de esos sentimientos casi agradables, por ser poéticos, con los cuales recibe el espíritu las más sencillas imágenes naturales de lo desolado o lo terrible. Miré el paisaje —la casa y el terreno, las paredes desnudas, las ventanas como ojos vacíos, los juncos dispersos y tétricos, y los escasos troncos de árboles marchitos— con una tremenda depresión, únicamente comparable, como sensación terrenal, al despertar del fumador de opio, la amarga caída en la existencia cotidiana, el horrible descorrerse del velo. Era un alejamiento, una languidez, un malestar del corazón, un irremediable ahogo mental que ningún estímulo de la imaginación podía desviar hacia forma alguna de lo sublime. ¿Qué era —me detuve a pensar—, qué era lo que me desalentaba en la contemplación de la Casa Usher? Misterio inexplicable; yo no podía pelear contra esas ideas oscuras que me rodeaban. Concluí con insatisfacción que mientras existen combinaciones de simples objetos naturales que tienen el poder de afectarnos así, el análisis de este poder se encuentra entre las consideraciones que están más allá de nuestro alcance. Era posible, pensé, que un orden diferente de los elementos de la escena, de los detalles del cuadro, fuera suficiente para modificar o quizás anular su

poder de impresión dolorosa; y, procediendo de acuerdo con esta idea, empujé mi caballo hacia la orilla de un estanque oscuro y fantástico que brillaba sereno junto a la mansión, pero, con un sobresalto todavía más conmovedor que antes, contemplé la imagen reflejada e invertida de los juncos grises, los troncos fantasmales y las ventanas vacías como ojos.

En esa mansión melancólica, sin embargo, planeaba pasar algunas semanas. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis alegres compañeros de adolescencia, mas habían pasado muchos años desde nuestro último encuentro. Sin embargo, acababa de recibir una carta en una región distinta del país —una carta suya—, la cual, por su tono urgente, no admitía otra respuesta que la presencia personal. La escritura denotaba nerviosismo. El autor hablaba de una enfermedad física grave, de un desorden mental que le oprimía y de un intenso deseo de verme por ser su mejor y, en realidad, su único amigo personal, con el propósito de lograr, gracias a la jovialidad de mi compañía, algún alivio a su mal. El modo en que se decía esto, un pedido hecho de corazón, no me dejaba dudar, obedecí de inmediato, a pesar de la singularidad del requerimiento.

Aunque de muchachos habíamos sido camaradas íntimos, poco conocía de mi amigo. Siempre se había mostrado reservado. Yo sabía, sin embargo, que su antiquísima familia se había destacado desde tiempos inmemoriales por su sensibilidad, desplegada a lo largo de muchos años, en numerosos y elevados hechos artísticos, y manifestada recientemente en obras de caridad, aunque discretas, así como en una apasionada devoción por la dificultad más que por la belleza fácilmente reconocible de la música. También sabía que la estirpe de los Usher, siempre respetable, no había producido, en ninguna etapa, una rama duradera; en otras palabras, que toda la familia se limitaba a la línea de descendencia directa y siempre había sido así, con variaciones minúsculas y fugaces. Esta ausencia, deduje, mientras pensaba que la personalidad de la finca se parecía a la de sus habitantes y meditaba sobre la posible influencia que la primera, a lo largo de tantos siglos, había ejercido sobre los segundos, esta ausencia, quizá, de ramas colaterales y la consiguiente transmisión constante de padre a hijo, del patrimonio junto con el nombre, era la que, al fin, identificaba tanto a los dos, hasta el punto de fundir el

título originario del dominio en el extraño y equívoco nombre de Casa Usher, nombre que incluía, entre los campesinos que lo usaban, a la familia y la casa familiar.

Dije que el efecto de mi experimento infantil —el de mirar en el estanque— profundizaba la primera impresión. No había dudas de que la conciencia del crecimiento de mi superstición —¿por qué no he de darle este nombre?— servía para acelerar su crecimiento mismo. Tal es, lo sé hace mucho tiempo, la paradójica ley de todas las emociones que tienen como base el terror. Debe de haber sido por esta razón que, cuando alcé los ojos otra vez hacia la casa desde su imagen en el estanque, surgió en mi cabeza una rara fantasía, tan ridícula, que solo la cito para demostrar el poder de la emoción que me oprimía. Mi imaginación estaba excitada al punto de convencerme de que se filtraba, en toda la casa y el terreno, una atmósfera propia de ambos y de su inmediata vecindad, una atmósfera sin afinidad con el aire del cielo, exhalada por los árboles marchitos, por los muros grises, por el estanque silencioso, un vapor hediondo y místico, apagado, gris, denso, apenas perceptible.

Expulsando de mi alma eso que debía ser un sueño, revisé de cerca la fachada del edificio, de excesiva antigüedad, muy decolorado por el tiempo. Los hongos se extendían por toda la superficie, suspendidos desde el alero en una fina y enmarañada tela de araña. Pero esto nada tenía que ver con alguna forma de destrucción. No había trozos de mampostería caídos. Existía una rara incoherencia entre la perfecta adaptación de las partes y la separación de cada piedra. Esto me recordaba mucho la aparente integridad de ciertos maderajes que se han podrido largo tiempo en alguna cripta descuidada, sin que intervenga el soplo del aire exterior. Aparte de este indicio de ruina general, la obra daba pocas señales de inestabilidad. Quizás el ojo de un observador minucioso hubiera podido descubrir una fisura apenas perceptible que, extendiéndose desde el tejado del edificio, en el frente, se abría camino pared abajo, en zigzag, hasta perderse en el agua negra del estanque.

Mientras miraba estas cosas, cabalgué por una breve calle hasta la casa. Un sirviente que esperaba tomó mi caballo y entré en la bóveda gótica del vestíbulo. Un criado de paso sigiloso me condujo desde allí, en silencio, a través de varios pasadizos oscuros e intrincados, hacia el

gabinete de su amo. Mucho de lo que encontré en el camino contribuyó, no sé cómo, a avivar las emociones de las cuales ya he hablado. Mientras los objetos circundantes —relieves de los cielorrasos, tapices de las paredes, ébano negro de los suelos y espectrales trofeos heráldicos que rechinaban a mi paso— eran cosas a las cuales estaba acostumbrado desde la infancia, mientras cavilaba en reconocer lo familiar que era todo aquello, me asombraban por lo insólitas las fantasías que esas imágenes no habituales provocaban en mí. En una de las escaleras encontré al médico de la familia. Su cara, pensé, era una mezcla de poca sagacidad y desconcierto. El criado abrió una puerta y me dejó en presencia de su amo.

El cuarto donde estaba era amplio y alto. Tenía ventanas largas, estrechas y puntiagudas, y la distancia era tan grande al suelo de roble negro, que resultaban absolutamente inaccesibles desde dentro. Brillos débiles de luz carmesí se abrían paso a través de los cristales enrejados y servían para diferenciar los objetos principales; los ojos, sin embargo, luchaban en vano por alcanzar los ángulos más remotos del lugar, en los huecos del techo abovedado y esculpido. Tapices oscuros colgaban de las paredes. Los muebles eran incómodos, viejos y destartalados. Había muchos libros e instrumentos musicales desordenados, que no daban ninguna vitalidad a la escena. Sentí que respiraba dolor. Un aire de profunda e irremediable melancolía lo envolvía todo.

A mi ingreso, Usher se levantó del sofá donde yacía cuan largo era y me recibió con alegría y excesiva amabilidad; hizo el esfuerzo obligado de un hombre de mundo. Pero su cara me convenció de su sinceridad. Nos sentamos y, durante un rato, mientras no hablaba, lo miré con piedad y espanto. ¡Nunca un ser humano se había transformado tan horrorosamente en tan poco tiempo como Roderick Usher! Apenas pude asimilar a esa persona aniquilada que tenía ante mí, con el viejo amigo de la adolescencia. Sin embargo, su cara siempre había sido rara: tez cadavérica; ojos grandes, líquidos y radiantes; labios finos y pálidos, de formas bellas; nariz hebrea, con ventanas más abiertas de lo común; mentón redondo y liso; cabellera suave, más tenue que tela de araña; esos rasgos y la frente muy amplia componían un semblante inolvidable. Ahora, la exageración del carácter dominante de esas facciones y de sus expresiones revelaba un

cambio grande, que me hizo dudar sobre la persona con quien estaba hablando. La palidez fantasmal de la piel y el brillo de los ojos me inquietaron y me horrorizaron. El pelo le había crecido al descuido y, en su textura de telaraña, flotaba más que caía alrededor de su cara, haciendo imposible relacionar su aspecto desgreñado con la imagen de un ser humano.

En los modos de mi amigo me asombró hallar incoherencia, y pronto descubrí que era motivada por una serie de débiles intentos de vencer una desorientación habitual, una excesiva agitación nerviosa. La verdad es que estaba preparado para algo así, por su carta, por evocaciones de ciertos rasgos juveniles, por su peculiar conformación física y por su naturaleza. Sus expresiones pasaban alternativamente de ser enérgicas a parecer torpes. Su voz pasaba de un titubeo (cuando parecía estar en completa latencia) a una brevedad firme, desde un modo de hablar abrupto y pesado, a una pronunciación gutural, equilibrada, perfectamente modulada, que se ve en los borrachos o en los opiómanos durante los periodos de mayor excitación.

Así me habló del motivo de mi visita, de su vehemente deseo de verme y de la alegría que esperaba de mí. Describió largamente la naturaleza de su enfermedad. Era, dijo, un mal hereditario y estaba desesperado por encontrar un remedio. La consideró una simple afección nerviosa y agregó enseguida que seguramente pasaría rápido. Se manifestaba en muchas emociones anormales. Algunas de ellas, cuando las detalló, me interesaron y me desconcertaron, aunque, sin duda, el estilo general del relato tuvo que ver con mi sorpresa. Sufría de una agudeza mórbida de los sentidos: apenas soportaba el gusto de los alimentos más desabridos; solamente podía vestir ropa de cierta textura; los perfumes de todas las flores le resultaban asfixiantes; la luz más débil torturaba sus ojos; y solo aguantaba algunos sonidos de instrumentos de cuerda, todos los demás le provocaban horror.

Vi que era un esclavo dominado por un terror anormal. «Moriré —dijo—, tengo que morir de esta triste locura. Así, y no de otra forma, me iré. Le tengo miedo a los sucesos del futuro, no por su eventualidad, sino por sus resultados. Me conmuevo pensando en cualquier situación, aun la más insignificante, que pueda actuar sobre esta dolorosa intranquilidad. No odio el peligro, como no sea por su efecto absoluto: el terror. En este desaliento, en esta condición, siento

que tarde o temprano llegará el momento en que deba abandonar la vida y la razón, en lucha contra el fantasma del miedo».

Conocí por intervalos, y a través de insinuaciones ambiguas, otro rasgo singular de su condición mental. Estaba dominado por supersticiones relativas a la casa que ocupaba y de donde, durante muchos años, nunca se había atrevido a salir, supersticiones relativas a una influencia cuya supuesta energía fue descrita en términos demasiado sombríos para repetirlos aquí. Decía que algunas particularidades de las formas y los materiales de la residencia familiar habían afectado su espíritu. Decía que a fuerza de soportar largo tiempo el efecto de los muros y las torres grises reflejados en el estanque negro, su vida estaba estropeada. Admitía, sin embargo, aunque con dudas, que podía buscarse un origen más palpable de la melancolía que sufría: la cruel y prolongada enfermedad, el sufrimiento de una hermana querida, su única compañía durante muchos años, su último pariente sobre la tierra. «Su muerte —decía con una amargura que nunca podré olvidar— hará de mí (de mí, el desesperado, el frágil) el último de la antigua raza de los Usher». Mientras hablaba, Madeline (que así se llamaba) pasó lentamente por un lugar apartado del aposento y, sin notar mi presencia, desapareció. La miré con asombro y miedo. Una sensación de estupor me oprimió mientras seguía con la mirada sus pasos que se alejaban. Cuando por fin una puerta se cerró tras ella, mis ojos buscaron con ansiedad la cara del hermano, pero este había hundido la cara entre las manos y solo pude percibir que una palidez mayor que la habitual se extendía en los dedos descarnados, entre los cuales brotaban lágrimas.

La enfermedad de Madeline había burlado durante mucho tiempo la ciencia de sus médicos. Una apatía permanente, un agotamiento gradual y frecuentes ataques parcialmente catalépticos eran el diagnóstico insólito. Hasta entonces, había soportado su enfermedad, negándose a guardar cama; pero, al caer la tarde de mi llegada a la casa, sucumbió (como me lo dijo esa noche su hermano con inquietud) al poder aplastante del destructor, y supe que la breve visión que yo había tenido de su persona sería la última para mí; que nunca más vería a Madeline, por lo menos en vida.

En los días posteriores, ni Usher ni yo la nombramos, y durante este periodo hice vehementes esfuerzos para aliviar la melancolía de

mi amigo. Pintábamos y leíamos juntos; o yo escuchaba, como en un sueño, las extrañas improvisaciones de su elocuente guitarra. Y así, a medida que una intimidad cada vez más estrecha me introducía en lo más recóndito de su alma, iba advirtiendo con amargura la frivolidad de todo intento de alegrar un espíritu cuya tenebrosidad, como una cualidad positiva, inherente, se derramaba sobre todos los objetos del universo físico y moral, en una perpetua transmisión de oscuridades.

Siempre recordaré las horas solemnes que pasé a solas con el amo de la Casa Usher. Sin embargo, fracasaría en todo intento de dar una idea sobre el exacto carácter de los estudios o las ocupaciones a los cuales me inducía o cuyo camino me mostraba. Un encanto exaltado, enfermizo, arrojaba azufre sobre todas las cosas. Sus largos e improvisados cantos fúnebres resonarán eternamente en mis oídos. Entre otras cosas, conservo dolorosamente en la memoria cierta perversión y amplificación del extraño aire del último vals de Von Weber. De las pinturas que nutrían su imaginación y cuya vaguedad crecía a cada pincelada, vaguedad que me estremecía mientras ignoraba su causa; de esas pinturas (tan vívidas que aún tengo en mí sus imágenes) sería inútil mi intento de presentar algo más que la pequeña porción comprendida en los límites de las palabras escritas. Por su gran simplicidad, por la desnudez de sus diseños, atraían la atención y me subyugaban. Si jamás un mortal pintó una idea, ese mortal fue Roderick Usher. Para mí, al menos —en las circunstancias que entonces me rodeaban—, surgía de las puras abstracciones que el hipocondriaco lograba proyectar en la tela, una intensidad de inaguantable horror, cuya sombra nunca he sentido, ni siquiera en la contemplación de las fantasías de Fuseli, radiantes pero concretas. Una de las ideas espectrales de mi amigo, que no participaba con tanto rigor del espíritu de abstracción, puede ser esbozada con debilidad en palabras. El pequeño cuadro representaba el interior de una bóveda muy larga, rectangular, con muros bajos, lisos, blancos, sin interrupción ni adornos. Algunos accesorios del dibujo servían para mostrar que esa excavación estaba a mucha profundidad. No se veía ninguna moldura en toda la extensión, ni una antorcha o cualquier otra fuente de luz artificial; sin embargo, flotaban en todo el espacio rayos que iluminaban con un esplendor fantasmal.

He hablado ya de ese estado mórbido del nervio auditivo que

hacía intolerable al paciente toda música, con excepción de ciertos efectos de instrumentos de cuerda. Quizá los estrechos límites en los cuales se había confinado con la guitarra fueron los que originaron, en gran medida, el carácter fantástico de sus obras. Pero no es posible explicar de la misma manera la vehemente facilidad de sus improvisaciones. Debían de ser —y lo eran, tanto las notas como las palabras de sus extrañas fantasías (pues no pocas veces se acompañaba con creaciones verbales rimadas)—, debían de ser los resultados de esa intensa concentración mental a la que he aludido antes y que eran observables solo en ciertos momentos de paroxismo. Recuerdo la letra de una de esas rapsodias. Fue la que más me impresionó, porque en la mística de su sentido percibí por primera vez, una acabada conciencia por parte de Usher de que su encumbrada razón vacilaba sobre su trono. Los versos, que él tituló «El palacio encantado», decían más o menos así:

En el valle más verde
donde vivían los ángeles protectores,
se elevaba un noble palacio,
majestuoso y bello.
¡El señorío del rey Pensamiento,
se alzaba allí!
Nunca un serafín batió sus alas
sobre algo tan hermoso.

Banderas amarillas flotaban sobre el techo,
resplandecientes y gloriosas
(todo eso fue hace mucho,
en los más viejos tiempos);
y con la brisa que jugaba
en días tan jubilosos,
por las almenas circulaba
un aroma alado.

Los que vagaban por el valle,
por dos ventanas luminosas
veían bailar a los espíritus
al ritmo de los laúdes,

en torno al trono donde
(¡Porfirogéneta!)
envuelto en merecida pompa,
se sentaba el señor del reino.

Y de rubíes y de perlas
era la puerta del palacio,
de donde, como un río,
fluían resplandeciendo,
los Ecos, de trabajo gentil:
la tarea de cantar en voz alta
el genio y el ingenio
de su rey soberano.

Pero seres malignos invadieron,
vestidos de tristeza, aquel señorío.
(¡Ah, duelo y luto! ¡Nunca más
nacerá otra aurora!)
Y en torno del palacio, la belleza
que antes florecía entre colores,
es solo una historia olvidada
hundida en viejos tiempos.

Y los viajeros, desde el valle,
por las ventanas ahora rojas,
ven formas que se mueven
en fantasmales discordancias,
mientras, como un río espectral,
por la pálida puerta
sale una horrorosa multitud que ríe…
porque la sonrisa ha muerto.

Recuerdo bien que la inspiración de esta balada nos arrojó a una corriente de pensamientos donde se manifestó una opinión de Usher que menciono, no por su novedad (pues otros hombres han pensado así), sino para explicar la obstinación con que la defendió. En líneas generales, afirmaba la sensibilidad de todos los seres vegetales. Pero en su desordenada fantasía, la idea era más audaz e invadía el reino de lo inorgánico. Me faltan palabras para explicar el alcance de su

persuasión. La creencia, sin embargo, se vinculaba (como ya insinué) con las piedras grises de la casa de sus antepasados. Las condiciones de la sensibilidad habían sido satisfechas, imaginaba él, por el método de colocación de esas piedras, por el orden en que estaban dispuestas, así como por los hongos que las cubrían y los árboles marchitos que la rodeaban, pero, sobre todo, por la prolongación conservada de este orden y su duplicación en las aguas inmóviles del estanque. Su evidencia —la evidencia de esa sensibilidad— podía comprobarse, dijo (y al oírlo me estremecí), en la gradual pero segura condensación de una atmósfera propia en torno a las aguas y a los muros. El resultado era comprensible, agregó, en ese silencioso pero entrometido y espantoso poder, que durante siglos había ordenado el destino de la familia, convirtiéndolo ahora en eso que yo estaba viendo, eso que él era. Esas ideas no necesitan comentario, y no haré ninguno.

Nuestros libros —los libros que durante años constituyeran una parte de la vida intelectual del enfermo— estaban, como puede suponerse, en estricto acuerdo con este carácter fantasmal. Estudiábamos juntos obras tales como el *Verver et Chartreuse*, de Gresset; el *Belfegor*, de Maquiavelo; *Del cielo y del infierno*, de Swedenborg; el *Viaje subterráneo de Nicolás Klim*, de Holberg; la *Quiromancia de Robert Flud*, de Jean D'Indaginé; *De la Chambre, el Viaje a la distancia azul,* de Tieck; y *La ciudad del sol,* de Campanella. Nuestro libro favorito era un pequeño volumen en octavo del *Directorium Inquisitorium*, del dominico Eymeric de Gironne, y había pasajes de Pomponius Mela sobre viejos sátiros africanos y egibanos, con los cuales Usher soñaba horas enteras. Pero encontraba su principal deleite en la lectura cuidadosa de un rarísimo y curioso libro gótico en cuarto —el manual de una iglesia olvidada —, las *Vigiliæ Mortuorum Chorum Eclesiæ Maguntiæ*.

No podía dejar de pensar en el ritual de esa obra y en su influencia sobre el hipocondriaco, cuando una noche, tras informarme que Madeline había muerto, declaró su intención de preservar su cuerpo durante quince días (antes de su inhumación definitiva) en una de las numerosas criptas del edificio. El motivo humano que alegaba para justificar esta conducta no me permitió discutir. El hermano había llegado a esta decisión (así me dijo) considerando la rareza de la

enfermedad de la difunta, ciertas afanosas investigaciones de sus médicos, la remota situación del cementerio familiar. No he de negar que, cuando evoqué el siniestro aspecto de la persona con quien me cruzara en la escalera el día de mi llegada a la casa, no quise oponerme a lo que consideré una precaución inofensiva y normal.

A pedido de Usher, lo ayudé personalmente en los preparativos de la sepultura temporaria. Ya en el ataúd, los dos solos llevamos el cuerpo a su lugar de descanso. La cripta donde lo dejamos (clausurada por tanto tiempo que las antorchas casi se apagaron en su atmósfera asfixiante, dándonos poca oportunidad para examinarla) era pequeña, húmeda y desprovista de toda fuente de luz; estaba a gran profundidad, justamente bajo la parte de la casa que ocupaba mi dormitorio. Evidentemente, había desempeñado, en remotos tiempos feudales, el siniestro oficio de calabozo, y en los últimos tiempos, el de depósito de pólvora o alguna otra sustancia combustible, pues una parte del suelo y todo el interior del pasillo abovedado que nos llevara hasta allí estaban revestidos de cobre. La puerta, de hierro macizo, tenía la misma protección. Su tremendo peso, al moverse sobre los goznes, producía un raro crujido agudo.

Una vez depositado el ataúd sobre los caballetes, en aquella zona de terror, retiramos parcialmente hacia un lado la tapa todavía suelta, y miramos la cara de su ocupante. El parecido entre el hermano y la hermana me asombró, y Usher, adivinando mis pensamientos, murmuró algunas palabras, por las cuales supe que la muerta y él eran mellizos y que entre ambos habían existido siempre simpatías casi inexplicables. Nuestros ojos, sin embargo, no se detuvieron mucho en la muerta, porque no podíamos mirarla sin espanto. La enfermedad que llevara a Madeline a la tumba en plena juventud había dejado, como es frecuente en los males de naturaleza cataléptica, la ironía de un débil rubor en el pecho y la cara, y esa sonrisa delicada, lánguida, que es tan terrible en la muerte. Volvimos la tapa a su sitio, la atornillamos y, asegurada la puerta de hierro, emprendimos camino, con fatiga, hacia los aposentos apenas menos lúgubres de la parte superior de la casa.

Y entonces, pasados algunos días de pena, sobrevino un cambio visible en las características del desorden mental de mi amigo. Sus modos habituales habían desaparecido. Olvidaba sus tareas. Vagaba

de cuarto en cuarto con paso rápido, sin rumbo. La palidez de su cara había adquirido, si era posible tal cosa, un color más sombrío, y el brillo de sus ojos había desaparecido. El tono ronco de su voz ya no se oía, y un titubeo en el colmo del terror caracterizaba ahora su pronunciación. Por momentos pensé que algún secreto opresivo dominaba su mente y que luchaba por conseguir valor suficiente para divulgarlo. Otras veces, en cambio, me veía obligado a reducirlo todo a las meras e inexplicables divagaciones de la locura. Lo veía contemplar el vacío durante horas, en actitud de honda atención, como si escuchara algún sonido imaginario. No es de extrañarse que su estado me aterrara. Sentía que a mi alrededor, a pasos lentos pero seguros, se deslizaban las influencias de sus supersticiones contagiosas.

Al retirarme a mi dormitorio, la noche del séptimo u octavo día después de que Madeline fuera depositada en el calabozo, y siendo ya muy tarde, experimenté de manera especial y con toda su fuerza esos sentimientos. No podía dormir y las horas pasaban y pasaban. Luché por racionalizar mi nerviosismo. Traté de convencerme de que todo lo que sentía era causado por la desconcertante influencia de los muebles lúgubres de la habitación, de los tapices raídos que, atormentados por el soplo de una tempestad incipiente, se balanceaban espasmódicos de aquí para allá sobre los muros, y crujían desagradablemente alrededor de los adornos de la cama. Pero mi esfuerzo era infructuoso. Un temblor incontenible fue invadiendo gradualmente mi cuerpo y, al fin, se instaló sobre mi propio corazón un diablo, el peso de una alarma por completo inmotivada. Lo sacudí, jadeando, luchando, me incorporé sobre las almohadas y, mientras miraba ansiosamente en la oscuridad del cuarto, presté atención —ignoro por qué, salvo que me impulsó el instinto— a ciertos sonidos ahogados, indefinidos, que llegaban en las pausas de la tormenta, con largos intervalos, no sé de dónde. Dominado por un intenso sentimiento de horror, inexplicable pero insoportable, me vestí deprisa (sabía que no iba a dormir más durante la noche) e intenté salir de la condición en que había caído, recorriendo la habitación de un extremo al otro. Había dado unas vueltas, cuando un paso en una escalera atrajo mi atención. Reconocí el paso de Usher. Un momento después llamaba con un toque suave a mi puerta y entraba con una lámpara. Su cara, como de costumbre,

era cadavérica, pero en sus ojos había una loca hilaridad, una histeria reprimida. Su figura me horrorizaba, pero era preferible a la soledad, y tomé su presencia como un alivio.

—¿No lo has visto? —dijo bruscamente, después de echar una mirada a su alrededor, en silencio—. ¿No lo has visto? Pues aguarda; lo verás. —Y diciendo esto protegió cuidadosamente la lámpara, se precipitó a una de las ventanas y la abrió de par en par a la tormenta.

La ráfaga entró tan impetuosa que estuvo a punto de alzarnos del suelo. Era una terrorífica noche tormentosa, de una rara belleza. Un torbellino desplegaba su fuerza en la vecindad; había violentos cambios en la dirección del viento y la excesiva densidad de las nubes (tan bajas que casi oprimían las torres de la casa) no nos impedía advertir la velocidad con que acudían de todos los puntos, mezclándose unas con otras sin alejarse. Digo que aun su excesiva densidad no nos impedía advertirlo y, sin embargo, no nos llegaba ni un rastro de la luna o de las estrellas, ni se veía el brillo de un relámpago. Pero las superficies inferiores de las masas de vapor y todos los objetos que nos rodeaban brillaban en la luz sobrenatural de un aliento claramente visible, que cubría la casa y la amortajaba.

—¡No debes mirar eso! —dije, estremeciéndome, mientras con suave violencia apartaba a Usher de la ventana para conducirlo a un asiento—. Estos espectáculos que te confunden son fenómenos eléctricos comunes, o quizá tengan su horrible origen en el miasma corrupto del estanque. Cerremos esta ventana; el aire está frío y es peligroso para tu salud. Aquí tienes una de tus novelas favoritas. Yo leeré y me escucharás, y así pasaremos juntos esta noche terrible.

El antiguo volumen que había tomado era *Mad Trist*, de Launcelot Canning; lo había calificado de favorito de Usher como una broma, porque había poco en su prolijidad sin imaginación, que pudiera interesar a la elevada espiritualidad de mi amigo. Pero era el único libro que tenía a mano y alimenté la esperanza de que la excitación que en ese momento agitaba al hipocondriaco pudiera hallar alivio (pues la historia de los trastornos mentales está llena de rarezas parecidas) aun en la exageración de la locura que yo iba a leerle. De haber juzgado por la tensa vivacidad con que escuchaba la historia, me hubiera felicitado por el éxito de mi idea.

Había llegado a esa parte bien conocida de la historia en que

Ethelred, el héroe del Trist, después de sus vanos intentos de introducirse por las buenas en la morada del eremita, procede a entrar por la fuerza. Aquí, se recordará, las palabras del relator son las siguientes:

> Y Ethelred, de corazón valeroso, fortalecido por el poder del vino, no esperó el momento de hablar con el ermitaño, que era terco y malo; pero sintiendo la lluvia sobre sus hombros y temiendo el estallido de la tempestad, alzó su maza y a golpes abrió un rápido camino en las tablas de la puerta para su mano con manopla, y, tirando con fuerza hacia sí, rompió, destrozó todo en tal forma que el ruido de la madera seca retumbó en el bosque y lo llenó de susto.

Al terminar esta frase, me sobresalté y me detuve, porque me pareció (aunque enseguida concluí que mi excitada imaginación me había engañado), me pareció que, de alguna parte de la casa, llegaba a mis oídos algo que podía ser, por su exacta similitud, el eco (aunque sofocado y sordo) del mismo ruido de destrozo que Launcelot había descrito con tantos detalles. Fue, sin dudas, la coincidencia lo que atrajo mi atención porque, entre el crujir de los bastidores de las ventanas y los ruidos de la tormenta, el sonido en sí nada tenía que pudiera interesarme. Seguí el relato:

> Pero el campeón Ethelred pasó la puerta y se puso furioso por no percibir señales del ermitaño malicioso y encontrar, en cambio, un dragón cubierto de escamas, con lengua de fuego, sentado delante de un palacio de oro con suelo de plata; del muro colgaba un escudo de bronce con esta leyenda:
>
> *Quien entre aquí, conquistador será;*
> *Quien mate al dragón, escudo obtendrá.*
>
> Y Ethelred alzó la maza y golpeó la cabeza del dragón, que cayó a sus pies y lanzó su apestoso aliento con un rugido tan horroroso y estridente que se tapó los oídos con las manos para no escuchar el ruido.

Aquí me detuve otra vez, asombrado; en esta oportunidad había

escuchado realmente (aunque me resultaba imposible decir de qué dirección venía) un grito insólito, un sonido chirriante y aparentemente lejano, pero prolongado, la réplica de lo que mi imaginación atribuyera al alarido del dragón, tal como lo describía el novelista.

Agobiado, como por cierto lo estaba desde la segunda y más extraordinaria coincidencia, por mil emociones contradictorias, en las cuales predominaban la sorpresa y el miedo, conservé suficiente ánimo para no excitar con ninguna observación el nerviosismo de mi compañero. No era nada seguro que hubiera notado los sonidos en cuestión, aunque se había producido durante los últimos minutos una rara alteración en su apariencia. Desde su posición frente a mí, había hecho girar gradualmente su silla, de modo que estaba sentado mirando hacia la puerta de la habitación, y así, solo en parte, podía ver sus facciones, aunque percibía sus labios temblorosos, como si murmuraran algo inaudible. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, pero supe que no estaba dormido por sus ojos muy abiertos, fijos, que vi al echarle una mirada de perfil. El movimiento del cuerpo contradecía también esta idea, pues se mecía de un lado a otro con un balanceo suave, pero constante y uniforme. Luego de advertir rápidamente todo esto, proseguí el relato de Launcelot, que decía así:

> Y entonces el campeón, después de huir de la furia del dragón, se acordó del escudo de bronce y del encantamiento roto, apartó el cuerpo muerto de su camino y avanzó valerosamente sobre el argentado pavimento del castillo hasta donde colgaba del muro el escudo, el cual no esperó su llegada, y cayó a sus pies sobre el suelo de plata con terrible estruendo.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando —como si en ese momento un escudo de bronce hubiera caído sobre un suelo de plata— oí un eco profundo y metálico, aparentemente sofocado. Muy angustiado, me paré de un salto; el movimiento de Usher no se interrumpió. Me lancé al sillón donde estaba sentado. Sus ojos miraban fijos hacia delante con una rigidez pétrea. Cuando puse mi mano sobre su hombro, sacudió el cuerpo; una sonrisa malsana tembló en sus labios, hablaba con un murmullo bajo, acelerado,

confuso, como si no me viera. Inclinándome sobre él, muy cerca, entendí, por fin, el espeluznante significado de sus palabras:

—¿No lo oyes? Sí, yo lo oigo y lo he oído. Mucho, mucho, mucho tiempo… muchos minutos, muchas horas, muchos días lo he oído, pero no me atrevía… ¡Ah, apiádate, mísero de mí, desventurado! ¡No me atrevía… no me atrevía a hablar! ¡La encerramos viva en la tumba! ¿No dije que mis sentidos eran agudos? Ahora te digo que oí sus primeros movimientos, débiles, en el fondo del ataúd. Los oí hace muchos, muchos días, y no me atreví, ¡no me atreví a hablar! ¡Y ahora, esta noche, Ethelred, ja, ja! ¡La puerta rota del ermitaño y el grito de muerte del dragón y el estrépito del escudo!… ¡Mejor dicho, el ruido del ataúd al agrietarse y el chirriar de los duros goznes de su cárcel, y su lucha dentro de la cripta, por el pasillo abovedado, revestido de cobre! ¡Oh! ¿Adónde escaparé? ¿No estará aquí pronto? ¿No se lanza a reprocharme el apuro? ¿No he oído sus pasos en la escalera? ¿No distingo el latido pesado y horrible de su corazón? ¡Insensato! —y aquí, furibundo, de un salto, se puso de pie y gritó estas palabras, como si en ese esfuerzo entregara el alma—: ¡Insensato! ¡Está del otro lado de la puerta!

Como si la fuerza sobrehumana de su voz tuviera el poder de un hechizo, las puertas enormes que Usher señalaba se abrieron lentamente. Era obra del vendaval, pero allí, del otro lado, estaba la figura alta y amortajada de Madeline Usher. Había sangre en sus ropas blancas y huellas de lucha en cada parte de su cuerpo. Por un momento, permaneció temblorosa, tambaleándose en el umbral; luego, con un lamento, cayó sobre su hermano, y en su violenta agonía final lo arrastró al suelo, muerto, víctima del terror que había anticipado.

De aquella mansión escapé aterrorizado. Afuera continuaba la tempestad con toda su furia, mientras yo cruzaba la vieja avenida. De pronto, surgió en el sendero una luz rara y me volví para ver de dónde salía ese fulgor tan extraño, pues la casa y sus sombras quedaban a mis espaldas. El resplandor venía de la luna llena, roja como la sangre, que brillaba ahora a través de aquella fisura casi imperceptible dibujada en zigzag desde el tejado del edificio hasta la base. Mientras la observaba, la figura se ensanchó rápidamente, sopló el torbellino, todo el disco de la luna se metió de pronto en mis ojos y mi alma

tembló al ver desplomarse los poderosos muros; hubo un largo y turbulento gemido como la voz de mil cascadas, y a mis pies, el estanque hondo y corrompido se cerró oscuro y en silencio, sobre los despojos de la Casa Usher.

5

HOP-FROG O LOS OCHO ORANGUTANES ENCADENADOS

(Hop-Frog or the Eight Chained Ourangoutangs, 1849)

Jamás he conocido a alguien tan bromista como el rey. Parecía vivir solo para las bromas. El modo más seguro de ganar sus favores era contarle un buen cuento con muchos chistes, y contárselo bien. Sus siete ministros se destacaban por su fama como humoristas. Todos ellos se parecían al rey: gordos, sudorosos y magníficos bufos. No he podido determinar si la gente engorda cuando se dedica a hacer bromas o si hay algo en la grasa que predispone a las chanzas, pero la verdad es que es raro encontrar un flaco divertido.

Al rey le aburría la delicadeza, el «espíritu del ingenio», como él la llamaba. Sentía especial admiración por las bromas pesadas y era capaz de sumar cualquier cosa para ponerlas en marcha. Hubiera elegido el *Gargantúa* de Rabelais frente al *Zadig* de Voltaire; la chacota física le gustaba más que la ironía verbal.

En la época en que transcurre mi historia los bufones gozaban del favor de las cortes. Varias «potencias» continentales conservaban aún sus «locos» profesionales, que lucían trajes chillones y gorros con cascabeles, y que, a cambio de las sobras de la mesa real, debían prodigar su ingenio festivo.

Nuestro rey tenía su bufón. Necesitaba un poco de locura para equilibrar la erudición de los siete sabios de su ministerio… y la suya propia.

Su loco profesional no era solo un loco. Su valor se triplicaba para el rey porque además era enano y tullido. En aquella época los enanos abundaban en las cortes tanto como los bufones, y muchos monarcas no hubieran sabido cómo pasar los días (los días son más largos en la corte que en cualquier otra parte) sin un bufón con el cual reírse y un enano de quien reírse. Pero, como ya lo he hecho notar, en el noventa y nueve por ciento de los casos los bufones son gordos y de

movimientos torpes, por lo cual nuestro rey se congratulaba de tener en Hop-Frog (así se llamaba su bufón) un triple tesoro en una sola persona.

Parece ser que Hop-Frog no fue el nombre que le pusieron al enano sus padrinos en el momento del bautismo, sino que recayó en su persona por concurso general de los siete ministros, dado que le era imposible caminar como el resto de los mortales. En efecto, Hop-Frog solo podía avanzar mediante un movimiento convulsivo —algo entre un salto y un zigzag—, movimiento que divertía mucho al rey y a la vez, claro está, le servía de consuelo, aunque la corte, a pesar del vientre protuberante y el enorme tamaño de la cabeza del rey, lo consideraba un dechado de perfección.

La deformidad de las piernas solo permitía a Hop-Frog moverse con dolores y molestias, pero la naturaleza compensó la deficiencia de sus miembros inferiores concediéndole una fuerza asombrosa en los brazos, lo que le permitía efectuar diversas hazañas de gran destreza, siempre que se tratara de trepar por cuerdas o árboles. Y mientras cumplía tales ejercicios se parecía mucho más a una ardilla o a un mono que a una rana.

No puedo afirmar con precisión de qué país había venido Hop-Frog. Se trataba, sin embargo, de una región bárbara de la que nadie había oído hablar, ubicada lejos de la corte de nuestro rey. Tanto Hop-Frog como una jovencita apenas menos enana que él (pero admirable bailarina de exquisitas proporciones) habían sido arrancados por la fuerza de sus respectivos hogares, situados en provincias adyacentes y enviados como regalo al rey por uno de sus victoriosos generales.

No sorprende que en tales circunstancias se creara una gran intimidad entre los dos pequeños prisioneros. Muy pronto llegaron a ser amigos entrañables. Hop-Frog, a pesar de sus continuas exhibiciones, no era nada popular, y no podía, por tanto, prestar mayores servicios a Trippetta, pero esta, con su gracia y exquisita belleza —pese a ser una enana—, era admirada y mimada por todos, lo cual le daba mucha influencia y le permitía ejercerla en favor de Hop-Frog, cosa que jamás dejaba de hacer.

En ocasión de una gran celebración oficial (no recuerdo cuál) el rey resolvió festejar con un baile de máscaras. Ahora bien, toda vez

que en la corte se trataba de mascaradas o fiestas semejantes, se acudía sin falta a Hop-Frog y a Trippetta para que desplegaran sus artes. Hop-Frog, sobre todo, tenía talento para montar espectáculos, proponer personajes y preparar máscaras para los bailes de disfraz; nada podía hacerse sin su ayuda.

Llegó la noche de la gran fiesta. Bajo la dirección de Trippetta se había preparado un salón luminoso, decorándolo con todo aquello que pudiera agregar brillo a una mascarada. La corte ardía con la fiebre de la expectativa. Cada uno había preparado adecuadamente su traje y sus personajes. Desde semanas antes ensayaban sus roles, y nadie mostraba la menor señal de indecisión… salvo el rey y sus siete ministros. Me es imposible explicar por qué precisamente ellos vacilaban, salvo que lo hicieran con ánimo de broma. Lo más probable es que, dada su gordura, les resultara difícil decidirse. Como el tiempo pasaba, mandaron llamar a Trippetta y a Hop-Frog.

La parejita obedeció el llamado del rey. Lo encontraron de mal humor, bebiendo vino con los siete miembros de su Consejo. Sabía que a Hop-Frog no le gustaba el vino, el alcohol le producía al tullido una especie de locura, y la locura no es una sensación agradable. Pero el rey amaba la diversión y le pareció divertido obligar a Hop-Frog a beber y (como él decía) «a estar alegre».

—Ven aquí, Hop-Frog —mandó, cuando el enano y su amiga entraron en la sala—. Bébete esta copa a la salud de tus amigos ausentes… (Hop-Frog suspiró)… y veamos si eres capaz de inventar algo. Necesitamos personajes… personajes, ¿entiendes? Algo fuera de lo común, algo raro. Estamos cansados de hacer siempre lo mismo. ¡Ven, bebe! El vino te avivará la imaginación.

Como de costumbre, Hop-Frog trató de contestar con un chiste a las palabras del rey, pero su esfuerzo fue inútil. Era el día de su cumpleaños, y la orden de beber a la salud de «sus amigos ausentes» lo hizo llorar. Lágrimas amargas cayeron en la copa mientras la tomaba, humildemente, de manos del tirano.

—¡Ja, ja, ja! —rio el monarca con todas sus fuerzas—. ¡Ved lo que puede un vaso de buen vino! ¡Si ya le brillan los ojos!

¡Pobre desdichado! Sus ojos relampagueaban en vez de brillar, el efecto del vino en su cerebro era tan potente como instantáneo. Dejando la copa en la mesa con un movimiento nervioso, Hop-Frog

contempló a sus amos con una mirada malsana. Todos parecían divertirse con la «broma» del rey.

—Y ahora, ocupémonos de cosas serias —dijo el primer ministro, que era un hombre muy gordo.

—Sí —aprobó el rey—. Ven aquí, Hop-Frog, y ayúdanos. Personajes, querido muchacho. Personajes es lo que necesitamos… ¡Ja, ja, ja!

Y como sus palabras parecían ser un chiste, los siete las celebraron a coro.

También rio Hop-Frog, aunque débilmente y como si estuviera distraído.

—Vamos, vamos —dijo impaciente el rey—. ¿No tienes nada que sugerirnos?

—Estoy tratando de pensar algo nuevo —respondió el enano, a quien el vino había confundido por completo.

—¡Tratando! —gritó furioso el tirano—. ¿Qué quieres decir con eso? ¡Ah, ya entiendo! Estás melancólico y te hace falta más vino. ¡Toma, bebe esto! —Y llenando otra copa, la alcanzó al tullido, que no hizo más que mirarla, tratando de recobrar el aliento—. ¡Bebe, te digo —aulló el monstruo—, o por todos los diablos que…!

El enano dudó, mientras el rey se ponía rojo de ira. Los cortesanos sonreían estúpidamente. Pálida como un cadáver, Trippetta avanzó hasta el trono del monarca y, cayendo de rodillas, le imploró que dejara en paz a su amigo.

Durante unos instantes el tirano la miró lleno de asombro ante tal audacia. Parecía incapaz de decir o de hacer algo… de expresar adecuadamente su indignación. Por fin, sin pronunciar una sílaba, la rechazó con violencia y le tiró a la cara el contenido de la copa.

La pobre muchacha se levantó como pudo y, sin atreverse a suspirar siquiera, volvió a su sitio a los pies de la mesa.

Durante un minuto reinó un silencio tan mortal que se hubiera escuchado caer una hoja. Aquel silencio fue interrumpido por un áspero y prolongado rechinar, que parecía venir de todos los ángulos de la sala al mismo tiempo.

—¿Qué… qué es ese ruido que estás haciendo? —preguntó el rey, volviéndose furioso hacia el enano.

Este último parecía haberse recobrado en gran medida de su

borrachera y, mientras miraba a los ojos al tirano, respondió con serenidad:

—¿Yo? Yo no hago ningún ruido.

—Parecía como si el sonido viniera de afuera —observó uno de los cortesanos—. Se me ocurre que es el loro de la ventana, que se frotaba el pico contra los barrotes de la jaula.

—Eso habrá sido —afirmó el rey, como si la sugestión lo aliviara —. Pero hubiera jurado que el ruido lo hacía este imbécil con los dientes.

Al oír tales palabras, el enano se echó a reír (y el rey, que creía ser un gran humorista, no pudo oponerse a la risa ajena), mientras dejaba ver unos enormes y poderosos dientes. Lo que es más, declaró que estaba dispuesto a beber todo el vino que quisiera su majestad, con lo cual este se calmó. Y luego de apurar otra copa sin efectos demasiado perceptibles, Hop-Frog comenzó a exponer vivamente sus planes para la mascarada.

—No puedo explicarme la asociación de ideas —dijo tranquilamente y como si jamás en su vida hubiese bebido vino—, pero apenas vuestra majestad empujó a esa niña y le arrojó el vino a la cara, apenas hubo hecho eso, y en momentos en que el loro producía ese extraño ruido en la ventana, se me ocurrió una diversión extraordinaria… una de las extravagancias que se hacen en mi país y que con frecuencia se llevan a cabo en nuestras mascaradas. Aquí será completamente nuevo. Lo malo es que hace falta un grupo de ocho personas y…

—¡Aquí estamos! —dijo el rey, riendo ante el descubrimiento de la coincidencia—. ¡Justo ocho: yo y mis ministros! ¿En qué consiste la diversión?

—La llamamos —repuso el enano— los Ocho Orangutanes Encadenados, y, si se la representa bien, resulta maravillosa.

—Nosotros la representaremos muy bien —reparó el rey, erguido y levantando las cejas.

—Lo divertido del asunto —continuó Hop-Frog— está en el miedo que provoca entre las mujeres.

—¡Magnífico! —gritaron a coro el monarca y su Consejo.

—Yo os disfrazaré de orangutanes —continuó el enano—. Dejadlo todo por mi cuenta. El parecido será tan grande, que los asistentes a

la mascarada os tomarán por animales de verdad… y, como es natural, sentirán tanto susto como sorpresa.

—¡Exquisito! —exclamó el rey—. ¡Hop-Frog, yo haré un hombre de ti!

—Usaremos cadenas para que su ruido aumente el caos. Haremos correr el rumor de que os habéis escapado de vuestras jaulas. Vuestra majestad no puede imaginar el efecto que en un baile de máscaras causan ocho orangutanes encadenados, los que todos toman por verdaderos, y que se lanzan con gritos salvajes entre damas y caballeros lujosamente vestidos. El contraste es magnífico.

—¡Así debe ser! —declaró el rey, mientras el Consejo se levantaba rápido (se hacía tarde) para poner en ejecución el plan de Hop-Frog.

La forma en que procedió para convertir a sus amos en orangutanes era sencilla pero eficaz. En la época en que se desarrolla mi relato los orangutanes eran poco conocidos en el mundo civilizado, y como las imitaciones preparadas por el enano resultaban suficientemente bestiales y más que suficientemente horrorosas, nadie pondría en duda que se trataba de una exacta reproducción de la naturaleza.

Ante todo, el rey y sus ministros vistieron ropa interior de tejido elástico y sumamente ajustado. Se procedió inmediatamente a untarlos con brea. Alguien del grupo sugirió cubrirse de plumas, pero esta idea fue rechazada por el enano, quien no tardó en convencer a los ocho bromistas, mediante demostración práctica, de que el pelo de orangután puede imitarse mucho mejor con una capa espesa de fibra de lino aplicada sobre la brea. Se buscó después una cadena larga. Hop-Frog la pasó por la cintura del rey y la aseguró; enseguida hizo lo propio con otro del grupo, y luego con el resto. Completados los preparativos, los integrantes se apartaron unos de otros hasta formar un círculo y, para dar a la cosa su apariencia más natural, Hop-Frog tendió el sobrante de la cadena formando dos diámetros en el círculo, cruzados en ángulo recto, tal como lo hacen en la actualidad los cazadores de chimpancés y otros grandes monos en Borneo.

El recinto adonde se iba a celebrar el baile era un salón circular, de techos altos, que solo recibía luz del sol a través de una claraboya. De noche (momento para el cual había sido especialmente construido) se lo iluminaba con una gran araña que colgaba de una cadena

procedente del centro del tragaluz, y que se hacía subir y bajar por medio de un contrapeso, según el sistema corriente; solo que, para que dicho contrapeso no se viera, estaba instalado del otro lado de la cúpula, sobre el techo.

El arreglo del salón había sido confiado a la dirección de Trippetta, pero por lo visto, esta se había dejado guiar en ciertos detalles por el más sereno discernimiento de su amigo enano. De acuerdo con sus indicaciones, la araña fue retirada. Las gotas de cera de las velas (que en esos días calurosos resultaba imposible evitar) hubieran estropeado los lujosos trajes de los invitados, quienes, debido a la multitud que llenaría el salón, no podrían mantenerse alejados del centro, o sea debajo de la araña. En su reemplazo se instalaron candelabros en distintas partes del salón, y se fijaron antorchas que despedían agradables perfumes en la mano derecha de cada una de las cariátides que se erguían contra las paredes y que sumaban entre cincuenta y sesenta.

Siguiendo el consejo de Hop-Frog, los ocho orangutanes esperaron pacientemente hasta medianoche, hora en que el salón estaba repleto de máscaras, para hacer su entrada. Tan pronto se hubo apagado la última campanada del reloj, se precipitaron —o, mejor dicho, rodaron juntos— ya que la cadena que trababa sus movimientos hacía caer a la mayoría y trastabillar a todos mientras entraban en el salón.

El revuelo producido en la asistencia fue extraordinario y llenó de alegría el corazón del rey. Tal como se había anticipado, no pocos invitados creyeron que aquellas criaturas feroces eran, si no orangutanes, por lo menos verdaderas bestias de alguna otra especie. Muchas damas se desmayaron de miedo, y si el rey no hubiera tenido la precaución de prohibir toda portación de armas en la sala, la alegre banda no habría tardado en expiar sangrientamente su extravagancia. A falta de medios de defensa, se produjo una carrera general hacia las puertas; pero el rey había ordenado que fueran cerradas inmediatamente después de su entrada, y, siguiendo una sugerencia del enano, las llaves le habían sido confiadas a él.

Mientras el escándalo alcanzaba su apogeo y cada máscara se ocupaba tan solo de su seguridad personal (pues ahora había verdadero peligro a causa del apretujamiento de la multitud enardecida), hubiera podido advertirse que la cadena de la cual

colgaba habitualmente la araña, y que había sido remontada al prescindirse de aquella, descendía gradualmente hasta que el gancho de su extremidad quedó a un metro del suelo.

Poco después, el rey y sus siete amigos, que habían recorrido el salón haciendo eses, terminaron por encontrarse en su centro y, como es natural, en contacto con la cadena. Mientras estaban allí, el enano, que no se apartaba de ellos y los incitaba a continuar la broma, se apoderó de la cadena de los orangutanes en el punto de intersección de los dos diámetros que cruzaban el círculo en ángulo recto. Con rapidez metió allí el gancho del cual colgaba antes la araña; en un segundo, y por obra de una intervención desconocida, la cadena de la araña subió lo bastante para dejar el gancho fuera del alcance de toda mano y, como consecuencia inevitable, arrastró a los orangutanes unos contra otros y cara a cara.

A esta altura, los invitados iban recuperándose del susto y empezaban a considerar todo aquello como una estupenda broma, por lo cual estallaron risas estentóreas al ver la desgarbada situación en que se encontraban los monos.

—¡Dejádmelos a mí! —gritó entonces Hop-Frog, cuya voz profunda se hacía escuchar en medio del fragor—. ¡Dejádmelos a mí! ¡Me parece que los conozco! ¡Si solamente pudiera mirarlos más de cerca, pronto podría deciros quiénes son!

Trepando por sobre las cabezas de la multitud, consiguió llegar hasta la pared, donde se apoderó de una de las antorchas que empuñaban las cariátides. En un instante, estuvo de vuelta en el centro del salón y, saltando con agilidad de simio sobre la cabeza del rey, trepó por la cadena, mientras bajaba la antorcha para revisar a los orangutanes y gritaba otra vez:

—¡Pronto podré deciros quiénes son!

Y entonces, mientras todos los presentes (incluidos los monos) se retorcían de risa, el bufón lanzó un agudo silbido; instantáneamente, la cadena remontó con violencia a una altura de diez metros, arrastrando consigo a los aterrados orangutanes, que luchaban por soltarse, y los dejó suspendidos en el aire, a media altura entre la claraboya y el suelo. Aferrado a la cadena, Hop-Frog seguía en la misma posición, por encima de los ocho disfrazados y, como si nada hubiese ocurrido, continuaba acercando su antorcha fingiendo

averiguar quiénes eran.

Tan estupefacta quedó la muchedumbre ante esta ascensión, que se produjo un silencio profundo. Duraba ya un minuto, cuando fue roto por un áspero y profundo rechinar, semejante al que había llamado la atención del rey y sus consejeros después que aquel hubo arrojado el vino a la cara de Trippetta. Pero en esta ocasión no cabía dudas de dónde procedía el sonido. Venía de los dientes del enano, semejantes a colmillos de fiera; rechinaban, mientras de su boca brotaba la espuma, y sus ojos, como los de un loco furioso, se clavaban en los rostros del rey y sus siete compañeros.

—¡Ah, ya veo! —gritó el bufón enfurecido—. ¡Ya veo quiénes sois!

Y entonces, fingiendo mirar más de cerca al rey, aplicó la antorcha a la capa de lino que lo envolvía y que instantáneamente se llenó de llamas. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían horriblemente entre los alaridos de la multitud, que los miraba desde abajo, aterrada, y que nada podía hacer para ayudarlos.

Por fin, creciendo en su violencia, las llamas obligaron al bufón a escaparse por la cadena; al ver sus movimientos, la multitud volvió a callarse. El enano aprovechó la oportunidad para hablar una vez más:

—Ahora veo quiénes son esos hombres —dijo—. Son un gran rey y sus siete consejeros privados. Un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una muchacha indefensa, y siete consejeros, que toleran el ultraje. En cuanto a mí, no soy nada más que Hop-Frog, el bufón, y esta es mi última bufonada.

A causa de la alta combustibilidad del lino y la brea, la obra de venganza quedó cumplida apenas el enano hubo terminado de hablar. Los ocho cadáveres colgaban de sus cadenas en una masa irreconocible, pestilente, negruzca, repugnante. El bufón arrojó su antorcha sobre ellos y luego, trepando sereno hasta el techo, desapareció a través de la claraboya.

Se supone que Trippetta, situada en el tejado del salón, fue cómplice de su amigo en su venganza flamígera, y que los dos huyeron juntos a su país, ya que jamás se los volvió a ver.

6

LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA

(The Masque of the Red Death, 1842)

La muerte roja había asolado el país durante mucho tiempo. Nunca una epidemia había sido tan mortal y aterradora. La sangre era su símbolo, el color rojo era su sello. Empezaba con dolores agudos, mareos súbitos, después sangraban los poros y llegaba la muerte. Las manchas purpúreas en el cuerpo y en la cara de la víctima eran el aviso de la enfermedad, que la excluía de toda ayuda posible y de toda simpatía. La irrupción, avance y fin de la enfermedad se cumplían en media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, audaz y prudente. Cuando sus dominios quedaron casi despoblados, llamó a su lado a mil caballeros y damas de su corte, y se retiró con ellos al seguro encierro de una de sus abadías fortificadas. Era una construcción amplia y magnífica, creada por el excéntrico aunque principesco gusto de Próspero. Una muralla sólida y alta la rodeaba. Las puertas de la muralla eran de hierro. Una vez dentro, los cortesanos trajeron fraguas y martillos y soldaron los cerrojos. Habían decidido no permitir ninguna vía de entrada o de salida a los impulsos de la desesperación o del frenesí. La abadía estaba ampliamente aprovisionada. Con precauciones semejantes, los cortesanos podían desafiar el contagio. Que el mundo exterior se las arreglara por su cuenta; mientras, era una tontería preocuparse. El príncipe había reunido todo lo necesario para el goce. Había bufones, comediantes, bailarines y músicos; había belleza y vino. Todos los placeres y la seguridad estaban del lado de adentro. Afuera estaba la muerte roja.

Al quinto o sexto mes de encierro, cuando la epidemia provocaba los más atroces daños, el príncipe Próspero ofreció a sus mil amigos un baile de máscaras, haciendo gala de su más extravagante ostentación.

Aquella mascarada era deliciosa, pero dejen que antes les describa los salones donde se celebraba. Eran siete: una serie imperial de

aposentos. En la mayoría de los palacios, la sucesión de salones forma una larga galería en línea recta, pues las dobles puertas se abren hasta adosarse a las paredes, permitiendo que la vista alcance la totalidad de la galería. Pero aquí se trataba de algo diferente, como cabía esperar del amor del príncipe por las originalidades. Los aposentos estaban dispuestos con tal irregularidad que la visión no podía abarcar más de uno a la vez. Cada veinte o treinta metros había un brusco recodo, y en cada uno nacía un nuevo efecto. A derecha e izquierda, en mitad de la pared, una ventana gótica muy alta daba a un corredor cerrado que seguía el contorno de la serie de salones. Las ventanas tenían vitrales cuya coloración variaba con el tono dominante de la decoración del aposento. Si, por ejemplo, la cámara del extremo oriental tenía tapicería azul, azules eran sus ventanas. La segunda estancia ostentaba tapicería granate y granates eran los vitrales. La tercera era verde, como los cristales. La cuarta había sido ornada con tonos anaranjados; la quinta era blanca; la sexta, violeta. El séptimo aposento estaba cubierto de cortinas de terciopelo negro, que ocupaban el techo y las paredes, cayendo en pliegues sobre una alfombra del mismo material y color. Pero en esta cámara, el color de las ventanas no correspondía a la decoración. Los cristales eran rojos, del color de la sangre.

A pesar de la abundancia de adornos de oro que aparecían por todos lados, en aquellos siete aposentos no había lámparas ni candelabros, ni velas ni arañas. En los corredores paralelos a la galería y opuestos a cada ventana se alzaban pesados trípodes que sostenían un brasero cuyos rayos ígneos se proyectaban a través de los cristales e iluminaban brillantemente cada estancia. Producían resplandores vivos y fantásticos. Pero en la cámara del poniente, la cámara negra, el fuego que a través de los cristales de color de sangre se derramaba sobre las sombrías cortinas producía un efecto siniestro y daba una coloración tan rara a los rostros de quienes entraban en ella, que pocos eran lo bastante valientes para poner allí los pies. En este aposento, contra la pared del poniente, se apoyaba un gigantesco reloj de ébano. Su péndulo se balanceaba con un resonar pesado y monótono. Cuando el minutero completaba su circuito y la hora iba a sonar, de las entrañas de bronce del mecanismo surgía un tañido claro, lleno de música; pero su rimbombancia era tal que, a cada

hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a suspender su ejecución para escuchar el sonido y las parejas de bailarines interrumpían sus movimientos; durante un momento, en aquella alegre sociedad reinaba el desconcierto; y mientras aún sonaban los tañidos del reloj, era posible observar que los más alocados empalidecían y los más viejos se pasaban la mano por la frente, como si se entregaran a una confusa meditación. Pero apenas los ecos cesaban nacían risas leves; los músicos se miraban entre sí y sonreían nerviosos, mientras se prometían en voz baja que el siguiente tañido del reloj no provocaría en ellos una emoción semejante. Pero al cabo de sesenta y tres mil seiscientos segundos del tiempo que huye, el reloj daba otra vez la hora, y otra vez nacían el desconcierto, el susto y la meditación. Pese a esto, la fiesta era magnífica. El príncipe tenía gustos curiosos. Disfrutaba de los colores y sus efectos. Odiaba los caprichos de la moda. Sus planes eran audaces, sus ideas brillaban con bárbaro esplendor. Algunos podrían haber creído que estaba loco. Sus cortesanos sentían que no era así. Era necesario oírlo, verlo y tocarlo para tener la seguridad de que no lo estaba. El príncipe se había ocupado personalmente de gran parte de la decoración de las siete salas destinadas a la fiesta, su gusto también había guiado la elección de los atuendos. Eran disfraces grotescos, brillosos, fastuosos, picantes y fantasmagóricos. Se veían siluetas de gala con vestimentas incongruentes, fantasías delirantes como las que aman los locos. En aquellas siete cámaras se movía una multitud de sueños que cambiaban de color al pasar por los aposentos, haciendo que la música rara de la orquesta pareciera el eco de sus pasos.

Pero otra vez tañe el reloj en el salón de terciopelo. Por un momento, todo se inmoviliza y enmudece, salvo la voz del reloj. Los sueños quedan congelados en sus poses. Sin embargo, los ecos del tañido se pierden —apenas han durado un instante— y una risa flota tras ellos en su fuga. Regresa la música, reviven los sueños, crispándose al atravesar las ventanas por las que entran los rayos de las llamas. Mas en la cámara del oeste ninguna máscara se aventura porque la noche avanza y una luz roja como la sangre se filtra por los cristales. Es aterradora la oscuridad de las cortinas negras y también lo es para el que da un paso sobre la alfombra sombría, al ritmo del sonido solemne del reloj de ébano.

Se congregaba una multitud donde latía el corazón de la vida. Continuaba la fiesta en su torbellino hasta que comenzaron a oírse los tañidos del reloj anunciando la medianoche. Cesaron la música y los movimientos de los que bailaban y, como antes, se produjo un paréntesis de angustia. Pero esta vez el reloj debía tañer doce campanadas y, con más tiempo, los pensamientos invadieron las meditaciones de la multitud. Quizá por eso ocurrió que, antes de que los últimos ecos del carrillón se hubieran hundido en el silencio, muchos de los concurrentes tuvieron tiempo para advertir la presencia de una figura enmascarada que hasta entonces no había llamado la atención. Y, habiendo corrido en un susurro la noticia de aquella nueva presencia, se alzó al final un rumor que expresaba desaprobación, sorpresa y, finalmente, miedo y asco. En una asamblea de fantasmas como la que acabo de describir es de imaginar que una aparición ordinaria no hubiera provocado semejante conmoción. El desenfreno de aquella mascarada no tenía límites, pero la figura en cuestión iba más allá de lo que el liberalismo del príncipe toleraba. En el corazón de los más aventureros hay cuerdas que no pueden tocarse sin emoción. Aun el más relajado de los seres, para quien la vida y la muerte son un juego, sabe que hay cosas con las cuales no se puede jugar. Los concurrentes parecían sentir en lo más hondo que el traje y la apariencia del desconocido no revelaban ni ingenio ni decoro. Su figura, alta y flaca, estaba envuelta de la cabeza a los pies en una mortaja. La máscara que ocultaba el rostro se parecía de tal manera a la cara de un cadáver, que el examen más detallado se habría visto en dificultades para descubrir el engaño. Aquella masa excitada podía tolerar, y aprobar, semejante disfraz. Pero el enmascarado se había atrevido a asumir las apariencias de la muerte roja. Su mortaja estaba salpicada de sangre; su frente y su cara, manchadas por el horror escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero descubrieron la imagen (que con un movimiento lento se paseaba entre los bailarines), se conmovió, primero de terror, después de disgusto, finalmente de rabia.

—¿Quién se atreve —preguntó, con voz amenazante, a los cortesanos que lo rodeaban—, quién se atreve a insultarnos con esta broma sacrílega? ¡Sométanlo y desenmascárenlo, para que sepamos a quién vamos a ahorcar al alba!

El príncipe Próspero dio esta orden en el salón azul, el del este. Su vozarrón de hombre fuerte sonó claramente en las siete salas, mientras la música se silenciaba a una señal de su mano. Luego de sus palabras, los presentes se acercaron al intruso, quien, en ese momento, estaba a su alcance y se acercaba al príncipe con pasos serenos. Pero la desconfianza que la figura enfermiza del enmascarado había producido en los cortesanos impidió que alguien lo detuviera, y así, sin impedimentos, pasó este a un metro del príncipe. Mientras todos retrocedían hasta pegarse a la pared, siguió andando sin parar, con el mismo paso solemne del principio. De la cámara azul pasó a la púrpura, de la púrpura a la verde, de la verde a la anaranjada, desde esta a la blanca y de allí, a la violeta, antes de que nadie se hubiera decidido a detenerlo. Pero entonces el príncipe Próspero, loco de rabia y de vergüenza por su momentánea cobardía, se lanzó a la carrera a través de los seis aposentos, sin que nadie lo siguiera por el miedo que a todos paralizaba. Puñal en mano, se acercó impetuosamente hasta llegar a tres o cuatro pasos de la figura, que seguía alejándose, cuando esta, al alcanzar el extremo del aposento de terciopelo, se volvió de golpe y enfrentó a su perseguidor. Se escuchó un grito mientras el puñal caía luminoso sobre la alfombra negra; el príncipe Próspero caía muerto. Poseídos por la audacia de la angustia, numerosas máscaras se lanzaron al salón negro, pero al apoderarse del desconocido, cuya alta figura permanecía erecta e inmóvil a la sombra del reloj de ébano, retrocedieron con horror al descubrir que el sudario y la máscara cadavérica que con tanta rudeza habían aferrado, no contenían ninguna figura tangible. Y entonces reconocieron la presencia de la muerte roja. Había venido como un ladrón en la noche.

Uno por uno, y manchados de sangre, se fueron derrumbando los invitados a la orgía; morían en la desesperada actitud de su caída. La vida del reloj de ébano se extinguió con la del último de aquellos seres alegres. Las llamas de los trípodes se apagaron, y las tinieblas y la pudrición y la muerte roja se apoderaron de todo.

7

LIGEIA

(1838)

> «Y allí dentro está la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad y su fuerza? Pues Dios no es sino una gran voluntad que penetra las cosas todas por obra de su intensidad. El hambre no se doblega a los ángeles, ni cede por entero a la muerte, como no sea por la flaqueza de su débil voluntad».
>
> JOSEPH GLANVILL

No puedo, lo juro por mi alma, recordar cómo, cuándo, o incluso exactamente dónde conocí a Ligeia. Han pasado largos años desde entonces y el sufrimiento ha debilitado mi memoria. O quizá no puedo evocar ahora aquellas cosas porque, a decir verdad, el carácter de mi amada, su extraña educación, la naturaleza de su belleza, diferente pero serena, y la penetrante y seductora elocuencia de su profunda voz musical, abrieron camino en mi corazón paso a paso, con tanta cautela, que no pude darme cuenta.

Sin embargo, creo haberla visto por primera vez, y en algunas ocasiones más, en una inmensa y decadente ciudad cerca del Rin. La escuché hablar de su familia y no tengo dudas de su antiguo linaje. ¡Ligeia, Ligeia! Abstraído por estudios que, por su especie, pueden amortiguar los sobresaltos del mundo, solo por esta dulce palabra, Ligeia, llega a los ojos de mi imaginación el retrato de aquella que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, me doy cuenta de que nunca supe el apellido de quien fuera mi amiga y prometida, luego compañera de estudios y, por último, la esposa de mi corazón. ¿Fue por una orden cordial de mi Ligeia o para poner a prueba la fuerza de mi afecto, que me estaba prohibido investigar sobre este punto? ¿O fue mi capricho, esa ofrenda delirante y romántica en el altar de la devoción más apasionada? Solo recuerdo confusamente el hecho. ¿Es

raro que haya olvidado por completo los sucesos que lo causaron y lo siguieron? Y de hecho, si alguna vez el espíritu de la pálida Ashtophet del Egipto idólatra, con sus alas sombrías, presidió, como dicen, los matrimonios nefastos, seguramente presidieron el mío.

Pero hay un punto en el cual mi memoria no falla. Es el cuerpo de Ligeia. Era alta, un poco delgada y, en sus últimos tiempos, casi descarnada.

Sería inútil intentar describir a su majestad, la serena soltura de su postura o la inconcebible presteza y plasticidad de sus pasos. Entraba y salía como una sombra. Nunca advertía su aparición en mi gabinete de trabajo de no ser por la amada musicalidad de su voz dulce, profunda, o cuando posaba su mano marmórea sobre mi hombro. Ninguna mujer igualó la belleza de su rostro. Era el resplandor de un sueño de opio, una visión etérea y encantadora, más extrañamente divina que las fantasías que revoloteaban en las almas adormecidas de las hijas de Delos. Sin embargo, sus facciones no tenían esa regularidad que falsamente nos han enseñado a adorar en las obras clásicas del paganismo. «No hay belleza exquisita —dice Bacon, Lord Verulam, refiriéndose a todas las formas y géneros de la hermosura— sin algo de extraño en las proporciones».

Sin embargo, aunque yo me daba cuenta de que las facciones de Ligeia no eran de una regularidad clásica, aunque sentía que su hermosura era verdaderamente «exquisita» y percibía mucho de su «extrañeza», inútilmente intenté descubrir la irregularidad y reconocer lo «extraño». Examiné el contorno de su frente alta y pálida: era perfecto —¡qué fría en verdad esta palabra aplicada a una majestad tan divina!—. Por la piel, que rivalizaba con el marfil más puro, por la imponente amplitud y la calma, la noble prominencia de las regiones superciliares, y luego los cabellos, como alas de cuervos, lustrosos, exuberantes y naturalmente ensortijados, que demostraban toda la fuerza del halago de Homero: «cabellera de jacinto». Miraba las delicadas líneas de la nariz y solo en las encantadoras medallas de los hebreos he visto una perfección semejante. Tenía la misma superficie plena y suave, la misma tendencia casi imperceptible a ser aguileña, las mismas aletas armoniosamente curvas, que revelaban un espíritu libre. Contemplaba su boca dulce. Allí estaba la gloria de todas las cosas celestiales: la magnífica sinuosidad del breve labio

superior, la suave, voluptuosa serenidad del inferior, los hoyuelos alegres y el color elocuente; los dientes, que reflejaban con un brillo prodigioso los rayos de la luz bendita que caían sobre ellos en la más serena y plácida, y sin embargo, radiante y triunfal de todas las sonrisas. Analizaba la forma del mentón y también ahí encontraba la noble amplitud, la suavidad y la majestad, la plenitud y la espiritualidad de los griegos, el contorno que el dios Apolo reveló tan solo en sueños a Cleomenes, el hijo del ateniense. Y entonces me asomaba a los grandes ojos de Ligeia.

Para los ojos no encuentro un modelo en la Antigüedad lejana. Quizá fuera porque en los de mi amada existía el secreto del que nos habla Lord Verulam. Creo que eran más grandes que los ojos comunes de nuestra raza, más que los de las gacelas de la tribu del valle de Nourjahad. Por momentos —en los tiempos de intensa excitación— esta singularidad de Ligeia sobresalía aún más. Y en tales ocasiones, su belleza —quizá la veía así mi imaginación ardiente— era la de los seres que están por encima o fuera de la tierra, la belleza de la fabulosa hurí de los turcos. Los ojos eran del negro más brillante, velados por oscuras y largas pestañas. Las cejas, levemente irregulares, eran del mismo color. Sin embargo, lo «extraño» que encontraba en sus ojos era independiente de su forma, del color, del brillo, y debía aplicarse a la expresión. ¡Ah, palabra sin sentido, región insondable donde se concentra toda nuestra ignorancia de lo espiritual! La expresión de los ojos de Ligeia... ¡Cuántas horas medité sobre ella! ¡Cuántas noches de verano luché por explorarla! ¿Qué era aquello, más profundo que el pozo de Demócrito, que estaba en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era? Me dominaba la pasión por descubrirlo. ¡Aquellos ojos! ¡Aquellas grandes, aquellas brillantes, aquellas divinas pupilas! Llegaron a ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y yo era para ellas el más devoto de los astrólogos.

Entre las numerosas e incomprensibles anormalidades de la ciencia de la mente no hay punto más atrayente, más excitante que el hecho —nunca, creo, mencionado por las escuelas— de que en nuestros intentos por recordar algo largo tiempo olvidado, con frecuencia llegamos a encontrarnos al borde mismo del recuerdo, sin poder, al fin, atraparlo. Y así, cuántas veces, en mi intensa revisión de los ojos de Ligeia sentí que me acercaba al conocimiento cabal de su

expresión, me acercaba, pero no era mío, y al final desaparecía por completo. Y (¡raro, ah, el más raro de los misterios!) encontraba en los objetos más comunes del universo un círculo de analogías con esa expresión.

Quiero decir que, después del tiempo en que la belleza de Ligeia irrumpió en mi espíritu, donde vivía como en un altar, yo sacaba de muchos objetos del mundo material una emoción parecida a la que provocaban en mí sus grandes pupilas luminosas. Pero no por eso puedo definir mejor esa emoción, ni analizarla, ni siquiera observarla en paz. La he reconocido a veces, repito, en una parra que crecía rápidamente, en la contemplación de una falena, de una mariposa, de una crisálida, de un arroyo veloz. La he sentido en el mar, en la caída de un meteorito. La he sentido en la mirada de los ancianos. Y hay una o dos estrellas en el cielo (especialmente una, de sexta magnitud, doble y cambiante, que puede verse cerca de la gran estrella de Lira) que, miradas con el telescopio, me han inspirado la misma emoción. Me ha llenado, al escuchar ciertos sones de instrumentos de cuerda, y no pocas veces al leer pasajes de determinados libros. Entre muchos ejemplos, recuerdo bien algo de una obra de Joseph Glanvill que (quizá simplemente por lo insólito, ¿quién sabe?) nunca ha dejado de inspirarme esa emoción: «Y allí está la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, con su vigor? Porque Dios no es más que una gran voluntad que impregna todas las cosas con su intensidad. El hombre no se rinde frente a los ángeles, ni cede frente a la muerte, como no sea por la debilidad de su frágil voluntad».

Los años pasados y los razonamientos ulteriores me han permitido buscar cierta remota conexión entre este pasaje del moralista inglés y un aspecto del carácter de Ligeia. La fuerza del pensamiento, de la acción, de la palabra era posiblemente en ella un resultado, o por lo menos un índice, de esa colosal voluntad que durante nuestras largas relaciones no dejó de dar otras pruebas más numerosas y evidentes de su existencia. De todas las mujeres que jamás he conocido, la exteriormente serena, la siempre apacible Ligeia, era presa con más violencia que nadie de los tumultuosos buitres de la dura pasión. Y no podía yo medir esa pasión como no fuese por el milagroso dilatarse de los ojos que me deleitaban y aterraban al mismo tiempo, por la

melodía casi mágica, la modulación, la claridad y la placidez de su voz tan profunda, y por la salvaje energía (doblemente efectiva por contraste con su manera de pronunciarlas) con que profería habitualmente sus palabras raras.

He hablado de la sabiduría de Ligeia: era inmensa, como nunca la hallé en una mujer. Su conocimiento de las lenguas clásicas era profundo, y en la medida de mis nociones sobre los modernos dialectos de Europa, nunca la descubrí en un error. A decir verdad, nunca descubrí en Ligeia un error en cualquier tema de su alabada erudición académica, admirada simplemente por esotérica. ¡De qué manera única y sagaz este punto de la naturaleza de mi esposa me atrajo tanto! Dije que sus conocimientos eran tales que jamás los hallé en otra mujer, pero ¿dónde está el hombre que ha cruzado, y con éxito, toda la amplia extensión de las ciencias morales, físicas y metafísicas? No vi entonces lo que ahora advierto claramente: que los intereses de Ligeia eran abrumadores y admirables; sin embargo, tenía suficiente conciencia de su infinita superioridad para guiarme como a un niño en el caos de la investigación metafísica, a la cual me entregué activamente durante los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué sentimiento de éxito, con qué viva satisfacción, con qué etérea esperanza sentía yo —cuando ella se entregaba conmigo a estudios poco frecuentes, poco conocidos— esa deliciosa perspectiva que se agrandaba lentamente ante mí, por cuyo largo y magnífico camino no andado podía al fin alcanzar la meta de una sabiduría demasiado estricta, demasiado divina para no ser prohibida!

¡Con qué dolor habré visto, después de algunos años, emprender vuelo a mis esperanzas y desaparecer! Sin Ligeia yo era un niño a tientas en la oscuridad. Solo su presencia, sus lecturas podían arrojar luz sobre los muchos misterios del trascendentalismo en los cuales nos refugiábamos. Privadas del radiante brillo de sus ojos, esas páginas, leves y doradas, se opacaron más que el plomo saturnino. Y aquellos ojos brillaron cada vez con menos frecuencia sobre las páginas que yo escrutaba. Ligeia cayó enferma. Los extraños ojos brillaron con un fulgor demasiado, demasiado magnífico; los pálidos dedos adquirieron la transparencia añil de la tumba y las venas azules de su alta frente latieron impetuosamente en las alternativas de la más ligera emoción. Vi que iba a morir y luché desesperadamente con el torvo

Azrael. Y las luchas de la apasionada esposa eran, para mi asombro, más enérgicas todavía que las mías. Muchos rasgos de su carácter hosco me habían convencido de que para ella la muerte llegaría sin terror, pero no fue así. Las palabras son impotentes para dar una idea de la feroz resistencia que opuso a la Sombra. Sollocé de angustia ante el triste espectáculo. Yo hubiera querido tranquilizar, hubiera querido reflexionar, pero en la intensidad de su salvaje deseo de vivir, vivir, solo vivir, el consuelo y la razón eran el colmo de la locura. Sin embargo, hasta el último momento, en las convulsiones más violentas de su espíritu indómito, no se conmovió la placidez exterior de su actitud. Su voz se tornó más suave, más profunda, pero yo no quería rezagarme en el raro significado de las palabras pronunciadas en paz. Mi mente titubeaba al escuchar fascinada una melodía sobrehumana, suposiciones y anhelos que la humanidad no había conocido hasta entonces.

De su amor no dudaba, y me era fácil intuir que, en un pecho como el suyo, este no reinaba como una pasión común. Pero solo en la muerte medí toda la fuerza de su afecto. Durante largas horas, reteniendo mi mano, desplegaba ante mí los excesos de un corazón cuya devoción más que apasionada llegaba a la idolatría. ¿Cómo había merecido yo la bendición de semejantes confesiones? ¿Cómo había merecido la condena de que mi amada me fuese arrebatada en el momento en que lo hacía? Pero no tolero más hablar sobre este punto. Solo diré que en el enamoramiento más que femenino de Ligeia, ay, inmerecido y dado sin ser yo digno, reconocí el principio de su ansioso, de su ardiente deseo de vida; esa vida que huía ahora tan velozmente. Soy incapaz de describir, no tengo palabras para expresar esa ansia salvaje, ese frenético deseo de vivir, solo vivir.

Murió a la medianoche. Antes me llamó con urgencia a su lado, pidiéndome que repitiera ciertos versos que había compuesto pocos días antes. La obedecí. Aquí están:

> ¡Es noche de gala
> en los últimos años de soledad!
> Una multitud de ángeles alados,
> con sus velos, bañados en lágrimas,
> son los espectadores de un teatro

donde miran un drama de esperanza y miedo,
mientras la orquesta toca
la música infinita de las esferas.
Imitadores del Dios que está en lo alto,
gruñen y murmuran como títeres,
van y vienen
y los apuran
inmensos cuerpos sin forma
que perturban el escenario sin parar,
batiendo sus alas desplegadas de Cóndor
sobre un Dolor invisible y largo.
¡Este drama múltiple no se olvidará,
jamás será olvidado!
Con su Fantasma siempre perseguido
por una multitud que no lo alcanza,
en un círculo de eterno retorno
al mismo lugar,
y mucho de Locura, y más de Pecado,
y más de Horror —el alma de la trama.
¡Pero mira: en la derrota de los imitadores
asoma una forma que repta!
¡Se retuerce roja como la sangre
en la escena solitaria!
¡Se retuerce y retuerce!
Y en tormentos los imitadores son su alimento,
y sus fauces destilan sangre humana,
y los serafines lloran.
¡Se apagan todas las luces, todas!
Y sobre cada forma temblorosa
cae el telón, un manto funerario,
que desciende como el desplome de una tormenta.
Y los pálidos ángeles, todos anémicos,
ya de pie revelan y afirman
que la obra es la tragedia del «Hombre»,
y que su héroe es el Gusano Conquistador.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Ligeia, incorporándose de un salto y elevando sus brazos al cielo en un movimiento espasmódico, apenas

terminé de recitar estos versos.

¡Oh, Dios! ¡Oh, Padre Celestial! ¿Estas cosas sucederán irremediablemente?

¿El Vencedor no será alguna vez vencido? ¿No somos una parte, una partícula de Ti? ¿Quién, quién conoce los misterios de la voluntad y su fuerza? El hombre no se rinde frente a los ángeles, ni cede frente a la muerte, como no sea por la debilidad de su frágil voluntad.

Entonces, como cansada por la emoción, dejó caer los brazos y volvió solemnemente a su lecho de muerte. Mientras, mezcló en sus labios sus últimos suspiros con un suave murmullo. Acerqué mi oído y distinguí de nuevo las palabras finales del pasaje de Glanvill: «El hombre no se rinde frente a los ángeles, ni cede frente a la muerte, como no sea por la debilidad de su frágil voluntad».

Ella murió y yo, deshecho, molido por el dolor, no pude aguantar más la desolación de mi casa ni a esa sombría y ruinosa ciudad a orillas del Rin. No me faltaba lo que el mundo llama fortuna. Ligeia me había dejado una buena herencia, una riqueza muchísimo más grande de lo que por lo común les toca a los mortales. Entonces, después de unos meses de vagabundeo aburrido, sin rumbo, compré y arreglé una abadía cuyo nombre no diré, en una de las más incultas y menos visitadas comarcas de la hermosa Inglaterra. La sombría y triste vastedad del edificio, el aspecto casi salvaje del dominio, los numerosos recuerdos melancólicos y venerables vinculados con ambos tenían mucho en común con los sentimientos de abandono total que me habían conducido a esa remota y huraña región del país.

Sin embargo, aunque el exterior de la abadía, arruinado, invadido por el musgo, sufrió pocos cambios, me dediqué con maldad pueril, y quizá con la débil esperanza de aliviar mis penas, a desplegar en su interior magnificencias más que reales. Siempre, hasta en la infancia, había sentido gusto por esas extravagancias, que reaparecieron como una compensación al dolor. ¡Ay, ahora sé cuánto de incipiente locura podía descubrirse en los lujosos y fantásticos tapices, en las solemnes esculturas de Egipto, en los extraños capiteles, en los muebles, en los delirantes diseños de las alfombras bordadas con oro! Me había convertido en un esclavo preso en las redes del opio, y mis trabajos y mis planes cobraron el color de mis sueños. Pero no me detendré a detallar estos absurdos. Hablaré tan solo de ese aposento por siempre

maldito, donde en un momento de enajenación conduje al altar —como sucesora de la inolvidable Ligeia— a Rowena Trevanion de Tremaine, la de rubios cabellos y ojos azules.

No hay una sola partícula de la arquitectura y la decoración de aquella cámara nupcial que no se presente ahora ante mis ojos. ¿Dónde tenía el corazón la altiva familia de la novia para permitir, movida por su sed de oro, que una doncella, una hija tan querida, pasara el umbral de un aposento tan adornado? He dicho que recuerdo minuciosamente los detalles de la cámara —yo, que tristemente olvido cosas de profunda importancia— y, sin embargo, no había orden ni armonía en aquel boato maravilloso que se impusieran a mi memoria. La habitación estaba en una alta torrecilla de la abadía fortificada, era pentagonal y de grandes dimensiones. Una única ventana ocupaba todo el lado sur del pentágono, era un enorme cristal de Venecia de una sola pieza de color plomizo; cuando los rayos del sol o de la luna lo atravesaban, caían con brillo tétrico sobre las cosas. En lo alto de la inmensa ventana se extendía el enrejado de una parra añosa que trepaba por los macizos muros de la torre. El techo, de roble oscuro, era altísimo, abovedado y decorado con los motivos más raros y grotescos, de un estilo semigótico, semidruídico. Del centro mismo de esa melancólica bóveda colgaba, de una sola cadena de oro de largos eslabones, un inmenso incensario del mismo metal, en estilo sarraceno, con múltiples perforaciones dispuestas de tal manera que, a través de ellas, como dotadas de la vitalidad de una víbora, se veían contorsiones continuas de llamas multicolores.

Había algunos sillones y candelabros orientales dorados. El lecho nupcial era de estilo indio, bajo, esculpido en ébano macizo, con un baldaquín semejante a un telón funerario. En cada uno de los ángulos de la alcoba había un inmenso sarcófago de granito negro proveniente de las tumbas reales edificadas frente a Luxor, con sus antiguas tapas cubiertas de relieves remotos. Pero en el cortinaje se hallaba, ay, la fantasía más importante. Las elevadas paredes, de formidable altura —al punto de ser desproporcionadas—, estaban cubiertas de arriba abajo, en extensos pliegues, por una pesada y tupida tapicería, de un material similar al de la alfombra del suelo, la cubierta de los sillones y el lecho de ébano, del baldaquín y de las pomposas formas de los

cortinajes que ocultaban parcialmente la ventana. Ese material era el más rico tejido de oro, cubierto íntegramente, con intervalos irregulares, por arabescos en realce, de un pie de diámetro, de negro azabache.

Pero estas figuras solo participaban de la condición de arabescos cuando se las miraba desde un determinado ángulo. Por un procedimiento hoy común, que puede en verdad rastrearse en periodos muy remotos de la Antigüedad, cambiaban de aspecto. Para el que entraba en la habitación tenían la apariencia de simples monstruosidades, pero, al acercarse, esta apariencia desaparecía gradualmente y, paso a paso, a medida que el visitante cambiaba de posición en el recinto, se veía rodeado por una infinita serie de formas horribles pertenecientes a la superstición de los normandos o nacidas en los sueños culpables de los monjes. El efecto fantasmagórico se incrementaba por la incursión artificial de una fuerte y continua corriente de aire detrás de los tapices, la cual daba una espantosa e inquietante animación al conjunto.

Entre esas paredes, en esa cámara nupcial, pasé con Rowena de Tremaine las impías horas del primer mes de nuestro matrimonio, y las pasé sin demasiado nerviosismo. Que mi esposa me tuviera miedo por mi carácter severo, que me huyera y no me amara, no podía pasarlo por alto, pero me causaba más placer que otra cosa. Mi memoria volaba (¡ah, con qué intensa nostalgia!) hacia Ligeia, la amada, la venerable, la bella, la enterrada. Me extasiaba con el recuerdo de su pureza, de su sabiduría, de su naturaleza elevada, etérea, de su amor apasionado. Ahora mi espíritu ardía plena y libremente, con más intensidad que el suyo. En el ardor de mis sueños de opio (pues me hallaba habitualmente esclavizado por la droga) gritaba su nombre en el silencio de la noche, o durante el día, en los sombreados refugios de los valles, como si con esa salvaje excitación, con la solemne pasión, con el fuego devorador de mi deseo por la difunta, pudiera restituirla a la senda que había abandonado —ah, ¿era posible que fuese para siempre?— en la tierra.

Al comenzar el segundo mes de nuestro matrimonio, Rowena enfermó súbitamente y se repuso con lentitud. La fiebre que la consumía perturbaba sus noches, y en su inquieto semisueño hablaba de sonidos, de movimientos que se producían en la cámara de la torre,

cuyo origen atribuí a los extravíos de su imaginación o quizás a la fantasmagórica influencia de la cámara misma. Llegó, al fin, la recuperación y, por último, el restablecimiento total. Sin embargo, había pasado un breve periodo cuando un segundo trastorno, aún más violento, la postró en su lecho de dolor, y de esta indisposición, su naturaleza, que siempre fue débil, nunca se repuso del todo. Su enfermedad, desde entonces, tuvo una alarmante intermitencia que desafiaba el conocimiento y los grandes esfuerzos de los médicos. Con la aceleración de su mal crónico —el cual parecía haber invadido de tal modo su constitución que era imposible extirparlo por medios humanos—, pude observar una acentuación de su irritabilidad y de sus miedos, causados por motivos insignificantes. De nuevo hablaba, y ahora con más frecuencia e insistencia, de los sonidos, de los tenues sonidos y de los movimientos insólitos en las cortinas.

Una noche, cercana a los últimos días del mes de septiembre, este penoso tema me alarmó más que nunca. Acababa de despertar de un sueño intranquilo; yo había estado observando con ansiedad y un vago terror los gestos de su cara esquelética. Me senté junto a su lecho de ébano, en uno de los sillones de la India. Se incorporó a medias y habló, con un susurro ansioso, bajo, de los sonidos que estaba oyendo y yo no podía oír, de los movimientos que estaba viendo y yo no podía percibir. El viento soplaba velozmente detrás de los tapices y quise mostrarle (cosa en la cual, debo decirlo, no creía yo del todo) que aquellos suspiros casi inarticulados y aquellas levísimas variaciones de las figuras de la pared eran tan solo los naturales efectos de la habitual corriente de aire. Pero la palidez mortal que se extendió por su rostro me probó que mis esfuerzos por calmarla serían inútiles. Pareció desmayarse y no había criados a quien recurrir. Recordé el lugar donde había una botella de vino ligero que le habían prescrito los médicos, y crucé presuroso el aposento en su busca. Pero, al llegar bajo la luz del incensario, dos circunstancias sorprendentes llamaron mi atención. Sentí que un objeto palpable, aunque invisible, rozaba levemente mi persona, y vi que en la alfombra dorada, en el centro mismo del resplandor que lanzaba el incensario, había una sombra, una sombra leve, indefinida, de aspecto angélico, como cabe imaginar la sombra de una sombra. Yo estaba tocado por la embriaguez de una desenfrenada dosis de opio, no le di importancia a

esas cosas y no se las mencioné a Rowena. Encontré el vino, crucé nuevamente la cámara y llené un vaso, que llevé a los labios de la desmayada. Ya se había recobrado un tanto, sin embargo, tomó el vaso entre sus manos, mientras yo me dejaba caer en el sillón que tenía cerca, con los ojos fijos en ella. Fue entonces cuando percibí claramente un paso suave en la alfombra, cerca del lecho, y un segundo después, mientras Rowena alzaba la copa de vino hasta sus labios, vi o quizá soñé que veía caer dentro del vaso, como surgido de un invisible surtidor en la atmósfera del aposento, tres o cuatro grandes gotas de fluido brillante, del color del rubí. Yo lo vi, pero no ocurrió lo mismo con Rowena. Tomó el vino sin titubear y me abstuve de hablarle de una circunstancia que, según pensé, debía considerarse como sugestión de mi imaginación excitada, cuya actividad mórbida crecía por el terror de mi mujer, el opio y la hora.

Sin embargo, observé que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, el mal de mi esposa se agravaba, de tal modo que la tercera noche, las manos de sus doncellas la prepararon para la tumba, y la cuarta la pasé solo, con su cuerpo amortajado, en aquella maravillosa habitación que la recibiera recién casada. Extrañas visiones causadas por el opio aleteaban como sombras delante de mí. Advertí con ojos inquietos los sarcófagos en los ángulos de la habitación, las cambiantes figuras de los tapices, las contorsiones de las llamas multicolores en el incensario colgado. Mis ojos cayeron entonces, mientras trataba de recordar las circunstancias de una noche anterior, en el lugar donde, bajo el resplandor del incensario, había visto las débiles huellas de la sombra. Pero ya no estaba allí, y respirando con más libertad, volví la mirada a la pálida y rígida figura tendida en el lecho. Entonces me asaltaron mil recuerdos de Ligeia, y cayó sobre mi corazón, con la turbulenta violencia de una marea, todo el inenarrable dolor con que había mirado su cuerpo amortajado. La noche avanzaba, y con el pecho lleno de amargos pensamientos, cuyo objeto era mi único, mi supremo amor, permanecí contemplando el cuerpo de Rowena.

Quizá fuera medianoche, tal vez más temprano o más tarde, no tenía conciencia del tiempo, cuando un gemido sofocado, suave, pero muy claro, me sacó bruscamente de mi ensueño. Sentí que venía del lecho de ébano, del lecho de muerte. Presté atención en una agonía de

terror supersticioso, pero el sonido no se repitió. Esforcé la vista para descubrir algún movimiento del cadáver, pero no me percaté de nada. Sin embargo, no podía haberme equivocado. Había oído el ruido, aunque débil, y mi espíritu estaba despierto. Mantuve con decisión, con perseverancia, la atención clavada en el cuerpo. Transcurrieron algunos minutos sin que ningún suceso arrojara luz sobre el misterio. Por fin, fue evidente que un color ligero, muy débil y apenas perceptible, se difundía bajo las mejillas y a lo largo de las hundidas venas de los párpados. Con una especie de espanto, de miedo indecible, que no tiene en el lenguaje humano expresión suficientemente enérgica, sentí que mi corazón dejaba de latir, que mis miembros se ponían duros.

Sin embargo, el sentimiento del deber me recuperó. Ya no podía dudar de que nos habíamos apresurado en los preparativos, de que Rowena aún vivía. Era necesario hacer algo inmediatamente, pero la torre estaba muy apartada de las dependencias de la servidumbre, no había nadie cerca, yo no tenía modo de llamar en mi ayuda sin abandonar la habitación unos minutos, y no podía aventurarme a salir. Luché solo en mi intento de volver a la vida ese espíritu aún vacilante. Pero, al cabo de un breve periodo, fue evidente la recaída; el color desapareció de los párpados y las mejillas, dejándolos más pálidos que el mármol; los labios estaban doblemente apretados y contraídos en la espectral expresión de la muerte; una viscosidad y un frío repulsivos cubrieron rápidamente la superficie del cuerpo, y la habitual rigidez cadavérica sobrevino de inmediato. Volví a desplomarme con un temblor en el sillón de donde me levantara tan bruscamente y de nuevo me entregué a mis apasionadas visiones de Ligeia.

Así transcurrió una hora cuando (¿era posible?) advertí por segunda vez un vago sonido procedente de la zona del lecho. Presté atención en el colmo del horror. El sonido se repitió: era un suspiro. Precipitándome hacia el cadáver, vi —claramente— temblar los labios. Un minuto después se entreabrían, descubriendo una brillante línea de dientes nacarados. El asombro luchaba ahora en mi pecho con un profundo pánico. Sentí que mi vista se nublaba, que mi razón se perdía, y solo con un violento esfuerzo logré recobrar ánimos para ponerme a hacer lo que mi deber me demandaba una vez más. Había

ahora cierto color en la frente, en las mejillas y en la garganta; un calor perceptible invadía todo el cuerpo; hasta se sentía latir levemente su corazón. Mi esposa vivía, y con redoblado ardor me entregué a la tarea de resucitarla. Froté y friccioné las sienes y las manos, y utilicé todos los medios que la experiencia y no pocas lecturas médicas me aconsejaban. Pero fue en vano. De pronto, el color huyó, las pulsaciones cesaron, los labios recobraron la expresión de la muerte y, un instante después, todo el cuerpo alcanzaba el frío del hielo, el color cadavérico, la rigidez intensa, el aspecto consumido y todas las horrorosas características de quien ha sido, por muchos días, habitante de la tumba.

Otra vez me hundí en las visiones de Ligeia, y de nuevo (¿quién ha de sorprenderse de que me estremezca al escribirlo?), de nuevo llegó a mis oídos un gemido ahogado que venía de la zona del lecho de ébano. Pero, ¿cómo definir el horror de aquella noche? ¿Cómo relatar el drama horrible de la resurrección en el momento del alba gris, cómo contar cada espantosa recaída que terminaba en una muerte más rígida y aparentemente más irremediable, cómo describir esa agonía que parecía la lucha contra algún enemigo invisible, cómo cada lucha era sucedida por no sé qué extraño cambio en el aspecto del cuerpo? Permitidme que abrevie.

La mayor parte de la aterradora noche había pasado, y la que estuviera muerta se movió otra vez, ahora con más fuerza, como si despertase de una disolución más horrenda y más irreparable. Yo había dejado de luchar o de moverme hacía rato, y permanecía rígido, sentado en el sillón, presa indefensa de un torbellino de violentas emociones, de todas las cuales el miedo era quizá la menos terrible, la menos devoradora. El cadáver, repito, se movía, y ahora con más fuerza que antes. Los colores de la vida cubrieron con inusitada energía el rostro, los miembros se relajaron y, de no ser por los párpados aún apretados y por las vendas y paños que daban un aspecto sepulcral a la figura, podía haber soñado que Rowena había sacudido por completo las cadenas de la muerte. Pero si entonces no acepté del todo esta idea, por lo menos pude salir de dudas cuando, levantándose del lecho, a tientas, con débiles pasos, con los ojos cerrados y la manera peculiar de quien se ha extraviado en un sueño, aquel ser amortajado avanzó temerariamente, a las claras, hasta el

centro del cuarto.

No temblé, no me moví. Una multitud de ideas inexpresables vinculadas con el aire, la estatura, el porte de la figura cruzaron velozmente por mi cerebro, paralizándome y convirtiéndome en piedra. No me moví, pero contemplé la aparición. Reinaba un caos en mis pensamientos, un tumulto incontenible. ¿Podía ser realmente Rowena viva la figura que tenía delante? ¿Podía ser realmente Rowena, Rowena Trevanion de Tremaine, la de los cabellos rubios y los ojos azules?

¿Por qué, por qué lo dudaba? El vendaje apretaba la boca, pero ¿podía no ser la boca de Rowena de Tremaine? Y las mejillas —con rosas como en la plenitud de su vida—, sí podían ser en verdad las hermosas mejillas de la viviente señora de Tremaine. Y el mentón, con sus hoyuelos, como cuando estaba sana, ¿podía no ser el suyo? Pero entonces, ¿había crecido ella durante su enfermedad? ¿Qué inenarrable locura me invadió al pensarlo? De un salto llegué a sus pies. Estremeciéndose a mi contacto, dejó caer de la cabeza las horribles vendas que la envolvían, y entonces, en el aire crispado de la habitación, se derrumbó una enorme masa de pelo desordenado, más negro que las alas de cuervo de la medianoche. Y, lentamente, se abrieron los ojos de la figura que estaba ante mí. «¡Aquí, entonces, en esto al menos —grité—, nunca, nunca podré equivocarme! ¡Son estos ojos los grandes ojos, los ojos negros, los extraños ojos de mi amor perdido, los ojos de ella... los ojos de Ligeia!».

8

EL HOMBRE DE LA MULTITUD

(The Man of the Crowd, 1840)

«Qué desdicha no poder estar solo».

JEAN DE LA BRUYÈRE

Se ha dicho de cierto libro alemán que «no se deja leer». Hay ciertos secretos que no se dejan pronunciar. Hay hombres que mueren de noche en sus camas, estrechando las manos de confesores sombríos, mirándolos a los ojos; mueren con el corazón desesperado y la garganta oprimida por misterios que no permiten ser revelados. Una y otra vez, ¡ay!, la conciencia humana sufre una carga pesada de horror; solo puede abandonarla en la tumba, para que la esencia de todo crimen quede silenciada.

No hace mucho tiempo, en un atardecer de otoño, estaba sentado junto a la gran ventana que sirve de mirador al café D., en Londres. Después de varios meses de enfermedad, me sentía convaleciente y, con el retorno de mis fuerzas, notaba esa agradable situación que es el reverso exacto del tedio: situación llena de apetencia, en la que se disipa el aliento de la visión interior, y la inteligencia exaltada sobrepasa su nivel cotidiano, así como la vivaz aunque ingenua razón de Leibniz sobrepasa la loca y débil retórica de Gorgias. El solo hecho de respirar era placentero, hasta en muchas fuentes de dolor yo encontraba placer. Sentía un interés sereno, pero inquisitivo, hacia todo lo que me rodeaba. Con un cigarro en los labios y un periódico en las rodillas, me había entretenido gran parte de la tarde, leyendo anuncios, contemplando la concurrencia del salón, mirando hacia la calle a través de los cristales velados por el humo.

Esa calle es una de las principales avenidas de la ciudad, durante todo el día había transitado por ella una densa multitud. Al anochecer, la afluencia aumentó, y cuando encendieron las lámparas, pudo verse una doble y continua corriente de transeúntes presurosos

ante la puerta. Nunca había estado a esa hora en el café, y el mar alborotado de cabezas me emocionó deliciosamente. Terminé por despreocuparme de lo que pasaba dentro y me abstraje en la observación de la escena exterior. Al principio, mis reflexiones eran abstractas y generales. Miraba a los caminantes y pensaba en la masa. De pronto pasé a los detalles, examiné minucioso las figuras, la ropa, las apariencias, los modos, los rostros y sus expresiones. La mayoría de los que pasaban tenían un aire serio pero satisfecho; solo parecían pensar en la manera de abrirse paso en el amontonamiento. Fruncían las cejas y giraban los ojos; cuando otros transeúntes los empujaban, no daban señales de impaciencia, sino que se alisaban la ropa y seguían acelerados. Otros, también en gran número, se movían incansables, con las caras coloradas, hablando y gesticulando consigo mismos como si la densidad de la masa que los rodeaba los hiciera sentirse solos. Cuando encontraban un obstáculo a su paso cesaban de mascullar pero redoblaban su gesticulación, esperando con sonrisa forzada y ausente que los demás les abrieran camino. Cuando los empujaban, se deshacían en saludos hacia los responsables y parecían confundidos. Pero, fuera de lo que he señalado, no se advertía nada distintivo en esas dos clases tan numerosas. Sus trajes pertenecían a la categoría tan agudamente denominada decente. Se trataba fuera de duda de gentileshombres, comerciantes, abogados, traficantes y agiotistas; de aristócratas y gente común; de dueños de su tiempo, ocupados en sus asuntos personales, gerentes de negocios. Ninguno de ellos me llamó la atención. El grupo de los empleados era muy evidente, y en él discerní dos notables divisiones. Estaban los empleados menores de las casas lujosas, jóvenes de trajes ajustados, zapatos relucientes, cabellos engominados y bocas arrogantes. Dejando de lado un cierto garbo que, a falta de mejor palabra, cabría llamar oficinesco, el aire de dichas personas me parecía el exacto facsímil de lo que un año o año y medio antes había constituido la perfección del buen tono. Afectaban las maneras ya desechadas por la clase media —y esto, creo, da la mejor definición posible de su posición—. La división formada por los empleados superiores de las firmas sólidas, los «viejos tranquilos», era inconfundible. Se los reconocía por sus chaquetas y pantalones negros o pardos, cortados para ser cómodos; las corbatas y chalecos, blancos; los zapatos,

anchos y sólidos; y las polainas o las medias, gruesas y abrigadas. Todos mostraban señales de calvicie, y la oreja derecha, habituada a sostener desde hacía muchos años un lápiz, aparecía extrañamente separada. Noté que siempre se quitaban o ponían el sombrero con las dos manos y que llevaban relojes con cadenas de oro cortas y macizas. Era la suya la afectación de la dignidad, si es que puede existir una afectación tan honorable. Había aquí y allá muchos tipos de apariencia brillante, que reconocí fácilmente como pertenecientes a esa especie de carteristas elegantes que infesta todas las grandes ciudades. Miré a dichos personajes con detención y me resultó difícil concebir cómo los caballeros podían confundirlos con sus semejantes. Lo exagerado del puño de sus camisas y el aire de excesiva franqueza los traicionaba inmediatamente. Los jugadores profesionales eran más fácilmente reconocibles. Vestían toda clase de trajes, desde el pequeño apostador de feria, con su chaleco de terciopelo, corbatín de fantasía, cadena dorada y botones de filigrana, hasta el pícaro, vestido con clerical sencillez para no despertar sospechas. Sin embargo, todos ellos se distinguían por el tostado de la piel, la mirada perdida y los labios apretados. Había, además, otros dos rasgos que me permitían identificarlos siempre: un tono reservadamente bajo al conversar, y la extensión más que ordinaria del pulgar, que se abría en ángulo recto con los dedos. Junto a estos tahúres observé muchas veces a hombres vestidos de manera algo diferente, sin dejar de ser pájaros del mismo plumaje. Cabría definirlos como caballeros que viven de su ingenio. Parecen precipitarse sobre el público en dos batallones: el de los dandis y el de los militares. En el primer grupo, los rasgos característicos son el pelo largo y la sonrisa; en el segundo, el frac y el aire cejijunto. Bajando por la escala de lo que da en llamarse superioridad social, encontré temas de especulación más sombríos y profundos. Vi mercachifles, con ojos brillantes de halcón; mendigos callejeros profesionales, rechazando con violencia a otros mendigos, a quienes solo la desesperación había arrojado a la calle a pedir limosna; inválidos fantasmales, sobre los cuales la muerte apoyaba una mano mientras avanzaban vacilantes entre la muchedumbre, mirando cada rostro con aire de imploración, como si buscaran un consuelo casual o alguna perdida esperanza; modestas jóvenes que volvían tarde de su penosa labor y se encaminaban a sus fríos

hogares, retrayéndose más afligidas que indignadas ante las ojeadas de los rufianes, cuyo contacto directo no les era posible evitar; putas de toda clase y edad, con la inequívoca belleza en plenitud, que llevaba a pensar en la estatua de Luciano, por fuera de mármol de Paros y por dentro llena de basura; la horrible leprosa harapienta, en el último grado de la ruina; el vejestorio lleno de arrugas, joyas y cosméticos, que hace un último esfuerzo para salvar la juventud; la niña virgen que coquetea con el devorador deseo de igualarse con sus mayores en el desenfreno; algunos borrachos harapientos, tambaleándose, incapaces de articular palabra, con la cara amoratada y los ojos tristes; otros borrachos, con buena ropa aunque sucia, con aire provocador pero vacilante, labios gruesos sensuales y caras gordas; otros, vestidos con trajes que alguna vez fueron buenos y que todavía están cepillados cuidadosamente, hombres que caminan con paso más firme y más vivo que el natural, pero cuyos rostros se ven pálidos, los ojos inyectados en sangre, y que mientras avanzan a través de la multitud se toman con dedos temblorosos todos los objetos a su alcance; y, junto a ellos, pasteleros, mozos de cordel, carboneros, deshollinadores, organilleros, exhibidores de monos amaestrados, cantores callejeros, los que venden mientras los otros cantan, artesanos andrajosos, obreros de toda clase, vencidos por el agobio, y todo ese muestrario colmado de una estrepitosa y caótica energía, que sonaba desafinada en los oídos y creaba en los ojos una emoción dolorosa.

Mientras la noche se hacía más profunda, más profundo era mi interés por la escena; el aspecto general de la multitud cambiaba (sus rasgos más agradables desaparecían a medida que el sector ordenado de la población se iba y los más brutos se añadían con todas sus infamias desde sus guaridas), los resplandores del gas, débiles al comienzo de la lucha contra el día, ganaban por fin, y esparcían en derredor una luz agitada y deslumbrante. Todo era negro y, sin embargo, espléndido, como el ébano con el cual fue comparado el estilo de Tertuliano. Los efectos de la luz me obligaron a examinar individualmente las caras de las gentes y, aunque la rapidez con que aquel mundo pasaba delante de la ventana me impedía lanzar más de una ojeada a cada rostro, me pareció que, en mi singular disposición de ánimo, era capaz de leer en una mirada la historia de una vida.

Con la frente pegada a los cristales, me ocupaba en observar a la multitud, cuando de pronto, se me hizo visible un rostro (el de un anciano decrépito de unos sesenta y cinco o setenta años) que absorbió toda mi atención a causa de la absoluta singularidad de su expresión. Jamás había visto nada que se pareciese remotamente a ella. Recuerdo que al contemplarla, mi primer pensamiento fue que si Retzch la hubiera visto, la hubiera preferido a sus propias encarnaciones pictóricas del demonio. Mientras procuraba, en el breve instante de mi observación, analizar el sentido de lo que había experimentado, crecieron paradójicamente en mi cabeza las ideas de enorme capacidad mental, cautela, penuria, avaricia, frialdad, malicia, sed de sangre, triunfo, alborozo, terror excesivo y de intensa, suprema desesperación. «¡Qué extraordinaria historia está escrita en ese pecho!», me dije. Nacía en mí el deseo de no perder de vista a aquel hombre, de saber más sobre él. Poniéndome rápidamente el abrigo y tomando sombrero y bastón, salí a la calle y me abrí paso entre la multitud en la dirección que le había visto tomar. Después de algunos problemas, lo observé otra vez; lo seguí de cerca, cautelosamente, para no llamar su atención. Ahora tenía una buena oportunidad para revisarlo. Era flaco y petiso, y aparentaba estar muy débil. Vestía harapos mugrientos, pero cuando la luz de un farol lo alumbraba de lleno, se notaba que su camisa, aunque sucia, era de excelente tela y, si mis ojos no me engañaban, a través de una rotura del abrigo de segunda mano que lo envolvía, alcancé a ver el resplandor de un diamante y de un puñal. Estas observaciones excitaron mi curiosidad y resolví seguir al desconocido adondequiera que fuese.

En la noche cerrada, la niebla húmeda y densa que envolvía la ciudad no tardó en convertirse en lluvia. El cambio de clima produjo un efecto raro en la multitud, que volvió a sacudirse y se refugió bajo un mundo de paraguas. El movimiento, los empujones y el ruido se hicieron diez veces más vivos. La lluvia no me importaba demasiado; en mi cuerpo se escondía una antigua fiebre para la cual la humedad era un placer peligrosamente sensual. Me puse un pañuelo sobre la boca y seguí andando. Durante media hora, el viejo se abrió camino con dificultad a través de la gran avenida, y yo seguía pegado a él por miedo a perderlo de vista. Como jamás se volvía, nunca me vio. Entramos en una calle transversal muy concurrida, aunque no tanto

como la que acabábamos de dejar. Inmediatamente, advertí un cambio en su actitud. Caminaba más despacio, de manera menos decidida que antes, y parecía dudar. Cruzó repetidas veces a un lado y otro de la calle, sin un propósito aparente; la multitud era todavía tan densa que me veía obligado a seguirlo de cerca. La calle era angosta y larga, y la caminata duró casi una hora, durante la cual los transeúntes fueron disminuyendo hasta reducirse al número que habitualmente puede verse al mediodía en Broadway, cerca del parque (pues tanta es la diferencia entre una muchedumbre londinense y la de la ciudad norteamericana más populosa). Un cambio de dirección nos llevó a una plaza muy iluminada y vivaz. El desconocido recuperó su actitud primitiva. Dejó caer el mentón sobre el pecho, mientras sus ojos giraban extrañamente bajo el entrecejo fruncido, mirando en todas direcciones hacia los que le rodeaban. Se abría camino, firme y seguro. Me sorprendió, sin embargo, advertir que, luego de completar la vuelta a la plaza, volvía sobre sus pasos. Y mucho más me asombró verlo repetir varias veces el mismo camino, en una de cuyas ocasiones estuvo a punto de descubrirme cuando se volvió bruscamente.

Otra hora pasó en este modo, al fin de la cual los transeúntes habían disminuido sensiblemente. Seguía lloviendo con fuerza, hacía frío y la gente se iba a sus casas. Con un gesto de impaciencia, el vagabundo entró en una calle lateral comparativamente desierta. Durante casi cuatrocientos metros anduvo por ella con una agilidad rara para una persona de tanta edad, y me obligó a gastar mis fuerzas para poder seguirlo. En pocos minutos llegamos a una feria muy grande y concurrida, cuya disposición parecía ser familiar al desconocido. Inmediatamente, recobró su actitud anterior, mientras se abría paso a un lado y otro, sin propósito alguno, mezclado con la muchedumbre de compradores y vendedores.

Durante la hora y media que pasamos en el lugar debí actuar con cautela para mantenerme cerca sin ser descubierto. Afortunadamente, llevaba galochas que me permitían andar sin hacer ruido. En ningún momento notó el viejo que lo espiaba. Entró de tienda en tienda, sin informarse de nada, sin decir palabra, mirando la mercadería con ojos ausentes y extraviados. A esta altura, me asombraba su conducta y estaba resuelto a no perderle pisada hasta satisfacer mi curiosidad. Un reloj dio las once y los concurrentes empezaron a abandonar la feria.

Al cerrar un postigo, uno de los tenderos empujó al viejo e, instantáneamente, vi que corría por su cuerpo un estremecimiento. Se lanzó a la calle, mirando ansiosamente en todas direcciones, y corrió con increíble velocidad por varias callecitas sinuosas y abandonadas, hasta volver a salir a la gran avenida de donde habíamos partido, la calle del hotel D. Pero el aspecto del lugar había cambiado. La luz de gas brillaba todavía, la lluvia redoblaba su fuerza y solo alcanzaban a verse pocas personas. El desconocido empalideció. Con aire triste anduvo algunos pasos por la avenida antes tan populosa; luego, con un profundo suspiro, giró en dirección al río y, metiéndose en una intrincada serie de atajos y pasajes, llegó finalmente ante uno de los más grandes teatros de la ciudad. Ya cerraban sus puertas y la multitud salía a la calle. Vi que el viejo jadeaba como si buscara aire fresco en el momento en que se lanzaba a la multitud, pero me pareció que el tormento que antes mostraba su cara se había disipado. Otra vez cayó su cabeza sobre el pecho; estaba como lo había visto al comienzo. Noté que seguía el camino que tomaba la mayoría del público, pero me era imposible entender el misterio de sus actos. Mientras andábamos, los grupos se hicieron menos compactos y la inquietud del viejo volvió a manifestarse. Durante un rato, siguió a una ruidosa banda de una docena de personas, pero poco a poco sus integrantes se fueron separando, hasta que solo tres de ellos quedaron juntos en una calleja angosta y sombría, casi desierta. El desconocido se detuvo y por un momento pareció perdido en sus pensamientos; después, agitado, siguió rápido por una ruta que nos llevó a los límites de la ciudad y a zonas muy diferentes a las que habíamos atravesado. Era el barrio más estridente de Londres, donde cada cosa ostentaba los peores estigmas de la pobreza y el crimen. A la luz de uno de los pocos faroles se veían altos, antiguos y deteriorados edificios de madera, peligrosamente inclinados, de manera tan caprichosa que apenas si podía discernirse entre ellos algo así como un pasaje. Las piedras del pavimento estaban ubicadas al azar, arrancadas de sus lechos por malezas y cizañas. Excrementos y basura inmunda se acumulaban en las cunetas. La atmósfera era desolada. Sin embargo, a medida que avanzábamos, los sonidos de la vida humana crecían gradualmente, y al final, nos encontramos entre grupos de la más vil gentuza de Londres, que se paseaban

tambaleantes de un lado a otro. Otra vez pareció reanimarse el viejo, como una lámpara cuyo aceite está a punto de extinguirse. Otra vez echó a andar con pasos ágiles. Doblamos bruscamente en una esquina, nos envolvió una luz brillante y nos vimos frente a uno de los enormes templos suburbanos del Desenfreno, uno de los palacios del demonio. Faltaba ya poco para el amanecer, pero gran cantidad de miserables borrachos entraban y salían todavía por la puerta. Con un sofocado grito de alegría, el viejo se abrió paso hasta el interior, adoptó al punto su actitud primitiva y anduvo de un lado a otro entre la multitud, sin motivo aparente. No llevaba mucho tiempo así, cuando un súbito movimiento general hacia la puerta reveló que la casa estaba a punto de ser cerrada. Algo más intenso que la desesperación apareció en la cara del extraño ser a quien venía observando con tanta porfía. No dudó en su carrera, con una energía de loco volvió sobre sus pasos hasta el corazón de la enorme Londres. Corrió rápidamente y durante largo tiempo, mientras yo lo seguía, en el colmo del asombro, resuelto a no abandonar algo que me interesaba más que cualquier otra cosa. Salió el sol mientras seguíamos andando y, cuando llegamos de nuevo a ese punto donde se concentra la actividad comercial de la populosa ciudad, a la calle del hotel D., la vimos casi tan llena de gente y de actividad como la tarde anterior. Y aquí, entre la confusión que crecía, me obstiné en mi persecución. Pero, como siempre, andando de un lado a otro, durante todo el día no se alejó del torbellino de aquella calle. Cuando llegaron las sombras de la segunda noche, y yo me sentía muy cansado, enfrenté al vagabundo y me detuve, mirándolo fijamente en la cara. Sin reparar en mí, reanudó su paseo, mientras yo, cesando de perseguirlo, quedaba inmerso en su contemplación.

—Este viejo —dije— representa el arquetipo del crimen. Se niega a estar solo. Es el hombre de la multitud. Sería inútil seguirlo, porque nada más aprenderé sobre él y sus actos. El peor corazón del mundo es un libro más odioso que un ejemplar del *Hortulus Animae*, y quizá sea uno de los grandes regalos de Dios, el que «no se deja leer».

9

MANUSCRITO ENCONTRADO EN UNA BOTELLA

(MS Found in a Bottle, 1833)

«*Quin'a plus qu'un moment à vivre n'a plus rien à dissimuler*».
(Quien no tiene más que un instante de vida, ya no tiene nada que disimular).

PHILIPPE QUINAULT, *Atys*

Sobre mi país y sobre mi familia tengo poco para decir. Un trato injusto y el paso de los años me han alejado de uno y enemistado con la otra. Por mi patrimonio accedí a una muy buena educación y mi curiosidad me permitió sistematizar los saberes adquiridos. Por sobre todas las cosas me daba un gran placer estudiar a los moralistas alemanes; no por una equivocada devoción por su locura retórica, sino por la naturalidad con que mis severos hábitos mentales me permitían revelar sus falacias. Me han criticado con dureza por el rigor de mi inteligencia y mi falta de imaginación. Siempre me he destacado por el escepticismo de mis opiniones. En realidad, tengo miedo de que mi inclinación por la física haya dejado en mi mente un error muy común en esta época: la costumbre de referir sucesos, aun los menos susceptibles de dicha referencia, a los principios de esa disciplina. No creo que haya nadie menos propenso que yo a alejarse de la verdad. No me dejo llevar por los fuegos fatuos de la superstición. Me ha parecido adecuado aclarar esta premisa, para que la historia increíble que debo contar no sea considerada el desvarío de una imaginación disparatada, sino la experiencia real de una mente para quien la fantasía ha sido letra muerta y estupidez.

Luego de muchos años de viajar por el mundo, en el año 18… me embarqué en el puerto de Batavia, en la floreciente y populosa isla de Java, en un crucero por el archipiélago de las islas Sonda. Navegaba como un pasajero más, empujado por una especie de nerviosismo que

me hostigaba como un espíritu del mal.

Nuestro hermoso barco, de unas cuatrocientas toneladas, había sido construido en Bombay en madera de teca de Malabar con remaches de cobre. Transportaba algodón en rama y aceite desde las islas Laquedivas. También llevábamos a bordo fibra de corteza de coco, azúcar negra de las Islas Orientales, manteca clarificada de leche de búfalo, granos de cacao y algunos cajones de opio. La carga había sido mal estibada y el barco se ladeaba. Zarpamos apenas impulsados por una leve brisa y durante muchos días permanecimos cerca de la costa oriental de Java, sin otro incidente que quebrara la monotonía de nuestro curso que el ocasional encuentro con los pequeños barquitos de dos mástiles del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, apoyado sobre la baranda de la borda de popa, vi hacia el noroeste una nube rara y aislada. Era notable, no solo por su color, sino por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La miré con atención hasta la puesta del sol, cuando de repente se extendió hacia este y oeste, ciñendo el horizonte con una angosta franja de vapor y adquiriendo la forma de una larga línea de playa. Me sorprendió el tono rojo oscuro de la luna, y el aspecto cambiante del mar, el agua se veía más transparente que de costumbre. Pese a que alcanzaba a ver claramente el fondo, al echar la sonda comprobé que el barco navegaba a quince brazas de profundidad. Entonces el aire se puso insoportablemente caliente y cargado de emanaciones helicoidales, parecidas a las que despide un hierro al rojo vivo. Mientras anochecía, iba desapareciendo la brisa. Era imposible encontrar una paz mayor. No se movía la llama de la vela que iluminaba la cubierta, y un pelo sostenido entre dos dedos colgaba inanimado. Sin embargo, el capitán dijo que no percibía peligros. Como navegábamos a la deriva en dirección a la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No apostó vigías y la tripulación, compuesta en su mayoría por malayos, se tendió a descansar sobre cubierta. Yo bajé… asustado por un mal presentimiento. Todas las apariencias me advertían la inminencia de un ciclón. Le conté mis miedos al capitán, pero no me prestó atención y se alejó sin responder. Mi nerviosismo no me dejaba dormir. A medianoche subí a cubierta. Al apoyar el pie sobre el último peldaño de la escalera me sobresaltó un ruido violento, parecido al producido por el giro veloz de la rueda de un

molino. Antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que, pasando por sobre el puente, barrió la cubierta de proa a popa.

La fuerza de la ráfaga fue la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, como sus mástiles habían volado por la borda, después de un minuto salió a la superficie, y luego de vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó.

No puedo explicar qué milagro me salvó de la catástrofe. Me desmayó el golpe del agua. Al despertar me encontré entre el mástil de popa y el timón. Me paré con dificultad y, al mirar, mareado, a mi alrededor, mi primera impresión fue que estábamos entre arrecifes, atrapados en un remolino de olas gigantes y espumosas. Después oí la voz de un viejo sueco que había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y al rato se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos sobrevivientes. Con excepción de nosotros, las olas acababan de barrer con todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán y los oficiales debían haber muerto mientras dormían, porque los camarotes estaban totalmente anegados. Sin ayuda era poco lo que podíamos hacer por la seguridad del barco y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en zozobrar. Por cierto, que el primer embate del huracán destrozó el cable del ancla, porque de no ser así nos habríamos hundido instantáneamente. Navegábamos a una velocidad tremenda y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el barco había sufrido gravísimas averías, pero comprobamos con júbilo que las bombas no estaban atascadas y que el lastre no parecía haberse descentrado. La primera ráfaga había amainado y la violencia del viento ya no entrañaba gran peligro, pero la posibilidad de que cesara por completo nos aterrorizaba, convencidos de que, en medio del oleaje siguiente, sin duda, moriríamos. Pero no parecía probable que ese miedo se transformara en una realidad inmediata.

Durante cinco días y cinco noches —en los cuales nuestro único alimento consistió en una pequeña cantidad de melaza que conseguimos en el castillo de proa—, la carcasa del barco avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas

que, sin igualar la violencia del primitivo ciclón, eran más espeluznantes que cualquier otra tempestad vivida por mí. Con pequeñas variantes, durante los primeros cuatro días, nuestro curso fue sudeste, y debimos haber costeado Nueva Holanda. Al quinto día, el frío era intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol aparecía con un amarillo pálido y subía unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una luz clara. No había nubes y el viento soplaba con furia. Alrededor de mediodía —aproximadamente, porque solo podíamos adivinar la hora— volvió a llamarnos la atención la apariencia del sol. No iluminaba como siempre, apenas arrojaba un resplandor opaco, sin brillo, como si sus rayos estuvieran absorbidos. Justo antes de hundirse en el mar, su fuego se apagó de modo abrupto, como por obra de un poder inexplicable. Quedó reducido a un aro plateado y pálido que se sumergía deprisa en el mar.

Esperamos la llegada del sexto día. Ese día para mí no ha llegado y para el sueco no llegó nunca. A partir de ese momento quedamos hundidos en una profunda oscuridad. No podíamos distinguir un objeto a veinte pasos del barco. La noche nos envolvía. No se veía ni el brillo del mar. Aunque la tormenta seguía bramando con violencia, el oleaje y la espuma habían aflojado.

Solo nos rodeaba el espanto: una insondable negrura en un desierto de ébano. Un susto supersticioso fue creciendo en el espíritu del viejo sueco y mi propia alma estaba envuelta en un silencioso asombro. Dejamos de cuidar el barco, era un esfuerzo inútil, y nos aseguramos lo mejor posible a la base del palo de mesana, clavando con amargura la mirada en la inmensidad del mar. No podíamos calcular el tiempo ni prever nuestra posición. Pero teníamos plena conciencia de haber avanzado más hacia el sur que cualquier otro navegante anterior, y nos asombró no encontrar los habituales impedimentos de hielo. Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas… olas imponentes como montañas se precipitaban para hundirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado y fue un milagro que no zozobráramos instantáneamente. Mi acompañante hablaba de la liviandad de nuestro cargamento y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; yo sentía la inutilidad de la esperanza y me preparaba

melancólicamente para una muerte que, en mi opinión, nada podía demorar ya más de una hora, porque con cada nudo que el barco recorría, el mar tenebroso adquiría más violencia. Por momentos jadeábamos, elevados a una altura superior a la del albatros… y otras veces nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno acuoso donde el aire se estancaba y ningún sonido perturbaba el sueño del calamar gigante.

Estábamos en el fondo del abismo, cuando el grito de mi compañero sonó en la noche. «¡Mire, mire!». Chilló en mi oído, «¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!». Observé una tenue luz roja que recorría los lados del sumidero en que nos encontrábamos e iluminaba la cubierta. Al levantar los ojos, descubrí algo que me congeló la sangre. Muy alto, encima de nosotros y al borde del precipicio líquido, flotaba un barco gigante, de quizá cuatro mil toneladas. Pese a estar en la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño excedía el de cualquier nave de línea o de la compañía de Islas Orientales. Su casco, negro y sucio, no estaba decorado con mascarones. Una hilera de cañones de bronce asomaba por las troneras abiertas y sus relucientes superficies reflejaban las luces de innumerables faroles de combate que se balanceaban de un lado al otro. Pero lo que más nos asombró fue que en medio de ese mar sobrenatural y de ese ciclón ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez solo distinguimos su proa y, poco a poco, fue alzándose sobre el sombrío torbellino. Durante un momento de horror se detuvo, como si contemplara su propia grandeza, después se sacudió, tembló y… se precipitó sobre nosotros.

En ese momento, un repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. A los tropezones, retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé sin temor la catástrofe. Nuestro barco había abandonado por fin la lucha y se hundía de proa en el mar. Recibió el impacto de la masa descendente en la parte ya sumergida de su estructura y me vi lanzado con violencia contra el barco desconocido. En el momento en que caí, la nave viró y se inclinó, y supuse que la consiguiente confusión había impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin dificultad y sin ser visto hasta la escotilla principal, que se encontraba parcialmente abierta, y pronto encontré la oportunidad

de ocultarme en la bodega. No podría explicar por qué lo hice. Tal vez el principal motivo haya sido el miedo que, desde el primer instante, me provocaron los tripulantes. No estaba dispuesto a confiar en personas que a primera vista me producían aprensión y busqué un escondite en la bodega. Moví una parte del armazón y me aseguré un refugio entre las cuadernas del buque. Apenas había completado mi trabajo cuando el sonido de pasos en la bodega me obligó a hacer uso de él. Junto a mi escondite pasó un hombre que avanzaba con pasos débiles y andar inseguro. No alcancé a ver su cara, pero pude observar su apariencia general. Todo en él mostraba fragilidad y edad avanzada. Bajo el peso de los años le temblaban las rodillas y su cuerpo parecía agobiado por una gran carga. Murmuraba en voz baja como hablando consigo mismo, pronunciaba palabras entrecortadas en un idioma que yo no comprendía y empezó a tantear una pila de instrumentos de aspecto singular y de viejas cartas de navegación que había en un rincón. Su actitud era una extraña mezcla de la terquedad de la segunda infancia y la solemne dignidad de un Dios. Por fin regresó a cubierta y no lo volví a ver.

* * *

Mi espíritu está poseído por una emoción indefinible, una sensación inédita, frente a la cual la experiencia pasada no me sirve, y cuya clave, me temo, no me será dada por el futuro. Para una mente como la mía, esta última consideración es una tortura. Sé que nunca me daré por satisfecho. Y sin embargo, no debe asombrarme que esos conceptos sean indefinidos, porque tienen su origen en principios desconocidos. Un nuevo significado se incorpora a mi alma.

* * *

Recorrí la cubierta de este buque aterrador y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Qué tipos misteriosos! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin percibir mi presencia. Ocultarme sería una locura, porque esta gente no quiere ver. Hace pocos minutos pasé directamente frente a los ojos del segundo oficial; no hace mucho me aventuré a entrar a la cabina privada del capitán, donde tomé los elementos con que

ahora escribo y he escrito lo anterior. De vez en cuando escribiré este diario. Es posible que no pueda encontrar la oportunidad de darlo a conocer al mundo, pero trataré de lograrlo. A último momento, introduciré el mensaje en una botella y la arrojaré al mar.

* * *

Un suceso me da nuevos motivos para pensar. ¿Ocurren estas cosas por fuerza de un azar sin gobierno? Me había aventurado a cubierta, donde estaba tendido, sin llamar la atención, entre una pila de flechaduras y viejas velas, en el fondo de una balandra. Mientras meditaba en lo singular de mi destino, inadvertidamente tomé un pincel mojado en brea y pinté los bordes de una vela arrastradera cuidadosamente doblada sobre un barril, a mi lado. La vela ha sido izada y las marcas irreflexivas que hice con el pincel se despliegan formando la palabra descubrimiento.

Hice muchas observaciones sobre las formas del barco. Tiene muchas armas, pero no creo que sea de guerra. Sus aparatos, su armado y su equipo contradicen esa suposición. Percibo lo que el navío no es, pero no puedo decir lo que es. Ignoro por qué, pero al observar su modelo y la apariencia de sus mástiles, su enorme tamaño y su excesivo velamen, su proa sencilla y su popa anticuada, cruzan por mi mente sensaciones familiares. Esas sombras imprecisas del recuerdo mezclan la memoria de viejas crónicas extranjeras con épocas remotas.

Estudié el maderaje de la nave. Ha sido construida con un material que me resulta desconocido. Las características peculiares de la madera me dan la impresión de que no es apropiada para el propósito al que se la aplicara. Me refiero a su extrema porosidad, independientemente considerada de los daños ocasionados por los gusanos, que son una consecuencia de navegar por estos mares, y de la podredumbre provocada por los años. Tal vez la mía parezca una observación excesivamente insólita, pero esta madera posee todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera dilatado por medios artificiales. Al leer la frase anterior, viene a mi memoria el apotegma que un viejo lobo de mar holandés repetía siempre que alguien ponía en duda su veracidad: «Es tan seguro como

que hay un mar donde el barco mismo crece en tamaño, como el cuerpo viviente del marino».

Hace una hora tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, aunque estaba parado en medio de todos, ignoraban mi presencia. Lo mismo que el primero que vi en la bodega, todos daban señales de ser muy viejos. Les temblaban las rodillas, la decrepitud les inclinaba los hombros, el viento estremecía sus arrugas y sus voces eran bajas, trémulas y quebradas. En sus ojos brillaban lágrimas de vejez, mientras la tormenta agitaba sus cabelleras grises. Alrededor de ellos, por toda la cubierta, yacían desparramados instrumentos matemáticos de la más pintoresca y anticuada construcción.

Había sido izada un ala del trinquete. Desde entonces, agitado por el viento, el barco ha continuado su carrera aterradora hacia el sur, con todas las velas desplegadas desde la punta de los mástiles hasta los palos inferiores, hundiendo a cada instante sus puntas en el más espantoso infierno de agua que pueda concebir la mente humana. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantenerme en pie, pese a que la tripulación parece experimentar pocos inconvenientes. Se me antoja un milagro de milagros que nuestra enorme masa no sea definitivamente devorada por el mar. Sin duda, estamos condenados a flotar indefinidamente al borde de la eternidad sin hundirnos en el abismo. Remontamos olas mil veces más gigantescas que las que he visto en mi vida, por las que nos deslizamos con la facilidad de una gaviota, y las aguas colosales alzan su cabeza por sobre nosotros como diablos de las profundidades, pero como diablos limitados a la simple amenaza y a quienes les está prohibido aniquilar. Todo me lleva a atribuir esta continua huida del desastre a la única causa natural que puede producir ese efecto. Debo suponer que el barco navega dentro de la influencia de una corriente poderosa, o de un impetuoso mar de fondo.

He visto al capitán cara a cara, en su propia cabina, pero, tal como esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque para un observador casual no haya en su apariencia nada que puede diferenciarlo, en más o en menos, de un hombre común, al asombro con que lo contemplé se mezcló un sentimiento de reverencia y respeto. Tiene mi altura, un metro y setenta centímetros,

aproximadamente. Su cuerpo es macizo y bien proporcionado, ni robusto ni notable en ningún sentido. Pero es la expresión de su cara, la viva, estupenda y conmovedora evidencia de una vejez absoluta y extrema, lo que me provoca una emoción extraordinaria. Su frente, aunque poco arrugada, parece soportar el sello de un sinnúmero de años. Sus cabellos grises son historia pura y sus ojos, aún más grises, son videntes del futuro. El suelo de la cabina estaba cubierto de extraños pliegos de papel unidos entre sí por broches de hierro, de instrumentos científicos obsoletos y de cartas de navegación en desuso. Con la cabeza apoyada entre las manos, el capitán miraba con inquietud un papel, que supuse llevaba la firma de un rey. Murmuraba para sí, igual que el primer tripulante a quien vi en la bodega, sílabas en un idioma extranjero, y aunque se encontraba muy cerca de mí, su voz parecía llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

En esta nave impregnada de vejez, los tripulantes se deslizan como fantasmas de siglos con miradas ansiosas. Cuando el resplandor de los faroles de guerra ilumina sus dedos, siento lo que no he sentido jamás, pese a haber comerciado antigüedades durante toda mi vida, y absorbido las sombras de las columnas caídas en Baalbek, Tadmor y Persépolis, hasta que mi propia alma se convirtió en una ruina. Al mirar lo que me rodea, me avergüenza mi aprensión anterior. Si temblé ante una ráfaga, ¿cómo no horrorizarme ahora ante este ataque de viento y agua? Para definir este fenómeno, las palabras tornado y ciclón resultan triviales e insuficientes. En las cercanías del buque reina una noche eterna sobre un caos de agua sin espuma. Oscuramente y a intervalos, a una legua, pueden verse colosales murallas de hielo que se alzan hacia el cielo como paredes del universo.

Como imaginaba, el barco está en una corriente, si así se puede llamar con propiedad a una marea que aullando entre las paredes de hielo se precipita hacia el sur con la velocidad con que cae una catarata.

Es imposible explicar el horror que siento. La curiosidad por penetrar en el misterio de esta región predomina sobre mi desesperación y me reconcilia con la más odiosa apariencia de la muerte. Es evidente que vamos hacia algún conocimiento estimulante, un secreto imposible de compartir, cuyo descubrimiento lleva en sí la

destrucción. Tal vez esta corriente nos conduzca hacia el mismo polo sur. Debo confesar que una suposición en apariencia tan extravagante tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación recorre la cubierta con pasos inquietos, pero en sus caras, la ansiedad de la esperanza supera a la apatía del desasosiego. Mientras tanto, seguimos navegando con viento de popa y, como llevamos todas las velas desplegadas, por momentos el barco se eleva por sobre el mar. ¡Oh, horror de horrores! De repente, el hielo se abre de derecha a izquierda y giramos vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, rodeando una y otra vez los bordes de un monumental anfiteatro, con paredes tan altas que se pierden en la oscuridad. ¡Me queda poco tiempo para repasar mi destino! Los círculos se cierran con rapidez… caemos con furia en la vorágine… y, entre el bramar y el aturdir del mar y la tormenta, la nave tiembla… ¡oh, Dios!, ¡y se hunde…!

Nota de Edgar Allan Poe:
El «Manuscrito encontrado en una botella» se publicó por primera vez en 1831; pasaron muchos años antes de que conociera los mapas de *Mercator*, en los cuales se representa al océano como precipitándose por cuatro bocas en el golfo Polar (Norte), para ser absorbido por las entrañas de la tierra. El Polo aparece representado por una roca negra, que se eleva a una altura prodigiosa.

10

EL POZO Y EL PÉNDULO

(The Pit and the Pendulum, 1842)

«*Aquí la turba impía de torturadores insaciables alimentaba su odio con sangre inocente.*
Ahora, la patria está a salvo, y el antro del mal destruido.
Donde habitó la muerte asomarán la vida y la salud».

Estrofa compuesta para las puertas de un mercado que ha de ser edificado en el emplazamiento del Club de los Jacobinos, en París

Náuseas de muerte sentía después de tan prolongada agonía; cuando me desataron y me dejaron sentarme, entendí que mis sentidos me abandonaban. La atroz sentencia de muerte fue el último sonido reconocible que registraron mis oídos. Después, el murmullo de las voces de los inquisidores pareció fundirse en un zumbido somnoliento, que trajo a mi mente la idea de revolución, tal vez porque imaginativamente lo confundía con el ronroneo de una rueda de molino. Esto duró poco, porque de pronto dejé de oír. Pero al mismo tiempo pude ver… ¡aunque con qué terrible fantasía! Vi los labios de los jueces vestidos de negro. Me parecieron blancos… más blancos que la hoja sobre la cual trazo estas palabras, y finos hasta lo grotesco; finos por la intensidad de su expresión de firmeza, de inmutable resolución, de absoluto desprecio hacia la tortura humana. Vi que los decretos de lo que para mí era el destino brotaban todavía de aquellos labios. Los vi torcerse mientras pronunciaban una frase letal. Los vi formar las sílabas de mi nombre y me estremecí, porque ningún sonido llegaba hasta mí. Y en aquellos momentos de horror delirante vi también oscilar imperceptible y suavemente las negras cortinas que ocultaban las paredes del aposento. Entonces mi visión recayó en las siete altas velas de la mesa. Al principio, me parecieron símbolos de caridad, como blancos y esbeltos ángeles que me salvarían, pero entonces, bruscamente, una espantosa náusea invadió mi espíritu y sentí que todas mis fibras se estremecían como si hubiera tocado los

hilos de una batería galvánica, mientras las formas angélicas se convertían en fantasmas podridos de cabezas llameantes, y comprendí que ninguna ayuda me vendría de ellos. Como una intensa nota musical, entró en mi imaginación la creencia de que la tumba debía ser el lugar del descanso más dulce. Me convencí de a poco de esa idea, pasó un tiempo antes de poder valorarla plenamente, pero en el momento en que mi espíritu llegaba por fin a aceptarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia, las altas velas se hundieron en la nada, y mientras sus llamas desaparecían, me envolvió la sombra más negra. Todas mis emociones fueron tragadas por el torbellino de una caída en profundidad, como la del alma en el Hades. Después, el universo no fue más que silencio, calma y noche.

Me desmayé sin perder completamente la conciencia. No definiré lo que me quedaba de ella ni lo describiré, pero no la había perdido del todo. En el más profundo letargo, en la locura, en el desvanecimiento, ¡hasta en la muerte, hasta en la tumba!, no todo se pierde. O bien, no existe la inmortalidad para el hombre. Cuando salimos del más profundo de los letargos, rompemos la tela sutil de algún sueño. Y, sin embargo, un poco más tarde (tan frágil puede haber sido aquella tela) no nos acordamos de haber soñado. Cuando volvemos a la vida después de un desmayo, pasamos por dos momentos: el primero, el del sentimiento de la existencia mental o espiritual; el segundo, el de la existencia física. Si al llegar al segundo momento pudiéramos recordar las impresiones del primero, es probable que estas tengan montones de recuerdos del abismo que se abre más atrás. ¿Y qué es ese abismo? ¿Cómo distinguir su sombra de una tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado el primer momento no pueden ser recordadas por un acto de la voluntad, ¿no se presentan inesperadamente después de un largo intervalo, mientras nos maravillamos preguntándonos de dónde provienen? Aquel que nunca se ha desmayado no hallará raros palacios y caras fantásticamente familiares en las brasas del carbón; no verá, flotando en el aire, las tristes visiones que la mayoría no es capaz de ver; no meditará mientras aspira el perfume de una flor nueva; no exaltará su mente ante una cadencia musical que jamás ha escuchado.

Entre frecuentes esfuerzos para recordar, entre perfectas luchas para capturar algún vestigio de ese estado de aparente inmolación en el cual se había hundido mi alma, ha habido momentos en que he vislumbrado el triunfo; breves espacios en que pude evocar recuerdos que, a la luz de mi lucidez posterior, solo podían referirse a aquel momento de aparente inconsciencia. Esas sombras de recuerdo me muestran, borrosamente, altas siluetas que me alzaron y me llevaron en silencio, bajando… bajando… siempre bajando… hasta que un fuerte mareo me sometió a la idea única de un descenso interminable. También evocan el miedo ambiguo que sentía mi corazón, a causa de la calma feroz que me invadía. Después viene una sensación súbita de inmovilidad que invade todo, como si aquellos que me llevaban (¡cortejo cruel!) hubieran superado en su descenso los límites de lo ilimitado y descansaran de la fatiga de su trabajo. Luego vienen a la mente amarguras y humedades, y al final todo es locura, la locura de un recuerdo que no levanta cabeza entre cosas prohibidas.

Inesperadamente, el movimiento y el sonido ganaron otra vez mi espíritu: el confuso movimiento de mi corazón y, en mis oídos, el ruido de su latido. Hubo una pausa en la que todo fue impreciso. Otra vez sonido, movimiento y tacto: una sensación de hormigueo en todo el cuerpo. Y luego, la mera conciencia de existir, sin pensamiento; algo que duró largo tiempo. De pronto, bruscamente, el pensamiento, un horror patético y un intenso esfuerzo por entender mi situación real. A esto le siguió un profundo deseo de recaer en la insensibilidad. Otra vez un violento revivir del espíritu y un esfuerzo por moverme, hasta conseguirlo. Y entonces, el recuerdo vívido del proceso, los jueces, las cortinas negras, la sentencia, la náusea, el desmayo. Al olvido total de lo que siguió, de todos los tiempos posteriores, solo un obstinado esfuerzo me ha permitido vagamente recordar.

Hasta ese momento no había abierto los ojos. Sentí que estaba de espaldas y que no estaba atado. Estiré la mano, que cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. La dejé allí un rato, mientras intentaba imaginar dónde estaba y qué era de mí. Quería abrir los ojos pero no me atrevía, porque me asustaba esa primera mirada a las cosas que me rodeaban. No tenía miedo de ver cosas horribles, pero me espantaba la probabilidad de que no hubiera nada para ver. Por fin,

de golpe, abrí angustiado los ojos y mi peor teoría se confirmó. Me rodeaban las tinieblas de una noche eterna. Luché por respirar; la intensidad de la oscuridad me sofocaba. La pesadez de la atmósfera era intolerable. Quedé inmóvil, haciendo esfuerzos para pensar. Evoqué el proceso de la Inquisición, buscando deducir mi verdadera situación a partir de ese punto. La sentencia había sido pronunciada; tenía la impresión de que desde entonces había pasado mucho tiempo. Pero ni por un momento me pensé muerto. Semejante hipótesis, a pesar de lo que leemos en los cuentos, es incompatible con la vida real. Pero, ¿dónde y en qué situación estaba? Sabía que los condenados morían en un auto de fe, y uno de estos acababa de realizarse la misma noche de mi proceso. ¿Me habrían devuelto a mi calabozo a la espera del próximo sacrificio, que no se cumpliría hasta varios meses después? Enseguida descubrí que era imposible. En aquel momento había una demanda inmediata de víctimas. Mi calabozo, como todas las celdas de los condenados en Toledo, tenía suelo de piedra y la luz no había sido completamente suprimida.

Una idea pavorosa agolpó sangre a torrentes en mi corazón, y por un instante, recaí en el letargo. Cuando me repuse, temblando convulsivamente, me levanté y estiré sin sentido los brazos en todas direcciones. No sentía nada, pero no podía dar un paso, por miedo de que me frenaran los muros de una tumba. Sudaba por todos mis poros, tenía la frente empapada de gotas heladas. La agonía por la incertidumbre se hizo intolerable. Avancé con los brazos extendidos y los ojos desorbitados buscando un rayo de luz. Anduve así unos cuantos pasos, pero todo seguía siendo tiniebla y vacío. Respiré con mayor libertad; por lo menos parecía evidente que mi destino no era el más espantoso de todos. Mientras seguía avanzando cautelosamente, resonaron en mi recuerdo los rumores de las cosas espeluznantes que pasaban en Toledo. Cosas raras se contaban sobre los calabozos, cosas que yo había tomado por inventos, pero que no por eso eran menos extrañas y demasiado horrorosas para ser repetidas, salvo en voz baja. ¿Me dejarían morir de hambre en este subterráneo mundo de tiniebla, o quizá me aguardaba un destino todavía peor? Conocía bien a mis jueces y no dudaba de mi final: la muerte, una muerte más amarga que la habitual. Lo que me enloquecía era la forma y la hora de esa muerte.

Mis manos extendidas tocaron, por fin, un obstáculo sólido. Era un muro, probablemente de piedra, liso, viscoso y frío. Lo seguí, avanzando con desconfianza. Esto no me permitía asegurar las dimensiones del calabozo, ya que daría toda la vuelta y retornaría al lugar de partida sin advertirlo, hasta tal punto era uniforme y lisa la pared. Busqué el cuchillo que llevaba conmigo cuando me condujeron a las cámaras inquisitoriales; había desaparecido, y en lugar de mis ropas vestía una túnica rústica de estameña. Había pensado hundir la hoja en alguna juntura de la mampostería, para identificar mi punto de partida. Pero, de todos modos, la dificultad carecía de importancia, aunque en el desorden de mi mente me pareció insuperable en el primer momento. Arranqué un pedazo del ruedo del sayo y lo puse bien extendido y en ángulo recto con respecto al muro. Luego de palpar toda la vuelta de mi celda, no dejaría de encontrar el jirón al completar el circuito. Eso pensé, sin contar con el tamaño del calabozo y con mi debilidad. El suelo era húmedo y resbaladizo. Avancé temblando un trecho, luego tropecé y caí. La fatiga me postró y el sueño no tardó en dominarme.

Al despertar y extender un brazo, hallé junto a mí un pan y un cántaro de agua. Estaba demasiado exhausto para pensar acerca de esto, pero comí y bebí ávidamente. Poco después, reanudé mi vuelta al calabozo y con mucho trabajo llegué, por fin, al trozo de estameña. Hasta el momento de caer al suelo había contado cincuenta y dos pasos, y al reanudar la vuelta otros cuarenta y ocho, hasta llegar al trozo de género. Había cien pasos. Contando un metro cada dos pasos, calculé que el calabozo tenía un circuito de cincuenta metros. No obstante, había encontrado muchos ángulos, de modo que no podía hacerme una idea clara de la forma de la cripta, a la que llamo así porque no podía dejar de pensar que lo era.

Poco fin y menos esperanza tenían estos sondeos, pero la curiosidad me empujaba a seguirlas. Apartándome de la pared, resolví cruzar el calabozo por uno de sus diámetros. Avancé con precaución, el suelo parecía sólido, pero era peligrosamente resbaladizo a causa del barro. Tomé ánimo y caminé con firmeza, esforzándome por seguir una línea todo lo recta que pudiera. Había avanzado diez o doce pasos en esta forma cuando el ruedo desgarrado del sayo se me enredó en las piernas. Trastabillé y caí de bruces violentamente. En la

confusión que siguió a la caída no reparé en un sorprendente detalle que, pocos segundos más tarde, y cuando aún yacía boca abajo, reclamó mi atención. Tenía el mentón apoyado en el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte superior de mi cara, que aparentemente debían encontrarse a un nivel inferior al de la mandíbula, no se apoyaba en nada. Al mismo tiempo, me pareció que bañaba mi frente un vapor viscoso, y el hedor de los hongos podridos invadió mis fosas nasales. Extendí un brazo y me estremecí al descubrir que me había caído al borde de un pozo circular, cuya profundidad me era imposible descubrir por el momento. Tanteando en la mampostería que bordeaba al pozo logré desprender un pedazo y lo tiré al abismo. Durante largos segundos oí cómo retumbaba al golpear en su descenso las paredes del pozo; hubo por fin un chapoteo en el agua, al cual sucedieron ecos sonoros. En ese mismo instante, oí un sonido semejante al de abrirse y cerrarse rápidamente una puerta en lo alto, mientras un débil rayo de luz cruzaba la tiniebla y volvía a desvanecerse con la misma precipitación. Entendí claramente el destino que me habían preparado y me felicité de haber escapado a tiempo gracias al oportuno accidente. Un paso más antes de mi caída y el mundo no hubiera vuelto a saber de mí. La muerte, de la que acababa de huir, se parecía a la que yo había rechazado por antojadiza en los relatos de la Inquisición. Para las víctimas de su tiranía se reservaban dos especies de muerte: una, llena de aterradoras torturas físicas, y otra, acompañada de torturas morales todavía más atroces. Yo estaba destinado a esta última. Los largos tormentos me habían desequilibrado, bastaba el sonido de mi propia voz para hacerme temblar; era el sujeto ideal para la clase de torturas que me esperaban.

Repté, horrorizado, hasta volver a tocar la pared, decidido a morir allí antes que arriesgarme otra vez a las atrocidades de los pozos —imaginaba ahora más de uno— ubicados en distintos sitios del calabozo. De haber tenido otro estado de ánimo, hubiera tenido valor para terminar de una vez con mi desdicha arrojándome en uno de esos abismos, pero me había convertido en el peor de los cobardes. No podía olvidar lo que había leído sobre esos pozos: su estructura impedía que la vida se extinguiera de golpe.

El desasosiego me mantuvo despierto largas horas, pero al fin me

dormí. Cuando desperté, otra vez había a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me consumía una sed ardiente y de un solo trago vacié el jarro. El agua debía contener alguna droga, pues apenas la tomé me sentí anestesiado. Un profundo sueño cayó sobre mí, un sueño como el de la muerte. No sé cuánto duró, pero cuando volví a abrir los ojos las cosas que me rodeaban eran visibles. Gracias a un resplandor amarillento, cuyo origen me fue imposible determinar, pude ver la extensión y el aspecto de mi cárcel.

Me había equivocado sobre su tamaño. El circuito completo de los muros no pasaba de unos veinticinco metros. Durante unos minutos esto me preocupó, aunque nada podía tener menos importancia, en las terribles circunstancias que me rodeaban, que las dimensiones del calabozo. Pero mi espíritu se interesaba extrañamente en nimiedades y me esforcé por descubrir el error que había podido cometer en mi toma de medidas. Por fin se me reveló la verdad. En la primera tentativa de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento en que caí al suelo. Sin duda, en ese instante me encontraba a uno o dos pasos del trozo de estameña, es decir, que había cumplido casi completamente la vuelta del calabozo. Al despertar de mi sueño debí emprender el camino en dirección contraria, es decir, volviendo sobre mis pasos, y así fue como supuse que el circuito medía el doble de su verdadero tamaño. La confusión de mi mente me impidió reparar entonces que había empezado mi vuelta teniendo la pared a la izquierda y que la terminé teniéndola a la derecha. También me había engañado sobre la forma del calabozo. Al tantear las paredes había encontrado numerosos ángulos, deduciendo así que el lugar presentaba una gran irregularidad. ¡Tan potente es el efecto de las tinieblas sobre alguien que despierta del sueño! Los ángulos no eran más que unas ligeras depresiones o entradas a diferentes intervalos. Mi prisión era cuadrada. Lo que había tomado por mampostería resultaba ser hierro o algún otro metal, cuyas enormes planchas, al unirse y soldarse, ocasionaban las depresiones. La superficie de esta celda metálica estaba toscamente pintarrajeada con todas las horrendas y repugnantes imágenes que la sepulcral superstición de los monjes había sido capaz de concebir. Retratos de demonios amenazantes, esqueletos y otras imágenes todavía más escalofriantes cubrían los muros. Las figuras de aquellas monstruosidades estaban

bien delineadas, pero los colores parecían borrosos, como si la humedad los hubiera dañado. El suelo era de piedra. En el centro se abría el pozo circular de cuyas fauces, abiertas como si bostezara, acababa de escapar, pero no había ningún otro en el calabozo.

Vi todo sin mucho detalle y con gran trabajo, pues mi situación había cambiado en el curso de mi sopor. Yacía ahora de espaldas, completamente estirado, sobre un bastidor de madera. Estaba firmemente atado por una larga banda que parecía una cuerda. Pasaba, dando muchas vueltas, por mis miembros y mi cuerpo, dejándome solamente en libertad la cabeza y el brazo derecho, que, con gran trabajo, podía extender hasta los alimentos, colocados en un plato de barro a mi alcance. Para mayor espanto, vi que se habían llevado el cántaro de agua. Digo espanto porque me consumía la sed más intolerable. La intención de mis torturadores era estimular mi sed, pues la comida del plato consistía en carne muy salada.

Mirando hacia arriba, vi el techo de mi prisión. Tendría unos doce metros de alto y su construcción se parecía a la de los muros. En uno de sus paneles aparecía una extraña figura que se apoderó por completo de mi atención. La pintura simbolizaba al Tiempo como se lo suele representar, pero en lugar de una guadaña, tenía un péndulo, parecido a los que vemos en los relojes viejos. Algo, sin embargo, en la apariencia de aquella imagen me hizo observarla con más detalle. Mientras la miraba de abajo hacia arriba (pues estaba exactamente sobre mí) tuve la impresión de que se movía. Un segundo después esta impresión fue confirmada. El vaivén del péndulo era breve y lento. Lo observé durante un rato con más asombro que miedo. Cansado de mirar su monótono movimiento, volví los ojos a las otras cosas de la celda. Un ruido atrajo mi atención y, mirando hacia el suelo, vi cruzar varias ratas enormes. Habían salido del pozo, que estaba al alcance de mi vista sobre la derecha. Mientras las miraba, siguieron saliendo en cantidades, apuradas y hambrientas, atraídas por el olor de la carne. Me dio mucho trabajo ahuyentarlas del plato de comida.

Habría pasado media hora, o una hora entera —tenía una noción imperfecta del tiempo—, antes de volver a fijar los ojos en lo alto. Lo que entonces vi me confundió y me angustió. La velocidad del péndulo había aumentado, mientras descendía perceptiblemente. Noté ahora —y es inútil agregar con cuánto espanto— que su extremidad

inferior estaba constituida por una media luna de treinta centímetros de acero reluciente. Afilado como una navaja, el péndulo parecía macizo. Desde el filo se iba ensanchando hasta rematar en una masa sólida. Estaba fijo a un vástago de bronce y todo el mecanismo silbaba al balancearse en el aire.

Ya no dudaba del destino que me había preparado el ingenio de los monjes para la tortura. Los agentes de la Inquisición conocían mi descubrimiento del pozo. El pozo, sí, cuyos horrores estaban destinados a un recusante tan obstinado como yo; el pozo, símbolo del infierno, último continente de los castigos de la Inquisición, según los rumores que corrían. Por un accidente casual había evitado caer en el pozo, y bien sabía que la sorpresa, la brusca caída en los tormentos, formaban una parte importante de las muertes estrafalarias que ocurrían en aquellos calabozos. No habiendo caído en el pozo, el plan infernal de mis verdugos no contaba con precipitarme por la fuerza, y por eso, ya que no quedaba otra alternativa, me esperaba ahora un final diferente y más tranquilo. ¡Más tranquilo! Sonreí en medio del espanto al pensar en semejante aplicación de la palabra.

¿Cómo contar las largas horas de una atrocidad más que mortal, durante las cuales medí los zumbidos oscilantes del péndulo? Centímetro a centímetro, con un descenso que solo podía notar después de intervalos que parecían siglos… más y más se acercaba. Pasaron días —puede ser que hayan pasado muchos días— antes de que oscilara tan cerca de mí que parecía abanicarme con su aliento agrio. El olor del acero afilado penetraba en mis sentidos. Rogué al cielo para que el péndulo bajara más rápido. Me volví loco, me exasperé e hice todo lo posible por enderezarme y quedar en el camino de la horrible cimitarra. Luego me serené y me mantuve inmóvil, sonriendo a aquella muerte radiante, como un niño a un juguete. Siguió otra breve tregua de total insensibilidad. Al despertar, noté que no se había producido ningún descenso perceptible del péndulo. El desmayo podía haber durado mucho, aquellos demonios lo sabían y podían haber detenido el péndulo a su gusto. Me sentí débil, como después de una larga enfermedad. Hasta en la agonía la naturaleza humana necesita alimento. Con mucho esfuerzo estiré el brazo izquierdo todo lo que me lo permitían mis ataduras y tomé una

pequeña cantidad que habían dejado las ratas. Cuando me llevaba la porción a los labios tuve un pensamiento apenas esbozado de esperanza. Pero, ¿qué tenía que ver con la esperanza? Era un pensamiento apenas construido; los seres humanos tienen muchos así que no llegan a completar nunca. Sentí que era un pensamiento de alegre esperanza, pero sentí al mismo tiempo que acababa de apagarse en plena elaboración. Luché en vano por recobrarlo. El sufrimiento había aniquilado casi por completo mis facultades mentales ordinarias. No era más que un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se cumplía en ángulo recto con mi cuerpo extendido. Vi que la media luna estaba orientada para cruzar la zona del corazón. Desgarraría mi ropa… volvería para repetir la operación… una vez… y otra vez… A pesar de su carrera y la violencia de su descenso, capaz de romper aquellos muros de hierro, todo lo que haría durante varios minutos sería cortar mi ropa. Hice una pausa, no me atrevía a prolongar mi reflexión. Me mantuve en ella, pertinazmente fija la atención, como si al hacerlo pudiera detener en ese punto el descenso de la hoja de acero. Me obligué a pensar sobre el sonido que haría la media luna cuando pasara cortando la tela y el estremecimiento que produciría el roce. Pensé en todas estas frivolidades hasta el límite de mi resistencia.

Bajaba… suavemente seguía bajando. Sentí placer en comparar su velocidad lateral con la del descenso. A la derecha… a la izquierda… hacia los lados, con el aullido de un espíritu maldito… hacia mi corazón, con el paso sigiloso del tigre. Reí a carcajadas y supliqué. Bajaba… ¡bajaba incansable! Ya pasaba vibrando a diez centímetros de mi pecho. Luché con violencia para soltar mi brazo izquierdo, que solo estaba libre a partir del codo. Era posible llevar la mano desde el plato, puesto a mi lado, hasta la boca, pero no más allá. De haber roto las ataduras arriba del codo, hubiera tratado de detener el péndulo. ¡Hubiera sido lo mismo querer parar un alud!

Bajaba… ¡Sin cesar, inevitablemente, bajaba! Luché, jadeando, a cada oscilación. Me encogía convulsivamente a cada paso del péndulo. Mis ojos seguían su carrera hacia arriba o abajo, con la ansiedad de la desesperación; mis párpados se cerraban espasmódicamente a cada descenso, aunque la muerte hubiera sido para mí un alivio, ¡ah, inefable! Pero mis nervios se estremecían al

pensar que el más pequeño deslizamiento del mecanismo precipitaría aquel afilado eje contra mi pecho. Era la esperanza la que hacía estremecer y contraía mi cuerpo. Era la esperanza, esa esperanza que triunfa aún en el potro del suplicio, que susurra al oído de los condenados a muerte hasta en los calabozos de la Inquisición.

Vi que después de diez o doce oscilaciones, el acero se pondría en contacto con mi ropa, y en el mismo momento en que hice esa observación, invadió mi espíritu la penetrante serenidad de la desesperación. Por primera vez en muchas horas —quizá días— me puse a pensar. Acudió a mi mente la noción de que la banda o cíngulo que me ataba era de una sola pieza. Mis ligaduras no estaban constituidas por cuerdas separadas. El primer roce de la afiladísima media luna sobre cualquier porción de la banda bastaría para soltarla, y con ayuda de mi mano izquierda podría desatarme del todo. Pero, ¡qué terrible la proximidad del acero! ¡Qué letal el resultado de la más leve lucha! Y después, ¿era verosímil que los esbirros del torturador no hubieran previsto esa posibilidad? ¿Cabía pensar que la atadura cruzara mi pecho en el justo lugar por donde pasaría el péndulo? Temeroso de descubrir que mi débil y, al parecer, postrera esperanza se frustraba, levanté la cabeza para distinguir con claridad mi pecho. El cíngulo envolvía mis miembros y mi cuerpo en todas direcciones, salvo en el lugar por donde pasaría el péndulo.

Apenas había dejado caer hacia atrás la cabeza cuando relampagueó en mi mente algo que solo puedo describir como la mitad deforme de aquella idea de liberación a que he aludido y de la cual solo una parte flotaba en mi mente cuando llevé comida a mis labios. Sin embargo ahora, el pensamiento completo estaba presente, débil, apenas sensato, apenas definido… pero entero. Con la energía tensa de la desesperación, procedí a ejecutarlo.

Durante horas un enjambre de ratas pululaba cerca del armazón de madera sobre el que estaba. Eran ratas salvajes, osadas y hambrientas, que me miraban con sus pupilas rojas y centelleantes, y esperaban verme inmóvil para convertirme en su trofeo. «¿A qué alimento —pensé— las han acostumbrado en el pozo?». A pesar de todos mis esfuerzos por impedirlo, ya habían devorado el contenido del plato, salvo unas pocas sobras. Mi mano se había agitado como un abanico sobre el plato; pero, a la larga, la regularidad del

movimiento le hizo perder su efecto. En su voracidad, las abominables alimañas me clavaban sus garras afiladas en los dedos. Tomando pedazos de la carne aceitosa y salada que quedaba en el plato, froté con ellos mis ataduras allí donde era posible alcanzarlas, y después, apartando mi mano del suelo, me quedé inmóvil, conteniendo el aliento. Los hambrientos animales se sorprendieron por la suspensión de movimientos. Retrocedieron alarmados y se refugiaron en el pozo. Esto duró apenas un momento. No en vano había yo considerado su voracidad. Al observar que seguía sin moverme, una o dos de las más atrevidas saltaron al bastidor de madera y olfatearon la cinta. Esto fue la señal para que todas avanzaran. Salían del pozo, corriendo en renovados grupos. Se colgaron de la madera, corriendo por ella, y saltaron a centenares sobre mi cuerpo. El acompasado movimiento del péndulo no las molestaba. Evitando sus golpes, se precipitaban sobre las untadas ligaduras. Se apretaban, pululaban sobre mí en cantidades cada vez más grandes. Se retorcían cerca de mi garganta; sus fríos hocicos buscaban mis labios. Yo me ahogaba bajo su peso; un asco para el cual no existe nombre en este mundo llenaba mi pecho y congelaba mi corazón con su viscosidad. Un minuto más, sin embargo, y la lucha terminaría. Con toda claridad percibí que las ataduras se aflojaban. Me di cuenta de que debían de estar rotas en más de una parte. Pero, con una intrepidez sobrehumana, me mantuve inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos ni sufrido tanto en vano. Por fin, sentí que estaba libre. La cinta colgaba en tiras a los lados de mi cuerpo.

El paso del péndulo alcanzaba mi pecho. Había roto la estameña y cortaba ahora la tela de la camisa. Dos veces más pasó sobre mí, y un agudísimo dolor recorrió mis nervios. El momento de escapar había llegado. Apenas sacudí la mano, mis liberadoras huyeron en tumulto. Con un movimiento regular y fino, fui achicándome todo lo posible, rodé lentamente, fuera de mis ataduras, más allá del alcance de la cimitarra. Por el momento, al menos, estaba libre.

Libre… ¡y en las garras de la Inquisición! Apenas me había apartado de aquella cama de tortura para ponerme de pie en el suelo de piedra, cuando cesó el movimiento de la diabólica máquina, y la vi subir, movida por una fuerza invisible, hasta desaparecer más allá del

techo. Fue una lección que debí tomar desesperadamente a pecho. Indudablemente, espiaban cada uno de mis movimientos. ¡Libre! Apenas si había escapado de la muerte bajo la forma de una tortura, para ser entregado a otra que sería peor aún que la misma muerte. Pensando en eso, observé las barreras de hierro que me encerraban. Algo raro, un cambio que al principio no pude apreciar, se había producido en el calabozo. Durante largos minutos, abstraído y tembloroso, me perdí en conjeturas deshilvanadas. En ese momento, noté por primera vez el origen de la luz amarillenta que iluminaba la celda. Venía de una fisura de un poco más de un centímetro de ancho, que rodeaba por completo el calabozo al pie de las paredes, las cuales parecían —y en realidad estaban— completamente separadas del suelo. A pesar de todo mi esfuerzo, no pude ver nada a través de la abertura.

Al pararme otra vez, entendí de repente el misterio del cambio que había notado en la celda. Ya dije que, si bien las imágenes pintadas en los muros eran claras, los colores parecían borrosos. Pero ahora esos colores habían tomado una intensidad asombrosa y creciente que le daba a aquellos dibujos diabólicos un aspecto que hubiera quebrantado nervios más resistentes que los míos. Ojos demoniacos, vivos y salvajes, que me contemplaban fijamente desde mil direcciones, donde ninguno había sido visto antes, y brillaban con el resplandor de un fuego que mi imaginación no alcanzaba a concebir como irreal.

¡Irreal…! Al respirar, llegó a mis narices el olor característico del vapor que surgía del hierro recalentado… Aquel olor sofocante invadía la celda… Los sangrientos espantos representados en las paredes empezaron a ponerse rojos… Yo jadeaba, intentando respirar. Ya no me cabía duda sobre la intención de mis torturadores. ¡Ah, los más implacables, los más maléficos entre los humanos! Corrí hacia el centro de la celda, alejándome del metal ardiente. Al enfrentar la horrible destrucción que me esperaba, la idea de la frescura del pozo invadió mi alma como un bálsamo. Corrí hasta su borde mortal. Miré hacia abajo. El resplandor del techo ardiente iluminaba sus huecos recónditos. Y, sin embargo, durante un horrible instante, mi espíritu se negó a entender el sentido de lo que veía. Pero, al fin, ese sentido se abrió paso, avanzó hasta mi alma, hasta arder y consumirse en mi

razón. ¡Oh, poder decirlo! ¡Oh, espanto! ¡Todo… todo menos eso! Con un alarido, salté hacia atrás y hundí mi cara en las manos, llorando con amargura.

El calor aumentaba vertiginosamente y otra vez miré a lo alto, temblando como en un ataque de fiebre. Un segundo cambio se producía en la celda… y esta vez el cambio tenía que ver con las formas. Como antes, fue inútil que me esforzara por entender lo que pasaba. Pero ya no tuve dudas. La venganza de la Inquisición se aceleraba después de mi doble fuga, y el Rey de los Espantos no perdería más tiempo. Hasta entonces mi celda era cuadrada. De pronto vi que dos de sus ángulos de hierro se habían vuelto agudos, y los otros dos, por consiguiente, obtusos. La siniestra diferencia se acentuaba rápidamente, con un sonido profundo y triste. En un instante, el calabozo se transformó en un rombo. Pero el cambio no paró allí, y yo no quería que parara. Podría haber pegado mi pecho a las paredes rojas, como si fuera un traje de paz eterna. «¡La muerte! —grité—. ¡Cualquier muerte, menos la del pozo!». ¡Sin sentido! ¿No era evidente que los hierros al rojo me obligarían a tirarme al pozo? ¿Resistiría su fuego? Y si lo resistiera, ¿cómo oponerme a su presión? El rombo se iba achatando más y más, con una velocidad que no me dejaba tiempo para mirar. Su centro y, por tanto, su diámetro mayor, alcanzaba ya al abismo abierto. Me eché hacia atrás, pero el movimiento de los muros me obligaba a avanzar. Por fin, no hubo ya en el suelo del calabozo ni un centímetro de apoyo para mi cuerpo quemado y palpitante. Dejé de luchar. La agonía de mi alma se reflejó en un largo, agudo y desesperado alarido terminal. Tambaleaba al borde del pozo… Desvié la mirada… ¡Y oí un coro inarmónico de voces humanas! ¡Sonaron trompetas! ¡Escuché el crepitar de mil truenos! ¡Los muros aterradores recularon! Una mano tendida agarró mi brazo en el momento en que caía desmayado al abismo. Era la del general Lasalle. El ejército francés había tomado Toledo. La Inquisición estaba en poder de sus enemigos.

11

UN CUENTO DE LAS MONTAÑAS RAGGED

(A Tale of the Ragged Mountains, 1844)

En 1827, durante el otoño, mientras vivía cerca de Charlottesville, Virginia, me relacioné por azar con el señor Augustus Bedloe. Era un joven caballero, extraordinario en todo sentido, que me despertó interés y curiosidad. Me resultaba imposible comprenderlo tanto en lo físico como en lo moral. De su familia no supe mucho. Nunca averigüé de dónde venía. Aunque lo califico de joven caballero, no sé bien su edad, había algo en su aspecto que me desconcertaba. Parecía joven, y se complacía en hablar de su juventud, pero había momentos en que no me hubiera costado mucho suponer que tenía cien años. Su apariencia física era peculiar: muy alto, flaco y encorvado, piernas excesivamente largas, frente ancha, rostro pálido y boca grande, con dientes sanos pero desparejos. La expresión de su sonrisa, sin embargo, en modo alguno resultaba desagradable, como podía suponerse, pero era absolutamente invariable. Mostraba una profunda melancolía y una tristeza constante. Sus ojos eran muy grandes y redondos, como los de un gato. Sus pupilas, con cualquier aumento o disminución de luz, sufrían una contracción o una dilatación como la que se ve en los felinos. En momentos de excitación sus ojos brillaban hasta un punto inconcebible, y parecían emitir rayos, no de una luz reflejada, sino interior, como una vela, como el sol; pero, por lo general, su mirada, apagada y opaca, evocaba la mirada de un cadáver enterrado hace muchos años.

Estos rasgos físicos parecían molestarlo y continuamente aludía a ellos en un tono en parte explicativo, en parte de disculpa, que la primera vez me impresionó penosamente. Pronto, sin embargo, me acostumbré a él y mi incomodidad desapareció. Insinuaba, sin afirmarlo de modo directo, que su aspecto físico no había sido siempre el de ahora, que una serie de ataques nerviosos lo habían

reducido de una belleza mayor de lo común a eso que ahora yo contemplaba. Hacía mucho tiempo que se atendía con un médico llamado Templeton, un viejo caballero de unos setenta años, a quien conociera en Saratoga y cuyos cuidados le habían proporcionado, o por lo menos así lo creía, gran alivio. El resultado fue que Bedloe, hombre rico, había hecho un arreglo con el doctor Templeton, por el cual este último, mediante un generoso pago anual, consintió en consagrar su tiempo y su experiencia médica al cuidado exclusivo del enfermo.

El doctor Templeton había viajado mucho en su juventud, y en París se convirtió, en gran medida, a las doctrinas de Franz Mesmer. Por medio de curas magnéticas había aliviado los dolores de su paciente, que, movido por este éxito, confiaba en las ideas en las cuales se basaba el tratamiento. El doctor, como todos los fanáticos, quería convertir a su discípulo, y logró convencerlo para que se sometiera a numerosos experimentos. Con la frecuente repetición de estos logró un resultado que en los últimos tiempos se ha vulgarizado hasta el punto de no llamar la atención, pero que en el periodo al cual me refiero era apenas conocido en América. Entre el doctor Templeton y Bedloe se había establecido un lazo definido e intenso, una relación magnética. No estoy en condiciones de asegurar, sin embargo, que esta conexión se extendiera más allá de los límites del simple poder de provocar sueño, pero el poder en sí mismo había alcanzado gran intensidad. El primer intento de producir somnolencia magnética fue un absoluto fracaso para el mesmerista. El quinto, o el sexto, tuvo un éxito parcial, conseguido después de largo esfuerzo. Solo en el duodécimo el triunfo fue completo. Después de este, la voluntad del paciente sucumbió a la del médico, de modo que, cuando los conocí, el sueño se producía casi de inmediato por la simple voluntad del operador, aun cuando el enfermo no estuviera enterado de su presencia. Solo ahora, en el año 1845, cuando se comprueban diariamente miles de milagros similares, me atrevo a referir esta aparente imposibilidad como un hecho real y probado.

Bedloe era sensitivo, excitable y exaltado en el más alto grado. Su imaginación, singularmente vigorosa y creadora, sacaba fuerzas adicionales del uso habitual de la morfina, que ingería en gran cantidad y sin la cual le hubiera resultado imposible vivir. Era su

costumbre tomar una dosis muy grande todas las mañanas, inmediatamente después del desayuno, o más bien después de una taza de café cargado, pues no comía nada antes del mediodía, y luego salía, solo o acompañado por un perro, en un largo paseo por la cadena de colinas sombrías que se alzan hacia el suroeste de Charlottesville y son honradas con el nombre de Montañas Ragged.

Un día caliente y nublado de fines de noviembre, durante el extraño interregno de las estaciones que en Norteamérica se llama verano indio, el señor Bedloe partió, como de costumbre, hacia las colinas. Pasó el día, y no volvió. A eso de las ocho de la noche, ya seriamente alarmados por su prolongada ausencia, estábamos a punto de salir en su busca, cuando apareció de improviso, en un estado no peor que el habitual, pero más exaltado que de costumbre. Su relato de la expedición y de los acontecimientos que lo habían detenido fue singular.

—Recordarán ustedes —dijo— que eran alrededor de las nueve de la mañana cuando salí de Charlottesville. De inmediato, me dirigí hacia las montañas y, a eso de las diez, entré en una garganta completamente nueva para mí. Seguí los recodos de este paso con gran interés. El paisaje que se veía presentaba un fantástico y, para mí, delicioso cuadro de lúgubre desolación. La soledad parecía absolutamente virgen. No pude menos de pensar que aquel verde césped y aquellas rocas grises nunca habían sido pisados hasta entonces por pies humanos. Tan absoluto era su apartamiento y, en realidad, tan inaccesible la entrada del barranco —salvo por una serie de accidentes—, que no es nada imposible que yo haya sido el primer aventurero, el primerísimo y único aventurero que penetró en sus recónditos secretos. La espesa niebla o humo que caracteriza al verano indio y que ahora flota, pesada, sobre todas las cosas, ahondaba la vaga impresión que esos objetos creaban. Tan densa era la bruma que en ningún momento pude ver a más de doce yardas en el sendero. Este era sumamente sinuoso y, como no se podía ver el sol, pronto perdí toda idea de la dirección en que andaba. Entretanto, la morfina obró su efecto acostumbrado: el de dotar todo el mundo exterior de intenso interés. En el temblor de una hoja, en el matiz de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el soplo del viento, en los

olores que salían del bosque había un universo de sugestión, una alegre y abigarrada serie de ideas inconclusas y desordenadas. Absorto, caminé durante varias horas, durante las cuales la niebla se espesó a mi alrededor hasta tal punto que al fin me vi obligado a buscar a tientas el camino. Y entonces una indescriptible inquietud se adueñó de mí, una especie de vacilación nerviosa, de temblor. Temí caminar, no fuera a precipitarme en algún abismo. Recordaba, además, extrañas historias sobre estas Montañas Ragged, sobre una raza feroz que ocupaba sus bosques y cavernas. Mil fantasías vagas y tristes me desconcertaron. De improviso, detuvo mi atención el redoble de un tambor. Mi asombro fue por supuesto extremo. Un tambor en esos parajes era algo desconocido. No podía sorprenderme más el sonido de la trompeta de un Arcángel. Pero entonces surgió una fuente de interés y de perplejidad aún más sorprendente. Oí un extraño son de cascabel o campanilla, como de un manojo de grandes llaves, y al instante, pasó como una exhalación, lanzando un alarido, un hombre semidesnudo de piel oscura. Pasó tan cerca que sentí su aliento caliente en la cara. Llevaba en una mano un instrumento compuesto por un conjunto de aros de acero, y los sacudía vigorosamente al correr. Apenas había desaparecido en la niebla cuando, jadeando tras él, con la boca abierta y los ojos centelleantes, se precipitó una enorme bestia. No podía equivocarme acerca de su naturaleza. Era una hiena. Ver a ese monstruo, en vez de aumentar mi miedo lo alivió, ahora estaba seguro de que soñaba e intenté despertarme. Di unos pasos hacia delante con valor y energía. Me restregué los ojos. Grité. Me pellizqué los brazos. En un pequeño manantial me detuve y me mojé las manos, la cabeza y el cuello. El agua pareció disipar las emociones ambiguas que me perturbaban. Me enderecé, convertido en un hombre nuevo, y seguí tranquilo mi camino. Al fin, agotado por el esfuerzo y por la opresiva cerrazón de la atmósfera, me senté bajo un árbol. En ese momento, llegó un pálido resplandor de sol y la sombra de las hojas del árbol cayó débil pero definida sobre la hierba. Contemplé maravillado esta sombra durante varios minutos. Su forma me dejó pasmado. Miré hacia arriba. El árbol era una palmera. Me levanté agitado, la suposición de que estaba soñando ya no me servía. Entendí que era dueño de mis sentidos, y estos sentidos brindaban a mi alma un mundo de

sensaciones nuevas. El calor se volvió insoportable. La brisa traía un olor raro. Un murmullo bajo, continuo, como el que surge de un río crecido pero que corre suavemente, llegó a mis oídos, mezclado con el susurro peculiar de múltiples voces humanas. Mientras escuchaba en el colmo del asombro, una fuerte y breve ráfaga de viento disipó la niebla como por arte de magia. Me encontré al pie de una montaña, mirando una llanura por la cual serpeaba un río majestuoso. A orillas de este río había una ciudad de apariencia oriental, como las que conocemos por *Las mil y una noches*, pero más singular aún que las allí descritas. Desde mi posición, a un nivel mucho más alto que el de la ciudad, podía ver cada rincón como si estuviera delineado en un mapa. Las calles parecían innumerables y se cruzaban irregulares en todas direcciones, eran pasadizos sinuosos que bullían de gente. Las casas eran pintorescas. A cada lado había balcones, pórticos, campanarios, glorietas y torres, todo fantásticamente tallado. Abundaban las tiendas, con un despliegue de productos caros en infinita variedad y abundancia: sedas, cuchillos y piedras preciosas. Se veían banderas por todos lados y literas con damas esplendorosas rigurosamente cubiertas, elefantes con mantas lujosas, fetiches grotescamente tallados, tambores, pendones, platillos, lanzas, mazas de oro y plata. Y entre la multitud, el clamor, el enredo, la confusión general; en medio del millón de hombres blancos y amarillos con turbantes y túnicas y barbas, vagaban toros sagrados. Legiones de simios repugnantes, también sagrados, trepaban chillando a las cornisas de las mezquitas, o se colgaban de las torres. De las calles bajaban escaleras a la orilla del río, que parecía abrirse paso con dificultad a través de las grandes flotas de navíos muy cargados que se amontonaban a lo largo y a lo ancho de su superficie. Más allá de los límites de la ciudad se elevaban palmeras, cocoteros y otros gigantescos y misteriosos árboles añosos, y aquí y allá podía verse un arrozal, alguna choza campesina con techo de paja, un aljibe, un templo perdido, un campamento gitano, o una solitaria y graciosa doncella encaminándose, con un cántaro sobre la cabeza, hacia la orilla del río. Ustedes dirán ahora que yo soñaba, pero no es así. Lo que vi, lo que oí, lo que sentí, lo que pensé, nada tenía de la incuestionable naturaleza del sueño. Todo tenía una consistencia rigurosa y propia. Al principio, dudando de estar realmente despierto,

inicié una serie de pruebas que pronto me convencieron de que, en efecto, lo estaba. Cuando uno sueña y en el sueño sospecha que sueña, la sospecha nunca deja de confirmarse y el durmiente se despierta de inmediato. Por eso, Novalis no se equivoca al decir que «estamos próximos a despertar cuando soñamos que soñamos». Si hubiera tenido esta visión tal como la describo, sin sospechar que era un sueño, entonces podía haber sido un sueño, pero habiéndose producido así, y siendo, como lo fue, objeto de dudas y pruebas, me veo obligado a clasificarla entre otros fenómenos.

—En esto no estoy seguro de que se equivoque —observó el doctor Templeton—, pero continúe. Usted se levantó y descendió a la ciudad.

—Me levanté —continuó Bedloe mirando al doctor con un aire de profundo asombro—, me levanté como usted dice y descendí a la ciudad. En el camino encontré una inmensa multitud que atestaba las calles y se dirigía en la misma dirección, dando muestras de exaltación en todos sus actos. De pronto, y por algún impulso inconcebible, experimenté un fuerte interés personal en lo que estaba sucediendo. Sentía que debía desempeñar un importante papel, sin saber exactamente cuál. La multitud que me rodeaba, sin embargo, me inspiró una profunda antipatía. Me aparté bruscamente; deprisa, por un sendero sinuoso, llegué a la ciudad y entré. Todo allí era alboroto y pelotera. Un pequeño grupo de hombres vestidos con ropas mitad indias, mitad europeas, y capitaneado por caballeros de uniforme que parecían británicos, luchaban en desventaja contra el pueblo en las calles. Me uní a la parte más débil, con las armas de un oficial caído, y luché no sé contra quién, con la nerviosa ferocidad de la desesperación. Pronto fuimos vencidos y buscamos refugio en una especie de casilla. Allí nos atrincheramos y por un momento estuvimos seguros. Desde una ventana cerca del techo de la casilla vi una multitud furiosa, rodeando y asaltando un palacio que dominaba el río. Entonces, desde una abertura superior de ese palacio, bajó un personaje de aspecto afeminado, valiéndose de una cuerda hecha con los turbantes de sus sirvientes. Cerca había un bote, en el cual huyó a la orilla opuesta del río. Y entonces un nuevo propósito se apoderó de mi espíritu. Dije unas pocas palabras apuradas pero enérgicas a mis compañeros y, logrando ganar a algunos para mi causa, salí frenético

de la casilla. Nos precipitamos entre la multitud que la rodeaba. Al principio, esta se retiró a nuestro paso. Volvió a unirse, luchó enloquecida, se retiró de nuevo. Entretanto, nos habíamos alejado de la casilla y nos perdimos en las calles de casas altas, salientes, en cuyas profundidades el sol nunca había podido brillar. El pueblo presionó impetuoso contra nosotros, hostigándonos con lanzas y flechas. Las flechas eran curiosas, parecidas al sinuoso kris malayo. Imitaban el cuerpo de una serpiente ondulada y eran largas y negras, con púas envenenadas. Una de ellas me hirió en la sien derecha. Tambaleé y caí. Una instantánea y espantosa náusea me invadió. Me debatí, jadeando, hasta morir.

—No puede usted insistir ahora —dije, sonriendo— en que toda su aventura no fue un sueño. No se dispondrá a sostener que está muerto, ¿verdad?

Al decir estas palabras esperaba de parte de Bedloe alguna salida a modo de respuesta, pero, para mi asombro, vaciló, tembló, se puso terriblemente pálido y permaneció silencioso. Miré a Templeton. Estaba rígido en su silla, daba diente con diente, y los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Continúe! —dijo por fin con voz ronca.

—Durante varios minutos —prosiguió Bedloe— mi único sentimiento, mi única sensación fue de oscuridad, de nada, junto con la conciencia de la muerte. Por fin, mi alma pareció sufrir un golpe violento, como de electricidad. Con él apareció la flexibilidad y la luz. Sentí la luz, no la vi. Por un instante, me pareció que me levantaba del suelo. Pero no tenía presencia corpórea, ni visible, ni audible, ni palpable. La multitud se había ido. El tumulto había cesado. La ciudad se hallaba en relativo reposo. Abajo yacía mi cadáver con la flecha en la sien, la cabeza hinchada y desfigurada. Pero todas estas cosas las sentí, no las vi. Nada me interesaba. El mismo cadáver era como si no fuese cosa mía. No tenía voluntad, pero algo parecía impulsarme a moverme y me deslicé flotando fuera de la ciudad, volviendo a recorrer el sendero sinuoso por el cual había entrado. Cuando llegué al punto del barranco en las montañas donde encontrara la hiena, experimenté de nuevo un choque como de batería galvánica; las sensaciones de peso, de voluntad, de sustancia volvieron. Recobré mi ser original y dirigí ansioso mis pasos hacia

casa, pero el pasado no había perdido la vivacidad de lo real, y ni siquiera ahora, ni siquiera por un instante, puedo obligar a mi entendimiento a considerarlo como un sueño.

—No lo era —dijo Templeton solemne—, y sin embargo, sería difícil decir de qué otra manera podría llamárselo. Supongamos que el alma humana actual está al borde de algunos estupendos descubrimientos psíquicos. Contentémonos con esta suposición. En cuanto al resto, tengo alguna explicación que dar. He aquí una acuarela que debería haberle mostrado antes, pero no lo hice porque me lo impidió el horror.

Miramos la figura que presentaba. Nada le vi de extraordinario, pero su efecto sobre Bedloe fue prodigioso. Casi se desmayó al verla. Y sin embargo, era tan solo un retrato, una miniatura de milagrosa exactitud, por cierto, un retrato de sus notables facciones. Por lo menos esto fue lo que pensé al mirarlo.

—Advertirán ustedes —dijo Templeton— la fecha de este retrato. Aquí está, apenas visible, en este ángulo: 1780. En ese año fue hecho. Pertenece a un amigo muerto, al señor Oldeb, de quien fui íntimo amigo en Calcuta, durante la administración de Warren Hastings. Entonces yo tenía veinte años. La primera vez que lo vi a Bedloe, en Saratoga, la milagrosa semejanza existente entre usted y la pintura fue lo que me indujo a hablarle, a buscar su amistad y a llegar a un arreglo por el cual me convertí en su compañero constante. Al hacer esto me urgía en parte, y quizá principalmente, el dolido recuerdo del muerto, pero también, en parte, una curiosidad con respecto a usted, incómoda y no desprovista de horror. En los detalles de su visión entre las colinas, ha descrito con la más minuciosa exactitud la ciudad india de Benarés, sobre el Río Sagrado. Los disturbios, el combate, la matanza fueron hechos reales de la insurrección de Cheyte Sing de 1780, cuando la vida de Hastings corrió peligro. El hombre que escapaba por la cuerda de turbantes era el mismo Cheyte Sing. El destacamento de la casilla estaba formado por esclavos y oficiales británicos, comandados por Hastings. Yo formaba parte de ese destacamento e hice todo lo posible para impedir la fatal salida del oficial que cayó, en las calles, herido por la flecha envenenada de un bengalí. Aquel oficial era mi amigo más querido: Oldeb. Lo verán ustedes en estos manuscritos —aquí sacó un cuaderno de notas donde

había varias páginas que parecían recién escritas—; en el mismo momento en que usted imaginaba esas cosas entre las colinas, yo estaba entregado a la tarea de detallarlas sobre el papel, aquí, en casa.

Aproximadamente una semana después de esta conversación, en el periódico de Charlottesville aparecieron los siguientes párrafos:

> Tenemos el penoso deber de anunciar la muerte del señor Augustus Bedlo, caballero que por sus hábitos y sus virtudes se había ganado el afecto de los ciudadanos de Charlottesville. El señor B. había padecido durante varios años neuralgias que con frecuencia lo amenazaron con un fin fatal; pero esta es solamente la causa mediata de su fallecimiento. La causa próxima es extraña. En una excursión a las Montañas Ragged, hace unos días, el señor B. tomó frío, se afiebró y un exceso de sangre subió a su cabeza. Para aliviar esto, el doctor Templeton recurrió a la sangría local, por medio de sanguijuelas aplicadas en las sienes. En un periodo breve el paciente murió, viéndose entonces que en el recipiente de las sanguijuelas se había metido un gusano venenoso que de vez en cuando se encuentra en las charcas vecinas. Este se adhirió a una pequeña arteria de la sien derecha. Su gran semejanza con la sanguijuela medicinal fue causa de que se advirtiera tarde el error.
>
> N. B. El gusano venenoso de Charlottesville siempre puede distinguirse de la sanguijuela medicinal por su color negro y sus movimientos reptantes, semejantes a los de las serpientes.

Estaba hablando con el director del diario en cuestión sobre este notable accidente, cuando se me ocurrió preguntar por qué el nombre del difunto figuraba como Bedlo.

—Supongo —dije— que tienen ustedes autoridad suficiente para escribirlo así, pero siempre imaginé que el nombre se escribía con una e al final.

—¿Autoridad? No —replicó—. Es un error tipográfico. El nombre es Bedloe, con una e, y en mi vida he sabido que se escribiera de otro modo.

—Entonces —dije entre dientes mientras me iba—, realmente ha sucedido que una verdad es más extraña que cualquier ficción, pues Bedlo, sin la e, qué es sino Oldeb, al revés. Y este hombre me dice que

es un error tipográfico.

12

EL CORAZÓN DELATOR

(The Tell-Tale Heart, 1843)

¡Es verdad! Siempre fui un tipo muy nervioso, terriblemente nervioso. Pero ¿por qué dicen que estoy loco? La enfermedad había afilado mis sentidos, en vez de trastornarlos o anestesiarlos. Y mi oído era el más fino de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Oigan… vean con cuánta cordura, con cuánta paz les cuento mi historia.

Me resulta difícil decir cómo aquella idea entró en mi cabeza por primera vez, pero, una vez pensada, me acosó día y noche. Yo no seguía ningún propósito. Ni tampoco estaba furioso. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo parecido al ojo de un buitre. Un ojo celeste, velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, fui decidiendo matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio… ¡si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad actué! ¡Con qué cuidado, precaución y disimulo puse manos a la obra! Nunca fui tan amable con el viejo como durante la semana anterior a matarlo. Todas las noches, cerca de las doce, giraba el picaporte de su puerta y la abría… ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una ventana cerrada, completamente cerrada, de manera que no se viera ninguna luz, y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver con cuánta astucia pasaba la cabeza! La movía lentamente… muy lentamente, para no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta, hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza dentro del cuarto, abría la

ventana cautelosamente… ¡tan cautelosamente! Sí, cautelosamente iba abriendo la ventana (crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches… cada noche, a las doce… pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre con voz cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarlo mientras dormía.

Al llegar la octava noche, actué con más precaución que de costumbre al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve con más rapidez de lo que se movía mi mano. Jamás, antes de aquella noche, había sentido el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas lograba contener mi impresión de triunfo. ¡Pensar que estaba ahí, abriendo poco a poco la puerta, y que él ni siquiera soñaba con mis intenciones secretas! Me reí entre dientes ante esta idea, y quizá me oyó, porque lo sentí moverse repentinamente en la cama, como si se sobresaltara. Ustedes pensarán que me eché hacia atrás… pero no. Su cuarto estaba muy oscuro, porque el viejo cerraba las persianas por miedo a los ladrones. Empujé suavemente, muy suavemente. Ya había pasado la cabeza y me disponía a abrir la ventana, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en la cama, gritando:

—¿Quién está ahí?

Me quedé inmóvil, callado. Durante una hora no moví un músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama. Seguía sentado, escuchando… tal como yo lo había hecho, noche tras noche, mientras escuchaba en la pared los taladros, ese sonido que anuncia la muerte.

Oí de pronto un quejido, y supe que era un quejido de miedo. No era de dolor o de pena… ¡oh, no! Era el susurro abrumado que brota del fondo del alma cuando el terror la estremece. Bien conocía yo ese susurro. Muchas noches, a las doce en punto, mientras el mundo dormía, nació en mi pecho con el eco enloquecedor del pánico. Repito

que lo conocía bien. Comprendí lo que estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazón. Comprendí que había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando se movió en la cama. Había tratado de decirse que aquel ruido no era nada, pero sin conseguirlo. Pensaba: «No es más que el viento en la chimenea… o un grillo que chirrió una sola vez». Había intentado darse ánimo con esas suposiciones, pero era en vano. Todo era en vano, porque la Muerte se aproximaba, deslizándose furtiva, y envolvía a su víctima. El peso aciago de aquella sombra era la que le hacía sentir —aunque no podía verla ni oírla—, la presencia de mi cabeza en el cuarto.

Después de esperar largo tiempo, con paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir un pequeñísimo resquicio en la ventana.

Así lo hice —no pueden imaginarse ustedes con qué inmenso cuidado—, hasta que un rayo de luz, fino como una telaraña, brotó del resquicio y cayó de lleno sobre el ojo de buitre. Estaba abierto de par en par… y yo empecé a irritarme al ver con claridad su azul apagado y esa horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, como movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito.

¿Ya les dije que lo que ustedes creen locura es solo una exacerbación de los sentidos? En aquel momento, llegó a mis oídos un tic tac apagado, como el de un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido también me resultaba familiar. Era el latido del corazón del viejo. Ese tic tac aumentó mi rabia, como el redoblar de un tambor estimula el valor de un soldado. Pero me contuve y seguí callado. Apenas si respiraba. Sostenía la ventana para que no se moviera, tratando de mantener el haz de luz sobre el ojo. Entretanto, el infernal latido del corazón aumentaba. Se hacía cada vez más rápido y fuerte, momento a momento. El miedo del viejo debía ser terrible. ¡Cada vez más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquel me llenó de horror. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte! Me pareció que

aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí… ¡Algún vecino podía escuchar tal sonido! ¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la ventana y me precipité en la habitación. El viejo gimió una vez… nada más que una vez. Me alcanzó un segundo para tirarlo al suelo y echarle encima el colchón. Sonreí al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. No me preocupaba, porque nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, plenamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.

Si ustedes continúan tomándome por loco dejarán de hacerlo cuando les describa las precauciones que tomé para esconder el cadáver. La noche avanzaba, mientras yo cumplía mi trabajo, rápido y silencioso. Primero descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, los brazos y las piernas. Después levanté tres tablas del suelo del cuarto y escondí los restos en el agujero. Volví a colocar las tablas con tanta habilidad que ningún ojo humano —ni siquiera el suyo— hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar… ninguna mancha… ningún rastro de sangre. Yo era demasiado precavido para eso. Un cacharro había recogido todo… ¡ja, ja! Cuando terminé mi tarea eran las cuatro de la madrugada, seguía tan oscuro como a medianoche. Mientras se oían las campanadas de la hora, golpearon a la puerta de la calle. Abrí con tranquilidad ¿qué podía temer ahora?

Tres caballeros se presentaron como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la posibilidad de algún atentado. Al recibir este informe en el puesto de policía habían comisionado a los tres agentes para que registraran el lugar.

Sonreí… ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado. Llevé a los visitantes a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran bien. Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto. Les

mostré sus caudales intactos y cómo cada cosa se hallaba en su lugar. En el entusiasmo de mis confidencias, traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran allí de sus fatigas, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima. Los oficiales estaban satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me sentía cómodo. Se sentaron y hablaron de cosas comunes mientras yo les respondía animado. Al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos, pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso, seguía resonando y era cada vez más intenso. Hablé en voz muy alta para librarme de esa sensación, pero continuaba y se iba haciendo cada vez más clara… hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía dentro de mis oídos. Sin duda, debí de ponerme muy pálido, pero seguí hablando con soltura y elevando mucho el tono de voz. Pero el sonido aumentaba… ¿y qué podía hacer? Era un tic tac apagado… un sonido como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Jadeaba, tratando de recobrar el aliento y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido crecía continuamente. Me puse en pie y discutí sobre insignificancias en voz muy alta y con violentas gesticulaciones, pero el sonido crecía continuamente. ¿Por qué no se iban? Anduve de un lado a otro, a grandes pasos, como si las observaciones de aquellos hombres me enfurecieran, pero el sonido crecía. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer yo? Lancé gargajos de furia… maldije… juré… Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del suelo, pero el sonido excedía todos los otros y crecía sin parar. ¡Más alto… más alto… más alto! Mientras los hombres seguían charlando y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios! ¡No! ¡Claro que oían y sospechaban! Sabían… y se estaban burlando de mi horror. ¡Así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más aceptable que aquella burla! ¡No podía soportar más sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces… otra vez… escuchen… más fuerte… más fuerte… más fuerte… más fuerte!

—¡Basta de simular, miserables! —grité—. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten estas tablas! ¡Ahí, ahí! ¡Donde está latiendo su horroroso corazón!

13

WILLIAM WILSON

(1839)

«¿Qué decir de eso?
¿Qué decir de la CONCIENCIA siniestra, ese fantasma en mi travesía?».

CHAMBERLAYNE, *Pharronida*

Dejad que, por el momento, me presente como William Wilson. La página en blanco que tengo ante mí no debe ensuciarse con mi nombre real. Este ha sido el desmedido objeto de la humillación, el horror y el odio de mi sangre. ¿Los vientos disgustados no han esparcido su inmensa vergüenza por los lugares más lejanos de la tierra? ¡Oh, paria, el más desamparado de todos los parias! ¿No estás definitivamente muerto para el mundo? ¿No estás muerto para sus honores, para sus flores, para sus doradas ambiciones? Y una nube espesa, oscura, limitada, ¿no pende para siempre entre tus esperanzas y el cielo?

Aunque pudiese, no quisiera registrar hoy, ni aquí, el relato de mis últimos años de desdicha tremenda y de crimen imperdonable. Esa época —esos años recientes— llegaron repentinamente al colmo de la degeneración, cuyo origen es lo único que en el presente me propongo señalar. Por lo general, los hombres caen gradualmente en la bajeza. En mi caso, en un solo instante, toda virtud se desprendió de mi cuerpo como si fuera una capa. De una maldad comparativamente insignificante pasé, con la zancada de un gigante, a desatinos peores que los de un Heliogábalo. Acompañadme en el relato de la oportunidad, del único acontecimiento que provocó una malignidad semejante. La muerte se aproxima y la sombra que la precede ha tranquilizado mi espíritu. Al atravesar el valle de las sombras, deseo la comprensión —casi dije la piedad— de mis semejantes. Quisiera que creyeseis que, en cierta medida, he sido esclavo de hechos que exceden el control humano. Sería mi anhelo que, en los detalles que os estoy por contar, buscaseis algún pequeño oasis de fatalidad en un páramo

de errores. Desearía que admitieseis —y no podéis menos que hacerlo — que aunque hayan existido tentaciones igualmente grandes, el ser humano no ha sido nunca así tentado y, sin duda, jamás así cayó. ¿Será por eso que nunca sufrió de esta manera? En realidad, ¿no habré vivido en un sueño? ¿No me muero ahora víctima del horror y del misterio de las más enloquecidas visiones sublunares?

Desciendo de una familia que sobresalía por su imaginación y sus pasiones; desde la más tierna infancia di muestras de haber heredado plenamente el carácter familiar. Crecí, y ese carácter se acentuó, para transformarse en una preocupación para mis amigos y en un problema para mí. Por propia voluntad me entregué a los caprichos más extravagantes y fui víctima de pasiones descontroladas. Pobres de espíritu, con debilidad mental y enfermedades congénitas parecidas a las mías, mis padres poco pudieron hacer para frenar mis malas inclinaciones. Algunos intentos blandos y mal dirigidos acabaron en un fracaso para ellos y, naturalmente, en un éxito para mí. De allí en más mi voz fue ley en esa casa, y a una edad en que pocos niños han abandonado el andador, quedé a merced de mi propia voluntad y me convertí, de hecho, si no de derecho, en amo de mis actos.

Mis recuerdos de la vida escolar se relacionan con una residencia isabelina, amplia e irregular, en un pueblo de Inglaterra cubierto de niebla, donde se elevaban grandes árboles nudosos, y donde todas las casas eran muy viejas. En verdad, esa antigua y venerable ciudad era un lugar de ensueño, propicio para la paz del espíritu. En este mismo momento, en mi fantasía, percibo la frescura de sus avenidas sombreadas, respiro el aroma de sus mil arbustos y me emociono ante el tañido profundo de la campana de la iglesia, que sonaba cada hora sobre el silencio melancólico de la atmósfera, desde un campanario gótico.

Los recuerdos de la escuela, y todo lo que se relaciona con ella, son tal vez los únicos motivos de placer que puedo alcanzar hoy en día. Sumergido en la desgracia —una desgracia, ¡ay!, demasiado real — se me perdonará que busque alivio, aunque leve y efímero, en algunos detalles, por vagos que sean. Esos detalles, triviales y hasta ridículos, adquieren en mi imaginación una rara importancia, por estar relacionados con un tiempo y un lugar en donde reconozco los primeros avisos ambiguos del destino, antes de quedar atado

completamente a su sombra. Permitidme, entonces, que recuerde.

Ya he dicho que la residencia era vieja e irregular. Se elevaba en un terreno extenso, cercado por un alto y sólido muro de ladrillos, coronado por una capa de cemento y vidrios rotos. Esta muralla, parecida a la de una cárcel, era el límite de nuestros dominios. Lo que había más allá solo lo veíamos tres veces por semana: los sábados a la tarde cuando, acompañados por dos preceptores, se nos permitía realizar un paseo en grupo a través de alguno de los campos vecinos; y dos veces durante el domingo, cuando íbamos a los servicios matinales y vespertinos de la iglesia del pueblo. El director de la escuela era también el pastor de la iglesia. ¡Con qué profunda sorpresa y perplejidad lo miraba yo desde nuestros bancos lejanos, cuando con paso lento y solemne subía al púlpito! Ese hombre devoto, de cara bondadosa, de vestiduras brillosas y clericalmente ondulantes, de peluca minuciosamente empolvada, dura y enorme… ¿podía ser el mismo que poco antes, con rostro amargo y ropa manchada de rapé, administraba, férula en mano, las leyes draconianas de la escuela? ¡Gran Paradoja, demasiado monstruosa para tener solución!

En un ángulo del inmenso muro rechinaba una puerta todavía más inmensa. Estaba remachada y tachonada con tornillos de hierro y coronada con picas dentadas del mismo metal. ¡Cuánto terror inspiraba! Nunca se abría, salvo para las tres salidas y regresos mencionados; por eso, en cada crujido de sus goznes hallábamos la plenitud del misterio, una consigna para solemnes comentarios o meditaciones.

La extensa pared tenía formas irregulares, con abundantes desvíos espaciosos. De estos, tres o cuatro de los más grandes constituían el campo de juegos. El suelo estaba nivelado y cubierto de grava fina y dura. No tenía árboles, ni bancos, ni nada parecido. Por supuesto que quedaba en la parte posterior de la residencia. En el frente, había un pequeño cantero con arbustos, pero a través de esta sagrada división solo pasábamos en contadas ocasiones, como el día de llegada o el de partida del colegio, o quizá, cuando algún padre o amigo nos pasaba a buscar y nos íbamos alegres a gozar de la Navidad o de las vacaciones de verano a nuestras casas.

¡Qué raro era aquel viejo edificio! Y para mí, ¡qué palacio

encantado! Sus recovecos eran tan infinitos como sus incomprensibles divisiones. A veces era difícil decir con seguridad en cuál de sus dos pisos estábamos.

Entre un cuarto y otro siempre había tres o cuatro escalones que subían o bajaban. Además, las alas laterales eran innumerables —inconcebibles— y volvían de tal modo sobre sí mismas que nuestras ideas más exactas con respecto a la casa en sí, no diferían demasiado de las que teníamos sobre el infinito. Durante los cinco años de mi estadía, nunca supe con precisión en qué remoto lugar estaban situados los pequeños dormitorios que nos habían asignado a mí y a otros dieciocho o veinte alumnos.

El aula era la habitación más grande de la residencia, y desde mi punto de vista, la más grande del mundo. Era un salón largo, angosto y tristemente bajo, con ventanas góticas en punta y cielo raso de roble. En un ángulo lejano y aterrador había una estructura cuadrada de unos tres metros, donde rezaba «entre una clase y otra» nuestro director, el reverendo doctor Bransby. Era una construcción sólida, de puerta maciza; antes de abrirla en ausencia del maestro de gramática latina, hubiéramos preferido morir torturados. En otros ángulos, había dos estructuras parecidas, menos respetadas, pero no por eso menos espeluznantes. Una de ellas era la sala del preceptor «clásico», otra correspondía a «inglés y matemáticas». Desparramados por el salón, cruzados en forma irregular, había muchos bancos y pupitres, negros, viejos, gastados por el tiempo, tapados por pilas de libros manoseados y tan cubiertos de iniciales, nombres, dibujos grotescos y otros esfuerzos del cortaplumas, que habían perdido lo poco que les quedaba de su forma original. En una punta del salón había un inmenso balde de agua, y en el otro un reloj gigantesco.

Encerrado entre los muros macizos de esta venerable academia, pasé sin tedio ni disgustos los años del tercer lustro de mi vida.

La feroz mente infantil no necesita de sucesos exteriores para entretenerse. La aparente monotonía lúgubre de la escuela estaba llena de emociones más intensas que las que mi juventud obtuvo del lujo, o mi edad madura del crimen. Sin embargo, debo creer que mi desarrollo intelectual salía de lo común y tenía mucho de inusual. Por lo general, los acontecimientos de la infancia no dejan un recuerdo definido en el hombre maduro. Todo se parece a una sombra gris —

un recuerdo débil— una evocación indistinta de pequeños placeres y pavorosos dolores. Pero en mi caso no es así. En la infancia debo haber sentido con la energía de un adulto lo que ahora recuerdo con imágenes tan vívidas, profundas y duraderas como las inscripciones de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo, desde un punto de vista mundano, ¡qué poco había allí para recordar! El despertar matutino, el llamado nocturno para ir a dormir, el estudio, los recitados, las vacaciones y los paseos, el campo de juegos con sus peleas, pasatiempos e intrigas… todo eso que por obra de un hechizo mental, totalmente olvidado después, llegaba a abarcar una multitud de emociones, un mundo de ricos sucesos, un universo de sensaciones, del más apasionado entusiasmo. ¡Oh, aquellos buenos tiempos!

Mi entusiasmo y mi arrogancia pronto me destacaron de mis compañeros. Fui ganando ascendiente sobre todos los que no eran mucho mayores que yo; sobre todos… menos uno. La excepción era un alumno que, sin ser pariente mío, llevaba el mismo nombre y el mismo apellido que yo; un hecho poco destacable porque pese a mi ascendencia noble, el mío era un apellido común que, desde tiempos inmemoriales, parece haber pasado a ser propiedad del pueblo. En este relato me hago llamar William Wilson, nombre ficticio, pero no muy distinto del verdadero. Solo mi tocayo, entre los que según la fraseología del colegio formaban nuestro «grupo», se atrevía a competir conmigo en el estudio, en los deportes y peleas del campo de juegos, negándose a creer ciegamente en mis afirmaciones y a someterse a mis deseos. En una palabra, quería oponerse a mi dictadura. Si existe en la tierra un despotismo supremo es el que ejerce en la juventud una mente superior sobre los espíritus más débiles de sus compañeros.

La desobediencia de Wilson era la fuente de mi mayor perplejidad. Más todavía cuando, a pesar de la bravuconería con que lo trataba en público, secretamente le tenía miedo, y pensaba que la igualdad que mantenía conmigo era una prueba de su superioridad. No ser vencido me costaba una lucha permanente. Sin embargo, esa superioridad —y aún esa igualdad— nadie más que yo la reconocía; nuestros compañeros, por una inexplicable ceguera, ni siquiera la sospechaban. Lo cierto es que su competencia, su resistencia y, sobre todo, su

fastidiosa y terca interferencia en mis planes, eran tan dolorosas como poco evidentes. Era como si careciera tanto de la ambición que estimula como de la apasionada energía mental que me permitía destacarme. Parecía que su rivalidad solo se debía al caprichoso deseo de contradecirme, sorprenderme o mortificarme; aunque había momentos en que yo observaba, con una mezcla de humillación y resentimiento, que Wilson mezclaba injurias, insultos o contradicciones con una inapropiada y, sin duda, inoportuna forma de afecto. Solo yo podía entender esa actitud como el producto de una consumada suficiencia que adoptaba el tono vulgar de la condescendencia y la protección.

Quizá fuera este último rasgo en la conducta de Wilson, junto con nuestros nombres idénticos y la coincidencia de haber ingresado el mismo día en la escuela, lo que, entre los alumnos de los cursos superiores, alimentó la idea de que éramos hermanos. Porque los estudiantes mayores, por lo general, no se informan en detalle de los asuntos de los menores. Ya lo dije, o debí decirlo, que Wilson no estaba ni remotamente emparentado con mi familia. Pero con seguridad, de haber sido hermanos, hubiéramos sido mellizos, porque después de egresar de la escuela del doctor Bransby, me enteré por casualidad de que mi tocayo había nacido el 19 de enero de 1813 y esta es una coincidencia notable, porque se trata precisamente del día de mi natalicio.

Tal vez parezca raro que, pese a la ansiedad que me causaba la rivalidad de Wilson y su intolerable espíritu de contradicción, por alguna razón no podía odiarlo. Casi todos los días discutíamos y él me cedía públicamente la palma de la victoria, aunque de algún modo me hacía sentir que era él quien la merecía; sin embargo, una sensación de orgullo de mi parte y una gran dignidad de la suya, nos mantenía siempre en lo que se ha dado en llamar «buenas relaciones»; mientras en muchos aspectos nuestros temperamentos congeniaban, despertando en mí un sentimiento que solo nuestras respectivas posturas impedían que se convirtiera en amistad. Me resulta difícil definir o describir mi verdadero sentimiento hacia él. Era una mezcla abigarrada y heterogénea; una animadversión que no llegaba a ser odio, cierta estima, respeto, mucho miedo y una inquietante curiosidad. Para los moralistas, será innecesario agregar, además, que

Wilson y yo éramos compañeros inseparables.

Sin duda, esta extraña relación que existía entre nosotros era lo que me llevaba a atacarlo (y los ataques eran muchos, francos o encubiertos) por medio de burlas o bromas pesadas (que duelen aunque parezcan una simple diversión), en lugar de convertirse en una decidida hostilidad. Mis esfuerzos en ese sentido no siempre tenían éxito, aunque los planeaba con astucia, porque el carácter de mi tocayo poseía esa modesta y silenciosa austeridad del que, aunque goce de sus propias bromas afiladas, no posee en sí mismo un talón de Aquiles y se niega a ser objeto de una burla. Solo pude encontrarle un punto vulnerable, debido a una peculiaridad de su persona y ocasionado quizá por una enfermedad, que hubiese relegado a cualquier otro antagonista menos exasperado que yo; mi rival tenía un defecto en las cuerdas vocales que le impedía levantar la voz más allá del susurro. Y yo aproveché las ventajas que ese defecto me daba.

Las represalias de Wilson eran muchas, pero había una que me perturbaba. Jamás pude saber cómo descubrió con tanta sagacidad que algo tan insignificante me ofendería, pero una vez que lo supo, no dejó de hacerlo. Yo siempre había experimentado aversión por mi poco elegante apellido y mi nombre de pila tan común que era casi plebeyo. Esos nombres eran veneno para mis oídos y cuando, el día de mi llegada, se presentó un segundo William Wilson en la academia, me indigné con él por llevar tal nombre y me disgusté doblemente con el apellido debido a que lo llevaba un extraño, el cual sería motivo de una doble repetición, que estaría constante en mi presencia, y cuyas actividades en la rutina del colegio, a causa de esa coincidencia, muchas veces serían confundidas con las mías.

En cada hecho donde se revelara un parecido moral o físico entre mi rival y yo, me sentía vejado. Todavía no había descubierto la notable circunstancia de que fuéramos de la misma edad, pero noté que teníamos la misma estatura y percibí una singular semejanza en nuestra cara y en nuestro físico. Me perturbaba que entre los alumnos de las clases superiores se rumoreara que éramos parientes. O sea, nada me fastidiaba más (aunque lo disimulara) que cualquier referencia a un parecido intelectual, personal o familiar entre nosotros. En realidad, no tenía motivos para creer que (con excepción de un parentesco y en el caso del mismo Wilson) que estas semejanzas

fueran observadas por nuestros compañeros. Me resultaba evidente que él las veía con tanta claridad como yo, pero que en tales circunstancias hubiera sido capaz de descubrir tan fructífero campo de ataque, solo puede ser atribuible, como ya dije, a su fabulosa astucia.

Su estrategia era imitarme a la perfección, en palabras y en hechos. Wilson actuaba muy bien; supo apropiarse de mi manera de vestir, de mi forma de caminar y de mis modales. A pesar de su defecto, también copió mi voz, no imitaba mis tonos más fuertes, pero el matiz general de mi forma de hablar era idéntico. Su raro susurro se convirtió en el eco mismo de mi voz.

No describiré hasta dónde me irritaba este minucioso retrato (porque con justicia no podía tildarse de caricatura). Me quedaba un consuelo: por lo visto, era el único que notaba la imitación y solo tenía que soportar las sonrisas cómplices y misteriosamente sarcásticas de mi tocayo. Satisfecho por haberme molestado, reía en secreto por la espina que me clavaba y desdeñaba el aplauso general que fácilmente podría haber obtenido con sus tretas. Durante muchos meses fue un enigma indescifrable para mí que todo el colegio no se diera cuenta de sus propósitos, no percibiera sus fines, ni comprobara su cumplimiento, y participara de su burla. Tal vez la gradación de su máscara la hizo menos visible; o posiblemente debí mi seguridad a la maestría del imitador que, desdeñando la letra (que es todo lo que ven los obtusos en una pintura), solo ofrecía el espíritu del original para mi contemplación y tormento.

Ya conté más de una vez el incómodo aire protector que Wilson asumía con respecto a mí, y de sus frecuentes e indiscretas interferencias que se interponían en mi voluntad. Esta interferencia muchas veces adoptaba la desagradable forma de un consejo, consejo más insinuado que abiertamente ofrecido. Yo lo recibía con asco, con una repugnancia que fue creciendo con los años. Y, sin embargo, en este día tan lejano, permitidme el acto de justicia de reconocer que no recuerdo ocasión alguna en la que las sugerencias de mi rival me incitaran a errores o estupideces, tan comunes en esa edad inmadura. Si no su talento o su sabiduría mundana, por lo menos su sentido moral y su sensatez eran mucho más agudos que los míos; y hoy en día, yo hubiera podido ser un hombre mejor, y por lo tanto más feliz,

de no haber rechazado los consejos encerrados en esos susurros que en ese momento odiaba cordialmente y despreciaba con amargura.

Impaciente, ante ese insoportable control, cada día me sentía más ultrajado por su petulancia. Ya he dicho que durante los primeros años de nuestra relación, mi sentimiento hacia Wilson podría haberse convertido en una amistad, pero en los últimos meses de mi estadía en la academia, aunque su insolencia hubiese disminuido, de algún modo, mi sentimiento se convirtió en odio profundo. Creo que en una ocasión él se dio cuenta y desde entonces me evitó, o simuló evitarme.

Si no recuerdo mal, en esa misma época tuvimos una pelea violenta durante la que Wilson perdió la calma más que otras veces, y habló y actuó con una sinceridad nada común en su carácter. En ese momento descubrí, o creí descubrir en su tono, en su aire y en su apariencia general, algo que al principio me asombró y luego me interesó mucho, trayendo a mi recuerdo veladas de mi primera infancia: vehementes, confusos y tumultuosos recuerdos de un tiempo en que la memoria todavía no había nacido. Solo logro describir la sensación que me oprimía diciendo que me resultó difícil rechazar la convicción de haber estado vinculado en alguna época muy lejana con ese ser que permanecía de pie ante mí… una vinculación en algún punto remoto del pasado. Sin embargo, la ilusión se desvaneció con la misma rapidez con que había llegado, y si la cuento es para precisar el día en que mantuve la última conversación con mi tocayo en la academia.

La residencia, antigua y enorme, con sus infinitas subdivisiones, tenía grandes cuartos contiguos donde dormía la mayoría de los estudiantes. Como pasa en un edificio tan mal proyectado, había también una cantidad de cuartos más chicos, verdaderos restos de la estructura, que el ingenio económico del doctor Bransby también había habilitado como dormitorios; pese a que por su tamaño tan reducido no pudieran alojar más que a un solo individuo. Wilson ocupaba uno de esos cuartos pequeños.

Una noche, hacia el final de mi quinto año en la escuela e inmediatamente después del altercado que acabo de mencionar, cuando todos dormían, me levanté y, lámpara en mano, me interné por interminables pasillos angostos rumbo al dormitorio de mi rival. Hacía mucho que planeaba hacerle una de esas perversas bromas

pesadas; hasta ese momento siempre habían sido infructuosas. Deseaba llevar a cabo mi plan y decidí que Wilson sintiera toda su malicia. Al llegar a su cuarto, entré en silencio y dejé afuera la lámpara cubierta con una pantalla. Avancé un paso y oí su respiración serena. Seguro de que dormía, volví a tomar la lámpara y me aproximé con ella a la cama. Esta se hallaba rodeada de pesadas cortinas; siguiendo con mi plan, las aparté con lentitud y en silencio, hasta que rayos de luz iluminaron de golpe al durmiente, mientras mis ojos se clavaban en su cara. Lo miré e, instantáneamente, quedé petrificado, helado. Respiré con dificultad, me temblaban las rodillas y mi alma era presa de un terror sin sentido e intolerable. Jadeando, acerqué la lámpara a su cara. ¿Eran esos… esos, los rasgos de William Wilson? Veía sin duda que eran los suyos, pero me estremecía como presa de un ataque de fiebre al imaginar que no lo eran. ¿Qué había en ellos para confundirme de tal manera? Lo miré fijo; en mi mente estalló un remolino de ideas confusas. No era esa su apariencia —seguramente no era esa— cuando estaba despierto. ¡El mismo nombre! ¡La misma figura! ¡El mismo día de llegada a la academia! ¡Y después, su obstinada e insensata imitación de mi manera de caminar, mi voz, mis costumbres y actitudes! ¿Estaría en verdad, dentro de los límites de las posibilidades humanas que lo que ahora veía fuese meramente el resultado de su constante y sarcástica imitación? Aterrorizado y tembloroso, apagué la lámpara, salí en silencio del cuarto y abandoné los salones de esa vieja academia a la que no volvería jamás.

Después de pasar algunos meses haraganeando en casa, me convertí en un estudiante de Eton. El breve lapso transcurrido alcanzó para debilitar el recuerdo de los sucesos ocurridos en la academia del doctor Bransby, o por lo menos, para modificar las emociones que esos recuerdos me inspiraban. La verdad —la tragedia— del drama, ya no existían. Ahora podía dudar de la evidencia de mis sentidos; las pocas veces que recordaba los hechos me sorprendían los límites que pueden cruzar las creencias humanas, y sonreía ante la fuerza de la imaginación que tenía por herencia. Dado el género de vida que empecé a llevar en Eton era lógico que este escepticismo no decreciera. La vorágine de locura irreflexiva en la que inmediata y temerariamente me sumergí barrió todo lo que no fuera el pasado

reciente y dejó en mi recuerdo solo las trivialidades de mi vida anterior.

No quiero, sin embargo, trazar aquí el curso de este miserable libertinaje, un libertinaje que desafiaba leyes y eludía la vigilancia de la institución. Pasaron tres años de locura que no me dejaron nada beneficioso, que arraigaron en mí los vicios y, de manera insólita, aumentaron mi estatura corporal. En ese tiempo, después de una semana de desenfreno, invité a un grupo de estudiantes lujuriosos a una orgía secreta en mis habitaciones. Nos encontramos ya avanzada la noche, porque nuestra orgía debía prolongarse hasta la mañana. Corría con libertad el vino y no faltaban otras seducciones tal vez más peligrosas; cuando el gris de la aurora apenas se perfilaba en el este, nuestro extravagante delirio estaba en su punto más alto. Excitado hasta la locura por las cartas y el alcohol, yo insistía en un brindis blasfemo, cuando de repente atrajo mi atención la puerta que se abría con violencia y la voz ansiosa de un criado. Decía que una persona me reclamaba con urgencia en el vestíbulo.

Encendido por el vino, la inesperada interrupción me alegró en lugar de asombrarme. Salí tambaleante y en pocos pasos estuve en el vestíbulo. En ese lugar, estrecho y bajo, no había lámpara, y solo la pálida claridad del amanecer se abría paso por una ventana semicircular. Al pasar el umbral, noté la presencia de un joven casi de mi misma estatura, que lucía un traje de casimir blanco, cortado al nuevo estilo, como el que yo llevaba puesto en ese momento. La luz débil me dejó verlo, pero no alcancé a distinguir los rasgos de su cara. Al verme entrar, vino rápido a mi encuentro. Me tomó del brazo con un gesto de osada inquietud y me murmuró al oído estas palabras:

—¡William Wilson!

En el acto recobré la sobriedad.

En los modales del desconocido y en el temblor de su dedo suspendido entre mis ojos y la luz, había algo que me asombró, pero no fue eso lo que me conmovió con mayor violencia. Fue la solemne admonición que contenían aquellas palabras sibilantes dichas en voz baja y singular, y, sobre todo, el carácter, el tono, el sonido de esas pocas sílabas, sencillas y familiares, pero susurradas, que llegaban a mí con mil recuerdos turbios de días pasados, y golpearon mi alma con el choque de una batería galvánica. Antes de que pudiera recobrar

el uso de mis facultades, mi visitante había desaparecido.

Ese hecho provocó en mi imaginación un efecto poderoso pero pasajero. Durante una semana me ocupé en hacer toda clase de investigaciones, y me dejé envolver en una nube de especulaciones morbosas. No quise ocultar a mi percepción la identidad del singular individuo que con tanta perseverancia se inmiscuía en mis asuntos y me acosaba con sus sugerencias. Pero, ¿quién era y qué era ese Wilson? ¿De dónde venía? ¿Cuáles eran sus fines? Me resultó imposible encontrar respuestas para estas preguntas; solo me enteré que, por un accidente familiar, dejó la academia del doctor Bransby el mismo día de mi huida. Poco tiempo después dejé de pensar en el asunto; mi atención estaba absorbida por el proyecto de ingresar en Oxford. Hacia allí me trasladé; mis padres, en su irreflexiva vanidad, me dieron buena ropa y una pensión anual que me permitiría gozar a mi antojo del lujo, ya tan caro a mi corazón, y rivalizar en despilfarro con los herederos de los más opulentos ducados británicos.

Excitado por tantos medios para fomentar el vicio, mi temperamento se desbordó con renovado ardor, y en la locura de mis parrandas, infamé las más elementales normas de decencia. Pero sería absurdo detenerme en los detalles de mis extravagancias. Baste decir que fui más despilfarrador que el mismo Herodes y que, dando nombre a una multitud de nuevas locuras, agregué un apéndice nada breve al largo catálogo de vicios entonces habituales en la más corrompida universidad de Europa.

Era casi increíble que, a pesar de haber caído tan bajo mancillando mi condición de caballero, me familiarizara con el arte vil del jugador profesional y que, habiéndome convertido en adepto de esa ciencia despreciable, la practicara con frecuencia, como un medio de aumentar aún más mis enormes rentas, a expensas de mis compañeros más débiles de carácter. Sin embargo, esa era la verdad. La enormidad de esta ofensa contra todos los sentimientos honorables demostraba, más allá de toda duda, la principal, pero no la única, razón de la impunidad con que la cometía. ¿Quién, entre mis más desenfrenados camaradas, no hubiera preferido dudar del testimonio de sus sentidos antes de sospechar culpable de semejante vileza al alegre y generoso William Wilson —el más noble y liberal compañero de Oxford—, ese cuyas locuras (según decían sus parásitos) eran solo locuras de

juventud, cuyos errores no eran más que caprichos, cuyos vicios más oscuros eran solo extravagancias?

Había gozado dos años de éxito en estas actividades cuando llegó a la Universidad un joven noble de apellido Glendinning, tan rico como Herodes Atico, según los rumores, y cuyas riquezas también habían sido fácilmente obtenidas. Pronto me di cuenta de que era un simple y, naturalmente, lo consideré un sujeto adecuado para poner a prueba mis habilidades. Lo invité a jugar con frecuencia y, con la habitual artimaña del tahúr, le permití ganar sumas considerables para envolverlo más eficazmente en mis redes. Una vez maduros mis planes, me encontré con él —decidido a que esa partida fuera la última y decisiva— en las habitaciones de un compañero llamado Preston, amigo por igual de ambos, pero que, para hacerle justicia, no abrigaba la más remota sospecha de mis intenciones. Para mayor disimulo, conseguí reunir un grupo de ocho a diez personas y me las ingenié para que la propuesta de jugar a las cartas pareciera accidental y la sugiriera la misma víctima. Para no prolongar un tema tan vil, no omití ninguna de las acostumbradas y delicadas bajezas de situaciones similares, hasta tal punto repetidas que sorprende que todavía existan seres tan tontos que caigan en la trampa.

Dilatamos el juego hasta altas horas de la noche y, por fin, llevé a cabo el plan gracias al cual Glendinning quedaba como mi único adversario. El juego también era mi preferido: el écarté. El resto de los invitados, interesados por nuestra partida, abandonó sus propias cartas y nos rodeó. El advenedizo, a quien al principio de la noche induje a beber en abundancia, mezclaba las cartas, repartía y jugaba con un nerviosismo que su borrachera solo podía explicar en parte. En poco tiempo se convirtió en mi deudor por una importante suma y, entonces, después de beber un gran trago de oporto, hizo lo que yo fríamente esperaba: me propuso doblar nuestras ya inauditas apuestas. Simulé una gran resistencia y recién cuando mis repetidas negativas le provocaron algunas objeciones furiosas, que me acusaban de cobarde, acepté la propuesta. El resultado, por supuesto, no hizo más que demostrar hasta qué punto había caído la presa en mis redes: en menos de una hora, su deuda se cuadruplicó. Hacía rato que la cara de Glendinning perdía el tono rojizo provocado por el vino, pero ahora, para mi sorpresa, percibí en él una palidez espantosa. Me

asombró, porque en respuesta a mis ansiosas averiguaciones, Glendinning me había sido presentado como inmensamente rico, y las sumas que llevaba perdidas, aunque importantes en sí mismas, supuse que no podían incomodarlo seriamente, y mucho menos afectarlo con tal violencia. Lo primero que pensé era que estaba agobiado por el vino que había tomado, y, más por mantener mi reputación a los ojos de mis compañeros que por motivos menos interesados, me disponía a exigir la suspensión de la partida, cuando algunas frases dichas a mi alrededor y la exclamación de total desesperanza que profirió Glendinning, me dieron a entender que acababa de provocar su ruina total en circunstancias que, al convertirlo en objeto de la piedad general, deberían haberlo protegido hasta de los ataques de un espíritu maligno.

Es difícil saber cuál debía haber sido mi comportamiento en ese momento. La triste condición de mi víctima creaba un clima de incómoda depresión entre los presentes; hubo instantes de silencio durante los cuales me ardieron las mejillas ante las miradas de desprecio y reproche que me dirigían los menos viciosos del grupo. Confieso que mi ansiedad se vio aliviada durante breves instantes por una repentina interrupción. Las pesadas puertas plegadizas de la habitación se abrieron de par en par con un vigor arrollador. Como por arte de magia, se extinguieron todas las velas del cuarto. Pero las llamas, agonizantes, nos permitieron ver la entrada de un desconocido, un hombre de mi estatura, envuelto en una capa. La oscuridad era total, solo podíamos sentir que el desconocido estaba entre nosotros. Antes de que nadie pudiera recuperarse del asombro provocado por un ingreso tan intempestivo, oímos la voz del intruso.

—Señores —dijo con voz baja y clara, en un susurro jamás olvidado que me estremeció hasta la médula—. Señores, no me disculparé por mi conducta, porque al conducirme de este modo cumplo con un deber. Sin lugar a dudas, ustedes ignoran la verdadera personalidad del que esta noche le ha ganado a lord Glendinning una importante suma al écarté. Por lo tanto, les enseñaré una forma rápida para obtener esta información tan necesaria. Por favor, revisad con cuidado el paño de su manga izquierda y los pequeños paquetes que encontrarán en los bolsillos espaciosos de su camisa bordada.

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo que se hubiera

podido oír la caída de un alfiler sobre el suelo. Al terminar de hablar, salió tan abruptamente como había llegado. ¿Puedo describir… describiré mis sensaciones? ¿Necesito decir que experimenté todos los horrores del condenado? No tuve tiempo de reflexionar. Varias manos me agarraron con rudeza, impidiéndome todo movimiento, y de inmediato se volvieron a prender las luces. Enseguida me registraron. En el forro de mi manga encontraron todas las cartas esenciales en el écarté, y en los bolsillos de mi camisa, una serie de mazos de barajas idénticos a los que utilizábamos en nuestras partidas, con la única excepción de que las mías eran lo que técnicamente se denomina *arrondées*: los honores eran levemente convexos en las puntas, las cartas más bajas, levemente convexas a los costados. De esta forma, el cándido que corta el mazo a lo largo, según lo acostumbrado, siempre da un honor a su adversario, mientras el tahúr cortará a lo ancho sin proporcionar a su víctima ninguna carta de importancia en el juego.

Cualquier clase de indignación ante lo que acababan de descubrir me hubiera afectado menos que el silencio humillante o el sarcasmo con que lo recibieron.

—Señor Wilson —dijo nuestro anfitrión, inclinándose para levantar del suelo una lujosa capa de pieles excepcionales—, señor Wilson, esta capa es suya. (Hacía frío y al salir de mi habitación me había echado la capa sobre los hombros quitándomela luego al llegar a la escena del juego). Supongo que está de más buscar aquí mayores pruebas de su habilidad —comentó, observando los pliegues de la capa con amarga sonrisa—. Ya tenemos bastantes. Espero que comprenda la necesidad de salir inmediatamente de mis aposentos y de abandonar Oxford.

Abatido y humillado como estaba, es probable que hubiera respondido a tan exasperante lenguaje con violencia si en ese momento mi atención no hubiese sido atraída por un hecho sorprendente. La capa que me había puesto para la reunión era de pieles en extremo raras; tan poco comunes y extravagantemente costosas que no me aventuraré a hablar de su precio. También el modelo era de mi propia invención, porque era exigente hasta la fanfarronería en cuestiones tan frívolas. Por eso, cuando el señor Preston me alcanzó la que acababa de levantar del suelo, cerca de las puertas plegadizas de la habitación vi, con un asombro que se

acercaba al terror, que yo tenía mi propia capa colgando del brazo (donde distraídamente la había colocado) y que la que él me entregaba era absolutamente idéntica en todos y cada uno de sus detalles. Recordé que el extraño personaje que me desenmascarara estaba envuelto en una capa al entrar y, aparte de mí, esa noche ningún otro invitado llevaba capa. Con el poco ánimo que me quedaba, tomé la que me ofrecía Preston, la coloqué con disimulo sobre la mía; salí desafiante de la habitación y al alba de la mañana siguiente inicié un viaje al continente, hundido en un abismo de horror y de vergüenza.

Escapaba en vano. Mi suerte maldita me persiguió para demostrarme, sin lugar a dudas, que su poder misterioso recién comenzaba. Apenas puse mis pies en París tuve nuevas pruebas del odioso interés que Wilson demostraba en mis asuntos. Volaron los años sin que yo pudiera sentir el menor alivio. ¡Miserable! ¡En Roma se interpuso entre mis ambiciones y yo con un celo inoportuno y fantasmal! También en Viena, en Berlín y en Moscú. ¿Dónde, en verdad, no tuve motivos amargos para maldecirlo desde el fondo del corazón? Por fin huí, aterrorizado, de esa insondable tiranía, como si se tratara de una peste; huí en vano hasta los mismos confines de la tierra.

Y una y otra vez, en secreta comunión con mi espíritu, me preguntaba: «¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere?». Pero no encontré respuestas. Estudié con minuciosidad formas, métodos y rasgos dominantes de aquella fastidiosa vigilancia. Pero aún en eso no había en qué basar una conjetura. Era notable, en todas las instancias en que se había cruzado en mi camino lo había hecho solamente para frustrar planes o malograr hechos que, de haberse cumplido, hubieran culminado en una maldad. ¡Pobre justificación es esta para una autoridad tan despóticamente asumida! ¡Pobre compensación para los derechos de un libre albedrío tan obstinado y negado!

También noté que, durante un largo tiempo, mi verdugo (que escrupulosamente y con maravillosa destreza mantuvo su capricho de vestirse igual que yo) consiguió que, en la ejecución de sus variadas interferencias a mi voluntad, nunca y en ningún momento pudiera ver su cara. Quienquiera que fuese Wilson, esto, al menos, era el colmo de la afectación o de la locura. ¿Supuso por un instante que en quien

me regañó en Eton, en quien malogró mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles o lo que falsamente definiera como mi avaricia en Egipto, supuso que en mi archienemigo y genio del mal, dejaría de reconocer al William Wilson de mis días escolares, al tocayo, al compañero, al odiado y temido rival de la academia del doctor Bransby? ¡Imposible! Dejad que me apure para llegar a la última escena del drama.

Hasta allí yo había sucumbido con indolencia a su poder. El miedo con que observaba el carácter fuerte, la sabiduría majestuosa y la aparente ubicuidad y supremacía de Wilson, sumados al terror que ciertos rasgos de su naturaleza y las conjeturas que me inspiraban, habían grabado en mí la idea de mi absoluta debilidad, y a sugerirme una implícita sumisión a su arbitraria voluntad. Pero últimamente me había entregado por completo a la bebida, y la terrible influencia que esta ejercía sobre mi temperamento hereditario me llevó a impacientarme cada vez más ante esa vigilancia. Empecé a murmurar, a dudar, a resistir. ¿Fue solo mi imaginación la que me indujo a creer que, con el aumento de mi osadía, la de mi torturador sufriría una proporcional disminución? Sea como fuere, empecé a sentirme inspirado por una ardiente esperanza, que con el tiempo avivó en mí la firme resolución de no seguir tolerando esa esclavitud.

Fue en Roma, durante el carnaval de 18…, que asistí a un baile de máscaras en el *palazzo* del duque napolitano Di Broglio. Me dejé arrastrar con más libertad que de costumbre por el exceso de bebida, y luego, la atmósfera sofocante de los salones atestados me irritó hasta un punto intolerable. Además, la dificultad de abrirme paso entre la aglomeración de invitados contribuyó en gran medida a aumentar mi malhumor, porque buscaba ansioso (permitidme no decir con qué indigno motivo) a la joven, alegre y hermosa esposa del anciano y tambaleante Di Broglio. Con inescrupulosa confianza ella me había confiado el secreto del disfraz que luciría esa noche, y habiéndola visto a la distancia, me apuraba para encontrarla. En ese momento sentí que una mano se apoyaba sobre mi hombro y volví a escuchar ese inolvidable susurro maldito.

Con furia me volví contra aquel y lo agarré por el cuello con violencia. Tal como yo suponía, vestía un disfraz similar al mío: capa española de terciopelo azul y cinturón rojo del que pendía una

espada. Una máscara de seda negra le cubría por completo la cara.

—¡Miserable! —grité ronco por la ira que cada sílaba que pronunciaba parecía atizar—. ¡Miserable! ¡Impostor! ¡Maldito traidor! ¡No dejaré… no dejaré que me sigas hasta la muerte! ¡Te traspasaré aquí mismo con mi espada! —Y fui a una pequeña antecámara contigua, arrastrándolo sin que se resistiera.

Cuando entramos, lo empujé con rabia para alejarlo. Trastabilló contra la pared, mientras yo cerraba la puerta con un juramento y le ordenaba que desenvainara su espada. Dudó un instante; luego, con un pequeño suspiro, desenvainó en silencio y se preparó para defenderse.

El duelo fue breve. Frenético y presa de feroz excitación, yo sentía en mi brazo la energía y el poder de una multitud. En pocos segundos lo acorralé contra la pared y allí, teniéndolo en mi poder, le hundí repetidas veces la espada en el pecho con ferocidad.

En aquel instante, alguien movió el pestillo de la puerta. Evité la intrusión y de inmediato regresé al lado de mi rival agonizante. ¿Pero qué lenguaje humano puede transmitir adecuadamente esa sorpresa, ese horror que me poseyó frente al espectáculo que tenía ante mi vista? El breve instante en que aparté la mirada pareció ser suficiente para producir un cambio material en el arreglo de aquel extremo lejano de la habitación. Un gran espejo —en mi confusión, al menos, eso me pareció al principio—, se alzaba donde antes no había nada. Y cuando avancé hacia él, en el colmo del espanto, cubierta de sangre y pálida la cara, mi propia imagen vino tambaleando hacia mí.

Eso me pareció, digo, pero me equivocaba. Era mi enemigo, era Wilson quien se erguía ante mí, moribundo. Su máscara y su capa yacían en el suelo, donde las había tirado. Cada hilo de su ropa, cada línea de los marcados y singulares rasgos de su cara ¡eran iguales a los míos!

Era Wilson. Pero ya no se expresaba en susurros, y hubiera podido imaginar que era yo mismo el que hablaba cuando dijo:

—Has ganado y me entrego. Pero a partir de ahora tú también estás muerto, muerto para el mundo, para el cielo y para la esperanza. ¡En mí existías; mira esta imagen, que es la tuya, porque al matarme te has matado!

14

EL ESCARABAJO DE ORO

(The Gold Bug, 1843)

«¡Hola, hola!
¡Este tipo baila como un loco!
Le picó la tarántula.
(Todo mal)».

Hace mucho tiempo me hice amigo de William Legrand. Un caballero que procedía de una antigua familia protestante y había sido muy rico, hasta que una serie de infortunios lo hicieron muy pobre. Para evitar la vergüenza que sigue a tales ruinas, dejó Nueva Orleans, la ciudad de sus abuelos, y se instaló en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur. Es una isla curiosa, formada casi por completo por arena de mar, con unos cinco kilómetros de largo y un ancho que no pasa de medio kilómetro en ningún punto. Está separada de tierra firme por un arroyo apenas visible, que asoma en una zona de juncos y barro, refugio preferido de las fochas. La vegetación es escasa y de poca altura. No se ven árboles. En el extremo occidental, donde está el fuerte Moultrie y se ven algunas casas miserables habitadas en verano por los que huyen del polvo y la fiebre de Charleston, aparecen palmeras enanas; pero, a excepción de la punta oeste y una franja de playa blanca y dura en la costa, toda la isla está cubierta por mirtos, planta que tanto aprecian los horticultores de Gran Bretaña. Este arbusto alcanza con frecuencia un metro de altura, forma un matorral impenetrable e impregna el aire con su aroma. En el fondo de este matorral, cerca de la extremidad oriental y más alejada de la isla, Legrand había construido una choza, en la cual vivía, y fue allí donde, por casualidad, trabé relación con él. Enseguida nos hicimos grandes amigos, el modo de ser de aquel exiliado inspiraba interés y afecto. Descubrí que tenía una excelente educación y una inteligencia fuera

de lo común, pero que lo dominaba la misantropía y estaba atado a tristes dilemas de entusiasmo y melancolía. Era dueño de muchos libros que raras veces leía. Sus diversiones eran la caza y la pesca, o caminar por la playa y los matorrales buscando conchas o insectos; su colección de estos últimos hubiera sido envidiada por un Swammerdam. Lo acompañaba en sus excursiones un viejo negro llamado Júpiter, quien había sido emancipado por la familia Legrand antes de que empezaran sus infortunios, pero que se negó, a pesar de amenazas y promesas, a abandonar lo que consideraba su deber, es decir, custodiar al joven Will. No es difícil que los parientes de Legrand, considerándolo un poco desequilibrado, hubieran hecho lo necesario para fomentar esa obstinación en Júpiter y asegurar el cuidado de aquel errabundo.

En la latitud de la isla de Sullivan los inviernos son rara vez crudos y se considera que encender fuego en otoño es todo un acontecimiento. Hacia mediados de octubre de 18… hubo, sin embargo, un día notablemente frío. Poco antes de ponerse el sol, me abrí paso por los matorrales hasta llegar a la choza de mi amigo, a quien no había visitado desde hacía varias semanas; en aquel entonces vivía yo en Charleston, a más de diez kilómetros de la isla, y las facilidades de transporte eran mucho menores que las actuales. Al llegar a la cabaña golpeé a la puerta según mi costumbre y, como no obtuviera respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un magnífico fuego ardía en el hogar. Era aquella una novedad agradable. Me saqué el abrigo, me senté en un sillón cerca de los troncos chispeantes y esperé con paciencia el regreso de mis anfitriones.

Poco después de anochecer llegaron a la choza y me saludaron con cordialidad. Sonriendo de oreja a oreja, Júpiter preparó la cena. Legrand estaba en uno de sus accesos —¿qué otro nombre podía darle?— de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido, que constituía un nuevo género y, lo que es más, había perseguido y cazado, con ayuda de Júpiter, un escarabajo que, en su opinión, no era todavía conocido, y sobre el cual deseaba conocer mi punto de vista a la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche misma? —pregunté, frotándome las

manos ante las llamas, mientras mentalmente enviaba al demonio la tribu entera de los escarabajos.

—¡Ah, si hubiera sabido que usted estaba aquí! —dijo Legrand—. Pero hemos pasado un tiempo sin vernos… ¿Cómo podía adivinar que vendría a visitarme justamente esta noche? Mientras volvía a casa me encontré con el teniente G., del fuerte, y cometí la tontería de prestarle el escarabajo; de manera que hasta mañana por la mañana no podrá usted verlo. Quédese a pasar la noche; Jup irá a buscarlo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿Qué? ¿Al amanecer?

—¡No, hombre, no! ¡El escarabajo! Su color es de oro brillante y tiene el tamaño de una gran nuez, con dos manchas negras en un extremo de la espalda y otras dos, algo más grandes, en el otro. Las antenas son…

—¡No tiene nada de estaño, señorito Will! —interrumpió Júpiter —. Ya le dije mil veces que el bicho es de oro, todo de oro, cada pedazo de oro, afuera y adentro, menos las alas… Nunca vi un bicho más pesado en mi vida.

—Supongamos que sea así, Jup —respondió Legrand con mayor energía de lo que a mi entender merecía la cosa—. ¿Es esa una razón para que dejes quemarse las aves? El color —agregó, volviéndose a mí — sería suficiente para que la opinión de Júpiter no pareciera descabellada. Nunca se ha visto un brillo metálico semejante al que emiten los élitros… pero ya juzgará por usted mismo mañana. Por ahora, trataré de darle una idea de su forma.

Mientras decía esto fue a sentarse a una mesita, donde había pluma y tinta, pero no papel. Buscó en un cajón, sin encontrarlo.

—No importa —dijo al fin—. Esto servirá.

Y sacó del bolsillo del chaleco un pedazo de lo que me pareció un pergamino sucio, sobre el cual procedió a trazar un croquis a pluma. Yo seguía en mi asiento junto al fuego, porque todavía sentía el frío de afuera. Acabado el dibujo, Legrand me lo dio sin levantarse. Cuando lo recibía se oyó un ladrido y unas patas arañando la puerta. Júpiter abrió y el gran terranova de Legrand entró corriendo, me saltó a los hombros y me cubrió de caricias, retribuyendo lo mucho que yo lo había mimado en mis anteriores visitas. Cuando terminaron sus jugueteos, miré el papel y me asombré de lo que mi amigo había

dibujado.

—¡Vaya! —dije, después de estudiarlo unos minutos—. Debo reconocer que el escarabajo es raro. Nunca vi un animal parecido… como no sea una calavera, a la cual se asemeja más que a cualquier otra cosa.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Sí! En fin, no hay duda de que el dibujo puede tener algún parecido con ella. Las dos manchas negras superiores dan la impresión de ojos, ¿verdad?, y las más grandes de la parte inferior forman una boca, sin contar que la forma general es ovalada.

—Puede ser —dije—, pero temo que usted no sepa dibujar, Legrand. Tendré que esperar a ver el escarabajo, para darme una idea de su aspecto.

—Tal vez —contestó, algo enojado—. No dibujo mal, o por lo menos debía ser así, ya que tuve buenos maestros, y me jacto de no ser un tonto.

—Pues en ese caso, querido amigo, está usted bromeando —declaré—. Esto representa bien un cráneo, y hasta me atrevería a decir que es un excelente cráneo, conforme a las nociones vulgares sobre esa región anatómica, y si su escarabajo se le parece ha de ser el escarabajo más raro del mundo. Incluso podríamos dar origen a una pequeña superstición llena de atractivo, aprovechando el parecido. Me imagino que usted denominará a su insecto *scarabæus caput hominis*, o algo parecido… No faltan nombres semejantes en la historia natural. ¿Pero dónde están las antenas de las que hablaba usted?

—¡Las antenas! —exclamó Legrand, que parecía acalorado—. ¡No puede ser que no distinga las antenas! Las dibujé con tanta claridad como puede vérselas en el insecto mismo, supongo que con eso basta.

—Muy bien, muy bien —dije—. Admitamos que así lo haya hecho, pero de todas formas, no las veo.

Y le di el papel sin comentarios, para no provocarlo. Estaba sorprendido por el giro que había tomado nuestro diálogo y por el malhumor de Legrand. Pero el croquis del insecto no tenía antenas y el conjunto mostraba la forma general de una calavera.

Legrand tomó fastidiado el papel y se disponía a estrujarlo para tirarlo al fuego cuando una mirada casual sobre el dibujo reclamó su

atención. Su cara enrojeció, para empalidecer un momento más tarde. Sin moverse de donde estaba sentado siguió escrutando atentamente el dibujo durante algunos segundos. Se levantó por fin y, tomando una vela de la mesa, fue a sentarse en un cofre situado en el rincón más alejado del cuarto. Allí volvió a estudiar el papel, dándole vueltas en todas direcciones. No dijo nada; su conducta me dejó estupefacto y juzgué prudente no acrecentar su malhumor con algún comentario. Poco después sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta, guardó el papel y metió todo en un pupitre que cerró con llave. Se había serenado y había perdido su primitivo entusiasmo. Parecía más pensativo que molesto. A medida que avanzaba la velada se fue perdiendo en su ensoñación. Era mi intención pasar la noche en la cabaña, pero, al ver el estado de ánimo de mi anfitrión, preferí irme. Legrand no intentó retenerme, y al despedirme, estrechó mi mano con una cordialidad fuera de lo común.

No volví a ver a Legrand durante un mes. Un día, su sirviente Júpiter se presentó en Charleston para hablar conmigo. Jamás había visto al viejo tan abatido y temí que mi amigo hubiese sido víctima de alguna desgracia.

—Pues bien, Jup —le dije—, ¿qué ocurre? ¿Cómo está tu amo?

—La verdad, no está tan bien como debería estar.

—¿De veras? ¡Cuánto lo siento! ¿Y de qué se queja?

—¡Ah! ¡Esa es la cosa! No se queja de nada… pero está muy enfermo.

—¿Muy enfermo, Júpiter? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Está en cama?

—¡No, no está! ¡No está en ninguna parte! ¡Eso es lo que me da mala espina! ¡Estoy muy, muy inquieto por el pobre señorito Will!

—Júpiter, quisiera entender lo que me estás contando. Dices que tu amo está enfermo. ¿No te ha confiado lo que tiene?

—¡Oh, es inútil romperse la cabeza! El señorito Will no dice lo que le pasa… pero entonces, ¿por qué anda así, de un lado a otro, con la cabeza baja, los hombros levantados y blanco como las plumas de un ganso? ¿Y por qué está siempre haciendo números y más números, y…?

—¿Qué dices que hace, Júpiter?

—Números y figuras en una pizarra. Las figuras más raras que he

visto. Estoy empezando a asustarme. No le puedo sacar los ojos de encima ni un minuto, pero lo mismo el otro día se me escapó antes de la salida del sol y se pasó afuera el día entero… Ya había cortado un buen garrote para darle una paliza a la vuelta, pero no tuve coraje de hacerlo cuando lo vi volver… ¡Tenía un aspecto tan triste!

—¿Eh? ¿Cómo? ¡Ah, sí! Mira, Júpiter, creo que no debes mostrarte demasiado severo con el pobre muchacho. No lo azotes, porque no podría soportarlo. Pero dime, ¿no tienes idea de lo que le ha producido esta enfermedad, o más bien este cambio de conducta? ¿Ocurrió algo desagradable después de mi visita?

—No, no pasó nada desde entonces… Me temo que eso pasó antes, el mismo día que usted estuvo allá.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero al bicho… nada más que eso.

—¿El bicho?

—Sí. Estoy seguro de que el bicho de oro picó al señorito Will en la cabeza.

—¿Y qué razones encuentras, Júpiter, para semejante suposición?

—Tiene bastantes pinzas para eso, y también boca. Nunca en mi vida vi un bicho más endiablado. Pateaba y mordía todo lo que encontraba cerca. El señorito Will lo atrapó el primero, pero tuvo que soltarlo enseguida… Seguramente, fue en ese momento cuando lo picó. Tampoco a mí me gustaba la boca de ese bicho y por nada quería agarrarlo con los dedos… Por eso lo envolví con un papel que encontré y además, le puse un pedacito de papel en la boca… Así hice.

—¿Piensas que tu amo fue mordido por el escarabajo y que eso lo enfermó?

—Yo no pienso nada. Yo sé. ¿Por qué sueña tanto con oro si no es por la picadura del bicho de oro? Yo he oído hablar de esos bichos.

—Pero, ¿cómo sabes que sueña con oro?

—¿Que cómo sé? Porque habla en sueños, por eso sé.

—En fin, Jup, puede que tengas razón, pero… ¿a qué afortunada circunstancia debo el honor de tu visita?

—¿Cómo?

—¿Me traes algún mensaje del señor Legrand?

—No. Traigo esta carta —dijo Júpiter, alcanzándome una nota que decía:

Querido…:

¿Por qué hace tanto que no lo veo? Supongo que no habrá cometido la estupidez de ofenderse por alguna grosería mía. No lo creo. Desde la última vez que nos vimos me sobraron motivos para afligirme. Quiero decirle algo, no sé cómo y no estoy seguro de decírselo. En los últimos días no me sentí bien y el bueno de Jup me molesta con sus bien intencionados cuidados. ¿Puede usted creerlo? El otro día preparó un garrote para castigarme por haberme escapado y pasado el día solo en las colinas de tierra firme. Estoy convencido de que solamente mi cara demacrada me salvó de una paliza. No agregué nada nuevo a mi colección desde nuestro último encuentro. Si no le ocasiona demasiados inconvenientes, le ruego que venga con Júpiter. Por favor, venga. Quiero verlo esta noche, por un tema importante. Le aseguro que es muy importante.

Con todo afecto,

WILLIAM LEGRAND

El tono de la carta me inquietó. Su estilo contrastaba con el de Legrand. ¿En qué estaría soñando? ¿Qué nueva extravagancia se había apoderado de su cabeza? ¿Qué «tema importante» tenía entre manos? Las noticias que de él me daba Júpiter no presagiaban nada bueno. Temí que el continuo peso del infortunio hubiera terminado por desequilibrar del todo la razón de mi amigo. Por eso, sin dudarlo, me preparé para acompañar a Jup.

Cuando llegamos al muelle, vi en el fondo del bote donde embarcaríamos una guadaña y tres palas nuevas.

—¿Qué significa esto, Jup? —pregunté.

—Una guadaña y tres palas.

—Evidentemente. Pero, ¿qué hacen aquí?

—Son la guadaña y las palas que el señorito Will me hizo comprar en la ciudad, y me han costado una cantidad de dinero.

—Pero, dime, en nombre de todos los misterios: ¿qué va a hacer Will con una guadaña y tres palas?

—No me pregunte lo que no sé, pero que el diablo me lleve si el señorito Will sabe más que yo. Esto es por culpa del bicho.

Entendiendo que no conseguiría aclaraciones de Júpiter, cuyo pensamiento parecía absorbido por «el bicho», salté al bote e icé la vela. Aprovechando una brisa favorable, llegamos a la pequeña caleta

situada al norte del fuerte Moultrie, y una caminata de tres kilómetros nos dejó en la cabaña. Llegamos a las tres de la tarde. Legrand nos esperaba con ansiedad. Estrechó mi mano con tanto ímpetu que me asustó. Estaba pálido como un fantasma y sus ojos tenían un brillo raro. Después de indagar acerca de su salud, y sin saber qué decir, le pregunté si el teniente G. le había devuelto el escarabajo.

—¡Oh, sí! —contestó, ruborizándose violentamente—. Lo recuperé a la mañana siguiente. Nada podría separarme de ese escarabajo. ¿Sabe usted que Júpiter tenía razón acerca de él?

—¿En qué sentido? —pregunté, con un mal presentimiento.

—Al suponer que era un escarabajo de oro verdadero.

Dijo estas palabras tan serio que me entristeció.

—Este insecto está destinado a hacer mi fortuna —continuó mi amigo con una sonrisa— y devolverme las posesiones de mi familia. ¿Le extraña, entonces, que lo considere tan valioso? La suerte ha decidido que lo tenga, no me queda más que usarlo adecuadamente y así llegaré hasta el oro del cual él es índice. ¡Júpiter, tráeme el escarabajo!

—¿Qué? ¿El bicho? Señorito, prefiero no tener nada que ver con ese bicho. Mejor búsquelo usted.

Legrand se levantó hosco y trajo el insecto, que estaba en una caja de vidrio. Era un hermoso escarabajo, desconocido para los naturalistas de aquella época y sumamente precioso desde un punto de vista científico. En una extremidad del dorso tenía dos manchas negras y redondas, y una mancha larga en el otro extremo. Sus élitros eran duros y radiantes, con toda la apariencia del oro pulido. El peso del insecto era notable, por lo cual no podía reprochar a Júpiter su opinión al respecto, pero no podía entender que Legrand compartiera esa idea.

—Lo llamé —me dijo grandilocuente apenas terminé de estudiar el insecto— para tener su consejo y su ayuda en el cumplimiento de las decisiones del destino y del escarabajo…

—Mi querido Legrand —exclamé, interrumpiéndolo—, evidentemente usted no está bien y sería mejor que tomara algunas precauciones. Le ruego que se acueste mientras yo me quedo acompañándolo unos días hasta su completa mejoría. Está afiebrado y…

—Tómeme el pulso —me dijo.

Así lo hice y, a decir verdad, no advertí la menor indicación de fiebre.

—Es posible estar enfermo y no tener fiebre —insistí—. Permítame ser su médico. Vaya a acostarse. Y luego…

—Se equivoca usted —dijo Legrand—. Me siento muy bien. Si realmente es mi amigo, ayúdeme.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Júpiter y yo partimos a una expedición a las colinas, en tierra firme, y nos hace falta la ayuda de una persona en quien podamos confiar. Usted es esa persona. Tengamos éxito o no, mi frenesí cesará.

—Quiero serle útil —respondí—, pero… ¿quiere usted dar a entender que este infernal escarabajo se relaciona con nuestra expedición a las colinas?

—Por supuesto.

—Entonces, Legrand, no tomaré parte en tan absurda empresa.

—Lo siento… lo siento muchísimo… porque tendremos que arreglárnoslas solos.

—¡Solos! ¡Ah, seguramente este hombre se ha vuelto loco! ¡Espere! ¿Cuánto tiempo durará su ausencia?

—Probablemente toda la noche. Saldremos enseguida y, pase lo que pase, estaremos de vuelta a la salida del sol.

—¿Me promete usted, por su honor, que una vez acabado este capricho y terminado el tema del insecto (¡santo Dios!), volverá a casa y seguirá mis órdenes y las de su médico?

—Lo prometo. Y ahora vamos, no hay tiempo que perder.

Deprimido, acompañé a mi amigo. A las cuatro, Legrand, Júpiter y yo nos pusimos en marcha, llevando también al perro. Júpiter se encargó de la guadaña y las palas e insistió en acarrear con todo, creo que más por miedo de que alguno de esos implementos quedara en manos de su amo que por exceso de tolerancia. Estaba malhumorado, «maldito bicho» fueron las únicas palabras que salieron de su boca durante todo el viaje. Por mi parte, me habían confiado un par de linternas sordas, mientras Legrand se contentaba con el escarabajo, que había atado al extremo de un hilo y hacía girar a su alrededor mientras andaba, con aire de titiritero. Cuando noté esa clara prueba

de la locura de mi amigo, me puse a llorar. Elegí seguirle la corriente hasta que pudiera tomar medidas más firmes con garantías de buen resultado. Inútilmente, intenté averiguar los propósitos de la expedición. Una vez que hubo logrado convencerme de que lo acompañara, no parecía dispuesto a mantener conversación sobre ningún tema menudo y a todas mis preguntas respondía: «¡Ya veremos!».

En un bote cruzamos el arroyo en la punta de la isla y, remontando las onduladas colinas de la orilla opuesta, nos encaminamos hacia el noroeste, atravesando una región salvaje y desolada, donde no se veía la menor huella de pie humano. Legrand marchaba con decisión, deteniéndose aquí y allá para consultar ciertas indicaciones en el terreno, que supuse había hecho él mismo en otra ocasión. Así avanzamos durante unas dos horas y el sol se ponía cuando entramos en una zona mucho más desolada de lo que habíamos visto hasta entonces. Era una meseta, cerca de la cima de un monte inaccesible, cuyas laderas se veían densamente arboladas y sembradas de enormes rocas que daban la impresión de estar sueltas en el suelo y a las que solo el soporte de los troncos impedía rodar a los valles inferiores. Profundos precipicios le agregaban solemnidad al escenario.

La plataforma natural a la que habíamos trepado estaba cubierta de zarzas, a través de las cuales hubiera sido imposible pasar de no tener con nosotros la guadaña. Bajo las órdenes de su amo, Júpiter empezó a abrir un camino en dirección a un gigantesco árbol de tulipanes, que se alzaba allí en unión de unos ocho o diez robles, sobrepasándolos a todos (como hubiera sobrepasado a cualquier otro árbol) por la belleza de su follaje, su forma, la enorme extensión de las ramas y su majestuosa apariencia.

Una vez llegados al pie del árbol de tulipanes, Legrand se volvió a Júpiter y le preguntó si se animaba a trepar a la copa. El viejo se sorprendió y no contestó al principio. Se acercó por fin al enorme árbol, dio lentamente la vuelta, examinándolo. Terminada la observación dijo:

—Júpiter puede treparse a cualquier árbol del mundo.

—Pues arriba entonces, y lo antes posible, porque está oscureciendo y pronto no veremos nada.

—¿Cuánto tengo que subir? —inquirió Júpiter.

—Empieza por el tronco y ya te diré qué camino tienes que tomar… ¡Espera un momento! Llévate el escarabajo contigo.

—¿El bicho, señorito Will? ¿El bicho de oro? —gritó Júpiter—. ¿Que trepe con él? ¡Maldito si lo hago…!

—Tienes miedo, Jup, un tipo tan grande y fuerte como tú, de llevar en la mano un pequeño escarabajo muerto e inofensivo… ¡Mira, si puedes tenerlo de la punta del hilo! De todas maneras, si no subes con él en una forma u otra me veré en la necesidad de romperte la cabeza con esta pala.

—¿Por qué se pone así, señorito? —se quejó Jup, avergonzado y dispuesto a someterse—. ¡Siempre anda buscando camorra a su pobre negro! Solamente bromeaba… ¿Yo tener miedo del bicho? ¿Qué me importa a mí el bicho?

Y tomando con todo cuidado el extremo del hilo, para mantener al insecto lo más alejado posible de su persona, se dispuso a trepar al árbol.

El árbol de tulipanes —Liliodendron tulipiferum—, el más magnífico de los árboles americanos, tiene cuando es joven un tronco particularmente liso, que con frecuencia se alza a gran altura sin ninguna rama lateral, pero al envejecer la corteza se vuelve irregular y nudosa, a la vez que surgen en el tronco diversas ramas cortas. Por eso, en el presente caso, la dificultad de trepar era más aparente que real. Abrazando como mejor podía, con brazos y rodillas, el enorme cilindro, buscando con las manos algunas salientes y apoyando en otras sus pies descalzos, Júpiter logró encaramarse, por fin, hasta la primera bifurcación, después de estar a punto de caerse un par de veces; y pareció considerar que su tarea terminaba allí. En realidad, el riesgo mayor de la empresa había pasado, aunque el peligro se hallaba a unos 20 metros de altura.

—¿Para dónde tengo que ir ahora, señorito Will? —preguntó.

—Sigue la rama más gruesa… la de este lado —indicó Legrand.

Júpiter obedeció, y con poco trabajo, trepó cada vez más alto, hasta que dejamos de ver su figura rampante entre el denso follaje. Pero su voz no tardó en llegarnos desde lo alto:

—¿Cuánto más tengo que subir?

—¿A qué altura estás? —preguntó Legrand.

—Tan alto, tan alto, que puedo ver el cielo entre las hojas del árbol.

—No te ocupes del cielo, pero escucha bien lo que te digo. Mira hacia abajo y cuenta las ramas que hay debajo de ti, de este lado. ¿Cuántas ramas pasaste?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco… Pasé cinco grandes ramas de este lado.

—Entonces sube una más.

Pocos minutos más tarde oímos otra vez la voz de Júpiter, anunciando que había llegado a la séptima rama.

—¡Ahora escucha, Jup! —gritó Legrand muy excitado—. Quiero que avances lo más que puedas por esa rama. Si ves algo raro, avísame.

A esta altura, las pocas dudas que aún podía tener sobre la locura de mi amigo se habían disipado. No quedaba otro remedio que declararlo insano, y empecé a preocuparme seriamente sobre la forma de llevarlo a casa. Mientras reflexionaba se oyó nuevamente la voz de Júpiter:

—Tengo miedo de seguir por esta rama… Es una rama muerta.

—¿Dijiste que es una rama muerta, Júpiter? —gritó Legrand con voz temblorosa.

—Sí, muerta y bien muerta… Terminada para siempre, la pobre…

—En nombre del cielo, ¿qué voy a hacer? —exclamó Legrand, sumido en la más grande desesperación.

—¿Qué va a hacer? —dije, aprovechando la posibilidad de intercalar una frase—. ¡Pues… volver a casa y acostarse! ¡Vamos, ahora mismo! Se está haciendo tarde y, además, no se olvide de su promesa.

—¡Júpiter! —gritó él, sin prestarme atención—. ¿Me oyes?

—Sí, señorito Will, lo oigo bien.

—Prueba la madera con tu cuchillo y fíjate si está muy podrida.

—Está podrida, eso es seguro —contestó Júpiter después de un momento—. Pero no tan podrida que no pueda aventurarme un poquitín más por la rama, si voy solo.

—¡Si vas solo! ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir el bicho de oro. Es un bicho muy pesado. Pongamos que lo dejo caer, y entonces la rama aguantará muy bien el

paso de un negro solo.

—¡Maldito pícaro! —gritó Legrand, que parecía muy aliviado—. ¿Qué clase de disparates estás diciendo? ¡Si llegas a soltar ese escarabajo te retorceré el pescuezo! ¡Júpiter! ¿Me oyes?

—Sí, no hay que hablar de ese modo a un pobre negro.

—¡Bueno, escucha! Si te aventuras lo más que puedas por la rama y no dejas caer el insecto, tan pronto hayas bajado te regalaré un dólar de plata.

—¡Ya estoy andando, señorito Will! —respondió con prontitud—. ¡Ya llegué casi a la punta!

—¡Casi a la punta! —aulló Legrand—. ¿Quieres decir que estás en la punta de esa rama?

—Pronto voy a llegar. ¡Ooooh…! ¡Dios me proteja…! ¿Qué es esto que hay en el árbol?

—¡Y bien! —gritó Legrand, en el colmo del júbilo—. ¿Qué hay?

—¡Es… es una calavera! Alguien dejó su cabeza en el árbol y los cuervos se comieron toda la carne.

—¿Una calavera, dices? ¡Perfecto! ¿Cómo está sujeta a la rama?

—Voy a ver, es muy curioso, sí, señor, muy curioso… Hay un gran clavo en la calavera, que la tiene sujeta al árbol.

—Bueno, Júpiter, ahora haz exactamente lo que voy a decirte. ¿Me oyes?

—Sí.

—Presta atención. Primero busca el ojo izquierdo del cráneo.

—¡Hum…! ¡Vaya…! ¡Esto sí que es curioso! ¡No tiene ojo izquierdo!

—¡Maldita sea tu estupidez! ¡El agujero donde estaba el ojo! ¡Oye! ¿Sabes distinguir tu mano derecha de la izquierda?

—¡Oh, sí! Lo sé muy bien. La mano izquierda es la que uso para hachar la leña.

—Perfecto, ya sé que eres zurdo. Pues tu ojo izquierdo está del mismo lado que tu mano izquierda. Supongo que ahora sabrás encontrar el ojo izquierdo del cráneo o el sitio donde estuvo el ojo. ¿Ya lo tienes?

Siguió una larga pausa y, por fin, Júpiter habló:

—¿El ojo izquierdo de la calavera está del mismo lado que la mano izquierda de la calavera? Pero la calavera no tiene mano

izquierda… ¡Bueno, no importa! Ya tengo el ojo izquierdo… ¡Aquí está! ¿Qué hago ahora?

—Pasa el escarabajo por él y déjalo caer hasta donde alcance el hilo… pero ten cuidado de no soltar el extremo.

—¡Ya está! Es muy fácil pasar el bicho por el agujero. ¡Mírelo cómo baja!

Durante este diálogo no podía verse nada de Júpiter, pero ahora, al bajar, el escarabajo apareció en el extremo del hilo y brilló como un globo de oro puro bajo los rayos del sol poniente, que iluminaban la elevación donde estábamos. El escarabajo colgaba por debajo del nivel de las ramas y, si Júpiter lo hubiese soltado, habría caído a nuestros pies. Legrand se apoderó al punto de la guadaña y despejó un espacio circular de unos tres o cuatro metros de diámetro, exactamente debajo del insecto; hecho esto, ordenó a Júpiter que soltara el hilo y que bajara del árbol.

Clavando con todo cuidado una estaca en el suelo, exactamente en el lugar donde había caído el escarabajo, mi amigo extrajo del bolsillo una cinta métrica. Fijó un extremo de la parte del tronco del árbol más cercana a la estaca y la desenrolló hasta alcanzar el punto donde esta estaba; continuó luego desenrollando la cinta, siguiendo la dirección ya establecida por los dos puntos, hasta una distancia de quince metros, mientras Júpiter limpiaba de zarzas el lugar con ayuda de la guadaña. En el lugar alcanzado, Legrand clavó otra estaca y, tomándola por centro, trazó un círculo de un metro y medio de diámetro. Empuñando una pala, y dándonos las otras, se puso a cavar con toda la rapidez posible.

Para ser sincero, nunca tuve inclinación hacia estas tareas, y en este caso habría renunciado a la pala con gusto, la noche se aproximaba y el viaje me había agotado. Pero no había escapatoria y no quería ofuscar a mi amigo con una negativa. Si hubiera podido contar con la ayuda de Júpiter no habría vacilado en arrastrar por la fuerza al loco y regresarlo a su casa, pero conocía bien la forma de ser del viejo para esperar que se pusiera de mi lado, contradiciendo a su amo. No había dudas, Will se había dejado atrapar por alguna de las supersticiones sureñas sobre tesoros enterrados y su fantasía se había exacerbado con el hallazgo del escarabajo, o quizá por la obstinación de Júpiter al sostener que se trataba de «un bicho de oro de verdad».

Una cabeza con tendencia a la locura se deja arrastrar por semejantes sugestiones —especialmente si coinciden con ideas preconcebidas—. Me acordé también de la frase del pobre hombre acerca de que el insecto sería «el índice de su fortuna». Me sentía perplejo, pero decidí tomar las cosas lo mejor posible, cavar con mi mejor voluntad y convencer al visionario, por comprobación ocular, de la falsedad de su sueño.

Una vez encendidas las linternas, nos pusimos a trabajar con un tesón digno de motivo más racional y, a medida que la luz caía sobre uno u otro, no podía dejar de pensar en el grupo extravagante que formábamos y qué raras y sospechosas habrían parecido nuestras actividades a cualquiera que pasara cerca de allí.

Cavamos durante dos horas hablando poco; nuestra mayor preocupación era los ladridos del perro, que se mostraba interesado por nuestro trabajo. A la larga se volvió tan fastidioso que temimos diese la alarma a quienes vagaran por las inmediaciones; aunque, en realidad, era Legrand quien se inquietaba más, pues yo me hubiera sentido bien contento de cualquier interrupción que me ayudase a hacer volver a mi amigo a su casa. Júpiter se encargó de hacer callar al perro; saliendo del pozo con gran resolución, convirtió en bozal sus tirantes y, luego de cerrar así la boca del animal, volvió con una sonrisa a su tarea.

Después de dos horas, estábamos ya a una profundidad de un metro y medio, sin que apareciera la menor señal de tesoro. Descansé un poco y esperé que la farsa terminara allí. Legrand estaba desconcertado, pero se secó la frente con aire pensativo y reanudó la tarea. Habíamos excavado por completo el círculo; ampliamos un poco más el límite y ahondamos medio metro más. Nada apareció. El buscador de oro, que me inspiraba la más sincera lástima, saltó, por fin, del pozo con la decepción más amarga dibujada en su cara y empezó a ponerse la chaqueta que se había quitado al iniciar el trabajo. Yo no hablé. Por orden de su amo, Júpiter juntó las herramientas y le quitó el bozal al perro. En silencio iniciamos el regreso a casa.

Habríamos dado una docena de pasos cuando Legrand soltó un juramento, corrió hacia Júpiter y lo sujetó por el cuello. El viejo abrió enormemente los ojos y la boca, soltó las herramientas y se arrodilló.

—¡Bandido! —gritó Legrand con los dientes apretados—. ¡Viejo maldito, miserable pícaro! ¡Habla! ¡Contéstame ahora mismo y, sobre todo, no vayas a soltar una mentira! ¿Cuál… cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Oh, Dios mío, señorito Will…! ¿No es este mi ojo izquierdo? —clamó el aterrado Júpiter, tapándose con la mano el ojo derecho y manteniéndola allí con desesperada obstinación, como si temiera que su amo fuese a arrancárselo.

—¡Me lo imaginé! ¡Pero, claro! ¡Hurra! —vociferó Legrand, soltando al viejo y dando cabriolas, con no poco asombro de su criado, quien, ya de pie, nos miraba una y otra vez alternativamente.

—¡Vamos! ¡Volvamos allá! —dijo Legrand—. ¡La caza no ha terminado!

Y se encaminó resueltamente en dirección al árbol de tulipanes.

—Júpiter, ven aquí —ordenó cuando llegamos al pie del árbol—. Dime, ¿estaba el cráneo clavado a la rama con la cara para afuera o con la cara contra la rama?

—Con la cara para afuera, para que los cuervos pudieran llegarle a los ojos sin ningún trabajo.

—Muy bien. ¿Y fue por este ojo o por este otro que dejaste pasar el escarabajo? —insistió Legrand, tocando alternativamente los ojos de Júpiter.

—Por este, por el izquierdo… como usted mandó. —Y de nuevo el viejo se tocaba el ojo derecho.

—Bueno, basta con eso. Hay que volver a empezar.

Y mi amigo, en cuya locura yo veía ahora indicios de método, retiró la estaca que señalaba el lugar donde había caído el escarabajo y la fijó unos diez centímetros hacia el oeste de su anterior posición. Colocando la cinta métrica como antes, a partir del punto más próximo del tronco del árbol hasta la estaca, continuó la línea hasta una distancia de quince metros, señalando allí un lugar que quedaba a cierta distancia del sitio donde habíamos estado cavando.

Legrand trazó un círculo en torno a este nuevo punto, haciéndolo algo mayor que el anterior, y otra vez nos pusimos a trabajar con las palas. Yo estaba terriblemente cansado, pero, sin darme cuenta de lo que había alterado el curso de mis pensamientos, dejé de sentir aversión por el trabajo que me imponían. Inexplicablemente, me sentía interesado y excitado. Había algo de premonición y una

seguridad que impresionaba en la conducta extravagante de Legrand. Cavé con tesón y más de una vez me sorprendí pensando —con esperanza— en el tesoro imaginario cuya visión había enloquecido a mi desgraciado compañero. En el momento en que esas fantasías me dominaban, después de más de una hora de trabajo, los violentos ladridos del perro volvieron a interrumpirnos. La primera vez su conducta había nacido de sus ganas de jugar, pero ahora notamos inquietud en sus ladridos. Cuando Júpiter trató de ponerle el bozal opuso una furiosa resistencia y, saltando al agujero, cavó frenéticamente la tierra con sus patas. Segundos más tarde ponía en descubierto una masa de huesos humanos que formaban dos esqueletos completos, entre los cuales se advertían varios botones de metal y restos de lana podrida. Uno o dos golpes de pala sacaron a la superficie un cuchillo español muy ancho; seguimos cavando y descubrimos tres o cuatro monedas de oro y de plata.

A la vista de estas últimas, la alegría de Júpiter pudo apenas contenerse, pero el rostro de su amo expresó la más profunda decepción. Nos pidió, sin embargo, que siguiéramos cavando y, apenas había pronunciado las palabras, cuando tropecé y caí hacia delante, enganchada la punta de mi bota en un gran anillo de hierro que yacía semienterrado en la tierra removida.

Reanudamos el trabajo con pasión. Jamás viví diez minutos de mayor entusiasmo. Nos bastó ese tiempo para desenterrar a medias un cofre oblongo de madera que, a juzgar por su perfecto estado de conservación y dureza del material, debía de haber sufrido algún proceso de mineralización —probablemente con ayuda del bicloruro de mercurio—. La caja tenía un metro de largo, noventa centímetros de ancho y ochenta de profundidad. Estaba firmemente asegurada por bandas remachadas de hierro forjado, que hacían una especie de enrejado sobre todo el cofre. A cada lado, cerca de la parte superior, se veían tres anillos de hierro, seis en total, mediante los cuales el cofre podía ser cómodamente transportado por otros tantos hombres. Nuestros esfuerzos combinados solo sirvieron para mover ligeramente el cofre en su lecho de tierra. Inmediatamente, comprendimos la imposibilidad de mover semejante peso. Por fortuna, la tapa no estaba sujeta más que por dos pasadores. Los corrimos temblando de ansiedad. Un instante después brillaba un tesoro de incalculable valor.

Los rayos de la linterna cayeron sobre él, haciendo brotar de un confuso montón de oro y plata reflejos encandiladores.

No pretenderé describir los sentimientos que me dominaron al contemplar aquello. La estupefacción, claro está, predominaba. Legrand parecía agotado por la excitación y habló poco. Durante algunos minutos, la cara negra de Júpiter empalideció. Parecía alucinado. Pero pronto cayó de rodillas en el pozo y, hundiendo los brazos hasta los codos en el oro, los dejó así como si estuviera gozando de las delicias de un baño. Por fin, con un suspiro, exclamó como si hablara consigo mismo:

—¡Y todo esto viene del bicho de oro! ¡Del precioso bicho de oro, del pobre bicho de oro, que yo traté con tanta brutalidad! ¿No estás avergonzado de ti mismo, negro? ¡Responde!

Fue necesario, finalmente, que les hiciera notar a amo y criado la necesidad de transportar el tesoro. Ya era tarde y tendríamos mucho trabajo hasta haber depositado todo en la cabaña antes del amanecer. Resultaba difícil decidir el mejor procedimiento, discutimos mucho, nuestras ideas eran confusas. Por fin, retiramos dos tercios del contenido del cofre y con gran trabajo pudimos levantarlo a la superficie. Las cosas que habíamos sacado fueron depositadas entre las zarzas y dejamos al perro que las cuidara, con órdenes estrictas de Júpiter de que no se moviera del lugar ni abriera la boca hasta nuestro regreso. Llevando el cofre, emprendimos el regreso a casa, donde llegamos agotados, pero sanos y salvos, a la una de la mañana. Exhaustos, era humanamente imposible seguir. Descansamos hasta las dos y cenamos, para volver inmediatamente a las colinas con tres bolsas fuertes que por fortuna había en la cabaña. Llegamos al pozo poco antes de las cuatro, dividimos el remanente del botín entre los tres y, sin tapar el agujero, volvimos a casa. Llegamos con nuestra carga aurífera cuando asomaban las primeras luces del alba sobre las cimas de los árboles.

Estábamos agotados, pero la excitación no nos dejaba dormir. Después de un sueño nervioso de tres o cuatro horas, nos levantamos como de común acuerdo para estudiar nuestro tesoro. El cofre había estado lleno hasta los bordes, y pasamos todo el día y gran parte de la noche siguiente haciendo el inventario. No había orden en él, los objetos estaban revueltos. Luego de separar las piezas con cuidado,

descubrimos que éramos dueños de una fortuna mayor de lo que habíamos imaginado. En monedas, su valor excedía los cuatrocientos cincuenta mil dólares —calculando lo mejor posible el valor de las monedas de acuerdo a las tablas de la época—. Nada era de plata, todo era de oro. Había joyas antiguas, gran variedad de alhajas, dinero francés, español y alemán, algunas guineas inglesas y monedas desconocidas, muy grandes y pesadas con inscripciones indescifrables. No encontramos monedas americanas. Era difícil calcular el valor de las joyas. Los diamantes, enormes y bellos, sumaban en total ciento diez, sin que hubiera uno solo pequeño; dieciocho rubíes de notable transparencia; trescientas diez esmeraldas, todas preciosas; veintiún zafiros y un ópalo. Las piedras habían sido arrancadas de su montura y arrojadas en montón al cofre. Encontramos también las monturas mezcladas con el resto del oro; parecían haber sido aplastadas a martillazos, a fin de impedir que se las identificara. Había objetos de oro macizo: casi doscientos anillos y aros, treinta cadenas, ochenta y tres pesados crucifijos y cinco incensarios de gran valor; una copa para ponche decorada con hojuelas cinceladas y figuras báquicas; dos puños de espada exquisitamente trabajados y un montón de cosas pequeñas que no recuerdo. El peso total de estas joyas pasaba los cien kilos y, en este cálculo, no he contado ciento noventa y siete relojes de oro, de los cuales tres valían quinientos dólares cada uno. Muchos eran antiquísimos y sin valor como relojes, ya que la máquina había sufrido por la corrosión, pero todos estaban ricamente ornados de pedrerías y tenían estuches valiosos. Aquella noche calculamos que el contenido del cofre valía un millón y medio de dólares, pero, cuando más tarde procedimos a liquidar los dijes y las joyas (guardando unas pocas para nuestro uso personal), descubrimos que las habíamos estimado por debajo de la realidad. Cuando terminó nuestro inventario y bajó la excitación del momento, Legrand me notó muy impaciente por la solución del enigma y me dio todos los detalles vinculados con el mismo.

—Recordará usted —empezó— la noche en que le alcancé el tosco dibujo que acababa de hacer del escarabajo. También recordará que me chocó muchísimo su insistencia en que mi diseño hacía pensar en una calavera. La primera vez que me lo dijo creí que se estaba burlando, pero luego recordé las curiosas manchas en el dorso del

insecto y reconocí que su observación tenía fundamento. Sus ironías sobre mis aptitudes para el dibujo me irritaron, me considero un buen artista; por eso, cuando me devolvió el pedazo de pergamino, me dispuse a arrugarlo y tirarlo al fuego.

—Se refiere usted al trozo de papel —dije.

—No. Parecía papel y por momentos creí que lo era, pero cuando me puse a dibujar, descubrí que se trataba de un trozo de pergamino muy delgado. Recordará usted que estaba muy sucio. Pues bien, iba a estrujarlo, cuando mis ojos cayeron sobre el croquis que usted había estado mirando y puede imaginar mi sorpresa cuando vi que en el lugar donde yo había trazado el diseño del escarabajo había una calavera. Estaba tan sorprendido que no podía pensar. Sabía que mi dibujo difería por completo de aquel en sus detalles, aunque, en líneas generales, hubiera alguna semejanza. Tomando una vela, me fui al otro extremo del salón para estudiar de cerca el pergamino. Al volverlo, vi en él mi croquis, tal como lo había hecho. Mi primera idea fue pensar en lo curioso de aquella similitud de diseño, en la extraña coincidencia de que, sin saber, del otro lado del pergamino hubiese un cráneo exactamente debajo de mi croquis del escarabajo, y que dicho cráneo se le pareciera tanto en la figura como en el tamaño. Admito que la coincidencia me dejó estupefacto. Ese es el efecto común de las coincidencias. La inteligencia se esfuerza por establecer un enlace de causa y efecto y, al no lograrlo, se paraliza. Pero, al recuperarme del estupor, empezó a nacer en mí una idea que me sorprendió más que la coincidencia. Recordé claramente que en el pergamino no había ningún dibujo cuando trazara el del escarabajo. Estaba seguro, porque me acordaba de haberlo vuelto en uno y otro sentido, buscando la parte más limpia. Si el cráneo hubiese estado allí, no se me hubiera escapado. Estaba en presencia de un misterio imposible de explicar, pero me pareció que en lo más hondo de mi mente se iluminaba algo así como una luciérnaga mental, una idea de esa verdad que nuestra aventura de anoche demostró tan magníficamente. Me levanté, guardé el pergamino en un lugar seguro y dejé todas las reflexiones para el momento en que me quedara solo. Una vez que usted se fue y Júpiter dormía, me puse a investigar el asunto con mayor método. En primer término, consideré la forma en que el pergamino había llegado a mis manos. El lugar donde

encontramos el escarabajo queda en la costa del continente, aproximadamente dos kilómetros al este de la isla y a poca distancia del nivel de la marea alta. Cuando lo atrapé, me mordió con fuerza, obligándome a soltarlo. Júpiter, con su prudencia acostumbrada, miró alrededor en busca de una hoja o de algo que le permitiera apoderarse con seguridad del insecto, que había volado en su dirección. Fue entonces cuando sus ojos y los míos cayeron sobre el trozo de pergamino, que en el momento me pareció papel. Aparecía enterrado a medias en la arena y solo sobresalía una punta. Cerca del lugar donde lo encontramos vi los restos de la quilla de una embarcación que debió ser la chalupa de un barco. Aquellos restos daban la impresión de hallarse allí desde hacía mucho, porque apenas podía reconocerse la forma primitiva de las maderas. Júpiter recogió el pergamino, envolvió en él el escarabajo y me lo dio. Más tarde, desandamos el camino y me encontré con el teniente G. Al mostrarle el insecto me pidió que se lo prestara para llevarlo al fuerte. Acepté y se lo puso en el bolsillo del chaleco, sin el pergamino en que había estado envuelto y que yo conservaba en la mano durante la inspección. Quizá el teniente temió que yo cambiara de opinión y pensó que era preferible asegurarse enseguida… Ya sabe usted cómo lo entusiasma todo lo que se refiere a la historia natural. Al mismo tiempo, y sin tener idea de lo que hacía, yo guardé el pergamino en el bolsillo. Recordará usted que, cuando me senté a la mesa con intención de dibujarle el escarabajo, no encontré papel donde suele estar. Miré en el cajón sin verlo. Revisé mis bolsillos en busca de alguna vieja carta, cuando mis dedos tocaron el pergamino. Si le doy todos estos detalles sobre la forma en que ese papel llegó a mí, se debe a que lo sucedido me impresionó profundamente. No dudo que usted me tildará de fantasioso, pero había establecido ya una especie de conexión. Dos eslabones de una gran cadena se juntaban. Había un bote en una playa y no lejos del bote había un pergamino —no un papel— con una calavera pintada. Usted me preguntará cuál puede ser la conexión. Le contesto que la calavera es el famoso emblema de los piratas. En todos los combates se iza la bandera con el cráneo de un muerto. Dije que aquel trozo era de pergamino y no de papel. El pergamino es durable, casi indestructible. Las cuestiones de poca importancia se consignan rara vez en pergamino, ya que no se presta

como el papel para las finalidades ordinarias de la escritura o el dibujo. Esta reflexión sugería que aquel cráneo tenía un sentido… y un sentido importante. Tampoco dejé de observar la forma del pergamino. Aunque algún accidente había destruido una de sus puntas, podía verse que la forma original era oblonga. Justamente el tipo y la forma adecuados para consignar un documento importante, algo que debía ser celosamente cuidado y largamente recordado.

—Un momento —interrumpí—. Dijo usted que al dibujar el escarabajo el cráneo no estaba en el pergamino. ¿Cómo puede establecer, entonces, una conexión entre el bote y el cráneo, puesto que este último debió de ser dibujado (¡Dios sabe cómo y por quién!) después que usted hubo trazado el diseño del escarabajo?

—¡El enigma está ahí! Y eso que, por comparación, no me costó mucho resolverlo. Mis pasos eran seguros y no podían llevarme más que a una solución. Así razoné. Al dibujar el escarabajo no había ningún cráneo en el pergamino. Al completar mi croquis se lo pasé a usted y no dejé de observarlo hasta que me lo devolvió. Usted no podía haber dibujado la calavera y no había nadie más capaz de hacerlo. Vale decir que aquel dibujo no nacía de una intervención humana. Y sin embargo… estaba ahí. A esta altura de mis reflexiones recordé, con toda claridad, los incidentes ocurridos durante el periodo en cuestión. Hacía mucho frío (¡oh raro y feliz accidente!) y ardía un fuego en el hogar. Como mi caminata me había hecho entrar en calor, me senté cerca de la mesa. Pero usted acercó su silla a la chimenea. Justamente cuando le alcanzaba el pergamino y usted se disponía a estudiarlo, apareció Lobo, mi perro terranova, y le saltó a los hombros. Usted lo acarició y lo mantuvo a distancia con la mano izquierda, mientras la derecha, que sostenía el pergamino, colgaba entre sus rodillas muy cerca del fuego. En un momento dado pensé que las llamas iban a alcanzarlo y me disponía a prevenirlo, pero antes de que pudiera hablar, retiró usted el pergamino y lo examinó. Considerando todos estos detalles, no dudé un instante de que el calor era el agente que había hecho surgir en la superficie del pergamino el cráneo que encontré dibujado en él. Bien sabe usted que siempre han existido preparaciones químicas mediante las cuales se puede escribir sobre papel o pergamino, de modo que los caracteres resultan invisibles mientras no se los someta a la acción del fuego. Suele usarse

el óxido de cobalto, disuelto en agua regia, una mezcla de ácido clorhídrico y ácido nítrico, y diluido en cuatro veces su peso en agua; resulta de ello una coloración verde. El régulo de cobalto disuelto en esencia de salitre produce un color rojo. Estos colores desaparecen en un tiempo más o menos largo después de la escritura, pero vuelven a ser visibles cuando se los expone al calor. Me puse a examinar con cuidado el cráneo. Sus contornos exteriores, es decir, las líneas más próximas al borde del pergamino eran más firmes que los otros. No cabía duda de que la acción del calor había sido desigual e imperfecta. Encendí inmediatamente un fuego y sometí cada porción del pergamino al máximo de calor. Al principio, lo único que noté fue que las líneas más pálidas del dibujo se reforzaban, pero, continuando el experimento, vi aparecer en un rincón, opuesto diagonalmente a aquel donde se encontraba el cráneo, el dibujo de algo que al principio me pareció una cabra. Examinándolo con más detalle terminé por reconocer que se trataba de un cabrito.

—¡Vamos, vamos! —exclamé—. Bien sé que no tengo derecho a reírme de usted, ya que un millón y medio de dólares es demasiado dinero para hacer bromas… Pero no irá usted a agregar un tercer eslabón a su cadena, no irá a buscar una relación especial entre sus piratas y una cabra. Los piratas no tienen nada que ver con las cabras. Solo los granjeros se interesan por ellas.

—Ya le he dicho que el dibujo no representaba una cabra.

—Un cabrito, entonces… es lo mismo.

—Casi… aunque no enteramente —dijo Legrand—. Quizás haya oído hablar de un tal capitán Kidd. Por mi parte, consideré inmediatamente que el dibujo equivalía a una especie de firma jeroglífica. Si digo firma es porque su posición en el pergamino sugería esta idea. Del mismo modo, el cráneo colocado en el ángulo opuesto producía el efecto de un sello, de un símbolo estampado. Pero lo que me desconcertó fue la ausencia de toda otra cosa; faltaba el cuerpo de mi imaginado documento… el texto mismo.

—Supongo que esperaba usted descubrir una carta entre el sello y la firma.

—Algo así, en efecto. Debo confesar que tenía un presentimiento de buena fortuna inminente. No puedo decir por qué… Supongo que era un deseo más que una certeza, pero… ¿creerá usted que las tontas

palabras de Júpiter sobre el escarabajo, cuando afirmó que era de oro verdadero, tuvieron efecto sobre mi fantasía? Y luego, la serie de accidentes y coincidencias… tan extraordinarias. ¿Se da usted cuenta de lo accidental que resulta que todos esos acontecimientos tuvieran lugar el único día del año en que el frío fue lo bastante intenso para requerir fuego y que, sin aquel fuego, o sin la intervención del perro en el preciso momento en que se produjo, yo no habría llegado jamás a ver el cráneo y no estaría en posesión del tesoro?

—Siga… ardo de impaciencia.

—No creo que ignore las historias que se cuentan y los mil rumores sobre tesoros enterrados por Kidd y sus compañeros en las costas atlánticas. Sin duda, tales rumores deben de tener algún fundamento. Y el hecho de que hayan continuado tanto tiempo y en forma ininterrumpida me llevó a pensar que el tesoro seguía enterrado. Si Kidd hubiese ocultado por un tiempo el fruto de sus pillajes, para recobrarlo más tarde, es difícil que los rumores hubieran llegado a nosotros sin mayores variantes. Observará usted que las historias que se cuentan aluden siempre a buscadores de tesoros y no a los que los encuentran. Si el pirata hubiera recobrado su dinero, la cuestión estaría terminada. Se me ocurrió que algún accidente —digamos la pérdida del documento indicador del sitio exacto— le habría impedido recobrar su tesoro, y que dicho accidente llegó a conocimiento de sus compañeros, que de otra manera no hubieran oído hablar jamás de tesoro alguno; en su afán por descubrirlo, sin resultado, aquellos habrían dado origen a los rumores que con el tiempo llegaron a ser corrientes. ¿Oyó hablar alguna vez de que en esta costa se encontrara algún tesoro?

—Jamás.

—Y sin embargo es bien sabido que Kidd acumuló inmensas riquezas. Consideré que la tierra guardaba aún su tesoro, y no le sorprenderá si le digo que tuve la esperanza, por no hablar de certeza, de que aquel pergamino hallado de manera tan rara contenía la información concerniente al lugar donde se encontraba el botín.

—Pero, ¿cómo hizo?

—Volví a acercar el pergamino al calor, luego de avivar el fuego, pero nada apareció. Pensé que la suciedad que lo cubría era culpable del fracaso y limpié el pergamino con agua caliente. Lo puse en el

fondo de una olla de estaño, con el cráneo hacia abajo, y coloqué a esta sobre brasas de carbón. Pocos minutos después, cuando el fondo se recalentó, retiré el pergamino y, para mi alegría, lo encontré manchado en varias partes, por lo que parecían ser números en fila. Volví a colocarlo en el fondo de la olla, dejándolo así un minuto más. Cuando lo saqué presentaba el aspecto que va a ver usted.

Y luego de recalentar el pergamino, Legrand lo sometió a mi inspección. Trazados en rojo, entre la calavera y el cabrito, se veían estos signos:

"53++!305))6*;4826)4+)4+).;806*;48!8]60))85;1+8*:+(;:+*8!
83(88)5*!46(;88*96*?;8)*+(;485);5*!2:*+(;4956*
2(5*4)8]8*;4069285);)6!8)4++; 1(+9;48081;8:8+1;48!85;4) 48
5!528806*81(+9;48;(88;4(+?34;48)4+;161;188;+?;"

—Pues bien —dije, devolviendo el pergamino—, me quedo tan a oscuras como antes. Si todas las joyas de Golconda dependieran de la solución de este enigma, estoy seguro de que no llegaría a conseguirlas.

—Sin embargo —repuso Legrand— la solución no es tan difícil como parece desprenderse de una primera mirada a los caracteres. Los mismos constituyen una cifra, es decir, que encierran un sentido; pero, teniendo en cuenta lo que se sabe de Kidd, no podía imaginarlo capaz de emplear los criptogramas más difíciles. Decidí inmediatamente que se trataba de un guarismo de la especie más sencilla, pero que para la torpe inteligencia del marino resultaba absolutamente indescifrable sin la clave.

—¿Y lo pudo descifrar?

—Fácilmente. He solucionado otros mil veces más difíciles. Ciertas situaciones y una tendencia personal me han llevado a interesarme siempre por los enigmas. Es raro que una inteligencia humana sea capaz de crear un enigma que otra inteligencia humana no llegue a resolver, si trabaja adecuadamente. Es decir, que apenas ordené los caracteres, poco me preocupó la dificultad de descifrarlos. En este caso —y en todos los casos de escritura secreta— la primera cuestión se refiere al idioma de la cifra, ya que los principios para lograr la solución —sobre todo en el caso de las cifras más sencillas—

dependen de las características de cada idioma. En general, no queda otro recurso que ensayar, basándose en las probabilidades, todos los idiomas conocidos por el investigador, hasta coincidir con el que corresponda. Pero en nuestro caso, las dificultades se veían suprimidas por la firma. El juego de palabras acerca de «Kidd» solo tiene valor en inglés. De no mediar esta consideración, hubiera empezado mis búsquedas en castellano y en francés, considerando que un secreto de tal naturaleza no podía haber sido escrito en otros idiomas, tratándose de un pirata de los mares españoles. En vista de lo anterior, pensé que el criptograma estaba en inglés. Notará usted que entre las palabras no hay espacios. De no ser así, el trabajo hubiera resultado comparativamente sencillo. Me hubiese bastado empezar por una comparación y un análisis de las palabras más cortas; apenas encontrada una palabra de una sola letra, como ser «a» o «I» (uno, yo), habría obtenido la solución. Pero como no había división, mi primera tarea fue establecer las letras predominantes, así como las más raras. Luego de contarlas, preparé la siguiente tabla:

El signo 8 aparece 33 veces
;“26
4“19
+)“16
*“13
5“12
6“11
!1“8
0“6
92“5
:3“4
?“3
]“2
-.“1

La letra que aparece con mayor frecuencia en inglés es la e. Las restantes letras se suceden en el siguiente orden: a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z. La e predomina de tal manera que es raro encontrar una frase de cualquier extensión donde no figure como letra dominante. Tenemos algo más que una suposición para comenzar. El uso general que puede darse a esta tabla resulta evidente, pero en esta

cifra solo la usaremos en parte. Puesto que el signo predominante es 8, empezaremos por suponer que se trata de la e del alfabeto natural. Para verificar esta suposición repararemos en que el 8 aparece con frecuencia en pares, ya que la e se dobla muchas veces en inglés (vayan como ejemplo las palabras *meet, fleet, speed, seen, been, agree*, etc.). En nuestra cifra vemos que no aparece doblada menos de cinco veces, a pesar de que se trata de un criptograma breve. Consideremos que el 8 es la e. Ahora bien, de todas las palabras inglesas, «the» es la más usual; fijémonos entonces si no existen repeticiones de tres signos puestos en el mismo orden, el último de los cuales sea 8. Si vemos repeticiones de este tipo, lo más probable es que representen la palabra «the». Basta mirar el pergamino para darse cuenta que hay por lo menos siete de estas series: los signos son ;48. Cabe suponer que la ; representa la t, el 4 la h y el 8 la e, confirmándose así el valor de este último signo. Así dimos un gran paso. Solo determinamos una palabra, pero esto nos permite fijar algo muy importante, es decir, el comienzo y las terminaciones de otras palabras. Tomemos por ejemplo la combinación ;48 en su penúltima aparición, casi al final de la cifra. Sabemos que el signo ; que aparece de inmediato, representa el comienzo de una palabra, y además conocemos cinco de los signos que aparecen después de «the». Escribamos, pues, las equivalencias que conocemos, dejando un espacio para lo que ignoramos:

t_eeth.

Por lo pronto podemos afirmar que la porción th no constituye una parte de la palabra que empieza con la primera t, ya que luego de probar todo el alfabeto a fin de adaptar una letra al espacio libre, convenimos en que es imposible formar una palabra de la cual dicho th sea una parte. Nos quedamos, pues, con

t_ee,

y, ensayando otra vez el alfabeto, llegamos a la palabra tree (árbol) como única posibilidad. Ganamos así otra letra, la r, representada por (, y dos palabras yuxtapuestas, «the tree». Si miramos algo después de estas palabras, volvemos a encontrar la combinación ;48, que empleamos como terminación de lo que precede inmediatamente. Tenemos así:

the tree ;4(4+?34 the,

o, sustituyendo los signos por las letras correspondientes que

conocemos:

the tree thr+?34 the.

Si ahora, en el lugar de los signos desconocidos, dejamos espacios o puntos suspensivos, leeremos:

the tree thr… h the,

y la palabra «through» (por, a través), se pone de manifiesto por sí misma. Pero este descubrimiento nos da tres nuevas letras, o, u y g, representadas por +,? y 3.

Examinando con cuidado el manuscrito para buscar combinaciones de caracteres ya conocidos, encontramos no lejos del comienzo la siguiente serie:

83(88, o sea egree

que es la conclusión de la palabra «degree» (grado), y que nos da otra letra, la d, representada por !.

Cuatro letras después de la palabra «degree» vemos la combinación

;46(;88.

Traduciendo los caracteres conocidos, y representando por puntos los desconocidos, tenemos:

th.rtee,

Combinación que sugiere inmediatamente la palabra «thirteen» (trece), y que nos da dos nuevos caracteres: la i y la n, representados por 6 y *.

Viendo ahora el comienzo del criptograma, vemos la combinación

53 ++!.

Traduciendo como antes, nos da

.good,

lo cual nos asegura que la primera letra es A, y que las dos primeras palabras deben leerse «A good». (un buen, una buena).

Ya es tiempo de que pongamos nuestra clave en forma de tabla para evitar confusión. Hasta donde la conocemos, es la siguiente:

5 representa a
!“d
8“e
3“g
4“h
6“i

*“n
+“o
(“r
;“t
?“u

Tenemos las equivalencias de diez de las letras más importantes y resulta innecesario dar a usted más detalles de la solución. Creo haber dicho lo suficiente para convencerlo de que los signos de esta clase son fácilmente descifrables y mostrarle algo del análisis racional que conduce a esa solución. Tenga en cuenta que el ejemplo ante nosotros pertenece a una de las formas más sencillas de la criptografía. Solo me resta proporcionarle la traducción completa de los signos del pergamino. Es este:

> Un buen vidrio en el hotel del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados trece minutos y nornordeste tronco principal séptima rama lado este tirad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto una línea de abeja del árbol a través del tiro cincuenta pies afuera.

—Por lo que veo —exclamé—, el enigma no parece claro en absoluto. ¿Qué sentido tiene esa jerigonza sobre «silla del diablo», «cabeza del muerto» y «hotel del obispo»?

—Admito —contestó Legrand— que el tema aparenta ser difícil. Mi esfuerzo inicial consistió en dividir la frase de acuerdo a la división natural que debió tener en cuenta el criptógrafo.

—¿Puntuarla, quiere decir usted?

—Algo así.

—Pero, ¿cómo?

—Pensé que el autor de los signos había decidido escribir deliberadamente las palabras sin separación, a fin de que resultara más difícil descifrarlas. Ahora bien, al hacer esto, un hombre de inteligencia rústica exagerará, con toda seguridad; es decir, que cuando en el curso de su redacción llegue a un sitio que requiera separación o punto, amontonará los signos, poniéndolos más juntos que en otras partes. Si usted revisa el manuscrito, notará cinco lugares donde ese amontonamiento es visible. Partiendo de esta noción, dividí

el texto en la siguiente forma:

> Un buen vidrio en el hotel del obispo en la silla del diablo – cuarenta y un grados trece minutos – nornordeste – tronco principal séptima rama lado este – tirad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto – una línea de abeja del árbol a través del tiro cincuenta pies afuera.

—Incluso esta división me deja a oscuras —confesé.

—También a mí durante varios días —dijo Legrand—, mientras investigaba en las cercanías de la isla de Sullivan, en busca de algún edificio conocido como el «hotel del obispo». Como no obtuve información, me disponía a extender mi esfera de acción y a proceder de manera más sistemática cuando una mañana recordé que este «hotel del obispo» (bishop's hotel) podía referirse a una antigua familia llamada Bessop que, desde tiempos inmemoriales, posee una casa solariega a unas cuatro millas de las plantaciones. Reanudando mis averiguaciones en el norte de la isla, fui hacia allá para hablar con los viejos negros del lugar. Por fin, una mujer de mucha edad me dijo haber oído hablar de un sitio denominado Bessop's Castle (castillo de Bessop), y que creía poder guiarme hasta allá, pero que no se trataba de ningún castillo ni posada, sino de una roca elevada. Ofrecí pagarle bien por su trabajo y, después de dudar un poco, me acompañó. No le costó mucho encontrar el lugar, que estudié después de despedir a mi guía. El «castillo» era un cúmulo irregular de acantilados y rocas, una de las cuales se destacaba por su tamaño y por su apariencia artificial. Trepé a su cima y allí me sentí desconcertado y sin saber qué hacer. Mientras pensaba, vi una saliente estrecha en la cara oriental de la roca, a un metro más o menos por debajo de la elevación en que estaba. Esta saliente tendría medio metro de largo y apenas treinta centímetros de ancho; un hueco del acantilado, exactamente encima de ella, le daba un parecido con una de las sillas de respaldo cóncavo usadas por nuestros antepasados. No tuve dudas de que allí estaba «la silla del diablo» mencionada en el manuscrito, y me pareció que acababa de entrar en el secreto del enigma. Sabía bien que el «buen vidrio» podía referirse a un catalejo, ya que solo los marinos de habla inglesa usan la palabra «glass» (vidrio), para nombrar a ese instrumento. Entendí que se trataba de aplicar un catalejo desde un

lugar definido y que no admitía variación. Tampoco dudé de que las expresiones «cuarenta y un grados trece minutos» y «nornordeste» eran las indicaciones para la orientación del instrumento. Excitado por estos descubrimientos, regresé a casa, busqué un catalejo y retorné a la roca. Deslizándome sobre la cornisa, vi que solo en una posición era posible mantenerme sentado. Este hecho confirmaba mis suposiciones. Me dispuse entonces a servirme del aparato. Por supuesto, los «cuarenta y un grados trece minutos» solo podían referirse a la elevación sobre el horizonte visible, ya que la dirección horizontal quedaba claramente indicada por la palabra «nornordeste». Establecí este rumbo mediante una brújula de bolsillo, y luego, apuntando el catalejo en un ángulo de elevación lo más próximo posible a cuarenta y un grados, lo moví con cuidado hacia arriba y abajo, hasta que me llamó la atención una apertura en el follaje de un gran árbol que superaba a todos los demás a la distancia. Noté que en el centro de esa apertura se veía una mancha blanca, al principio no distinguía qué era. Ajustando el catalejo descubrí un cráneo humano. Este hallazgo me entusiasmó de tal modo que consideré resuelto el enigma, ya que la frase «tronco principal, séptima rama, lado este» solo podía referirse a la posición del cráneo en el árbol, mientras «tirad del ojo izquierdo de la cabeza del muerto» no admitía más que una interpretación, vinculada a la búsqueda de un tesoro escondido. Entendí que se trataba de dejar caer una bala o un peso cualquiera desde el ojo izquierdo del cráneo, y que una «línea de abeja» o, en otras palabras, una línea recta, debía ser tendida desde el punto más cercano del tronco a través «del tiro», es decir, el lugar donde cayera la bala, y extendida desde allí a una distancia de quince metros, donde indicaría un punto preciso; debajo de dicho punto era posible hallar algún depósito valioso.

—Todo parece claro —dije—, sencillo y explícito, a pesar del ingenio que encierra. ¿Qué hizo al abandonar el hotel del obispo?

—Una vez que aseguré la ubicación del árbol, regresé a casa. Cuando dejé la «silla del diablo», el agujero circular desapareció; desde cualquier lugar que mirara era imposible volver a verlo. ¡Una obra maestra del ingenio! Conste que lo confirmé luego de muchas pruebas: la apertura circular solo es visible desde un punto de mira, el que ofrece la saliente angosta en el costado de la roca. En esta

expedición al «hotel del obispo» fui con Júpiter, quien vigilaba desde hacía algunas semanas la distracción que me dominaba y tenía cuidado de no dejarme solo. Pero al día siguiente, me levanté muy temprano y me escapé, marchando a las colinas en busca del árbol. Después de mucho trabajo di con él; pero cuando volví por la noche a casa, mi criado tenía toda la intención de darme una paliza. En cuanto al resto de la aventura, la conoce usted tan bien como yo.

—Supongo —dije— que el primer intento fracasó por el error de Júpiter, que dejó caer el escarabajo desde el ojo derecho y no el izquierdo del cráneo.

—Exactamente. Este error produjo una diferencia en el «tiro», vale decir en la posición de la estaca más cercana al árbol; si el tesoro hubiese estado debajo del «tiro», la cosa no hubiera tenido consecuencias, pero el «tiro» junto al sitio más cercano del tronco, solo constituían dos puntos para fijar una línea de dirección. El error, insignificante en sí, fue aumentando a medida que trazábamos la línea, y al llegar a los quince metros nos alejamos por completo del lugar correcto. De no haber estado tan convencido de que allí había un tesoro escondido, nuestro esfuerzo habría acabado en la nada.

—Pero su grandilocuencia, Legrand, y esa manera de balancear el escarabajo… ¡qué raro era todo eso! Llegué a convencerme de que se había vuelto loco. ¿Y por qué insistió en hacer descender el escarabajo y no una bala u otro peso?

—Para serle sincero, estaba enfadado por sus sospechas sobre mi salud mental y quise castigarlo a mi modo, con una pizca de superchería. Por eso mecía el escarabajo y lo hice descender desde el cráneo. Su opinión sobre lo mucho que pesaba el insecto me decidió a adoptar este procedimiento.

—¡Ah, ya entiendo! Y ahora solo queda un punto por aclarar. ¿Qué deduciremos de los esqueletos que encontramos en el agujero?

—He aquí un asunto que nosotros no podemos responder. Solo se me ocurre una explicación… y, sin embargo, me cuesta creer una crueldad como la que imagino. Me parece evidente que Kidd (si fue él mismo quien ocultó el tesoro, cosa que yo no dudo) necesitó colaboradores para su tarea. Pero, cuando finalizó el trabajo, consideró necesario matar a todos los que conocían su secreto. Tal vez alcanzaron un par de golpes de pala mientras sus ayudantes estaban

cavando el pozo, o quizás hizo falta una docena de golpes… ¿Quién podría asegurarlo?

15

LOS ASESINATOS DE LA CALLE MORGUE

(The Murders in the Rue Morgue, 1841)

«¿Qué canción cantaban las sirenas? ¿Qué nombre había adoptado Aquiles cuando se ocultaba entre las mujeres?».

SIR THOMAS BROWNE, *Hydriotaphia*

Las singularidades analíticas de la inteligencia son en sí mismas poco susceptibles de ser analizadas. Solo las valoramos a través de sus resultados. Sabemos que, para aquel que las posee en alto grado, son fuente del placer más notable. Así como el hombre fuerte se complace en la actividad física y se deleita con los ejercicios que exigen el trabajo de sus músculos, el analista encuentra placer en esa actividad del espíritu consistente en desenredar. Goza incluso con las tareas más triviales, siempre que pongan en juego su talento. Le encantan los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos y, al solucionarlos, muestra un grado de perspicacia que, para la mente ordinaria, parece sobrenatural. Sus resultados, frutos del método en su forma más esencial y profunda, respiran intuición. La facultad de resolución se ve robustecida por el estudio de las matemáticas y, en especial, por su rama más alta, que, injustamente y tan solo a causa de sus operaciones retrógradas, se denomina análisis, como si se tratara del análisis por excelencia. Calcular, sin embargo, no es en sí mismo analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, efectúa lo primero sin esforzarse en lo segundo. De ahí se sigue que el ajedrez, por lo que concierne a sus efectos sobre la naturaleza de la inteligencia, es apreciado erróneamente. No he de escribir aquí un tratado, sino que me limito a prologar un relato singular, con algunas observaciones pasajeras; aprovecharé la oportunidad para afirmar que el máximo grado de la reflexión se ve puesto a prueba por el modesto juego de damas de forma más intensa y beneficiosa que por toda la estudiada

superficialidad del ajedrez. En este último, en el que las piezas tienen movimientos diferentes y singulares, con varios y variables valores, lo que solo resulta complejo es equivocadamente confundido (error nada insólito) con lo profundo. Aquí se trata, sobre todo, de la atención. Si esta cede un solo instante, se comete un descuido que da por resultado la derrota. Como los movimientos posibles son numerosos y confusos, las posibilidades de descuido se multiplican y, en nueve casos de cada diez, gana el jugador más concentrado y no el más lúcido. En las damas, por el contrario, donde hay un solo movimiento y las variaciones son mínimas, la probabilidad de un descuido disminuye, lo cual deja un tanto de lado a la atención, y las ventajas obtenidas por cada uno de los adversarios provienen de una sagacidad superior.

Para hablar menos abstractamente, imaginemos una partida de damas en la que las piezas se reducen a cuatro y donde, como es natural, no cabe esperar el menor descuido. Obvio resulta que (si los jugadores tienen fuerza pareja) solo puede decidir la victoria algún movimiento sutil, resultado de un sagaz esfuerzo intelectual. Desprovisto de los recursos ordinarios, el analista adivina el espíritu de su oponente, se identifica con él y con frecuencia alcanza a ver de una sola ojeada el único método (a veces absurdamente sencillo) por el cual puede provocar un error o precipitar a un falso cálculo.

Hace mucho que se ha pensado en el whist, por ser un juego de naipes que influye sobre la facultad del cálculo, y personas del más ilustre entendimiento se han fanatizado, dejando de lado, por frívolo, al ajedrez. Sin dudas, ningún juego pone de tal modo a prueba la facultad analítica. El mejor ajedrecista de la cristiandad no puede ser otra cosa que el mejor ajedrecista, pero la eficiencia en el whist implica la capacidad para triunfar en todas aquellas empresas más importantes en las que la mente se enfrenta con la mente. Cuando digo eficiencia, aludo a esa perfección en el juego que incluye la comprensión de todas las posibilidades mediante las cuales se puede obtener una ventaja. Estas últimas no solo son múltiples sino multiformes, y con frecuencia yacen en capas tan profundas del pensar que el entendimiento ordinario es incapaz de alcanzarlas. Observar con atención equivale a recordar con claridad; en ese sentido, el ajedrecista concentrado jugará bien al whist, en tanto que las reglas de Hoyle (basadas en el mero mecanismo del juego) son

comprensibles de manera general y satisfactoria. Por eso, el hecho de tener una buena memoria y guiarse por «el libro» son las condiciones que, por regla general, se consideran como la suma del buen jugar. Pero la destreza del analista se manifiesta en temas que exceden los límites de las reglas. Silencioso, procede a acumular observaciones y deducciones. Quizá sus compañeros hacen lo mismo y la mayor o menor proporción de informaciones así obtenidas no está en la validez de la deducción sino en la calidad de la observación. Hay que saber qué se debe observar. Nuestro jugador no se encierra en sí mismo, ni tampoco, dado que su objetivo es el juego, rechaza deducciones procedentes de elementos externos a este. Estudia la cara de su compañero, comparándola con la cara de cada uno de sus rivales. Observa la forma con que cada uno ordena las cartas en su mano, a menudo cuenta las cartas ganadoras y las adicionales por el modo en que sus poseedores las contemplan. Percibe cada modificación del rostro a medida que avanza el juego, recuerda las diferencias de expresión correspondientes a la seguridad, la sorpresa, el triunfo o la contrariedad. Por la manera de levantar una baza juzga si la persona que la retira será capaz de repetirla en el mismo palo. Reconoce la jugada simulada por el modo con que se tiran las cartas sobre la mesa. Una palabra casual, la caída de una carta, con la ansiedad en el acto de ocultarla, la cuenta de las bazas, con el orden de su disposición, el tropiezo, la duda, el apuro o el miedo… todo eso da a su percepción, aparentemente intuitiva, indicaciones sobre la realidad del juego. Jugadas dos o tres manos, conoce perfectamente las cartas de cada uno y, desde ese momento, utiliza las propias con tanta precisión como si los otros jugadores hubieran dado la vuelta a las suyas.

El poder analítico no debe confundirse con el ingenio; el analista es por necesidad ingenioso, y con frecuencia el hombre ingenioso se muestra incapaz de analizar. La facultad constructiva o combinatoria por la que se manifiesta el ingenio, y a la que los frenólogos (erróneamente, a mi juicio) han asignado un órgano aparte, considerándola una facultad fundamental, ha sido observada con tanta frecuencia en personas cuyo intelecto rozaba con la idiotez, que ha provocado las reflexiones de los estudiosos del carácter. Entre el ingenio y la aptitud analítica existe una diferencia mucho mayor que

entre la fantasía y la imaginación, pero de naturaleza análoga. Los ingeniosos tienen siempre mucha fantasía, mientras que los verdaderamente imaginativos son siempre analistas.

El relato que sigue será para el lector algo así como una afirmación de los comentarios que anteceden.

Mientras vivía en París, durante la primavera y parte del verano de 18…, me relacioné con un tal C. Auguste Dupin. Este joven caballero procedía de una familia ilustre, pero una serie de hechos aciagos lo habían reducido a tal pobreza que la energía de su carácter sucumbió ante la desgracia, llevándolo a alejarse del mundo y a no preocuparse por recuperar su fortuna. Gracias a la cortesía de sus acreedores le quedó una pequeña parte del patrimonio, y la renta que producía le bastaba, mediante una rigurosa economía, para sostener sus necesidades sin preocuparse de lo superfluo. Los libros constituían su único lujo y en París es fácil procurárselos.

Nuestro primer encuentro fue en una librería sombría de la calle Montmartre, donde la casualidad de que ambos anduviéramos en busca de un mismo libro —tan raro como notable— sirvió para acercarnos. Volvimos a encontrarnos varias veces. Me interesé profundamente en la historia de familia que Dupin me contaba con detalles, con toda esa ingenuidad que muestra un francés cuando se trata de su propia persona. Me asombré, al mismo tiempo, por su extraordinaria cultura, pero, sobre todo, me entusiasmó el fervor y la frescura de su imaginación. Dado lo que yo buscaba en ese entonces en París, la compañía de una persona así era un tesoro inestimable y no dudé en decírselo. Decidimos vivir juntos durante mi estancia en la ciudad y, como mi situación financiera era algo menos comprometida que la suya, quedó a mi cargo alquilar y amueblar —en un estilo que armonizaba con la melancolía un tanto fantástica de nuestro carácter — una mansión vieja y estrafalaria, abandonada por culpa de supersticiones, sobre las cuales nada averiguamos, y que se acercaba a su ruina en una parte aislada y solitaria del Faubourg Saint-Germain.

Si nuestro modo de vivir en esa casa hubiera llegado al conocimiento del mundo, este nos hubiera considerado un par de locos —aunque probablemente un par de locos inofensivos—. Nuestro aislamiento era perfecto. No admitíamos visitantes. El lugar de nuestro retiro era un secreto celosamente guardado por mis

antiguos amigos; en cuanto a Dupin, hacía muchos años que había dejado de ver gente o de ser conocido en París. Solo vivíamos para nosotros.

Una extravagancia de mi amigo (¿qué otro nombre darle?) consistía en amar la noche por la noche misma; a esta rareza, como a otros extraños caprichos, me entregué sin esfuerzo. La oscura divinidad no podía permanecer siempre con nosotros, pero nos era dado imitarla. Con las primeras luces del alba, cerrábamos las persianas de nuestra vieja casa y encendíamos un par de velas que, fuertemente perfumadas, solo lanzaban débiles fulgores. Con ayuda de ellas ocupábamos nuestro espíritu en soñar, leyendo, escribiendo o conversando, hasta que el reloj nos advertía la llegada de la verdadera oscuridad. Salíamos a la calle tomados del brazo, continuando la conversación del día o vagando al azar hasta muy tarde, mientras buscábamos, entre luces y sombras, los estímulos que la ciudad puede proporcionar a la observación silenciosa. En esas ocasiones, admiraba la especial capacidad analítica de Dupin. Parecía complacerse en ejercitarla —no en exhibirla— y no dudaba en confesar el placer que le producía. Se jactaba, con una sonrisa, de que frente a él las personas tenían una ventana por la cual se les podía ver el corazón y estaba pronto a demostrar sus afirmaciones con pruebas directas del conocimiento que tenía de mí. En aquellos momentos su actitud era fría y abstraída, sus ojos miraban como sin ver, mientras su voz, habitualmente de un amplio registro de tenor, subía a un falsete que hubiera parecido vanidoso si no fuera por lo preciso de sus palabras. Al observarlo, pensaba en la antigua filosofía del alma doble y me divertía con la idea de un doble Dupin: el creador y el analista.

No se suponga, por lo que dije, que estoy escribiendo una novela. Lo que dije de mi amigo francés era tan solo el producto de una inteligencia exaltada o quizás enferma. Pero el carácter de sus observaciones en el curso de esos periodos se apreciará con más claridad mediante un ejemplo.

Vagábamos una noche por una calle larga y sucia, en el barrio del Palais Royal. Metidos en nuestras reflexiones, no pronunciamos una sola sílaba durante un cuarto de hora por lo menos. Bruscamente, Dupin pronunció estas palabras:

—Sí, es un hombrecillo muy pequeño, y estaría mejor en el

Théâtre des Variétés.

—No cabe duda —repuse inconscientemente, sin advertir (pues tan absorto había estado en mis reflexiones) la extraordinaria forma en que Dupin coincidía con mis pensamientos. Pero, un instante después, me di cuenta y me sorprendí.

—Dupin —dije—, esto va más allá de mi comprensión. Le confieso sin vueltas que estoy fascinado y que apenas puedo dar crédito a mis sentidos. ¿Cómo es posible que haya sabido que yo estaba pensando en…?

Ahí me detuve, para asegurarme sin lugar a dudas de si realmente sabía en quién estaba pensando.

—En Chantilly —dijo Dupin—. ¿Por qué se interrumpe? Estaba usted diciéndose que su pequeña estatura le niega los papeles trágicos.

Ese era, exactamente, el tema de mis reflexiones. Chantilly era un exremendón de la calle Saint-Denis que, apasionado por el teatro, había encarnado el papel de Jerjes en la tragedia homónima de Crébillon, logrando tan solo que la gente se burlara de él.

—En nombre del cielo —exclamé—, dígame cuál es el método… si es que hay un método… que le ha permitido leer en lo más profundo de mí.

En realidad, me sentía más asombrado de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—El frutero —replicó mi amigo— fue quien lo llevó a la conclusión de que el remendón de suelas no tenía estatura suficiente para Jerjes.

—¡El frutero! ¡Usted me sorprende! No conozco ningún frutero.

—El hombre que tropezó con usted cuando entrábamos en esta calle… hará un cuarto de hora.

Recordé entonces que un frutero, que llevaba sobre la cabeza una cesta de manzanas, había estado a punto de derribarme accidentalmente cuando pasábamos de la calle C., la cual recorríamos ahora. Pero me era imposible comprender qué tenía eso que ver con Chantilly.

—Se lo aclararé —dijo Dupin, en quien no había ni una gota de charlatanería— y, para que pueda entender bien, remontaremos el curso de sus reflexiones desde el momento en que le hablé hasta el de su choque con el frutero. Los eslabones principales de la cadena son

los siguientes: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, estereotomía, pavimento, frutero.

Pocas personas hay que, en algún momento de su vida, no se hayan entretenido en remontar el curso de las ideas mediante las cuales han llegado a alguna conclusión. Con frecuencia, esta tarea está llena de interés, y aquel que la emprende se asombra por la distancia supuestamente ilimitada e inconexa entre el punto de partida y el de llegada. ¡Cuál habrá sido entonces mi asombro al oír las palabras que pronunciaba Dupin y reconocer que correspondían a la verdad!

—Si no me equivoco —continuó—, habíamos estado hablando de caballos justamente al abandonar la calle C. Este fue nuestro último tema de charla. Cuando cruzábamos hacia esta calle, un frutero que traía una canasta en la cabeza pasó rápidamente a nuestro lado y le tiró a usted contra una pila de adoquines correspondiente a un pedazo de la calle en reparación. Usted pisó una de las piedras sueltas, resbaló, torciéndose ligeramente el tobillo; mostró enojo o malhumor, murmuró algunas palabras, se volvió para mirar la pila de adoquines y siguió andando en silencio. Yo no estaba especialmente atento a sus actos, pero en los últimos tiempos la observación se ha convertido para mí en una necesidad. Mantuvo usted los ojos clavados en el suelo, observando quisquilloso los agujeros del pavimento (por lo cual comprendí que seguía pensando en las piedras), hasta que llegamos al pequeño pasaje llamado Lamartine, que con fines experimentales ha sido pavimentado con bloques ensamblados y remachados. Ahí su cara se animó y, al notar que sus labios se movían, no tuve dudas de que murmuraba la palabra «estereotomía», término que se ha aplicado pretenciosamente a esta clase de pavimento. Sabía que para usted sería imposible decir «estereotomía» sin pensar en átomos y pasar de ahí a las teorías de Epicuro; ahora bien, cuando discutimos no hace mucho este tema, recuerdo haberle hecho notar de qué curiosa manera —por lo demás desconocida— las vagas conjeturas de aquel noble griego se han visto confirmadas en la reciente cosmogonía de las nebulosas; comprendí, por tanto, que usted no dejaría de alzar los ojos hacia la gran nebulosa de Orión, y estaba convencido de que lo haría. Efectivamente, miró usted hacia lo alto y me sentí seguro de haber seguido correctamente sus pasos hasta ese momento. Pero en la

amarga crítica a Chantilly que apareció en el *Musée* de ayer, el escritor satírico hace algunas penosas alusiones al cambio de nombre del remendón antes de calzar las botas y cita un verso latino sobre el cual hemos hablado muchas veces. Me refiero a: *Perdidi tanti quum litera prima sonum*. (La primera letra ha perdido su antiguo sonido). Le dije a usted que se refería a Orión, que en un tiempo se escribió Urión, y dada cierta aspereza que se mezcló en aquella discusión, estaba seguro de que usted no la había olvidado. Estaba claro que no dejaría de combinar las dos ideas de Orión y Chantilly. Que así lo hizo, lo supe por su sonrisa. Pensaba usted en la inmolación del pobre zapatero. Hasta ese momento, había caminado algo encorvado, pero de pronto le vi erguirse en toda su estatura. Me sentí seguro de que estaba pensando en la diminuta figura de Chantilly. Y en este punto interrumpí sus meditaciones para hacerle notar que, en efecto, Chantilly era muy pequeño y que estaría mejor en el Théâtre des Variétés.

Poco tiempo después de este episodio, nos llamó la atención una nota publicada en la edición nocturna de la *Gazette des Tribunaux*:

EXTRAÑOS ASESINATOS

Esta mañana, hacia las tres, los habitantes del barrio Saint-Roch fueron arrancados de su sueño por los espantosos alaridos procedentes del cuarto piso de una casa situada en la calle Morgue, ocupada por la señora L'Espanaye y su hija, la señorita Camille L'Espanaye. Como fuera imposible lograr el acceso a la casa, después de perder algún tiempo, se forzó finalmente la puerta con una ganzúa y ocho o diez vecinos entraron en compañía de dos gendarmes. Por ese entonces los gritos habían cesado, pero cuando el grupo remontaba el primer tramo de la escalera se oyeron dos o más voces que discutían violentamente y que parecían proceder de la parte superior de la casa. Al llegar al segundo piso, las voces callaron a su vez, reinando una profunda calma. Los vecinos se separaron y empezaron a recorrer las habitaciones una por una. Al llegar a una gran cámara situada en la parte posterior del cuarto piso (cuya puerta, cerrada por dentro con llave, debió ser forzada), se vieron en presencia de un espectáculo que les produjo espanto y estupor. El

lugar estaba en el mayor desorden: los muebles rotos, habían sido lanzados en todas direcciones. El colchón de la única cama aparecía tirado en mitad del suelo. Sobre una silla había una navaja manchada de sangre. Sobre la chimenea aparecían dos o tres largos mechones de cabello humano empapados en sangre y que daban la impresión de haber sido arrancados de raíz. Se encontraron en el suelo cuatro napoleones, un aro de topacio, tres cucharas grandes de plata, tres más pequeñas, también de plata, y dos bolsas que contenían casi cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda situada en un ángulo habían sido abiertos y aparentemente saqueados, aunque quedaban en ellos numerosas prendas. Se descubrió una pequeña caja fuerte de hierro debajo de la cama (y no del colchón). Estaba abierta y con la llave en la cerradura. No contenía nada, aparte de cartas viejas y papeles sin importancia. No se veía huella alguna de la señora L'Espanaye, pero, al notarse la presencia de una insólita cantidad de hollín al pie de la chimenea, se procedió a registrarla, encontrándose (¡cosa horrible de describir!) el cadáver de su hija, cabeza abajo, el cual había sido metido a la fuerza en la estrecha abertura y considerablemente empujado hacia arriba. El cuerpo estaba aún caliente. Al examinarlo se advirtieron en él numerosas escoriaciones, producidas, sin duda, por la violencia con que fuera introducido y por la que requirió arrancarlo de allí. Se observaban arañazos profundos en la cara y en la garganta aparecían contusiones negras y huellas de uñas, como si la víctima hubiera sido estrangulada. Luego de una cuidadosa búsqueda en cada parte de la casa, sin que apareciera nada nuevo, los vecinos ingresaron en un pequeño patio pavimentado de la parte posterior del edificio y encontraron el cadáver de la anciana, degollada tan salvajemente que, al tratar de levantar el cuerpo, la cabeza se desprendió del tronco. Horrorosos cortes aparecían en la cabeza y en el cuerpo, y este último apenas presentaba forma humana. Hasta el momento no se ha encontrado la menor clave que permita solucionar tan horrible misterio.

La edición del día siguiente contenía los siguientes detalles adicionales:

LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE

Diversas personas han sido interrogadas con relación a este terrible suceso, pero nada ha trascendido que pueda arrojar alguna luz sobre él. Damos a continuación las declaraciones obtenidas:

Pauline Dubourg, lavandera, manifiesta que conocía desde hacía tres años a las dos víctimas, de cuya ropa se ocupaba. La anciana y su hija parecían hallarse en buenos términos y se mostraban cariñosas entre sí. Pagaban bien. No sabía nada sobre su modo de vida y sus medios de subsistencia. Creía que la señora L. tenía dinero guardado. Nunca encontró a otras personas en la casa cuando iba a buscar la ropa o la devolvía. Estaba segura de que no tenían ningún criado o criada. Opinaba que en la casa no había ningún mueble, salvo en el cuarto piso.

Pierre Moreau, vendedor de tabaco, declara que desde hace cuatro años vendía regularmente pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a la señora L'Espanaye. Nació en el barrio y ha residido siempre en él. La muerta y su hija ocupaban desde hacía más de seis años la casa donde se encontraron los cadáveres. Anteriormente, vivía en ella un joyero, que alquilaba las habitaciones superiores a diversas personas. La casa era de propiedad de la señora L., quien se disgustó por los abusos que cometía su inquilino y ocupó personalmente la casa, negándose a alquilar parte alguna. La anciana daba señales de senilidad. El testigo vio a su hija unas cinco o seis veces durante esos seis años. Ambas llevaban una vida retirada y parecían tener dinero. Había oído decir a los vecinos que la señora L. decía la buenaventura, pero no lo creía. Nunca vio entrar a nadie, salvo a la anciana y su hija, a un mozo de servicio que estuvo allí una o dos veces, y a un médico que hizo ocho o diez visitas.

Muchos otros vecinos han proporcionado testimonios coincidentes. No se ha hablado de nadie que frecuentara la casa. Se ignora si la señora L. y su hija tenían parientes vivos. Pocas veces se abrían las persianas de las ventanas delanteras. Las de la parte posterior estaban siempre cerradas, salvo las de la gran habitación en la parte trasera del cuarto piso. La casa se hallaba en excelente estado y no era muy vieja.

Isidore Muset, gendarme, declara que fue llamado hacia las tres de la mañana y que, al llegar a la casa, encontró a unas veinte o treinta personas reunidas que se esforzaban por entrar. Violentó la entrada (con una bayoneta y no con una ganzúa). No le costó mucho abrirla, pues se trataba de una puerta de dos batientes que no tenía pasadores

ni arriba ni abajo. Los alaridos continuaron hasta que se abrió la puerta, cesando luego de golpe. Parecían gritos de persona (o personas) que sufrieran los más profundos dolores; gritos agudos y prolongados, no breves y precipitados. El testigo trepó el primero las escaleras. Al llegar al primer descanso oyó dos voces que discutían con fuerza y agriamente; una de ellas era ruda y la otra mucho más aguda y rara. Pudo entender algunas palabras provenientes de la primera voz, que correspondía a un francés. Estaba seguro de que no se trataba de una voz de mujer. Pudo distinguir las palabras *sacré* y *diable*. La voz más aguda era la de un extranjero. No podría asegurar si se trataba de un hombre o una mujer. No entendió lo que decía, pero tenía la impresión de que hablaba en español. El estado de la habitación y de los cadáveres fue descrito por el testigo de la misma forma que lo hicimos ayer.

Henri Duval, vecino, de profesión platero, declara que formaba parte del primer grupo que entró en la casa. Corrobora en general la declaración de Muset. Tan pronto forzaron la puerta, volvieron a cerrarla para mantener alejada a la muchedumbre, que, pese a lo avanzado de la hora, se estaba reuniendo rápidamente. El testigo piensa que la voz más aguda pertenecía a un italiano. Está seguro de que no se trataba de un francés. No puede asegurar que se tratara de una voz masculina. Pudo ser la de una mujer. No está familiarizado con la lengua italiana. No alcanzó a distinguir las palabras, pero por la entonación está convencido de que quien hablaba era italiano. Conocía a la señora L. y a su hija. Había conversado con ellas. Estaba seguro de que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las difuntas.

Odenheimer, dueño de un restaurante. Este testigo se ofreció voluntariamente a declarar. Como no habla francés, testificó mediante un intérprete. Es originario de Ámsterdam. Pasaba frente a la casa cuando se oyeron los gritos. Duraron varios minutos, probablemente diez. Eran prolongados, agudos, horribles y penosos de oír. El testigo fue uno de los que entraron en el edificio. Corroboró las declaraciones anteriores en todos sus detalles, salvo uno. Estaba seguro de que la voz más aguda pertenecía a un hombre y que se trataba de un francés. No pudo distinguir las palabras pronunciadas. Eran enérgicas y atolondradas, desiguales y pronunciadas con tanto miedo como ira. La voz era áspera, no tan aguda como áspera. El testigo no la calificaría de aguda. La voz más gruesa dijo varias veces: *sacré*, *diable*, y una vez *Mon Dieu!*

Jules Mignaud, banquero, de la firma Mignaud e hijos, en la calle Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. La señora L'Espanaye poseía algunos bienes. Había abierto una cuenta en su banco durante la primavera del año 18… (ocho años antes). Hacía frecuentes depósitos de pequeñas sumas. No había retirado nada hasta tres días antes de su muerte, cuando personalmente extrajo la suma de 4.000 francos. La suma le fue pagada en oro y un empleado la llevó a su domicilio.

Adolphe Lebon, empleado de Mignaud e hijos, declara que el día en cuestión acompañó hasta su residencia a la señora L'Espanaye, llevando los 4.000 francos en dos sacos. Una vez abierta la puerta, la señorita L. vino a tomar una de las bolsas, mientras la anciana se encargaba de la otra. Por su parte, el testigo saludó y se fue. No vio a nadie en la calle en ese momento. Se trata de una calle poco importante, muy solitaria.

William Bird, sastre, declara que formaba parte del grupo que entró en la casa. Es inglés. Lleva dos años de residencia en París. Fue uno de los primeros en subir la escalera. Oyó voces que peleaban. La más ruda era la de un francés. Pudo distinguir varias palabras, pero ya no las recuerda todas. Escuchó claramente: *sacré* y *mon Dieu*. En ese momento se oía un ruido como si varias personas estuvieran luchando, era un sonido de forcejeo, como si algo fuese arrastrado. La voz aguda era muy fuerte, mucho más que la voz ruda. Está seguro de que no se trataba de la voz de un inglés. Parecía la de un alemán. Podía ser una voz de mujer. El testigo no comprende el alemán.

Cuatro de los testigos nombrados más arriba fueron nuevamente interrogados, declarando que la puerta del aposento donde se encontró el cadáver de la señorita L. estaba cerrada por dentro cuando llegaron hasta ella. Reinaba un profundo silencio, no se escuchaban quejidos ni rumores de ninguna clase. No se vio a nadie en el momento de forzar la puerta. Las ventanas, tanto de la habitación del frente como de la trasera, estaban cerradas y aseguradas por dentro. Entre ambas habitaciones había una puerta cerrada, pero la llave no estaba echada. La puerta que comunicaba la habitación del frente con el corredor había sido cerrada con llave por dentro. Un cuarto pequeño situado en el frente del cuarto piso, al comienzo del corredor, apareció abierto, con la puerta entornada. La habitación estaba llena de camas viejas, cajones y objetos por el estilo. Se procedió a revisarlos uno por uno, no se dejó sin examinar una sola pulgada de la casa. Se enviaron deshollinadores para que

exploraran las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos, con buhardillas. Una trampa que da al techo estaba firmemente asegurada con clavos y no parece haber sido abierta durante años. Los testigos no están de acuerdo sobre el tiempo transcurrido entre el momento en que escucharon las voces que disputaban y la apertura de la puerta de la habitación. Algunos sostienen que transcurrieron tres minutos, otros calculan que cinco. Costó mucho violentar la puerta.

Alfonso Garcio, funebrero, vive en la calle Morgue. Es español. Formaba parte del grupo que entró en la casa. No subió la escalera. Tiene los nervios delicados y teme las consecuencias de toda agitación. Oyó las voces que peleaban. La más ruda pertenecía a un francés. No pudo comprender lo que decía. La voz aguda era la de un inglés, está seguro de esto. No comprende el inglés, pero juzga basándose en la entonación.

Alberto Montani, repostero, declara que fue de los primeros en subir las escaleras. Oyó las voces en cuestión, la voz ruda era la de un francés. Pudo distinguir varias palabras. El que hablaba parecía reprochar alguna cosa. No pudo comprender las palabras dichas por la voz más aguda, que hablaba rápida y desigualmente. Piensa que se trata de un ruso. Corrobora los testimonios restantes. Es italiano. Nunca habló con un nativo de Rusia.

Nuevamente interrogados, varios testigos certificaron que las chimeneas de todas las habitaciones eran demasiado angostas para admitir el paso de un ser humano. Se pasaron «deshollinadores» —cepillos cilíndricos como los que usan los que limpian chimeneas— por todos los tubos existentes en la casa. No existe ningún pasaje en los fondos por el cual alguien hubiera podido descender mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de la señorita L'Espanaye estaba tan encajado en la chimenea, que no pudo ser extraído hasta que cuatro o cinco personas unieron sus esfuerzos.

Paul Dumas, médico, declara que fue llamado al amanecer para examinar los cadáveres de las víctimas. Estos habían sido colocados sobre el colchón de la cama correspondiente a la habitación donde se encontró a la señorita L. El cuerpo de la joven aparecía lleno de contusiones y escoriaciones. El hecho de que hubiese sido metido en la chimenea bastaba para explicar tales marcas. La garganta estaba muy arañada. Varios profundos rasguños aparecían debajo del mentón, con una serie de manchas resultantes, con toda evidencia, de la presión de unos dedos. La cara estaba horriblemente pálida y los ojos

se salían de las órbitas. La lengua aparecía a medias cortada. En la región del estómago se descubrió una gran contusión, producida, aparentemente, por la presión de una rodilla. Según opinión del doctor Dumas, la señorita L'Espanaye había sido estrangulada por una o varias personas. El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna y el brazo derechos se hallaban fracturados en mayor o menor grado. La tibia izquierda había quedado reducida a astillas, así como todas las costillas del lado izquierdo. El cuerpo aparecía descolorido y cubierto de golpes. Resultaba imposible precisar el arma con que se habían inferido tales heridas. Un garrote de mano, o una barra de hierro, quizás una silla, cualquier arma grande, pesada y contundente, en manos de un hombre robusto, podía haber producido esos resultados. Imposible que una mujer pudiera infligir tales heridas con cualquier arma que fuese. La cabeza de la muerta aparecía separada del cuerpo y, al igual que el resto, terriblemente magullada. Era evidente que la garganta había sido cortada con un instrumento afilado, posiblemente una navaja.

Alexandre Etienne, cirujano, fue llamado al mismo tiempo que el doctor Dumas para examinar los cuerpos. Confirmó las opiniones de este último.

No se ha obtenido ningún otro dato de importancia, a pesar de haberse interrogado a varias personas más. Jamás se ha cometido en París un asesinato tan misterioso y enigmático en sus detalles… si es que en realidad se trata de un asesinato. La policía está perpleja, lo cual no es frecuente en asuntos de esta naturaleza. Pero resulta imposible hallar la más pequeña clave del misterio.

La edición vespertina del diario publicaba que en el barrio Saint-Roch se percibía una gran inquietud, que se había examinado otra vez y minuciosamente el escenario de los hechos, mientras se interrogaba a nuevos testigos, pero que nada nuevo se sabía. Un párrafo final agregaba que un tal Adolphe Lebon acababa de ser arrestado y encarcelado, aunque nada parecía acusarlo, a juzgar por los sucesos detallados.

Dupin se mostraba especialmente interesado en el desarrollo del asunto, o por lo menos, así me pareció por sus gestos. No hizo ningún comentario. Después de haberse anunciado el arresto de Lebon me

pidió mi opinión acerca de los asesinatos. Me sumé a la opinión de todo París y dije que los consideraba un misterio insoluble. No veía cómo seguir el rastro al asesino.

—No debemos pensar en los modos posibles que surgen de una investigación tan básica —dijo Dupin—. La tan alabada policía de París es muy astuta, pero nada más. No actúa con método, salvo el del momento. Toma muchas decisiones teatrales, pero con frecuencia tan mal adaptadas a su objetivo que recuerdan a Monsieur Jourdain, el personaje de *El burgués gentilhombre* de Molière que pedía su bata... para escuchar mejor la música. Los resultados logrados son con frecuencia sorprendentes, pero en su mayoría se logran por actividad. Cuando esta es insuficiente, todos sus planes fracasan. Vidocq, por ejemplo, era hombre de excelentes conjeturas y perseverante. Pero como su pensamiento carecía de educación, erraba continuamente por la excesiva pasión de sus investigaciones. Dañaba su vista por mirar el objeto desde demasiado cerca. Quizás alcanzaba a ver uno o dos puntos con intensidad, pero perdía el conjunto de la cuestión. En el fondo se trataba de un exceso de profundidad y la verdad no siempre está dentro de un pozo. Por el contrario, creo que, en lo que se refiere al conocimiento más importante, es invariablemente superficial. La profundidad corresponde a los valles, donde la buscamos, y no a las cimas montañosas, donde se la encuentra. Las formas y fuentes de este tipo de error se ejemplifican muy bien en la contemplación de los cuerpos celestes. Si se observa una estrella de una ojeada, oblicuamente, volviendo hacia ella la porción exterior de la retina (mucho más sensible a las impresiones luminosas débiles que la parte interior), se verá la estrella con claridad y se apreciará su brillo, el cual se empaña apenas la contemplamos. Es verdad que en este último caso llegan a nuestros ojos mayor cantidad de rayos, pero la porción exterior posee una capacidad de recepción mucho más refinada. Por causa de una indebida profundidad confundimos y debilitamos el pensamiento, y hasta Venus puede borrarse del cielo si la curioseamos con ensimismamiento.

En cuanto a estos asesinatos, procedamos personalmente a un examen antes de formarnos una opinión. La encuesta nos servirá de entretenimiento (me pareció que el término era extraño, aplicado al caso, pero no dije nada). Además, Lebon me prestó cierta vez un

servicio por el cual le estoy agradecido. Iremos a estudiar el terreno con nuestros propios ojos. Conozco a G., el inspector de policía, y no habrá problema en conseguir el permiso necesario.

La autorización fue acordada y nos encaminamos inmediatamente a la calle Morgue. Se trata de uno de esos míseros pasajes que corren entre la calle Richelieu y la calle Saint-Roch. Atardecía cuando llegamos, pues el barrio estaba considerablemente distanciado del de nuestra residencia. Encontramos fácilmente la casa, ya que aún había varias personas mirando las persianas cerradas desde la acera opuesta. Era una típica casa parisiense, con una puerta de entrada y una casilla de cristales con ventana corrediza, correspondiente a la portería. Antes de entrar recorrimos la calle, doblamos por un pasaje y, volviendo a doblar, pasamos por la parte trasera del edificio, mientras Dupin estudiaba el barrio, así como la casa, con una atención minuciosa cuyo objeto me resultaba imposible de adivinar.

Volviendo sobre nuestros pasos, retornamos a la parte delantera y, luego de llamar y mostrar nuestras credenciales, fuimos admitidos por los agentes de guardia. Subimos la escalera, hasta llegar al cuarto donde se había encontrado el cuerpo de la señorita L'Espanaye y donde aún yacían ambas víctimas. Como es natural, el desorden del lugar había sido respetado. No vi nada que no estuviese detallado en la *Gazette des Tribunaux*. Dupin lo inspeccionaba todo, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas. Después pasamos a las otras habitaciones y al patio; un gendarme nos acompañaba a todas partes. El examen nos tuvo ocupados hasta que oscureció, y era de noche cuando salimos. En el camino de vuelta, mi amigo se detuvo algunos minutos en las oficinas de uno de los diarios parisienses.

He dicho ya que sus caprichos eran muchos y variados, y que *je les ménageais* (pues no hay traducción posible de la frase). En esta oportunidad, Dupin rehusó toda conversación vinculada con los asesinatos, hasta el mediodía del día siguiente. Entonces, súbitamente, me preguntó si había observado algo peculiar en el escenario de aquellas atrocidades. Había algo en su forma de acentuar la palabra, que me hizo estremecer sin que pudiera decir por qué.

—No, nada peculiar —dije—. Por lo menos, nada que no hayamos leído en el diario.

—Creo —dijo Dupin— que la *Gazette* no comprendió el horror

absurdo del asunto. Pero dejemos de lado las opiniones de ese diario. Tengo la impresión de que se considera un enigma sin solución por las mismas razones que deberían considerarlo fácilmente solucionable: me refiero a lo excesivo, a lo diferente de sus características. La policía se confunde por la aparente falta de móvil y no por el asesinato en sí, sino por su brutalidad. Está también sorprendida por la aparente imposibilidad de conciliar las voces que se oyeron peleando, con el hecho de que en lo alto solo se encontró a la señorita L'Espanaye muerta, aparte de que era imposible huir de la casa sin que el grupo que subía la escalera lo notara. El salvaje desorden del lugar; el cadáver metido, cabeza abajo, en la chimenea; la espantosa mutilación del cuerpo de la anciana son elementos que, junto con los ya mencionados, y otros que no necesito mencionar, han bastado para paralizar la acción de los policías y confundir por completo su tan alabada perspicacia. Han caído en un error grande pero común: confundir lo absurdo con lo abstruso. Pero, justamente a través de esas desviaciones del plano ordinario de las cosas, la razón se abrirá paso, si ello es posible, en la búsqueda de la verdad. En investigaciones como esta no debería preguntarse tanto «qué ha sucedido», como «qué hay en lo sucedido que no se parezca a nada sucedido anteriormente». En una palabra, la facilidad con la cual llegaré o he llegado a la solución de este misterio está en línea directa con su aparente insolubilidad a ojos de la policía.

Me quedé mirando a mi amigo, en silencio y con estupor.

—Estoy esperando ahora —continuó Dupin, mirando hacia la puerta de nuestra habitación— a alguien que, si bien no es el ejecutor de la carnicería, debe de haberse visto envuelto de algún modo en ella. Es probable que sea inocente de la parte más horrible de los crímenes. Confío en que mi suposición sea acertada, pues en ella se apoya toda mi esperanza de descifrar completamente el enigma. Espero la llegada de ese hombre en cualquier momento… y en esta habitación. Puede no venir, pero lo más probable es que llegue. Si así fuera, habrá que detenerlo. He ahí dos pistolas; sabemos qué hacer con ellas cuando la ocasión se presenta.

Tomé las pistolas, sabiendo apenas lo que hacía y, sin poder creer lo que estaba oyendo, mientras Dupin, como si monologara, continuaba con sus reflexiones. Ya he mencionado su actitud

abstraída en esos momentos. Sus palabras se dirigían a mí, pero su voz, aunque no era forzada, tenía esa entonación que se emplea habitualmente para dirigirse a alguien que se halla muy lejos. Sus ojos, privados de expresión, solo miraban la pared.

—Las voces que disputaban y fueron oídas por el grupo que trepaba la escalera —dijo— no eran las de las dos mujeres, como ha sido bien probado por los testigos. Con esto queda eliminada toda posibilidad de que la anciana haya matado a su hija, suicidándose después. Menciono esto por razones metódicas, ya que la fuerza de la señora L'Espanaye hubiera sido insuficiente para meter el cuerpo de su hija en la chimenea, tal como fue encontrado, amén de que la naturaleza de las heridas observadas en su cadáver excluye toda idea de suicidio. El asesinato, pues, fue cometido por terceros y a estos pertenecían las voces que se escucharon mientras peleaban. Permítame ahora llamarle la atención, no sobre las declaraciones referentes a dichas voces, sino a algo peculiar en esas declaraciones. ¿No lo advirtió usted?

Hice notar que, mientras todos los testigos coincidían en que la voz más ruda debía ser la de un francés, existían grandes desacuerdos sobre la voz más aguda o —como la calificó uno de ellos— la voz áspera.

—Tal es el testimonio en sí —dijo Dupin—, pero no su peculiaridad. Usted no ha observado nada característico. Y, sin embargo, había algo que observar. Como bien ha dicho, los testigos coinciden sobre la voz ruda. Pero, con respecto a la voz aguda, la peculiaridad no consiste en que estén en desacuerdo, sino en que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés han tratado de describirla, y cada uno de ellos se ha referido a una voz extranjera. Cada uno de ellos está seguro de que no se trata de la voz de un compatriota. Cada uno la vincula, no a la voz de una persona perteneciente a una nación cuyo idioma conoce, sino a la inversa. El francés supone que es la voz de un español, y agrega que «podría haber distinguido algunas palabras si hubiera sabido español». El holandés sostiene que se trata de un francés, pero nos enteramos de que como no habla francés, testimonió mediante un intérprete. El inglés piensa que se trata de la voz de un alemán, pero el testigo no comprende el alemán. El español «está seguro» de que se trata de un

inglés, pero «juzga basándose en la entonación», ya que no comprende el inglés. El italiano cree que es la voz de un ruso, pero nunca habló con un nativo de Rusia. Un segundo testigo francés difiere del primero y está seguro de que se trata de la voz de un italiano. No está familiarizado con la lengua italiana, pero al igual que el español, «está convencido por la entonación». Ahora bien, ¡qué rara tiene que haber sido esa voz para que se pudieran reunir semejantes testimonios! ¡Una voz en cuyos tonos los ciudadanos de las cinco grandes divisiones de Europa no pudieran reconocer nada familiar! Me dirá usted que podía tratarse de la voz de un asiático o un africano. Ni unos ni otros abundan en París, pero, sin negar esa posibilidad, me limitaré a llamarle la atención sobre tres puntos. Un testigo califica la voz de «áspera, más que aguda». Otros dos señalan que era rápida y desigual. Ninguno de los testigos se refirió a palabras reconocibles, a sonidos que parecieran palabras. No sé —siguió Dupin— la impresión que pudo haber causado hasta ahora en su entendimiento, pero no vacilo en decir que cabe extraer deducciones legítimas de esta parte del testimonio —la que se refiere a la voz ruda y aguda—, suficientes para crear una sospecha que debe de orientar todos los pasos futuros de la investigación del misterio. Digo «deducciones legítimas», sin decir completamente lo que pienso. Quiero dar a entender que las deducciones son las únicas que corresponden y que la sospecha surge como resultado de las mismas. No le diré todavía cuál es esta sospecha. Pero tenga presente que, por lo que a mí se refiere, bastó para dar forma definida y tendencia determinada a mis investigaciones en el lugar del hecho. Transportémonos ahora con la fantasía a esa habitación. ¿Qué buscaremos en primer lugar? Los medios de escapatoria usados por los asesinos. Supongo que puedo decir que ninguno de los dos cree en sucesos sobrenaturales. La señora y la señorita L'Espanaye no fueron asesinadas por espíritus. Los autores del hecho eran de carne y hueso, y escaparon por medios materiales. ¿Cómo, pues? Afortunadamente, solo hay una manera de razonar sobre este punto y esa manera debe conducirnos a una conclusión definida. Estudiemos uno por uno los posibles medios de escape. Resulta evidente que los asesinos se hallaban en el cuarto donde se encontró a la señorita L'Espanaye, o por lo menos en la pieza contigua, en momentos en que el grupo subía

la escalera. Vale decir que debemos buscar las salidas en esos dos lugares. La policía ha levantado los suelos, los techos y la mampostería de las paredes en todas direcciones. Ninguna salida secreta pudo escapar a sus observaciones. Pero como no me fío de sus ojos, miré el lugar con los míos. Efectivamente, no había salidas secretas. Las dos puertas que comunican las habitaciones con el corredor estaban bien cerradas, con las llaves por dentro. Veamos ahora las chimeneas. Aunque de diámetro ordinario en los primeros ocho o diez pies por encima de los hogares, los tubos no permitirían más arriba el paso del cuerpo de un gato grande. Quedando así establecida la total imposibilidad de escape por las vías mencionadas, nos vemos reducidos a las ventanas. Nadie podría haber huido por la del cuarto delantero, ya que la muchedumbre reunida lo hubiese visto. Los asesinos tienen que haber pasado por el cuarto de atrás. Llevados a esta conclusión de manera tan inequívoca, no nos corresponde, en nuestra calidad de analistas, rechazarla por su aparente imposibilidad. Lo único que cabe hacer es probar que esas aparentes «imposibilidades» no son tales. Hay dos ventanas en el lugar. Contra una de ellas no hay ningún mueble que la tape y es claramente visible. La porción inferior de la otra queda oculta por la cabecera de la cama. La primera ventana apareció firmemente asegurada desde dentro. Resistió los más violentos esfuerzos de quienes trataron de levantarla. En el marco, a la izquierda, había una perforación de taladro y en ella un clavo hundido hasta la cabeza. Al registrar la otra ventana, se descubrió un clavo colocado en forma parecida; todos los esfuerzos por levantarla fueron igualmente inútiles. La policía estaba segura de que la huida no se había producido por ese lado y consideró inútil sacar los clavos y abrir las ventanas. Mi estudio fue más detallado, por la razón que acabo de darle: había que probar que todas las imposibilidades no existían. Seguí pensando del modo siguiente… *a posteriori*. Los asesinos escaparon desde una de esas ventanas. Por tanto, no pudieron asegurar nuevamente los marcos desde el interior, tal como fueron encontrados (consideración que, dado lo obvio de su carácter, interrumpió la búsqueda de la policía en ese terreno). Los marcos estaban asegurados. Es necesario que tengan un modo de asegurarse por sí mismos. La conclusión no admitía escapatoria. Me acerqué a la ventana que tenía libre acceso, extraje

con alguna dificultad el clavo y traté de levantar el marco. Tal como lo había anticipado, resistió a todos mis esfuerzos. Comprendí entonces que debía de haber algún resorte oculto, y la corroboración de esta idea me convenció de que por lo menos mis premisas eran correctas, aunque el detalle referente a los clavos continuara siendo misterioso. Un estudio minucioso me reveló el resorte secreto. Lo oprimí y, satisfecho por mi hallazgo, me abstuve de levantar el marco. Volví a poner el clavo en su sitio y lo observé con atención. Una persona que escapa por la ventana podía haberla cerrado nuevamente y el resorte habría asegurado el marco. Pero, ¿cómo reponer el clavo? La conclusión era evidente y ajustaba una vez más el campo de mi pesquisa. Los asesinos tenían que haber escapado por la otra ventana. Suponiendo que los resortes fueran iguales en las dos ventanas, como parecía probable, necesariamente tenía que haber una diferencia entre los clavos, o por lo menos, en su manera de estar colocados. Trepando al armazón de la cama, examiné el marco de sostén de la segunda ventana. Pasé la mano por la parte posterior, descubriendo enseguida el resorte que, tal como había supuesto, era igual a su vecino. Miré después el clavo. Era tan fuerte como el otro y aparentemente estaba fijo de la misma manera y hundido casi hasta la cabeza. Pensará que me sentí desconcertado, pero si así fuera no ha comprendido la naturaleza de mis raciocinios. Para usar una frase deportiva, hasta entonces no había cometido falta. No había perdido la pista un solo instante. Los eslabones de la cadena no tenían ninguna falla. Había perseguido el secreto hasta su última conclusión y esa conclusión era el clavo. Ya dije que tenía toda la apariencia de su vecino de la otra ventana; pero el hecho, por más concluyente que pareciera, resultaba inútil al considerar que en ese punto, se terminaba el hilo conductor. «Tiene que haber algo defectuoso en el clavo», pensé. Al tocarlo, su cabeza quedó entre mis dedos juntamente con un cuarto de pulgada de la espiga. El resto de la espiga se hallaba dentro del agujero, donde se había roto. La fractura era muy antigua, los bordes aparecían oxidados, y parecía haber sido hecha de un martillazo, que había hundido parcialmente la cabeza del clavo en el marco inferior de la ventana. Repuse con cuidado la parte de la cabeza en el sitio de donde la había sacado y vi que el clavo daba la impresión de estar entero; la fisura resultaba invisible.

Apretando el resorte, levanté ligeramente el marco; la cabeza del clavo subió con él, sin moverse de su lecho. Cerré la ventana y el clavo dio otra vez la impresión de estar dentro. Ahora, el enigma quedaba explicado. El asesino había huido por la ventana que daba a la cabecera del lecho. Cerrándose por sí misma (o quizás *ex profeso*) la ventana había quedado asegurada por su resorte. Y la resistencia ofrecida por este había hecho creer a la policía que se trataba del clavo, abandonando toda investigación extra. La segunda cuestión tiene que ver con la forma del descenso. Nuestro paseo por la parte trasera de la casa me aclaró el asunto. A unos dos metros de la ventana en cuestión hay una varilla de pararrayos. Desde esa varilla hubiera resultado imposible alcanzar la ventana, y mucho menos meterse por ella. Vi, sin embargo, que las persianas del cuarto piso pertenecen a ese tipo raro que los carpinteros de París llaman ferratas, poco empleado en la actualidad, pero frecuente en casas muy viejas de Lyon y Bordeaux. Se las hace como una puerta común (de una sola hoja y no de doble batiente), con la diferencia de que la parte inferior tiene rejas que ofrecen un buen asidero para las manos. En este caso, las persianas alcanzan un ancho de un metro y medio. Cuando las vimos desde la parte posterior de la casa, las dos estaban entornadas, en ángulo recto con relación a la pared. Es posible que la policía también haya inspeccionado los fondos del edificio, pero, si así lo hizo, observó las ferratas en el ángulo indicado, sin darse cuenta de su gran ancho, o sin tomarlo en cuenta. Los policías, seguros de que por ese sitio era imposible escapar, se limitaron a un examen rápido. Para mí, sin embargo, era claro que, si se abría del todo la persiana correspondiente a la ventana situada sobre el lecho, su borde quedaría a unos sesenta centímetros de la varilla del pararrayos. También era evidente que, con agilidad y coraje, se podía llegar hasta la ventana trepando por la varilla. Estirándose hasta un metro (ya que suponemos la persiana enteramente abierta), un ladrón habría podido sujetarse firmemente de las rejas. Abandonando entonces su sostén en la varilla, afirmando los pies en la pared y lanzándose con vigor hacia delante habría podido hacer girar la persiana hasta que se cerrara; si suponemos que la ventana estaba abierta en este momento, habría conseguido entrar así en la habitación. Tenga en cuenta que me refiero a un extraño grado de fuerza, capaz de lograr una hazaña tan

arriesgada. Quiero demostrarle, primero, que el hecho pudo ser posible; segundo, y muy especialmente, insisto en llamar su atención sobre la fuerza casi sobrenatural, capaz de semejante hecho. Usando términos judiciales, usted me dirá que para «redondear mi caso» debería subestimar y no poner de tal modo en evidencia la agilidad que se requiere para dicha proeza. Pero la práctica de los tribunales no es la de la razón. Mi objetivo final es solo la verdad. Y mi propósito inmediato es inducirlo a que asocie la sobrehumana agilidad que he mencionado a esa voz tan extrañamente aguda (o áspera) y desigual sobre cuya nacionalidad no pudieron ponerse de acuerdo los testigos y en cuyos acentos no se logró distinguir ninguna palabra.

Al oír estas palabras pasó por mi cabeza una vaga idea de lo que quería expresar Dupin. Estaba a punto de entender, sin alcanzar la comprensión, como a veces estamos a punto de recordar algo que finalmente no se concreta. Mi amigo seguía hablando.

—Habrá notado —dijo— que he pasado de la cuestión de la salida de la casa a la del modo de entrar en ella. Era mi intención mostrar que ambas cosas se cumplieron en la misma forma y en el mismo lugar. Volvamos ahora al interior del cuarto y examinemos lo que hay allí. Se ha dicho que los cajones de la cómoda habían sido saqueados, aunque quedaron en ellos numerosas prendas. Esta conclusión es absurda. No pasa de una simple conjetura, bastante estúpida. ¿Cómo podemos asegurar que las ropas encontradas en los cajones no eran las que estos contenían habitualmente? La señora L'Espanaye y su hija llevaban una vida muy retirada, no veían a nadie, salían poco y no tenían ocasiones para cambiar de tocado. Lo que se encontró en los cajones era de tan buena calidad como cualquiera de los efectos que poseían las damas. Si un ladrón se llevó una parte, ¿por qué no tomó lo mejor… por qué no se llevó todo? En una palabra, ¿por qué abandonó cuatro mil francos en oro, para cargarse con un hato de ropa? El oro fue abandonado. La suma mencionada por el banquero Mignaud apareció en su casi totalidad en los sacos tirados por el suelo. Le pido que descarte de su pensamiento la idea de un móvil, nacida en el cerebro de los policías por esa parte del testimonio que se refiere al dinero entregado en la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que esta (la entrega del dinero y el asesinato de sus

poseedores tres días más tarde) ocurren a cada hora de nuestras vidas sin que nos preocupemos por ellas. En general, las coincidencias son grandes obstáculos en el camino de esos pensadores que todo lo ignoran de la teoría de las probabilidades, esa teoría a la cual los objetivos más importantes de la investigación humana deben los mejores ejemplos. En esta instancia, si el oro hubiese sido robado, el hecho de que la suma hubiese sido entregada tres días antes sería algo más que una coincidencia, confirmaría un móvil. Pero, dadas las circunstancias reales del caso, si hemos de suponer que el oro era el móvil del crimen, tenemos que admitir que el asesino era tan indeciso y estúpido como para olvidar el oro y el móvil al mismo tiempo. Teniendo presentes los puntos sobre los cuales he llamado su atención —la voz, la agilidad y la falta de móvil en un asesinato tan feroz como este—, observemos la carnicería en sí. Estamos ante una mujer estrangulada por la presión de unas manos y metida en la chimenea cabeza abajo. Los asesinos comunes no usan estas técnicas, ni esconden al asesinado en esa forma. El hecho de meter un cuerpo en la chimenea —admitirá usted— es algo desmedido, algo contrario al accionar de una persona, incluso si suponemos que su autor es el más degenerado de los seres humanos. Piense en la energía que hizo falta para subir el cadáver, cuando para bajarlo fue necesaria la fuerza de varios policías. Regresemos a las otras señales que dejó ese increíble vigor. En el hogar de la chimenea aparecieron mechones de cabello humano canoso. Habían sido arrancados de raíz. Bien sabe usted la fuerza que se necesita para arrancar en esa forma unos pocos cabellos. Y además vio los mechones en cuestión tan bien como yo. Sus raíces (cosa espeluznante) mostraban trozos del cuero cabelludo, prueba evidente de la fuerza sobrenatural puesta en marcha para arrancar quizá medio millón de cabellos de un tirón. La garganta de la anciana señora no solamente estaba cortada, sino que la cabeza había quedado separada del cuerpo; el instrumento era una simple navaja. Lo invito a pensar sobre la ferocidad bestial de estos actos. No diré nada de las lesiones que presentaba el cuerpo de la señora L'Espanaye. El señor Dumas y su ayudante, el señor Etienne, decidieron que fueron hechas por un instrumento contundente, y hasta ahí la opinión de dichos caballeros es correcta. El instrumento contundente fue el suelo de piedra del patio, sobre el cual cayó la víctima desde la

ventana que da sobre la cama. Por simple que sea, esto se les escapó a la policía por la misma razón que se les escapó el ancho de la persiana; frente a la presencia de clavos se quedaron ciegos ante la posibilidad de que las ventanas hubieran sido abiertas alguna vez. Si ahora, en suma a estas cosas, ha recapacitado usted debidamente sobre el desorden raro del lugar, podemos combinar las siguientes nociones: agilidad y fuerza sobrehumana, ferocidad bestial y carnicería sin motivo, horror ajeno a lo humano y una voz privada de todo silabeo inteligible, una voz de acento extranjero para los oídos de hombres de distintas nacionalidades. ¿Qué resultado logramos? ¿Qué emoción he producido en su imaginación?

Me estremecí al escuchar las preguntas de Dupin.

—Un loco es el autor del crimen —dije—. Un desquiciado furioso escapado de algún manicomio de la zona.

—En cierto sentido —dijo Dupin—, su idea es aplicable. Pero, aun en sus más brutales ataques, las voces de los locos jamás coinciden con esa extraña voz escuchada en lo alto. Los locos tienen nacionalidad y, por más incoherentes que parezcan sus palabras, mantienen la coherencia del idioma. Además, el pelo de un loco no es como el que ahora tengo en la mano. Saqué este pequeño mechón de entre los dedos rígidamente apretados de la señora L'Espanaye. ¿Puede decirme qué piensa?

—Dupin, estos pelos son muy raros… ¡no es pelo humano! —grité, perturbado.

—No he dicho que lo fuera —respondió mi amigo—. Pero antes de que resolvamos este punto, le ruego que mire el croquis que dibujé en este papel. Es un facsímil de lo que en una parte de las declaraciones de los testigos se describió como «contusiones negruzcas y profundas huellas de uñas» en la garganta de la señorita L'Espanaye, y en otra (declaración de los señores Dumas y Etienne), como «una serie de manchas que, evidentemente, resultaban de la presión de unos dedos». Notará usted —continuó mi amigo, mientras desplegaba el papel— que este diseño indica una presión firme y fija. No hay señal alguna de deslizamiento. Cada dedo mantuvo (probablemente hasta la muerte de la víctima) su presión en el lugar donde se hundió primero. Le ruego que trate de poner todos sus dedos a la vez en las respectivas impresiones, tal como aparecen en el

dibujo.

Lo intenté, sin resultado.

—Quizá no estemos actuando bien —dijo Dupin—. El papel es una superficie plana, mientras que la garganta humana es cilíndrica. He aquí un rodillo de madera, cuya circunferencia es aproximadamente la de una garganta. Envuélvala con el dibujo y repita la prueba.

Así lo hice, pero las dificultades eran mayores.

—Esta marca —dije— no es de una mano humana.

—Lea ahora —replicó Dupin— este pasaje de Cuvier.

Era una minuciosa descripción anatómica y descriptiva del gran orangután leonado de las islas de la India oriental. La altura, la gran fuerza y agilidad, la terrible ferocidad y las tendencias imitativas de estos mamíferos son bien conocidas. Instantáneamente, comprendí todo el horror del asesinato.

—La descripción de los dedos —dije al terminar la lectura— concuerda exactamente con este dibujo. Solo un orangután, entre todos los animales existentes, es capaz de producir las marcas que aparecen en su diseño. Y el mechón de pelo coincide en un todo con el pelaje de la bestia descrita por Cuvier. De todos modos, no comprendo los detalles de este enigma pavoroso. Además, se escucharon dos voces que disputaban y una de ellas era, sin duda, la de un francés.

—Es cierto. Y recordará usted que, casi unánimemente, los testigos declararon haber oído decir a esa voz las palabras: «*Mon Dieu*». Dadas las circunstancias, uno de los testigos (Montani, el repostero) acertó al sostener que la exclamación tenía un tono de reproche o reconvención. Sobre esas dos palabras, pues, he apoyado todas mis esperanzas de una solución total del enigma. Un francés estuvo al tanto del asesinato. Es posible que fuera inocente de toda participación en el sangriento episodio. El orangután pudo habérsele escapado. Quizá siguió sus huellas hasta la habitación, pero, dadas las terribles circunstancias que se sucedieron, le fue imposible capturarlo otra vez. El animal anda todavía suelto. No continuaré con estas conjeturas (no tengo derecho a darles otro nombre), ya que las sombras de reflexión que les sirven de base no alcanzan para ser reveladas por mi intelecto, y no pretenderé mostrarlas con claridad a

otra persona. Las llamaremos conjeturas y nos referiremos a ellas como tales. Si el francés en cuestión es inocente, este aviso que dejé anoche cuando volvíamos a casa en las oficinas de *Le Monde* (un diario consagrado a cuestiones marítimas y muy leído por los navegantes) lo hará acudir a nuestra casa.

Me alcanzó un papel en el cual leí:

> Capturado: En el Bois de Boulogne, en la mañana del… (la mañana del asesinato), se ha capturado un gran orangután leonado de la especie de Borneo. Su dueño (de quien se sabe que es un marinero perteneciente a un barco maltés) puede reclamarlo, previa identificación satisfactoria y pago de los gastos resultantes de su captura y cuidado. Presentarse al número… calle… Faubourg Saint-Germain… tercer piso.

—Pero, ¿cómo es posible —pregunté— que usted sepa que el hombre es un marinero y que pertenece a un barco maltés?

—No lo sé —dijo Dupin— y no estoy seguro. Pero he aquí un fragmento de cinta que, por su forma y por su mugre grasienta, debió de ser usado para atar el pelo en una de esas trenzas que tan orgullosamente muestran los marineros. Además, el nudo pertenece a esa clase que pocas personas son capaces de hacer, salvo los marinos, y es característico de los malteses. Encontré esta cinta al pie de la varilla del pararrayos. Imposible que perteneciera a una de las víctimas. De todas formas, si me equivoco al creer que el francés era un marinero perteneciente a un barco maltés, no causé daño al publicar el aviso. Si me equivoco, el hombre pensará que me he confundido por alguna razón que no se tomará el trabajo de averiguar. Pero si estoy en lo cierto, gano mucho. Conocedor, aunque inocente, de los asesinatos, el francés vacilará, como es natural, antes de responder al aviso y reclamar el orangután. He aquí cómo reflexionará: «Soy inocente y pobre; mi orangután es muy valioso y para un hombre como yo representa una verdadera fortuna. ¿Por qué perderlo a causa de una tonta aprensión? Está ahí, a mi alcance. Lo han encontrado en el Bois de Boulogne, a mucha distancia de la escena del crimen. ¿Cómo podría sospechar alguien que ese animal es el culpable? La policía está desorientada y no ha podido encontrar la

más pequeña huella. Si llegaran a seguir la pista del mono, les será imposible probar que supe algo de los crímenes o echarme alguna culpa como testigo de ellos. Además, soy conocido. El redactor del aviso me designa como dueño del animal. Ignoro hasta dónde llega su conocimiento. Si renuncio a reclamar algo de tanto valor, que se sabe de mi pertenencia, las sospechas recaerán, por lo menos, sobre el animal. Responderé el aviso, recuperaré el orangután y lo tendré encerrado hasta que no se hable más del tema».

En ese momento oímos pasos en la escalera.

—Prepare las pistolas —dijo Dupin—, pero no las use ni las exhiba hasta que le haga una seña.

La puerta de entrada de la casa había quedado abierta y el visitante había entrado sin llamar, subiendo algunos peldaños de la escalera. Pero, de pronto, pareció vacilar y lo oímos bajar. Dupin corría ya a la puerta cuando advertimos que volvía a subir. Esta vez no vaciló, sino que, luego de trepar decididamente la escalera, golpeó en nuestra puerta.

—¡Adelante! —dijo Dupin con voz cordial.

El hombre que entró era, con toda evidencia, un marinero, alto y musculoso, con una pose donde la audacia no resultaba un gesto desagradable. Su cara, muy tostada, estaba tapada por las patillas y los bigotes. Traía un grueso bastón de roble, al parecer, su única arma. Se inclinó con torpeza, dando las buenas noches en francés; a pesar de cierto acento suizo de Neufchatel, se veía que era de París.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo que viene en busca del orangután. Palabra, se lo envidio un poco; es un magnífico animal, que presumo debe tener un gran valor. ¿Qué edad le calcula usted?

El marinero respiró profundamente, con el aire de quien se siente aliviado de un peso intolerable, y contestó sereno:

—No podría decirlo, pero no tiene más de cuatro o cinco años. ¿Lo guarda usted aquí?

—¡Oh, no! Carecemos de lugar adecuado. Está en una caballeriza de la calle Dubourg, cerca de aquí. Podría usted llevárselo mañana por la mañana. Supongo que estará en condiciones de probar su derecho de propiedad.

—Por supuesto que sí, señor.

—Lamentaré separarme de él —dijo Dupin.

—No quisiera que usted se hubiese molestado por nada —declaró el marinero—. Estoy dispuesto a pagar una recompensa por el hallazgo del animal. Una suma razonable, se entiende.

—Pues bien —repuso mi amigo—, eso me parece muy justo. Déjeme pensar, ¿qué le pediré? ¡Ah, ya sé! He aquí cuál será mi recompensa: me contará usted todo lo que sabe sobre los crímenes en la calle Morgue.

Dupin pronunció tranquilo y en voz baja las últimas palabras. Luego, con la misma serenidad, fue hacia la puerta, la cerró y guardó la llave en el bolsillo. Sacando luego una pistola, la puso sin apuro sobre la mesa. El marinero enrojeció, se levantó sofocado y tomó su bastón, pero un segundo después se dejó caer temblando en el asiento, pálido como la muerte. No dijo una palabra. Lo compadecí desde lo más profundo de mi corazón.

—Amigo mío, se está usted alarmando sin necesidad —dijo cordialmente Dupin—. Le aseguro que no tenemos intención de causarle el menor daño. Lejos de nosotros querer perjudicarlo; le doy mi palabra de caballero y de francés. Estoy perfectamente enterado de que es usted inocente de las brutalidades de la calle Morgue. Pero sería inútil negar que, en cierta forma, está implicado en ellas. Fundándose en lo que le he dicho, supondrá que poseo medios de información sobre este asunto, medios que le sería imposible imaginar. El caso se plantea de la siguiente manera: usted no hizo nada que no debiera haber hecho, nada que lo haga culpable. Ni siquiera se le puede acusar de robo, cosa que pudo llevar a cabo impunemente. No tiene nada que ocultar ni razones para hacerlo. Por otra parte, el honor más elemental lo obliga a confesar todo lo que sabe. Hay un hombre inocente en la cárcel, acusado de un crimen cuyo perpetrador puede usted denunciar.

Mientras Dupin pronunciaba estas palabras, el marinero recobró su compostura, aunque su aire decidido del comienzo se había desvanecido.

—¡Dios venga en mi ayuda! —dijo, después de una pausa—. Sí, le diré todo lo que sé, aunque no espero que crea ni la mitad de lo que voy a contarle. ¡Estaría loco si pensara que van a creerme! Y, sin embargo, soy inocente, y lo confesaré todo aunque me cueste la vida.

Lo que dijo fue lo siguiente:

Poco tiempo atrás había hecho un viaje al archipiélago índico. El grupo del que formaba parte desembarcó en la isla de Borneo y entró en el interior para hacer una excursión. Entre el marino y un compañero cazaron al orangután. Como su compañero murió, quedó como único dueño del animal. Después de muchos problemas, provocados por la indomable ferocidad de su prisionero durante el viaje de vuelta, lo encerró en su casa de París, donde, para aislarlo de la curiosidad de sus vecinos, lo mantenía recluido, mientras el animal sanaba de una herida en la pata que se había hecho con una astilla a bordo del buque. Una vez curado, el marinero quería venderlo. Una madrugada, mientras regresaba de una fiesta de marineros, nuestro hombre descubrió que el orangután había entrado en su dormitorio, luego de escaparse de la habitación contigua donde su captor creía tenerlo encerrado. Navaja en mano y embadurnado de jabón, se había sentado frente a un espejo y trataba de afeitarse, tal como, sin duda, había visto hacer a su amo espiándolo por el ojo de la cerradura. Aterrorizado al ver arma tan peligrosa en manos de un mono que, en su ferocidad, era capaz de utilizar, el marinero se quedó un instante sin saber qué hacer. Por lo regular, lograba contener al animal, aun en sus arrebatos más terribles, con ayuda de un látigo, y pensó acudir otra vez a ese recurso. Pero al verlo, el orangután se lanzó de un salto a la puerta, bajó las escaleras y, desde ellas, saltando por una ventana que desgraciadamente estaba abierta, se dejó caer en la calle. Desesperado, el francés lo persiguió. Navaja en mano, el mono se detenía para mirar y hacer muecas a su perseguidor, dejándolo acercarse casi hasta su lado. Entonces echaba a correr otra vez. Siguió así la caza durante largo tiempo. Las calles estaban vacías, eran casi las tres de la madrugada. Al atravesar el pasaje de los fondos de la calle Morgue, la atención del fugitivo se vio atraída por la luz que salía de la ventana abierta de la habitación de la señora L'Espanaye, en el cuarto piso de su casa. Arrojándose hacia el edificio, descubrió la varilla del pararrayos, trepó por ella con mucha agilidad, aferró la persiana que se hallaba completamente abierta y pegada a la pared, y de esta forma se lanzó hacia delante hasta caer sobre la cabecera de la cama. Todo esto ocurría en menos de un minuto. Al saltar en la habitación, las patas del orangután rechazaron nuevamente la persiana, la cual quedó abierta. El marinero, a todo esto, se sentía

tranquilo y preocupado al mismo tiempo. Renacían sus esperanzas de capturar a la bestia, ya que le sería difícil escapar de la trampa en que acababa de meterse, salvo que bajara otra vez por el pararrayos, ocasión en que sería posible atraparlo. Por otra parte, se sentía ansioso al pensar en lo que podría estar haciendo en la casa. Esta última reflexión indujo al hombre a seguir al fugitivo. Para un marinero no hay dificultad en trepar por una varilla de pararrayos; pero, cuando llegó a la altura de la ventana, que quedaba muy alejada a su izquierda, no pudo seguir adelante; lo más que alcanzó fue a echarse a un lado para observar el interior del lugar. Apenas miró, estuvo a punto de desmayarse de horror. Fue en ese momento cuando empezaron los espantosos alaridos que sacaron de su sueño a los vecinos de la calle Morgue. La señora L'Espanaye y su hija, vestidas con sus camisones de dormir, habían estado aparentemente ocupadas en arreglar algunos papeles en la caja fuerte ya mencionada, la cual había sido corrida al centro del cuarto. Estaba abierta y, a su lado, en el suelo, los papeles que contenía. Las víctimas debían de haber estado sentadas dando la espalda a la ventana y, a juzgar por el tiempo transcurrido entre la entrada del mono y los gritos, parecía probable que en un primer momento no hubieran advertido su presencia. El golpear de la persiana pudo ser atribuido por ellas al viento. En el momento en que el marinero miró hacia el interior del cuarto, el gigantesco animal había agarrado a la señora L'Espanaye por los pelos (que la dama tenía suelto, como si se hubiera estado peinando) y agitaba la navaja cerca de su cara imitando los movimientos de un barbero. La hija, desmayada, yacía postrada e inmóvil. Los gritos y la lucha de la anciana, durante los cuales le fueron arrancados los mechones, convirtieron la intención probablemente pacífica del orangután en furia. Con un solo golpe de su musculoso brazo separó casi completamente la cabeza del cuerpo de la víctima. La vista de la sangre transformó su ira en frenesí. Rechinando los dientes y echando fuego por los ojos, saltó sobre el cuerpo de la joven y, hundiéndole las terribles garras en la garganta, las mantuvo así hasta la muerte. La mirada rabiosa de la bestia cayó sobre la cabecera de la cama, sobre la cual la cara de su amo, paralizado por el horror, alcanzaba apenas a verse. La furia del orangután, que, sin duda, no olvidaba el temido látigo, cambió instantáneamente en miedo. Seguro de haber merecido

un castigo, pareció deseoso de ocultar sus actos sangrientos y se lanzó por el cuarto con nerviosa agitación, tumbando y rompiendo los muebles a cada salto y arrancando la cama de su bastidor. Finalmente, agarró el cadáver de la señorita L'Espanaye y lo metió en la chimenea, tal como fue hallado más tarde; luego tomó el cuerpo de la anciana y lo tiró de cabeza por la ventana. En momentos en que el mono se acercaba a la ventana con su mutilada carga, el marinero se echó aterrorizado hacia atrás y, deslizándose sin precaución alguna hasta el suelo, corrió a su casa, temeroso de las consecuencias de semejante atrocidad y olvidando en su terror toda preocupación por la suerte del orangután. Las palabras que los testigos oyeron en la escalera fueron las exclamaciones de espanto del francés, mezcladas con los perversos sonidos que profería la bestia. Poco queda por agregar. El orangután debió de escapar por la varilla del pararrayos un segundo antes de que la puerta fuera forzada. Cerró la ventana a su paso. Más tarde fue capturado por su mismo dueño, quien lo vendió al Jardin des Plantes en una elevada suma.

Lebon fue liberado inmediatamente después que contamos todas las circunstancias del caso —con algunos comentarios por parte de Dupin— en la oficina del inspector. El funcionario policial, aunque bien dispuesto hacia mi amigo, no pudo ocultar el fastidio que le producía el giro que había tomado el tema, y deslizó un par de sarcasmos sobre la conveniencia de que cada uno se ocupara de sus propios asuntos.

—Déjelo hablar —me dijo Dupin, que no se molestaba en contestarle—. Deje que se desahogue, eso aliviará su conciencia. Me doy por satisfecho con haberlo vencido en su propio terreno. De todas formas, el hecho de que haya fracasado en la solución del enigma no es para asombrarse; en verdad, nuestro amigo el inspector es demasiado astuto para ser profundo. No hay fibra en su ciencia: mucha cabeza y nada de cuerpo, como las imágenes de la diosa Laverna o, a lo sumo, mucha cabeza y lomos, como un bacalao. Pero es un buen tipo, después de todo. Lo aprecio, sobre todo por esa forma maestra de hipocresía a la cual debe su reputación. Me refiero a su modo de negar lo que es y explicar lo que no es.

16

LA CARTA ROBADA

(The Purloined Letter, 1844)

«Nada para la sabiduría es más odioso que la excesiva agudeza».

SÉNECA

Estaba en París en el otoño de 18… Una noche, después de una tarde con mucho viento, saboreaba el doble placer de la reflexión y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudios, en el tercer piso del número 33 de la calle Dunot, en Faubourg Saint-Germain. Llevábamos más de una hora en silencio. Cualquier observador casual nos hubiera creído exclusivamente dedicados a estudiar las ondulantes nubes de humo que inundaban la sala. Por mi parte, me había entregado al estudio mental de ciertas materias sobre las cuales habíamos discutido al inicio de la velada: me refiero al caso de la calle Morgue y al misterio del asesinato de Marie Rogêt. No dejé de pensar en una coincidencia cuando vi abrirse la puerta para dejar paso a nuestro viejo conocido G., el inspector de la policía de París. Recibimos con amabilidad a ese hombre, tan despreciable como divertido, que llevábamos varios años sin ver. Como habíamos estado sentados en la oscuridad, Dupin se levantó para encender una lámpara, pero volvió a su asiento sin hacerlo cuando G. nos hizo saber que venía a consultarnos o, mejor dicho, a pedir una opinión sobre un asunto oficial que lo preocupaba.

—Si se trata de algo que requiere reflexión —observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha— será mejor examinarlo en la oscuridad.

—He aquí una de sus ideas raras —dijo el inspector, para quien todo lo que excedía su comprensión era «raro», por lo cual vivía rodeado de una legión de «rarezas».

—Es cierto —dijo Dupin, dando una pipa a nuestro visitante y ofreciendo un confortable asiento.

—¿Y cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que no sea otro asesinato.

—¡Oh, no, nada de eso! Por cierto que es un asunto muy sencillo y no dudo de que podremos resolverlo perfectamente bien por nuestra cuenta; de todos modos, pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles, puesto que es un caso muy raro.

—Sencillo y raro —dijo Dupin.

—Justamente. Pero tampoco es completamente eso. La verdad es que todos estamos bastante confundidos, ya que la cosa es fácil y, sin embargo, nos llena de dudas.

—Quizá lo que os induce a error sea precisamente la sencillez del asunto —observó mi amigo.

—¡Qué cosas absurdas dice usted! —respondió el inspector, riendo a carcajadas.

—Quizás el misterio es un poco demasiado fácil —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante idea?

—Un poco demasiado evidente.

—¡Ja, ja! ¡Oh, oh! —reía el inspector, divertido hasta más no poder—. Dupin, usted acabará por hacerme morir de risa.

—Veamos, ¿de qué se trata? —pregunté.

—Pues bien, voy a decíroslo —repuso el prefecto, aspirando profundamente una bocanada de humo e instalándose en un sillón—. Puedo explicarlo en pocas palabras, pero antes debo advertiros que el asunto exige el mayor secreto, pues si se supiera que lo he confiado a otras personas podría costarme mi actual posición.

—Hable usted —dije.

—O no hable —dijo Dupin.

—Está bien. He sido informado personalmente, por alguien que ocupa un altísimo puesto, de que un documento muy importante ha sido robado en las cámaras reales. Se sabe quién es la persona que lo ha robado, pues fue vista cuando se lo llevaba. También se sabe que el documento continúa en su poder.

—¿Cómo se sabe eso? —preguntó Dupin.

—Se deduce —contestó el inspector— de la índole del documento y de que no hubo secuelas después de que pasara a otras manos; vale

decir, en caso de que fuera usado en el modo en que el ladrón pretende hacerlo al final.

—Sea un poco más claro —dije.

—Pues bien, puedo afirmar que dicho papel da a su poseedor cierto poder en cierto lugar donde dicho poder es muy valioso.

El inspector estaba encantado de su jerga diplomática.

—Sigo sin entender —dijo Dupin.

—¿No? Veamos: la presentación del documento a una tercera persona que no mencionaremos pondría sobre el tapete el honor de un personaje de las más altas esferas y ello da al poseedor del documento un dominio sobre el ilustre personaje cuyas honradez y tranquilidad se ven de ese modo amenazadas.

—Pero ese dominio —interrumpí— dependerá de que el ladrón supiera que dicho personaje lo conoce como tal. ¿Y quién osaría…?

—El ladrón —dijo G.— es el ministro D., que se atreve a todo, digno o indigno. La forma en que cometió el robo es ingeniosa y audaz. El documento en cuestión —una carta— fue recibido por la persona robada mientras se hallaba a solas en el tocador real. Mientras la leía, se vio interrumpida por el ingreso de la otra persona eminente, a la cual la primera deseaba ocultar la carta. Después de un intento de esconderla en un cajón, debió dejarla, abierta como estaba, sobre una mesa. Como el sobrescrito había quedado hacia arriba y no se veía el contenido, la carta podía pasar sin ser vista. Pero en ese momento, aparece el ministro D. Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconoce la escritura del sobrescrito, observa la confusión de la persona en cuestión y adivina su secreto. Luego de tratar algunos asuntos con su dinámica usual, saca una carta parecida a la que nos ocupa, la abre, finge leerla y la coloca luego exactamente al lado de la otra. Vuelve entonces a conversar sobre cuestiones públicas durante un cuarto de hora. Se levanta, y al despedirse, toma la carta que no le pertenece. La persona robada ve la maniobra, pero no se atreve a llamarle la atención en presencia de la tercera, que no se mueve de su lado. El ministro se va, dejando sobre la mesa la otra carta sin importancia.

—Bien —dijo Dupin, dirigiéndose a mí—, ahí tiene usted lo que se necesitaba para que el poder del ladrón fuera completo: este sabe que la persona robada lo conoce como el ladrón.

—En efecto —dijo el inspector—, y el poder así obtenido ha sido usado en estos últimos meses para fines políticos, hasta un grado muy peligroso. La persona robada está cada vez más convencida de la necesidad de recobrar su carta. Pero, claro, una cosa así no puede hacerse abiertamente, y dicha persona, desesperada, me encarga el trabajo.

—Para el cual —dijo Dupin, envuelto en una nube perfecta de humo— no podía haberse buscado, ni imaginado, un agente más perspicaz.

—Me halaga —dijo el inspector—, es posible que se tenga de mí tal opinión.

—Como hace usted notar —dije—, es evidente que la carta sigue en poder del ministro, porque lo que le confiere su poder es dicho poder y no su uso. Apenas empleada la carta, el poder cesaría.

—Muy cierto —convino G. —. Mis pesquisas se basan en esa creencia. Lo primero que hice fue registrar la casa del ministro, aunque la mayor dificultad residía en evitar que se enterara. Me han prevenido, debo impedir que sospeche nuestras intenciones, lo cual sería peligroso.

—Usted tiene todas las facilidades para ese tipo de investigaciones —dije—. No es la primera vez que la policía de París las practica.

—¡Naturalmente! Por eso no me preocupé. Las costumbres del ministro me daban, además, una gran ventaja. Con frecuencia pasa la noche fuera de su casa. Los sirvientes no son muchos y duermen alejados de los aposentos de su amo; casi todos son napolitanos, es muy fácil inducirlos a beber. Bien sabeis vosotros que poseo llaves con las cuales puedo abrir cualquier habitación de París. Durante estos tres meses no ha pasado una noche sin que me dedicara personalmente a registrar la casa de D. Mi honor está en juego y, para confiaros un gran secreto, la recompensa prometida es grande. Por eso no abandoné la búsqueda hasta no tener seguridad completa de que el ladrón es más astuto que yo. Estoy seguro de haber visto cada rincón de la casa donde la carta podría haber sido escondida.

—¿Sería posible —pregunté— que si bien la carta se halla en posesión del ministro, como parece claro, este la haya escondido fuera de su casa?

—Es poco probable —dijo Dupin—. El giro de las cuestiones

actuales en la corte y, fundamentalmente, de las intrigas en las cuales se halla envuelto D., piden que el documento esté a mano y que pueda ser presentado en cualquier momento; esto último es tan importante como el hecho mismo de su posesión.

—¿Que el documento pueda ser presentado? —pregunté.

—Si lo prefiere, que pueda ser destruido —dijo Dupin.

—Pues bien —convine—, el papel tiene entonces que estar en la casa. Supongo que podemos descartar toda idea de que el ministro lo lleve consigo.

—Por supuesto —dijo el inspector—. Ordené asaltarlo un par de veces por falsos bandidos y vi personalmente cómo lo registraban.

—Pudo ahorrarse esa molestia —dijo Dupin—. Supongo que D. no está loco y que ha debido prever esos falsos asaltos.

—No está loco —dijo G.—, pero es poeta, lo que en mi opinión viene a ser más o menos lo mismo.

—Es verdad —dijo Dupin, después de aspirar una profunda bocanada de su pipa de espuma de mar—, aunque, por mi parte, me confieso culpable de algunas malas rimas.

—¿Por qué no nos da detalles de su requisa? —pregunté.

—Teníamos tiempo y buscamos por todas partes. Tengo mucha experiencia en estos casos. Revisé toda la mansión, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada lugar. Primero estudié los muebles. Abrimos todos los cajones; supongo que vosotros sabéis que, para un buen policía, no existen cajones secretos. En una búsqueda así, el que deja sin ver un cajón es un imbécil. ¡Son tan evidentes! En cada mueble hay una cierta masa, un espacio que debe ser explicado. Para eso tenemos reglas precisas. No se nos escaparía ni la quincuagésima parte de una línea. Terminada la inspección de armarios pasamos a las sillas. Atravesamos los almohadones con esas largas y finas agujas que me habéis visto emplear. Levantamos las tablas de las mesas.

—¿Por qué?

—Con frecuencia, la persona que quiere esconder algo levanta la tapa de una mesa o de un mueble similar, hace un agujero en cada una de las patas, esconde el objeto en cuestión y vuelve a poner la tabla en su sitio. Lo mismo suele hacerse en las cabeceras y postes de las camas.

—Pero, ¿no puede localizarse la cavidad por el sonido? —pregunté.

—De ningún modo si, luego de haberse colocado el objeto, se le rodea con algodón. Además, en este caso, estábamos forzados a actuar sin hacer ruido.

—Pero es imposible que hayáis revisado y desarmado todos los muebles donde pudo ser escondida la carta en la forma que menciona. Una carta puede ser reducida a un delgadísimo rollo, casi igual en volumen al de una aguja larga de tejer, y en esa forma se la puede insertar, por ejemplo, en el travesaño de una silla. ¿Supongo que no habéis desarmado todas las sillas?

—Por supuesto que no, pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de todas las sillas de la casa y los empalmes de todos los muebles con ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido una señal de un cambio reciente, lo hubiéramos advertido al instante. Un grano de polvo producido por un taladro nos hubiera saltado a los ojos como si fuera una manzana. Una diferencia en el pegamento, una mínima apertura en los ajustes, hubiera bastado para guiarnos.

—Supongo que habéis revisado los marcos y los cristales de los espejos, y examinado las camas, la ropa de la cama, las cortinas y las alfombras.

—Naturalmente, y luego que hubimos revisado todos los muebles en la misma manera meticulosa, pasamos a la casa misma. Dividimos la superficie en sectores numerados, para que no se nos escapara nada; después hurgamos cada centímetro cuadrado, incluyendo las dos casas contiguas, siempre ayudados por el microscopio.

—¿Las dos casas contiguas? —exclamé—. ¡Habrán tenido toda clase de problemas!

—Sí. Pero la recompensa ofrecida es grande.

—¿Incluíais el terreno contiguo a las casas?

—Dicho terreno está enladrillado. No nos dio mucho trabajo comparativamente, pues examinamos el musgo entre los ladrillos y lo encontramos intacto.

—¿Habéis mirado entre los papeles de D., naturalmente, y en los libros de la biblioteca?

—Claro. Abrimos todos los paquetes, y no solo examinamos cada libro, sino que lo hojeamos cuidadosamente, sin conformarnos con

una mera sacudida, como suelen hacerlo nuestros oficiales de policía. Medimos el grueso de cada encuadernación, inspeccionándolo después del modo más puntual con el microscopio. Si se hubiera insertado un papel en uno de esos tomos, sería imposible que pasara inadvertido. Cinco o seis volúmenes que salían de manos del encuadernador fueron atravesados con las agujas.

—¿Examinasteis los suelos debajo de las alfombras?

—Levantamos todas las alfombras y examinamos las planchas con el microscopio.

—¿Y el papel de las paredes?

—Igual.

—¿Mirasteis en los sótanos?

—Miramos.

—Entonces —declaré— se ha equivocado usted en sus cálculos y la carta no está en la casa del ministro.

—Creo que tiene razón —dijo el inspector—. Dupin, ¿qué me aconseja usted?

—Revisar otra vez completamente la casa.

—¡Pero es inútil! —replicó G.—. Estoy tan seguro como que respiro de que la carta no está en la casa.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. Supongo que posee usted una descripción precisa de la carta.

—¡Oh, sí!

Después de sacar una libreta, el inspector nos leyó una descripción detallada de la apariencia interior y exterior de la carta. Al terminar su lectura se despidió muy deprimido.

Un mes después nos hizo otra visita y nos encontró de la misma forma que la primera vez. Se adueñó de una pipa y un sillón y se puso a conversar de trivialidades. Luego de un rato le dije:

—Veamos, G., ¿qué pasó con la carta robada? Supongo que, por lo menos, se habrá convencido de que no es cosa fácil ganarle en astucia al ministro.

—¡El diablo se lo lleve! Revisé otra vez su casa, como me aconsejó Dupin, pero fue tiempo perdido. Yo lo sabía de antemano.

—¿A cuánto dijo que ascendía la recompensa ofrecida? —preguntó Dupin.

—A mucho dinero… muchísimo. No quiero decir exactamente

cuánto, pero eso sí, estaría dispuesto a firmar un cheque por cincuenta mil francos al que me consiguiese esa carta. El asunto va tomando cada día más importancia y la recompensa ha sido recientemente duplicada. Pero, aunque ofrecieran tres veces esa suma, no podría hacer más de lo que hice.

—La verdad… —dijo Dupin, arrastrando las palabras entre bocanadas de humo—, me parece a mí, G., que no hizo… todo lo que podía hacerse. ¿No cree que… podría hacer algo más, eh?

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Pues… puf… podría usted… puf, puf… pedir consejo en este asunto… puf, puf, puf… ¿Se acuerda de la historia que cuentan de Abernethy?

—No. ¡Al diablo con Abernethy!

—De acuerdo. ¡Al diablo, pero bienvenido! Había una vez un avaro que tuvo la idea de obtener gratis el consejo médico de Abernethy. Aprovechó una reunión y una charla para consultar un tema personal como si el enfermo fuera otra persona. «Supongamos que los síntomas del enfermo son tales y cuales —dijo—. Ahora bien, doctor, ¿qué le aconsejaría usted hacer?». «Lo que yo le aconsejaría —repuso Abernethy— es que consultara a un médico».

—¡Vamos! —exclamó el inspector, desconcertado—. Estoy dispuesto a pedir consejo y a pagar por él. De verdad, daría cincuenta mil francos al que me ayudara en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques—, bien puede usted llenarme un cheque por la suma mencionada. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Quedé atónito. El inspector parecía liquidado. Durante unos minutos no pudo hablar ni moverse, mientras miraba a mi amigo con ojos que parecían salírsele de las órbitas y con la boca abierta. Recobrándose un poco, tomó una pluma y, después de varias pausas y abstraídas contemplaciones, llenó y firmó un cheque por cincuenta mil francos, extendiéndolo por encima de la mesa a Dupin. Este lo estudió cuidadosamente y lo guardó en su cartera; luego, abriendo un escritorio, sacó una carta y la entregó al prefecto. Nuestro funcionario la tomó en una convulsión de alegría, la abrió con manos trémulas, lanzó una ojeada a su contenido y luego, lanzándose vacilante hacia la puerta, desapareció bruscamente del cuarto y de la casa, sin

pronunciar una sílaba desde el momento en que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Una vez que se fue, mi amigo consintió en darme algunas explicaciones.

—La policía de París es sumamente hábil a su manera —dijo—. Es perseverante, astuta y muy versada en saberes que su deber exige. Así, cuando G. nos explicó su manera de registrar la mansión de D., tuve plena confianza en que había cumplido con una investigación satisfactoria, hasta donde podía alcanzar.

—¿Hasta donde podía alcanzar? —repetí.

—Sí —dijo Dupin—. Las medidas adoptadas no solamente eran las mejores en su género, sino que habían sido llevadas a la más absoluta perfección. Si la carta hubiera estado dentro del ámbito de su búsqueda, no cabe la menor duda de que los policías la hubieran encontrado.

Me eché a reír, pero Dupin parecía hablar muy en serio.

—Las medidas —continuó— eran excelentes en su género y fueron bien ejecutadas, su defecto consistía en que eran inaplicables al caso y al hombre en cuestión. Una cierta cantidad de recursos altamente ingeniosos constituyen para el inspector una especie de lecho de Procusto, en el cual quiere meter a la fuerza sus propósitos. Continuamente se equivoca por ser demasiado profundo o demasiado superficial para el caso, y más de un niño razonaría mejor que él. Conocí a uno que tenía ocho años y cuyos triunfos en el juego de «par e impar» atraían la admiración general. El juego es muy sencillo y se juega con bolitas. Uno de los jugadores oculta en la mano cierta cantidad de bolitas y le pregunta al otro: «¿Par o impar?». Si este adivina correctamente, gana una bolita; si se equivoca, pierde una. El niño de quien hablo ganaba todas las bolitas de sus compañeros. Naturalmente, tenía un método de adivinación que consistía en la observación y en el cálculo de la astucia de sus adversarios. Supongamos que uno de estos sea un inspector tonto y que, levantando la mano cerrada, le pregunta: «¿Par o impar?». Nuestro niño responde: «Impar», y pierde, pero a la segunda vez gana, por cuanto se ha dicho a sí mismo: «El tonto tenía pares la primera vez, y su astucia no va más allá de preparar impares para la segunda vez. Por lo tanto, diré impar». Lo dice y gana. Ahora bien, si le toca jugar

con un tonto ligeramente superior al anterior, razonará en la siguiente forma: «Este muchacho sabe que la primera vez elegí impar, en la segunda se le ocurrirá como primer impulso pasar de par a impar, pero entonces un nuevo impulso le sugerirá que la variación es demasiado sencilla y, finalmente, se decidirá a poner bolitas pares como la primera vez. Por lo tanto, diré pares». Así lo hace y gana. Ahora bien, esta manera de razonar del niño, a quien sus compañeros llaman «suertudo», ¿en qué consiste si se la analiza con cuidado?

—Consiste —repuse— en la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.

—Exactamente —dijo Dupin—. Cuando pregunté al muchacho de qué manera lograba esa total identificación en la cual residían sus triunfos, me contestó: «Si quiero averiguar si alguien es inteligente o estúpido, o bueno, o malo, y saber cuáles son sus pensamientos en ese momento, adapto lo más posible la expresión de mi cara a la de la suya y luego espero hasta ver qué pensamientos o sentimientos surgen en mi mente o en mi corazón, coincidentes con la expresión de mi cara». Esta respuesta del niño está en la base de toda la falsa profundidad atribuida a La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella.

—Si entiendo bien —dije— la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente depende de la precisión con que se mida la inteligencia de este último.

—Depende de ello para sus resultados prácticos —replicó Dupin —, y el inspector y sus tropas fracasan con tanta frecuencia, primero por no lograr dicha identificación y segundo por medir mal —o, mejor dicho, por no medir— el intelecto con el cual se miden. Solo tienen en cuenta sus propias ideas ingeniosas y, al buscar algo oculto, se fijan solamente en los métodos que ellos hubieran usado para ocultar. Tienen razón en la medida en que su propio ingenio es fiel representante del de la masa, pero cuando la astucia del facineroso tiene un carácter distinto de la suya, aquel, naturalmente, los vence. Esto pasa siempre cuando se trata de una astucia superior a la suya y, muy frecuentemente, cuando está por debajo. Los policías no admiten variación de principio en sus investigaciones; a lo sumo, si se ven apurados por algún caso insólito, o movidos por una recompensa extraordinaria, extienden o exageran sus viejas modalidades

rutinarias, pero sin tocar los principios. Por ejemplo, en este asunto de D., ¿qué se ha hecho para modificar el principio de acción? ¿Qué son esas perforaciones, esos exámenes con el microscopio, esa división de la superficie del edificio en centímetros cuadrados numerados? ¿Qué representan sino la aplicación exagerada del principio o la serie de principios que rigen una búsqueda, y que se basan a su vez en una serie de nociones sobre el ingenio humano, a las cuales se ha acostumbrado el inspector en su larga rutina? ¿No ha advertido que G. da por sentado que todo hombre esconde una carta, si no exactamente en un agujero practicado en la pata de una silla, por lo menos en algún agujero o rincón sugerido por la misma línea de pensamiento que inspira la idea de esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? Observe que esos escondites rebuscados solo se utilizan en ocasiones ordinarias y solo serán elegidos por inteligencias igualmente ordinarias; vale decir que en todos los casos de ocultamiento cabe presumir, en primer término, que se lo ha efectuado dentro de esas líneas; por lo tanto, su descubrimiento no depende en absoluto de la perspicacia, sino del cuidado, la paciencia y la porfía de los buscadores; y si el caso es de importancia (o la recompensa grande, lo cual equivale a la misma cosa a los ojos de los policías), las cualidades aludidas nunca fracasan. Comprenderá usted ahora lo que quiero decir cuando sostengo que si la carta robada hubiese estado escondida en cualquier parte dentro de los límites de la pesquisa del inspector (en otras palabras, si el principio rector de su ocultamiento hubiera estado comprendido dentro de los principios del inspector) hubiera sido descubierta sin dudas. Pero nuestro funcionario ha sido engañado por completo, y la remota fuente de su derrota yace en su suposición de que el ministro es un loco porque ha logrado renombre como poeta. Todos los locos son poetas en el pensamiento del inspector, de donde cabe considerarlo culpable de una falacia por deducir de lo anterior que todos los poetas son locos.

—¿Pero se trata realmente del poeta? —pregunté—. Sé que D. tiene un hermano y que ambos han logrado reputación en el campo de las letras. Creo que el ministro ha escrito una obra notable sobre el cálculo diferencial. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted. Lo conozco bien y sé que es ambas cosas. Como poeta y matemático es capaz de razonar bien, en tanto que

como mero matemático hubiera sido capaz de hacerlo y habría quedado a merced del inspector.

—Me sorprende esa opinión —dije—, que el consenso universal contradice. Supongo que no pretende usted aniquilar nociones que tienen siglos de homologación. La razón matemática fue considerada siempre como la razón por excelencia.

—Puede apostar —dijo Dupin, citando a Chamfort— a que cualquier idea popular, cualquier prejuicio aceptado por la mayoría es una estupidez. Le aseguro que los matemáticos han sido los primeros en difundir el error popular al cual alude usted, y que no por difundido deja de ser un error. Con arte digno de mejor causa han introducido, por ejemplo, la palabra «análisis» en las operaciones algebraicas. Los franceses son los causantes de este engaño, pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras derivan su valor de su aplicación, entonces concedo que «análisis» abarca «álgebra», tanto como en latín *ambitus* implica «ambición»; *religio*, «religión», u *homines honesti*, la clase de «la gente honorable».

—Me temo que se enemistará usted con algunos de los algebristas de París. Pero continúe.

—Niego la validez y, por tanto, los resultados de una razón cultivada por cualquier procedimiento especial que no sea el lógico abstracto. Niego, en particular, la razón sacada del estudio matemático. Las matemáticas constituyen la ciencia de la forma y la cantidad; el razonamiento matemático es la lógica aplicada a la observación de la forma y la cantidad. El gran error está en suponer que incluso las verdades de lo que se denomina álgebra pura constituyen verdades generales. Y este error es tan grande que me asombra se lo haya aceptado universalmente. Las reglas matemáticas no son reglas de validez general. Lo que es cierto de la relación (de forma y cantidad) resulta con frecuencia equivocado si se lo aplica, por ejemplo, a la moral. En esta última ciencia suele no ser cierto que el todo sea igual a la suma de las partes. También en química esta regla no se cumple. En el examen de los móviles falla también, pues dos móviles de un valor dado no alcanzan necesariamente al sumarse un valor equivalente a la suma de sus valores. Hay muchas otras verdades matemáticas que solo son tales dentro de los límites de la relación. Pero el matemático, llevado por el hábito, arguye, basándose

en sus verdades finitas, como si tuvieran una aplicación general, cosa que por lo demás la gente acepta y cree. En su erudita *Mitología*, Bryant alude a una análoga fuente de error cuando señala que, «aunque no se cree en las fábulas paganas, solemos olvidarnos de ello y obtenemos resultados como si fueran realidades existentes». Pero, para los algebristas, que son realmente paganos, las «fábulas paganas» son materia de confianza, y las deducciones que de ellas sacan no nacen de un descuido de la memoria sino de una inexplicable debilidad mental. Para resumir, jamás he encontrado a un matemático en quien se pudiera confiar, fuera de sus raíces y sus ecuaciones, o que no tuviera por artículo de fe que x2+px es absoluta e incondicionalmente igual a q. Por vía de experimento, diga a uno de esos caballeros que, en su opinión, podrían darse casos en que x2+px no fuera absolutamente igual a q; pero, una vez que le haya hecho comprender lo que quiere decir, sálgase de su camino lo antes posible, porque es seguro que tratará de golpearlo. Lo que quiero decir — agregó Dupin, mientras yo reía de sus últimas observaciones— es que, si el ministro hubiera sido solo un matemático, el inspector no se habría visto en la necesidad de extenderme este cheque. Pero sé que es tan matemático como poeta y mis medidas se han adaptado a sus capacidades, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodeaban. Sabía que es un cortesano y un audaz intrigante. Pensé que un hombre semejante no dejaría de estar al tanto de los métodos policiales ordinarios. Imposible que no anticipara (y los hechos lo han probado así) los falsos asaltos a que fue sometido. Pensé que habría previsto las pesquisas secretas en su casa. Sus frecuentes ausencias nocturnas, que el prefecto consideraba una excelente ayuda para su éxito, me parecieron ardides para dar oportunidades a la pesquisa y convencer lo antes posible a la policía de que la carta no estaba en la casa, como G. terminó por creer. Me pareció que la serie de ideas que, con algún trabajo, acabo de exponer y que se refieren al principio invariable de la acción policial en sus búsquedas de objetos ocultos, no podía dejar de ocurrírsele al ministro. Eso lo conducía a desestimar los escondrijos vulgares. Pensé que ese hombre no podía ser tan simple como para no entender que el rincón más remoto e inaccesible de su casa estaría tan abierto como el más vulgar de los armarios a los ojos, las sondas, los taladros y los microscopios del inspector. Vi, por

último, que D. terminaría necesariamente en la simplicidad, si es que no la adoptaba por una cuestión de gusto personal. Quizá recuerde usted con qué ganas rio el inspector cuando, en nuestra primera cita, sugerí que tal vez el enigma lo trastornaba por su categórica evidencia.

—Me acuerdo muy bien —respondí—. Por un momento pensé que iban a darle convulsiones.

—El mundo material —continuó Dupin— abunda en estrictas analogías con el inmaterial y ello tiñe de verdad el dogma retórico según el cual la metáfora o el símil sirven tanto para reforzar un argumento como para embellecer una descripción. El principio de la fuerza de inercia, por ejemplo, parece idéntico en la física y en la metafísica. Si en la primera es cierto que resulta más difícil poner en movimiento un cuerpo grande que uno pequeño y que el impulso o cantidad de movimiento subsecuente se hallará con relación a la dificultad, no menos cierto es en metafísica que los intelectos de máxima capacidad, aunque más enérgicos, tenaces y efectivos en sus avances que los de grado inferior, son más lentos en iniciar dicho avance y se muestran más torpes y vacilantes en los primeros pasos. Otra cosa, ¿ha visto alguna vez, entre las muestras de las tiendas, cuáles atraen la mayor atención?

—Jamás se me ocurrió observarlo —dije.

—Hay un juego de adivinación —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide al otro que encuentre una palabra: el nombre de una ciudad, un río, un país o un imperio; cualquier palabra que figure en la intrincada superficie del mapa. Por lo regular, un novato en el juego busca confundir a su oponente proponiéndole los nombres escritos con los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extienden con letras grandes de una parte a otra del mapa. Estos últimos, al igual que las muestras y carteles excesivamente grandes, escapan a la atención a fuerza de ser evidentes, y en esto, la falta de atención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones manifiestamente evidentes. De todos modos, es este un asunto que está por encima o por debajo del entendimiento del inspector. Jamás pensó que era posible que el ministro hubiera dejado la carta delante de las narices de todo el mundo, para impedir

que una parte de ese mundo pudiera verla. Cuanto más pensaba en el osado y especial ingenio de D., en que el documento debía hallarse siempre a mano si pretendía servirse de él para sus fines, y en la absoluta seguridad proporcionada por el inspector de que el documento no se hallaba oculto dentro de los límites de las búsquedas ordinarias de dicho funcionario, más seguro me sentía de que, para esconder la carta, el ministro había acudido al más sagaz de los recursos: no esconderla. Compenetrado de estas ideas, me puse un par de anteojos verdes y una hermosa mañana fui como por casualidad a la mansión ministerial. Hallé a D. en casa, bostezando, paseándose sin hacer nada y pretendiendo hallarse en el colmo del tedio. Probablemente, se trate del más activo de los seres vivientes, pero solo cuando nadie lo ve. Para no ser menos, me quejé de mi mala visión y de la necesidad de usar anteojos, bajo cuya protección pude observar cautelosa pero detalladamente el lugar, mientras en apariencia seguía con toda atención las palabras de mi anfitrión. Dediqué especial cuidado a una gran mesa-escritorio junto a la cual se sentaba D., y en la que aparecían mezcladas cartas y papeles, un par de instrumentos musicales y unos pocos libros. Pero, después de un atento reconocimiento, no vi nada sospechoso. Dando la vuelta al aposento, vi un tarjetero de cartón recortado que colgaba, sujeto por una cinta azul, de una perilla de bronce en mitad de la repisa de la chimenea. En este tarjetero, que estaba dividido en tres o cuatro compartimentos, vi cinco o seis tarjetas de visitantes y una sola carta. Esta última parecía sucia y arrugada. Estaba rota casi por la mitad, como si a una primera intención de destruirla por inútil hubiera sucedido otra. Lucía un gran sello negro, con el monograma de D. muy visible, y el sobrescrito, dirigido al mismo ministro, revelaba una letra pequeña y femenina. La carta había sido arrojada con descuido, casi se diría que desdeñosamente, en uno de los compartimentos superiores del tarjetero. Apenas vi esa carta, me di cuenta de que era la que buscaba. Por cierto que su apariencia difería completamente de la minuciosa descripción que nos había leído el inspector. En este caso, el sello era grande y negro, con el monograma de D.; en el otro, era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S. El sobrescrito de la presente carta mostraba una letra menuda y femenina, mientras que el otro, dirigido a cierta persona real, había sido trazado con caracteres

firmes y resueltos. Solo el tamaño demostraba semejanza. Pero, en cambio, había unas diferencias esenciales: la suciedad, el papel arrugado y algunas roturas. Características que no cuadraban con los hábitos metódicos de D., y sugerían el propósito de engañar sobre el verdadero valor del documento. Todo se sumaba a la ubicación de la carta, insolentemente colocada bajo los ojos de cualquier visitante. Los hechos coincidían con las conclusiones a las que ya había arribado y corroboraban decididamente las sospechas de alguien que había ido allá con intenciones de sospechar. Prolongué lo más posible mi visita y, mientras discutía animadamente con el ministro acerca de un tema que jamás ha dejado de interesarle y apasionarlo, mantuve mi atención clavada en la carta. Confiaba así a mi memoria los detalles de su apariencia exterior y de su colocación en el tarjetero, pero terminé además por descubrir algo que disipó las últimas dudas que podía haber tenido. Al mirar con atención los bordes del papel, noté que estaban más ajados de lo necesario. Presentaban el aspecto típico de todo papel grueso que ha sido doblado y aplastado con una plegadera, y que luego es vuelto en sentido contrario, usando los mismos pliegues realizados la primera vez. Este hallazgo me alcanzó. Era evidente que la carta había sido dada vuelta como un guante, a fin de ponerle un nuevo sobrescrito y un nuevo sello. Me despedí del ministro y me fui rápido, dejando sobre la mesa una tabaquera de oro. A la mañana siguiente, volví en busca de la tabaquera y reanudamos placenteramente la charla del día anterior. Pero, mientras conversábamos, se oyó justo debajo de las ventanas un disparo de pistola, seguido por gritos aterradores y las voces de una multitud espantada. D. corrió a una ventana, la abrió de par en par y miró hacia afuera. Por mi parte, me acerqué al tarjetero, saqué la carta, la guardé en el bolsillo y la reemplacé por un facsímil (por lo menos en el aspecto exterior) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el monograma de D., con ayuda de un sello de miga de pan. El origen del alboroto callejero había sido la extravagante conducta de un hombre armado de un fusil, quien acababa de disparar el arma contra un grupo de mujeres y niños. Se comprobó, sin embargo, que el arma no estaba cargada, y los presentes liberaron al tipo, considerándolo borracho o loco. Apenas se alejó, D. se apartó de la ventana, donde me le había reunido inmediatamente después de

apoderarme de la carta. Momentos después, me despedí de él. Por cierto que el falso loco había sido pagado por mí.

—¿Pero qué intención tenía usted —pregunté— al reemplazar la carta por una copia? ¿No hubiera sido preferible apoderarse abiertamente de ella en su primera visita y abandonar la casa?

—D. es un hombre decidido a todo y lleno de valor —dijo Dupin —. En su casa no faltan secuaces devotos a su causa. Si me hubiera atrevido a lo que usted sugiere, no habría salido vivo de allí. El buen pueblo de París no hubiese oído hablar nunca más de mí. Pero, además, llevaba una segunda intención. Bien conoce usted mis preferencias políticas. En este asunto, he actuado como partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses, el ministro la tuvo a su merced. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues, ignorante de que la carta no se halla ya en su posesión, D. continuará presionando como si la tuviera. Esto lo llevará inevitablemente a la ruina política. Su caída, además, será tan violenta como ridícula. Está muy bien hablar del «fácil descenso a los infiernos», pero, en materia de ascensiones, vale decir lo que la Catalani decía del canto, o sea, que «es mucho más fácil subir que bajar». En el presente caso no tengo simpatía —o, por lo menos, compasión— hacia el que baja. D. es el «monstruo horrible», el hombre con genio y sin principios. Confieso que me gustaría conocer sus pensamientos cuando, al recibir el desafío de aquella a quien el inspector llama «cierta persona», se vea forzado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

—¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

—¡Vamos, no me pareció bien dejar el interior en blanco! Hubiera sido injurioso. Una vez, en Viena, D. me jugó una mala pasada y, sin perder el buen humor, le dije que no la olvidaría. De modo que, como no dudo de su curiosidad por conocer a alguien más ingenioso, pensé que era una lástima no dejarle una pista. Como conoce muy bien mi letra, me limité a copiar en mitad de la página estas palabras:

> … Un plan tan funesto, si no es digno de Atreo, es digno de Tieste.
> Las encontrará en el Atrée de Crébillon.

17

SIN ALIENTO

(Loss of Breath. A Tale Neither Inn or Out of «Blackwood», 1832)

«¡Oh, no respires...!, etc.».

MOORE, *Melodías*

La adversidad siempre es vencida por la valentía del pensamiento, como la ciudad más inexpugnable por la vigilia de su enemigo. Salmanasar, como enseñan las Escrituras, sitió Samaria durante tres años, pero esta cayó al fin. Sardanápalo —consúltese a Diodoro— se defendió en Nínive durante siete años, pero no le sirvió de nada. Troya cayó al terminar el segundo lustro, y Azoth, según lo afirma Aristeo por su honor de caballero, abrió, por fin, sus puertas a Psamético, después de haberlas tenido cerradas durante la quinta parte de un siglo...

—¡Miserable! ¡Zorra! ¡Arpía! —le dije a mi mujer a la mañana siguiente de nuestra boda—. ¡Bruja... carne de látigo... charco de maldad... quintaesencia de todo lo odioso... tú... tú...!

Y en puntas de pie, mientras la agarraba por el cuello y acercaba mi boca a su oreja, me disponía a soltar un nuevo y más enérgico insulto, que de ser dicho no dejaría de convencerla de su insignificancia, cuando, para mi horror descubrí que había perdido el aliento.

Las frases: «Me falta el aliento», o «He perdido el aliento», se repiten con frecuencia en la conversación, pero jamás se me había ocurrido que el terrible accidente de que hablo pudiera ocurrir de verdad. ¡Imaginaos, si tenéis fantasía suficiente, imaginaos mi desesperación!

Tengo un espíritu de supervivencia, sin embargo, que nunca me abandona del todo. En las situaciones más difíciles mantengo siempre la esencia, *et le chemin des passions me conduit* —como dice Lord

Edouard en *Julie— à la philosophie véritable*. (Y el camino de las pasiones me lleva a la verdadera filosofía).

En un primer momento, no pude darme cuenta de la gravedad del hecho, pero decidí ocultarlo a mi mujer hasta que nuevas pruebas me mostraran el desarrollo de semejante desgracia. Cambié de inmediato la expresión de mi cara, aparentando hinchazón y espasmo, y simulé una mueca traviesa y coqueta de bondad. Le di a mi mujer un golpecito en una mejilla y un beso en la otra, todo esto sin pronunciar una sílaba (¡Carajo! ¡Me era imposible!). Ella estaba asombrada por mi rara conducta. Salí de la habitación haciendo piruetas y un paso de baile.

Contempladme ahora, encerrado en mi tocador privado, ejemplo terrible de las consecuencias penosas que emanan de la rabia; vivo, pero con todas las características de la muerte; muerto, con todos los sentidos de los vivos; una verdadera extravagancia sobre la tierra; perfectamente en paz y, sin embargo, sin aliento.

¡Sí, sin aliento! Aseguro sin bromas que mi aliento había desaparecido. No hubiera podido mover una pluma con él, aunque de ello dependiera mi vida, y menos aún empañar un espejo. ¡Qué destino atroz! De a poco, me fui calmando, luego de ese acceso inicial de angustia. Después de algunos ensayos descubrí que la facultad vocal que, dada mi incapacidad para seguir la conversación con mi esposa, había creído totalmente perdida, solo se hallaba parcialmente afectada; noté también que, si en aquella crisis hubiera bajado mi voz a un tono gutural, habría podido continuar comunicándole mis sentimientos; en efecto, este tono de voz (el gutural) no depende de la corriente de aire del aliento, sino de cierta acción espasmódica de los músculos de la garganta.

Dejándome caer en una silla, estuve meditando un rato. Pero las reflexiones no me consolaban. Mil fantasías tristes se apoderaban de mi espíritu y la idea del suicidio llegó a cruzar por mi cabeza. Pero la bajeza de la naturaleza humana se caracteriza por rechazar lo obvio y lo fácil, prefiriendo lo distante y lo equívoco. Me impresionaba pensar en el suicidio como en la más espantosa de las monstruosidades, mientras mi gato ronroneaba con fuerzas sobre la alfombra y el perro suspiraba cansado bajo la mesa, jactándose los dos de la fuerza de sus pulmones y burlándose de mi incapacidad respiratoria.

Abrumado por un mar de miedos y esperanzas oí finalmente los pasos de mi mujer que bajaba la escalera. Seguro de su ausencia, volví con el corazón palpitante a la escena del desastre. Cerrando cuidadosamente la puerta, inicié una minuciosa búsqueda. Era posible que el objeto de mis afanes estuviera escondido en algún rincón oscuro, o en algún armario o cajón. Podía tener una forma tangible o vaporosa. La mayoría de los filósofos son muy poco filosóficos sobre diversos puntos de la filosofía. Sin embargo, en

su *Mandeville*, William Godwin sostiene que «las cosas invisibles son las únicas realidades», y esto merece tenerse en cuenta. Me gustaría que el lector reflexivo pensara antes de especular que tales afirmaciones exceden lo absurdo. Se recordará que Anaxágoras sostenía que la nieve era negra, y desde este episodio, estoy convencido de que tenía razón.

Seguí en una larga búsqueda, pero la recompensa a tanta perseverancia fue despreciable, apenas una dentadura postiza, un par de calderillas, un ojo y un montón de cartas de amor escritas por el señor Largoaliento a mi esposa. Aprovecho para hacer notar que esta confirmación de la preferencia de mi esposa por el señor Largoaliento no me preocupaba. El asunto de que la señora Sinaliento quisiera a alguien tan distinto a mí era un mal natural y necesario. Bien sabido es que soy corpulento y robusto, pero que mi estatura está por debajo de la normal. No hay que asombrarse entonces de que la delgadez y la estatura de mi conocido merecieran la admiración de la señora Sinaliento. Pero volvamos a nuestro tema. Como he dicho, mis esfuerzos fueron inútiles. Revisé ropero tras ropero, cajón tras cajón, agujero tras agujero, para nada. Hubo un momento en que me sentí casi seguro de mi presa, cuando al revolver en una caja, volqué accidentalmente una botella de aceite de Arcángeles de Grandjean —con el corazón apenado me volví a mi tocador para pensar algún método que burlara la astucia de mi esposa—, necesitaba ganar tiempo para completar mis preparativos de viaje. Estaba dispuesto a abandonar el país. En una nación extranjera, desconocido, tendría algunas probabilidades de ocultar mi infortunio —infortunio, aún más propio que la miseria para privarme de la estima general y provocar con mi miserable persona la bien merecida indignación de los virtuosos—. No dudé mucho. Como estaba dotado de una natural

aptitud, me aprendí íntegramente de memoria la tragedia de Metamora. Había recordado felizmente que en este drama, o por lo menos en las partes correspondientes a su héroe, los tonos de voz que había perdido eran completamente innecesarios, pues todo el recitado debía hacerse con una profunda voz gutural. Practiqué algún tiempo mi texto en los bordes de un concurrido pantano, aunque sin acudir a procedimientos similares a los de Demóstenes, sino a un método especialmente mío. Bien armado, decidí hacer creer a mi esposa que me había apasionado súbitamente por el teatro. Tuve un éxito milagroso; a cada pregunta que me hacía le respondía con una voz sepulcral y en un tono semejante al croar de una rana, declamando algún pasaje de la tragedia; por lo demás, no tardé en observar con gran placer que dichos pasajes se aplicaban igualmente bien a cualquier tema. No debe suponerse, además, que, al proceder al recitado de dichos pasajes dejaba yo de mirar de través, exhibir mis dientes, entrechocar las rodillas, patear el suelo, o hacer cualquiera de esas innominables gracias que constituyen justamente las características de un trágico popular. Todos querían ponerme una camisa de fuerza, pero ¡gracias a Dios!, jamás sospecharon que había perdido el aliento.

Por fin, puse en orden mis asuntos y una mañana temprano ocupé mi asiento en la diligencia de N., avisando a mis amigos que en aquella ciudad me esperaban temas importantes. La diligencia estaba repleta de pasajeros, pero a la débil luz del amanecer no podía distinguir los rasgos de mis compañeros. Me ubiqué entre dos caballeros de colosales dimensiones, mientras un tercero, aún más grande, pedía disculpas por la libertad que iba a tomarse y se instalaba sobre mí cuan largo era, quedándose dormido en un instante, ahogando mis guturales clamores de socorro con unos ronquidos que hubieran hecho sonrojar a los bramidos del toro de Falaris. Felizmente, el estado de mis facultades respiratorias eliminaba todo riesgo de sofocación. Cuando aclaró, cerca de los suburbios, mi torturador se levantó y, mientras se ajustaba el cuello, me dio cortésmente las gracias por mi gentileza. Viendo que yo permanecía inmóvil (pues tenía todos los miembros dislocados y la cabeza torcida hacia un lado), se sintió un tanto preocupado; despertando al resto de los pasajeros, les dijo de manera muy decidida que, en su opinión,

durante la noche les habían endilgado un cadáver pretendiendo que se trataba de otro pasajero, y me hundió un dedo en el ojo derecho como demostración de lo que estaba afirmando. El resto de los pasajeros (que eran nueve) consideraron su deber tirarme sucesivamente de las orejas. Un médico muy joven me puso un espejo sobre los labios y, al descubrir que me faltaba el aliento, declaró que los dichos de mi torturador eran ciertos, por lo cual los viajeros manifestaron que no estaban dispuestos a tolerar mansamente semejantes imposiciones en el futuro, y que, en cuanto al presente, no seguirían en compañía de un cadáver. Dicho esto, y mientras pasábamos delante de la taberna del Cuervo, me arrojaron de la diligencia sin sufrir otro accidente que la ruptura de ambos brazos aplastados por la rueda trasera izquierda del vehículo. Diré, además, en homenaje al cochero, que no dejó de tirarme también el más pesado de mis baúles, que desgraciadamente cayó sobre mi cabeza y me la fracturó.

El posadero del Cuervo, que era hombre hospitalario, descubrió que mi baúl contenía lo suficiente para indemnizarlo de cualquier pequeño trabajo que se tomara por mí y, luego de mandar llamar a un médico conocido, me confió a su cuidado conjuntamente con una cuenta y recibo por diez dólares. El comprador me llevó a su casa y se puso a trabajar inmediatamente sobre mi persona. Comenzó por cortarme las orejas, pero al hacerlo descubrió ciertos signos de vida. Llamó a un farmacéutico para consultarlo. Pero en el ínterin, y por si sus sospechas sobre mi existencia resultaban exactas, me hizo un corte en el estómago y sacó varias vísceras. El farmacéutico creía que yo estaba muerto. Traté de refutar su idea pateando y saltando con todas mis fuerzas, mientras me contorsionaba furiosamente, ya que las operaciones del cirujano me habían devuelto los sentidos. Pero ello fue atribuido a los efectos de una nueva batería galvánica con la cual el farmacéutico, que era hombre informado, efectuó diversos experimentos que no pudieron dejar de interesarme, dada la participación personal que tenía en ellos. Lo que más me mortificaba, sin embargo, era que todos mis intentos por entablar conversación fracasaban, al punto de que ni siquiera conseguía abrir la boca; imposible responder a esas ingeniosas pero fantásticas teorías que, bajo otras circunstancias, mis conocimientos de medicina me habrían

permitido rebatir fácilmente. Como era imposible alcanzar una conclusión, el cirujano me dejó en paz hasta un nuevo examen. Fui llevado a un altillo. La esposa del médico me puso medias y calzoncillos, y su marido me ató las manos y me sujetó las mandíbulas con un pañuelo. Cerraron la puerta por fuera antes de irse a cenar, y me abandonaron. Quedé solo, en silencio, entregado a la meditación. Descubrí con gran placer que, de no haber tenido atada la boca con el pañuelo, hubiese podido hablar. Consolándome con esta reflexión, me puse a repetir mentalmente algunos pasajes de la Biblia, la Omnipresencia de la Divinidad, como era mi costumbre antes de dormir; pero en ese momento, dos gatos desagradables y voraces entraron por un agujero de la pared, saltaron con una pirueta, cayeron uno frente a otro sobre mi cara, y pelearon por la posesión de mi nariz. Así como la pérdida de sus orejas sirvió para elevar al trono a Ciro, el Mago de Persia, y la mutilación de su nariz dio a Zopiro la posesión de Babilonia, así la pérdida de unas pocas onzas de mi cara sirvió para la salvación de mi cuerpo. Enloquecido por el dolor y ardiendo de indignación, hice saltar de golpe las cuerdas y el vendaje. Corrí por el cuarto, lanzando una mirada de desprecio a los beligerantes, y luego de abrir la ventana ante su horror y desencanto, me precipité por ella con gran destreza.

El ladrón de caminos W., al cual me parecía muchísimo, era llevado en ese momento desde el centro de la ciudad a los suburbios, donde habían construido el cadalso para su ejecución. Su extremada debilidad y el largo tiempo que llevaba enfermo le habían valido el privilegio de que no lo ataran; vestido con las ropas de los condenados a muerte —que se parecían mucho a las mías— yacía tendido en el fondo del carro del verdugo (carro que pasaba justamente bajo las ventanas del cirujano en momentos en que yo me tiraba por ellas), sin otra custodia que el carrero, que iba dormido, y dos reclutas del 6º de infantería, que estaban borrachos. Para mi mala suerte, caí de pie en el vehículo. W., que era hombre astuto, descubrió su oportunidad, dio un salto desde el carro y huyó por una calleja, se perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos. Sobresaltados por el ruido, los reclutas no pudieron darse cuenta del cambio producido. Pero al ver a un hombre semejante en todo al villano, que se erguía en el carro frente a ellos, supusieron que el miserable (es decir, W.)

trataba de escapar y, luego de charlar entre ellos, bebieron unos tragos y me tumbaron a culatazos con sus escopetas. No tardamos mucho en llegar a destino. Por supuesto, nada podía yo decir en mi defensa. Era inevitable que me ahorcaran. Me resigné, con un poco de estupidez y otro poco de cinismo, mientras el verdugo ajustaba la soga al cuello. La trampa cayó. No quiero describir mis sensaciones en el patíbulo, aunque indudablemente podría hablar con conocimiento de causa, y se trata de un tema sobre el cual no se ha dicho todavía nada correcto. La verdad es que para escribir al respecto conviene haber sido ahorcado previamente. Todo autor debería limitarse a las cuestiones que conoce por experiencia. Así, Marco Antonio compuso un tratado sobre la borrachera. Señalaré, sin embargo, que no morí. Mi cuerpo estaba suspendido, pero aquello no podía suspender mi aliento; de no haber sido por el nudo debajo de la oreja izquierda (que me daba la impresión de un corbatín militar), me atrevería a afirmar que no sentía mayores molestias. En cuanto a la sacudida que recibió mi cuello al caer desde la trampa, sirvió apenas para enderezarme la cabeza, que me había torcido el gordo de la diligencia. Tenía buenas razones, no obstante, para compensar lo mejor posible las molestias que se había tomado la muchedumbre presente. Mis convulsiones, según opinión general, fueron extraordinarias. Imposible hubiera sido sobrepasar mis espasmos. El populacho pedía bis. Varios caballeros se desmayaron y muchas damas fueron llevadas a sus casas al borde de un ataque de nervios. Cuando terminé de darles la diversión suficiente, consideraron correcto descolgar mi cuerpo del patíbulo —sobre todo porque, entretanto, el verdadero culpable había sido descubierto y capturado, hecho del que, por desgracia, no llegué a enterarme—. Como es natural, lo ocurrido me valió simpatías generales, y como nadie reclamó mi cadáver, se ordenó que fuera enterrado en una bóveda pública. Allí, después de un plazo conveniente, fui depositado. Se fue el enterrador y quedé solo. En aquel momento recordé un verso de *El descontento*, de John Marston, y me pareció una gran mentira: «La muerte es como un buen muchacho, que tiene su casa abierta...».

Desclavé la tapa de mi ataúd y salí de él. En ese lugar, tremendamente húmedo y muy oscuro, me sentí atacado por un feroz aburrimiento. Para divertirme, me abrí paso entre los numerosos

ataúdes allí colocados. Los bajé al suelo uno por uno y, arrancándoles la tapa, me perdí en meditaciones sobre las muertes que contenían.

—Este —monologué, tropezando con un cadáver hinchado— ha sido sin duda un infeliz, un hombre desdichado en toda la extensión de la palabra. Le tocó en vida la terrible suerte de tambalearse en vez de caminar, de abrirse camino como un elefante y no como un ser humano, como un rinoceronte y no como un hombre. Sus tentativas para avanzar resultaban inútiles y sus movimientos giratorios terminaban en rotundos fracasos. Al dar un paso adelante, su desgracia consistía en dar dos a la derecha y tres a la izquierda. Sus estudios se vieron limitados a la poesía de George Crabbe. No tuvo idea de la maravilla de una pirueta. Para él, un paso de danza era solo una concepción abstracta. Jamás ascendió a lo alto de una colina. Nunca, desde un campanario, contempló el esplendor de una ciudad. El calor era su mortal enemigo. Durante la canícula, sus días eran días de perro. Soñaba con llamas y sofocaciones, con una montaña sobre otra, las montañas de Pelión sobre el monte Osa. Estaba sin aliento, para decirlo en una palabra; sí, le faltaba el aliento. Consideraba una extravagancia tocar instrumentos de viento. Fue el inventor de los abanicos automáticos, de las mangueras de viento, de los ventiladores. Protegió a Du Pont, el fabricante de fuelles, y murió miserablemente mientras intentaba fumar un cigarro. Siento un gran interés por su caso, porque simpatizo con su suerte.

—Pero aquí —dije, sacando de su estuche un cuerpo alto, flaco y raro, cuya notable apariencia me produjo una sensación de desagradable familiaridad—, aquí hay un miserable indigno de conmiseración en esta tierra. Y diciendo así, para lograr una mejor vista del sujeto, lo agarré por la nariz con el pulgar y el índice, obligándolo a sentarse en el suelo, y lo mantuve en esta forma mientras continuaba mi monólogo.

—Indigno de piedad en esta tierra. ¿A quién se le ocurriría compadecer a una sombra? Por lo demás, ¿no ha tenido el pleno goce de las dichas propias de los mortales? Fue el creador de los monumentos elevados, de las altas torres donde se fabrican las municiones, de los pararrayos, de los álamos de Lombardía. Su tratado sobre «Sombras y Penumbras» lo inmortalizó. Fue distinguido y hábil editor de la obra de South sobre los huesos. Muy joven fue al

colegio y estudió la ciencia neumática. De vuelta a casa, no hacía más que hablar y tocar el corno francés. Protegió las gaitas. El capitán Barclay, que andaba en contra del tiempo, no pudo andar contra él. Sus escritores favoritos eran Windham y Allbreath, y Phiz, su artista preferido. Murió gloriosamente, mientras inhalaba gas. Era indudablemente un...

—¿Cómo se atreve... cómo... se... atreve...? —interrumpió el objeto de mi animadversión, jadeando por respirar y arrancándose con un desesperado esfuerzo el vendaje de la mandíbula—. ¿Cómo puede usted, Sr. Sinaliento, ser tan cruel para agarrarme de ese modo por la nariz? ¿No ve que me han atado la boca? ¡Debería darse cuenta, si es que se da cuenta de algo, que debo exhalar un enorme exceso de aliento! Pero, si no lo sabe, siéntese y lo verá. En mi situación, representa un grandísimo alivio poder abrir la boca, explayarse, hablar con una persona como usted que no es de los que se creen llamados a interrumpir a cada momento el hilo del discurso de su interlocutor. Las interrupciones son molestas y deberían abolirse. ¿No lo cree usted? ¡Oh, no responda, por favor! Basta con que uno solo hable a la vez. Pronto habré terminado y entonces podrá empezar usted. ¿Cómo llegó a este lugar, señor? ¡Ni una palabra, le ruego! Llevo aquí mucho tiempo... ¡Terrible accidente! ¿Supo usted de él, presumo? ¡Horrenda fatalidad! Mientras pasaba bajo sus ventanas... hace un tiempo... justamente en la época en que a usted le dio por el teatro... ¡cosa horrible!... ¿Oyó alguna vez la expresión «retener el aliento»? ¡Cállese, le digo! ¡Pues bien... yo retuve el aliento de otra persona! Y eso que siempre había tenido bastante con el mío propio... Al ocurrirme eso, me encontré con Blab en la esquina... pero no me dio la menor posibilidad de decir una palabra... imposible meter una sola sílaba... Naturalmente, fui víctima de un ataque epiléptico... Blab huyó... ¡Los muy tontos! Creyeron que había muerto y me metieron aquí... ¡Vaya pandilla de idiotas! En cuanto a usted, he oído todo lo que ha dicho... y cada palabra es una mentira... ¡Pavoroso, feo, humillante, cruel, oscuro...! Etcétera, etcétera, etcétera...

Imposible contar mi asombro ante tan inesperado discurso, y la alegría que sentí poco a poco al irme convenciendo de que el aliento tan afortunadamente capturado por aquel caballero (que no era otro

que mi vecino Largoaliento) era precisamente el que yo había perdido durante mi conversación con mi mujer. El tiempo, el lugar y las circunstancias lo confirmaban sin lugar a dudas. Pero de todas maneras, no solté mi mano de la nariz del señor Largoaliento, por lo menos durante el tiempo en que el inventor de los álamos de Lombardía seguía favoreciéndome con sus explicaciones. Obraba en este sentido con la prudencia que siempre constituyó mi rasgo dominante. Reflexioné que grandes obstáculos se amontonaban en el camino de mi salvación y que solo con grandísimas dificultades podría superarlos. Muchas personas estiman las cosas que poseen —por más insignificantes que sean para ellas, y aun molestas o incómodas— en razón directa de las ventajas que obtendrían otras personas si las consiguieran. ¿No sería este el caso con el señor Largoaliento? Si me mostraba ansioso por ese aliento que tan dispuesto estaba a abandonar, ¿no me convertiría en una víctima de las extorsiones de su avaricia? Hay villanos en este mundo, como le recordé mientras suspiraba, que no tendrían escrúpulos en aprovecharse del vecino de al lado, y además —esta observación es de Epicteto—, en el momento en que los hombres tienen más ganas de arrojar la carga de sus desgracias es cuando menos dispuestos se muestran a ayudar en el mismo sentido a sus semejantes.

Frente a consideraciones de este género, manteniendo siempre mi presa por la punta de la nariz, creí oportuno dirigirle la siguiente réplica:

—¡Monstruo! —empecé a gritar muy indignado—. ¡Monstruo estúpido de doble aliento! Tú, a quien los dioses han castigado por tu maldad dándote doble respiración, ¿te atreves a hablarme como a un amigo? ¡Mentiras!, dices y ordenas que me calle, ¡naturalmente! ¡Vaya conversación con un caballero que solo tiene un aliento! ¡Y todo esto cuando de mí depende aliviar tu sufrimiento y eliminar los excesos de tu respiración infeliz!

Al igual que Bruto, esperé una respuesta que, como un ciclón, me arrolló de inmediato. El señor Largoaliento presentó toda clase de protestas y excusas. No había una sola cosa con la cual no se mostrara perfectamente de acuerdo, y no dejé de sacar ventaja de cada una de sus concesiones.

Arreglados los detalles preliminares, mi interlocutor procedió a

devolverme mi respiración; luego de examinarla cuidadosamente, le entregué un recibo. Comprendo que muchos me harán reproches por referirme tan brevemente a un negocio de tanta importancia. Se dirá que podía haber dado más detalles de la operación gracias a la cual —y es muy cierto— podría arrojar nuevas luces sobre una interesantísima rama de las ciencias naturales.

Lamento mucho no poder responder a esto. Solo se me está permitido hacer una vaga alusión. Había circunstancias —pero después de pensarlo bien, me parece más seguro contar lo menos posible sobre tan delicado asunto—, circunstancias muy delicadas, repito, que al mismo tiempo involucran a una tercera persona cuyo resentimiento no tengo el menor interés de padecer en este momento.

No tardamos mucho, después de aquel negocio, en escaparnos de los calabozos del sepulcro. Las fuerzas unidas de nuestras resucitadas voces fueron muy pronto oídas desde afuera. Tijeras, el director de un periódico centralista, aprovechó para publicar de nuevo su tratado sobre «La naturaleza y origen de los sonidos subterráneos». Una réplica-refutación-respuesta-justificación no tardó en aparecer en las columnas de un diario democrático. Se abrieron las puertas de la bóveda para liquidar la controversia, y la aparición de los dos, el señor Largoaliento y yo, probó a ambas partes que estaban igualmente equivocadas.

Quiero llamar la atención de los lectores acerca de los méritos de la espiritualidad como escudo seguro contra los dardos invisibles de la adversidad. Según la sabiduría de los antiguos hebreos, las puertas del cielo se abrirían inevitablemente para aquel pecador o santo que, con buenos pulmones y lleno de confianza, gritara la palabra ¡Amén! Se halla también dentro del espíritu de esa sabiduría el que, durante la gran plaga que asolaba a Atenas, y luego que se agotaron todos los medios para alejarla, Epiménides —como relata Laercio en su segundo libro sobre el filósofo— aconsejara la construcción de un templo «al Dios conveniente».

18

EL SISTEMA DEL DOCTOR ALQUITRÁN Y EL PROFESOR PLUMA

(The System of Doctor Tarr and Professor Fether, 1845)

En el otoño de 18..., mientras viajaba por las provincias meridionales de Francia, mi camino me llevó a pocos kilómetros de cierta Maison de Santé, o manicomio privado, del cual mucho había oído hablar a mis amigos médicos en París. Nunca había estado en una institución de esa clase y no quería perder la oportunidad. Le propuse a mi compañero de viaje —caballero con el cual me había relacionado casualmente pocos días antes— que nos desviáramos de la ruta por un par de horas, para visitar el hospicio. Mi amigo se opuso, arguyendo en primer término estar apurado, y por un comprensible horror a los locos. Me señaló, no obstante, que la cortesía no impediría la satisfacción de mi curiosidad, agregando que cabalgaría despacio a fin de darme ocasión de alcanzarlo ese mismo día o, a más tardar, al siguiente. Cuando nos despedíamos, se me ocurrió que podía surgir alguna dificultad para mi admisión en el establecimiento, y así se lo dije a mi amigo. Contestó que, a menos que yo conociera personalmente al director, el señor Maillard, o le presentara alguna credencial por escrito, sería difícil que me dejasen pasar, porque los reglamentos de los manicomios privados eran mucho más rígidos que los de los hospitales públicos. Pero como él había conocido años atrás a Maillard, tendría el placer de acompañarme hasta la puerta y presentarme, aunque sus sentimientos con respecto a la locura no le permitieran entrar en la casa. Le agradecí y, luego de abandonar el camino real, tomamos un sendero cubierto de pasto que, media hora más tarde, nos llevó a un bosque ubicado al pie de una colina. Cabalgamos varios kilómetros por ese bosque húmedo y lúgubre, hasta divisar la Maison de Santé. Era un castillo fantástico, muy deteriorado, que, a juzgar por su edad y el descuido en que estaba, debía ser apenas habitable. Su apariencia me espantó y, conteniendo

al caballo, estuve a punto de volverme. Pero me avergoncé de mi debilidad y seguimos adelante.

Cuando nos acercábamos a la gran puerta, noté que estaba entornada y que alguien espiaba por ella. Un instante después, se asomó un hombre que se dirigió a mi compañero llamándolo por su nombre y estrechándole cordialmente la mano, mientras lo instaba a que desmontara. Se trataba del señor Maillard en persona. Era un caballero robusto y apuesto, de la vieja escuela, de modales finos y un aire de autoridad que impresionaba. Luego de presentarme, mi amigo informó al señor Maillard mi deseo de visitar el establecimiento y, al recibir de este la seguridad de que yo sería bien atendido, se despidió y no tardó en perderse de vista.

El director me llevó a una sala de entrada muy bien organizada, que entre otros signos de buen gusto, tenía libros, dibujos, instrumentos musicales, floreros y un hogar donde ardía un alegre fuego. Sentada al piano y cantando un aria de Bellini, estaba una joven mujer muy bella que, al verme entrar, hizo una pausa en su canción y me recibió con cortesía. Hablaba en voz baja y todas sus actitudes eran tenues. Noté huellas de dolor en su cara, muy pálida y atrayente. Vestida con un luto riguroso, provocó en mí respeto, interés y admiración. Había oído decir en París que en el establecimiento del señor Maillard imperaba lo que se llamaba vulgarmente el «sistema de la dulzura», que los castigos estaban prohibidos, que se prescindía en casi todos los casos del encierro y que los pacientes, aunque secretamente vigilados, gozaban de una gran libertad aparente, dejándoles pasear por la casa y los jardines con todos los derechos de las personas en su sano juicio. Teniendo en cuenta estas noticias, me cuidé de lo que decía en presencia de la joven, porque no estaba seguro de que fuese cuerda; había en sus ojos cierta inquietud que me hacía sospechar que no lo era. Limité, pues, mis observaciones a asuntos generales, eligiendo los indicados para no excitar a una loca. Respondió del modo más lógico a todo lo que le dije, y sus observaciones evidenciaban sentido común. Pero una larga familiaridad con los fundamentos de la locura me habían enseñado a no fiarme de ninguna apariencia de cordura, y a lo largo de toda la conversación, seguí actuando con la misma cautela inicial.

Poco después se presentó un apuesto criado de librea, trayendo

una bandeja con frutas, vino y otros refrescos, que compartí con el director y la dama, quien al poco rato dejó el salón. Cuando salió, miré a mi huésped con aire de interrogación.

—No, no —contestó—. Forma parte de mi familia. Es mi sobrina, y por cierto, es una mujer notable.

—Le pido mil disculpas por mi sospecha —dije—, pero sabrá usted excusarme. La excelente administración de esta casa es bien conocida en París, y pensé que, después de todo, podía suceder que...

—Sí, claro. No diga más. Yo debo darle las gracias por su prudencia. Pocas veces se advierte tanto cuidado en los jóvenes, y más de una vez han sucedido tristes contratiempos por culpa del aturdimiento de nuestros visitantes. Cuando mi antiguo sistema se hallaba en vigencia y se permitía a mis pacientes que pasearan a gusto por todos lados, con frecuencia caían en crisis frenéticas a causa de los imprudentes que visitaban este lugar. Por eso me vi obligado a establecer un sistema rígido de visitas, no permito la entrada de nadie en cuya discreción no pueda confiar.

—¡Cuando su antiguo sistema estaba en vigencia! —exclamé, repitiendo sus palabras—. ¿Debo entender, pues, que el «sistema de la dulzura», de que tanto he oído hablar, no se aplica más?

—Hace ya varias semanas —me contestó— que hemos renunciado a él por completo.

—¿Realmente? ¡Me asombra!

—Mi querido señor —suspiró—, nos convencimos de la absoluta necesidad de volver a los antiguos métodos. El peligro del sistema de la dulzura era espantoso, mientras que sus ventajas han sido muy exageradas por la opinión. Entiendo que en esta casa el experimento se ha cumplido de la forma más honesta. Hicimos todo lo que era humanamente posible. Lamento que no nos haya visitado usted en otro tiempo, pues entonces podría juzgar por sí mismo. Supongo, sin embargo, que se halla al tanto del sistema de la dulzura... con todos sus detalles.

—No, ciertamente. Solo he oído noticias de tercera o cuarta mano.

—Puedo decirle entonces que, en términos generales, el sistema consiste en que el paciente cumple las tareas domésticas y se toleran sus caprichos. Jamás nos oponíamos a las fantasías que asaltaban la mente de los locos. Por el contrario, no solo las permitíamos, sino que

las estimulábamos, y muchas de nuestras curas definitivas se lograron de esa forma. Ningún argumento impresiona tanto el débil juicio del insano como la reducción al absurdo. Por ejemplo, había aquí enfermos que se creían pollos. En estos casos, el tratamiento consistía en aceptar la cosa como un hecho, en acusar al enfermo de estupidez por no admitir suficientemente que se trataba de un hecho y, en consecuencia, privarlo durante una semana de todo alimento que no consistiera en la comida propia de los pollos. De esta forma, alcanzaba un puñado de semillas para hacer maravillas.

—Pero, ¿se reducía el sistema a esta especie de aceptación?

—En modo alguno. Teníamos mucha fe en las diversiones sencillas, tales como la música, la danza, la gimnasia, los juegos de cartas, algunos libros y cosas del estilo. Pretendíamos tratar a cada enfermo como si solo sufriera de un trastorno físico común y la palabra «locura» nunca se usaba. Un detalle importante era que cada loco tenía la misión de vigilar las acciones de todos los demás. Depositar confianza en la comprensión o la discreción de un insano equivale a ganárselo en cuerpo y alma. De este modo, eludíamos el gasto de un nutrido cuerpo de guardias.

—¿No se castigaba?

—Jamás.

—¿Nunca encerraba a sus pacientes?

—Una que otra vez, si la enfermedad degeneraba en un acceso de furia, lo encerrábamos en una celda para que no contagiara, y lo manteníamos allí hasta entregarlo a su familia; nada teníamos que ver con los locos furiosos. Por lo general los llevaban a un hospicio público.

—¿Ha cambiado todo eso... y cree haber hecho bien?

—Ciertamente. El sistema tenía sus ventajas y también sus peligros. Por suerte, ha fracasado en todos los manicomios de Francia.

—Me sorprende —observé—, pues daba por descontado que actualmente no había en este país ningún otro tratamiento para la locura.

—Es usted joven, amigo —replicó mi anfitrión—, pero llegará un día en que aprenderá a juzgar por sí mismo lo que ocurre en el mundo, sin confiar en las charlas ajenas. No crea nada de lo que oye y solo la mitad de lo que ve. No cabe duda de que, con respecto a

nuestras *maisons de santé*, algún ignorante lo ha engañado. Después de cenar, cuando se haya recuperado del cansancio del viaje, lo llevaré a recorrer la casa y hacerle conocer un sistema que, en mi opinión y en la de todos aquellos que han presenciado su aplicación, es mucho más efectivo que los usados hasta ahora.

—¿Es suyo el sistema? —pregunté.

—Me enorgullezco en afirmar que lo es... por lo menos en cierta medida.

Seguí conversando con el señor Maillard durante un par de horas, durante las cuales me mostró los jardines y los invernáculos del establecimiento.

—En este momento, no puedo permitirle que vea a mis pacientes —dijo—. Para los espíritus sensibles significa siempre un choque más o menos violento, y no quisiera privarlo de su apetito. Ahora iremos a cenar. Puedo ofrecerle ternera «à la St. Menehoult», con coliflor en salsa *veloutée*. Y luego de una copa de Clos-Vougeot, sus nervios estarán listos.

A las seis, se anunció la cena; fuimos a un gran comedor, donde estaba reunida una numerosa asistencia, veinticinco o treinta personas en total. Todas ellas parecían de alto rango y gran cultura, aunque no pude menos de pensar que sus vestimentas eran lujosas pero extravagantes, al punto de recordar los ostentosos despliegues de las cortes de antaño. Noté que dos tercios de los huéspedes eran señoras y que algunas no estaban vestidas como una parisiense hubiera juzgado de buen gusto en la actualidad. Muchas de ellas, por ejemplo, cuya edad no debía bajar de los setenta, se cubrían de joyas, anillos, brazaletes y aros, dejando el busto y los brazos desvergonzadamente descubiertos. Noté que muy pocos vestidos estaban bien cortados o, por lo menos, que muy pocos les quedaban bien a sus portadoras. Mirando alrededor, descubrí a la interesante joven que el señor Maillard me había presentado en la sala de entrada, pero me sorprendí al ver que se había puesto un vestido con miriñaque, zapatos de tacos altos y un gorro sucio de encaje de Bruselas, tan grande que su cara parecía ridículamente chica. La primera vez que la había visto llevaba luto riguroso, de la manera más recatada. En resumen, toda aquella asamblea vestía de una forma tan rara que llegué a pensar por un instante en el «sistema de la dulzura» y me

pregunté si el señor Maillard no querría engañarme hasta después de la cena, a fin de evitarme sensaciones desagradables mientras comía, por el hecho de encontrarme entre locos. Pero recordé haber oído en París que los provincianos del Sur eran personas excéntricas, llenas de ideas viejas, y me bastó conversar con varios de los asistentes para que mis aprensiones se disiparan instantáneamente y por completo.

El comedor, grande y cómodo, tampoco parecía elegante. El suelo, por ejemplo, no estaba alfombrado, aunque reconozco que en Francia suele prescindirse de las alfombras. Faltaban cortinas en las ventanas; las persianas, ya cerradas, aparecían aseguradas con barras de hierro colocadas en diagonal a la manera de los cierres de las tiendas. Vi que aquel aposento constituía una de las alas de la mansión, por lo cual tenía ventanas en tres lados del cuadrilátero, hallándose la puerta en el cuarto. Había por lo menos diez ventanas. La mesa estaba muy bien servida. La vajilla aparecía llena de toda clase de exquisiteces. La abundancia era absolutamente grosera. Había golosinas suficientes para satisfacer a los Anakim. Jamás en mi vida había presenciado un derroche tan desorbitado de todas las cosas ricas de la vida. Pero imperaba el mal gusto en su presentación, y mis ojos, habituados a las luces discretas, se ofendieron por el resplandor de multitud de velas ubicadas sobre la mesa en candelabros de plata, así como en todos los lugares del aposento donde era posible ponerlas. Varios criados se ocupaban de servir, y en una gran mesa situada en la parte más lejana del comedor se habían instalado siete u ocho personas con violines, flautas, trombones y un tambor. Durante la comida, estos tipos me molestaron bastante con una espantosa variedad de ruidos que consideraban música y que, por lo visto, entretenían muchísimo a los presentes. En conjunto, no pude dejar de pensar que había demasiadas cosas raras en todo lo que allí se me ofrecía... Pero el mundo está formado por distintas clases de gentes con distintas costumbres. Mucho había viajado para no ser un perfecto adepto del «nada me extraña»; por lo cual, me senté con toda compostura a la diestra de mi huésped y, como estaba dotado de un sólido apetito, hice los honores a las excelentes viandas que me dieron.

La conversación era muy animada. Las damas hablaban mucho. Pronto noté que casi todos los presentes eran personas muy bien educadas, y en cuanto a mi huésped, resultaba una fuente inagotable

de anécdotas divertidas. Quería hablar de sus funciones de director de la *maison de santé* y, para mi gran sorpresa, me di cuenta de que la locura era el tema favorito de todos los presentes. Se contaban historias graciosas sobre los caprichos de los pacientes.

—Una vez tuvimos aquí a un individuo —dijo un hombrecillo sentado a mi derecha— que se creía una tetera. Dicho sea de paso, ¿no es singular que esta manía se repita con tanta frecuencia entre los locos? Apenas hay un manicomio en Francia que no pueda dar una tetera humana. La nuestra era una tetera británica y se pulía a sí misma todas las mañanas con tiza y una piel de gamuza.

—Además —dijo un hombre alto, sentado frente a mí— no hace mucho tuvimos a un enfermo a quien se le había metido en la cabeza que era un burro, lo cual, hablando figurativamente, no dejaba de ser muy cierto. Era un paciente muy molesto y daba mucho trabajo mantenerlo dentro de ciertos límites. Largo tiempo se negó a comer nada que no fueran cardos, pero lo disuadimos de su idea al no dejarlo que comiera otra cosa. Se pasaba el tiempo soltando coces, así, vean ustedes... así... así...

—¡Señor de Kock, le ruego que se comporte debidamente! —lo interrumpió una vieja sentada al lado del orador—. ¡Guárdese usted sus patadas! ¡Ha dañado mi vestido de brocado! ¿Acaso es necesario ilustrar de manera tan práctica una observación? Nuestro amigo entenderá igual. Palabra, casi es usted tan burro como aquel pobre infeliz creía serlo. Sus coces eran de lo más naturales, puede creerme.

—¡Mil perdones, señora! —dijo el señor de Kock—. ¡Mil perdones! No tenía la menor intención de ofenderla. Señora Laplace, el señor de Kock tendrá el honor de beber vino con usted.

Y aquí de Kock se inclinó, besó ceremoniosamente su propia mano y bebió junto a la señora Laplace.

—Permítame usted, amigo mío —dijo Maillard dirigiéndose a mí —, ofrecerle un trozo de esta ternera *à la St. Menehoult*. Estoy seguro de que la encontrará especialmente sabrosa.

En ese momento, tres robustos camareros acababan de depositar con gran trabajo en la mesa un enorme plato, o mejor plato trinchero, conteniendo lo que supuse era el *monstrum, horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum*. Pero una revisión más cuidadosa me aseguró que solo se trataba de un ternero asado entero, apoyado en

las rodillas con una manzana en la boca, como se acostumbra servir una liebre en Inglaterra.

—Muchas gracias —repuse—. Para decir verdad, no me gusta mucho la ternera *à la*... ¿cómo era?, pues siento que no me cae bien. Prefiero cambiar de plato y probar un bocado de conejo.

Había sobre la mesa algunas fuentes conteniendo lo que parecía ser conejo, plato exquisito, digno de ser recomendado.

—¡Pierre! —gritó el anfitrión—. Cambie el plato del señor y sírvale un trozo de conejo *au-chat*.

—¿Al qué? —dije yo.

—*Au-chat*.

—Pues bien, muchas gracias, pero... pensándolo mejor, prefiero servirme un poco de jamón.

«Verdaderamente uno no sabe nunca lo que come en las mesas de estos provincianos —me dije—. No quiero saber nada de su conejo al gato, ni tampoco de su gato al conejo, si es que lo sirven...».

—Y luego —dijo un personaje cadavérico ubicado hacia el final de la mesa, recogiendo el hilo interrumpido de la conversación—, entre otras extravagancias tuvimos una vez a un paciente muy obstinado que aseguraba ser un queso, y andaba cuchillo en mano pidiendo a sus amigos que probaran una rebanada de su muslo.

—Era un perfecto loco, sin duda —dijo otro—, pero no se lo puede comparar con un tipo a quien todos conocemos, excepción hecha de ese extraño caballero. Aludo al hombre que se creía una botella de champaña y andaba siempre descorchándose con un ruido y un burbujeo... como esto.

Y el orador, muy groseramente, según pensé, apoyó el pulgar derecho en la mejilla izquierda, retirándolo con un sonido semejante al de una botella que se descorcha, tras lo cual y mediante un hábil juego de la lengua entre los dientes, produjo un silbido que duró largo tiempo e imitaba a la espuma del champaña. Noté claramente que esta conducta no era del agrado de Maillard, pero no dijo nada y la charla siguió a cargo de un hombrecito flaco que usaba una peluca enorme.

—Teníamos también a un ignorante —dijo— que se creía rana, a la cual por cierto no dejaba de parecerse bastante. Me hubiera gustado que le viese usted, señor —agregó, dirigiéndose a mí—, pues

le habría encantado la naturalidad con que actuaba. Si aquel hombre no era una rana, solo puedo agregar que lo lamento mucho. Su croar, en esta forma... O-o-o-ogh... O-o-o-o-ogh... era la nota más bella del mundo... ¡un si bemol! Y cuando ponía los codos en la mesa así... después de haber bebido un vaso o dos de vino... y abría la boca, así... y revolvía los ojos en esta forma... y los guiñaba con rapidez... pues bien, señor mío, puedo asegurarle que hubiera caído en el colmo de la admiración frente al genio de aquel hombre.

—No tengo la menor duda —dije.

—Y también teníamos a Petit Gaillard —dijo otro—, que se creía polvo de rapé, y estaba preocupado porque no podía tomarse a sí mismo entre el pulgar y el índice.

—Y también a Jules Desoulières, que había sido un genio famoso y, al enloquecer, creyó que era una calabaza. Perseguía de continuo al cocinero, pidiéndole que lo utilizara para hacer un pastel, a lo cual el cocinero se negaba indignado. Por mi parte, no dejo de pensar que un pastel de calabaza *à la Desoulièr* hubiera sido excelente.

—¡Me asombra! —exclamé, mirando con aire interrogativo a Maillard.

—¡Ja, ja, ja! —rio este caballero—. ¡Ja, ja, ja; je, je, je; ji, ji, ji! ¡Excelente! No tiene por qué asombrarse, amigo mío. Nuestro compañero es todo ingenio... No hay que tomarlo al pie de la letra.

—También —dijo otro de los comensales— estaba Bouffon-Le Grand, un tipo extraordinario a su manera. El amor lo perturbó y creía que tenía dos cabezas. Decía que una de ellas era la de Cicerón, mientras que la otra era una mezcla: desde la frente a la boca era la de Demóstenes y desde la boca al mentón era la de Lord Brougham. Era posible que estuviera equivocado, pero convencía a todos con su grandísima elocuencia. Tenía pasión por la oratoria y no podía dejar de manifestarla. Por ejemplo, solía saltar sobre la mesa, en esta forma, y...

En este momento, alguien que se hallaba al lado del que hablaba le puso la mano en el hombro y le susurró unas palabras al oído; inmediatamente, el otro guardó silencio y se dejó caer en su asiento.

—Y no olvidemos —dijo el que lo había interrumpido— a Boullard, la perinola. Le llamo la perinola porque creía que se había convertido en una. Se hubiera usted muerto de risa viéndolo girar. Era

capaz de pasarse horas girando sobre un talón, así... y...

Pero entonces, el amigo a quien el orador había interrumpido poco antes hizo lo mismo con él.

—¡Pues bien —gritó una vieja con todas sus fuerzas—, el señor Boullard era un loco, y un loco muy tonto, por lo que veo! Permítame preguntarle: ¿quién ha oído hablar de una perinola humana? ¡Qué ridículo! La señora Joyeuse era más sensata. Tenía una manía llena de sentido y que daba gran placer a todos los que se honraban en conocerla. Después de maduras reflexiones llegó a la conclusión de que, a causa de un accidente, se había convertido en gallo. Pero en su calidad de tal, se conducía correctamente. Batía las alas de una manera prodigiosa, así... así... así... y así... y su cacareo era delicioso. ¡Cocorocó! ¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

—¡Señora Joyeuse, le ruego que se comporte! —interrumpió enojado nuestro anfitrión—. ¡O se conduce usted como una dama o abandona inmediatamente la mesa! ¡Elija!

La dama (a la cual había oído con gran estupefacción llamar Joyeuse, luego de la descripción que acababa de hacernos de alguien de ese mismo nombre) se sonrojó hasta la raíz de los pelos y se sintió humillada por el reproche. Bajó la cabeza, sin responder. Pero en ese momento, otra señora, mucho más joven, reanudó la conversación. Era mi hermosa jovencita del recibimiento.

—¡Oh, la señora Joyeuse era una loca! —exclamó—. En cambio la conducta de Eugènie Salsafette tenía buen sentido. Era una joven muy modesta y hermosa, que se había convencido de que la manera ordinaria de vestirse era indecente, y trataba de vestirse al revés, vale decir quedándose fuera de sus ropas y no dentro de ellas. Después de todo, es algo muy fácil de hacer. Basta con empezar así... y luego así... y así... así... y entonces...

—¡Dios mío! ¡Señorita Salsafette! —gritaron al unísono una docena de voces—. ¿Qué hace? ¡Pare, es suficiente! ¡Hemos visto perfectamente cómo se hace! ¡Basta!

Y numerosos comensales abandonaban sus sillas para impedir que la joven se pusiera a la par de la Venus de Médicis, cuando su intervención dejó de ser necesaria a causa de unos terribles gritos y alaridos que procedían de alguna parte del cuerpo central de la casa.

Me puse nervioso al escuchar el clamor y no pude dejar de sentir

lástima por el resto de la asamblea. Nunca he visto a un grupo de personas razonables bajo un espanto semejante. Se pusieron pálidos como cadáveres, caían en sus asientos temblando de terror, mientras esperaban la repetición de los gritos. Volvieron a oírse con mayor fuerza y al parecer más cerca, se repitieron por tercera vez con intensidad, y después más apagados. Ante este aparente cese del clamor, los comensales recobraron los ánimos y todo volvió a ser alegría y conversación como antes. Me atreví entonces a preguntar la causa de aquella interrupción.

—Una pequeñez —dijo Maillard—. Estamos acostumbrados a estas cosas y no nos preocupamos por ellas. De vez en cuando, los locos se ponen a gritar a coro, pues uno excita al otro, como suele ocurrir con los perros de noche. Pero al coro de alaridos sucede en ocasiones una tentativa simultánea para emprender la fuga, y en esos casos existe cierto peligro.

—¿Cuántos tiene usted a su cargo en este momento?

—No más de diez.

—¿Mujeres en su mayoría, supongo?

—¡Oh, no! Todos hombres, y puedo asegurarle que muy corpulentos.

—¿De veras? Había oído decir que la mayoría de los insanos pertenecían al sexo bello.

—No es así siempre. Hace algún tiempo había aquí unos veintisiete pacientes, y entre ellos, no menos de dieciocho mujeres; pero las cosas han cambiado mucho, como puede ver.

—Sí... han cambiado mucho, como puede ver —interrumpió el caballero que había dado coces a la señora Laplace.

—¡Sí... han cambiado mucho, como puede ver! —coreó la asamblea.

—¡A sujetar la lengua todo el mundo! —gritó mi anfitrión airado, tras lo cual los presentes guardaron un silencio de muerte durante casi un minuto, mientras una de las damas obedecía al pie de la letra al señor Maillard, vale decir, sacaba la lengua, que tenía notablemente larga, y la apretaba resignadamente con ambas manos hasta el fin de la fiesta.

—Pero esta dama —dije al director, inclinándome hacia él para que los demás no me oyeran—, esa excelente señora que acaba de

hablar y nos ha ofrecido el cocorocó... supongo que es inofensiva, ¿verdad? Completamente inofensiva.

—¡Inofensiva! —gritó sorprendido—. ¿Qué quiere decir?

—¿O nada más que un poco tocada? —dije, acompañando mis palabras con el ademán de tocarme la sien—. Doy por descontado que su enfermedad no es particularmente peligrosa, ¿verdad?

—¡Dios mío! ¿Qué imagina? La señora Joyeuse, mi antigua e íntima amiga, está tan cuerda como yo. Tiene sus excentricidades, pero claro está que todas las ancianas las tienen en algún grado.

—Por supuesto —convine—. Pero entonces, el resto de las damas y caballeros...

—Son mis amigos y colaboradores —interrumpió Maillard, parándose altanero—. Mis excelentes amigos y ayudantes.

—¡Cómo! ¿Todos ellos? ¿Las damas también?

—Claro está; no podríamos arreglarnos sin ayuda de mujeres, que son las mejores enfermeras del mundo para atender a los locos. Tienen una modalidad propia, sabe usted; sus ojos brillantes producen efectos maravillosos... algo así como la fascinación de las serpientes.

—Por supuesto —repetí—, por supuesto... De todos modos, actúan de manera un tanto extraña, ¿no? Son ligeramente raras... ¿no le parece a usted?

—¿Raras? ¿Por qué piensa así? Aquí, en el Sur, no somos nada mojigatos; hacemos lo que se nos da la gana, disfrutamos de la vida y de todo el resto... ¿Comprende?

—Por supuesto —dije—. Por supuesto.

—Y, además, puede ser que este Clos Vougeot se suba un tanto a la cabeza, ¿sabe usted?... Un tanto fuerte... Usted comprende, ¿no?

—Por supuesto —dije—, por supuesto. Dicho sea de paso, señor, ¿no dijo usted, si he oído bien, que el sistema que había adoptado en reemplazo del famoso sistema de la dulzura es de una extrema severidad?

—De ninguna manera. La reclusión es rigurosa, pero el tratamiento... quiero decir el tratamiento médico es agradable para los pacientes.

—¿Y es usted el inventor del nuevo sistema?

—No en su totalidad. Parte del mismo procede del profesor Alquitrán, de quien habrá usted oído hablar seguramente; y mi plan

contiene, además, modificaciones que, me complazco en decirlo, provienen del celebrado profesor Pluma, con quien, si no me equivoco, tiene usted un estrecho vínculo.

—Me avergüenza muchísimo reconocer que no he oído jamás mencionar a dichos caballeros —repliqué.

—¡Grandes dioses! —exclamó, echando bruscamente atrás su silla y alzando las manos—. ¡Sin duda he oído mal! ¿No pretenderá decirme que jamás ha oído hablar del sabio doctor Alquitrán o del famoso profesor Pluma?

—Reconozco mi ignorancia —repuse—, pero la verdad está por encima de todas las cosas. Me mortifica no conocer las obras de esos extraordinarios estudiosos. Las buscaré lo antes posible, para leerlas con atención. Señor Maillard, usted ha conseguido avergonzarme, se lo digo sinceramente.

Y era muy cierto.

—No diga más, joven amigo —dijo con amabilidad el director, estrechándome la mano—, y acompáñeme con una copa de Sauternes.

Bebimos. La asamblea imitó sin vacilar nuestro ejemplo. Todos charlaban, bromeaban, reían, hacían las cosas más absurdas, mientras los violines chirriaban, el tambor tronaba, los trombones mugían como otros tantos toros de bronce de Falaris... y aquella escena, se agravaba minuto a minuto, a medida que el vino hacía su efecto, para convertirse finalmente en una especie de pandemonio. A todo esto, con algunas botellas de Sauternes y Vougeot entre los dos, Maillard y yo seguimos nuestro diálogo a los gritos. Cualquier palabra pronunciada con tono natural se hubiera oído mucho menos que la voz de un pez en las cataratas del Niágara.

—Mencionó usted antes de la cena —le grité al oído— que el antiguo sistema de la dulzura encerraba peligros. ¿Puede explicarme cuáles?

—Sí —repuso él—, en algunas ocasiones era muy peligroso. Los caprichos de los locos son inexplicables, y en mi opinión, así como en la del doctor Alquitrán y el profesor Pluma, nunca se está seguro si se los deja andar solos y sin vigilancia. Un insano puede ser «calmado» por un tiempo, pero terminará siempre provocando algún alboroto. Su astucia, además, es grande y proverbial. Si tiene algún plan, lo esconderá con sagacidad. La destreza con que finge cordura es uno de

los problemas más singulares del estudio de la mente. Créame usted: cuando un loco parece completamente sano, ha llegado el momento de ponerle la camisa de fuerza.

—Pero el peligro del cual usted hablaba, mi querido señor... En el curso de su propia experiencia... mientras dirigía esta casa... ¿ha tenido razones para creer que la libertad era peligrosa en un caso de locura?

—¿Aquí? ¿En el curso de mi propia experiencia? Pues bien... sí. Por ejemplo, no hace mucho, sucedió en esta misma casa algo muy raro. Como usted sabe, regía el sistema de dulzura y todos los enfermos andaban en libertad. Se conducían muy bien... tan bien que cualquier persona sensata se hubiera dado cuenta de que se preparaba algún designio diabólico, tanta era la compostura con que se comportaban. Y así ocurrió, en efecto: una mañana, los guardias se despertaron atados de pies y manos y metidos en las celdas, donde fueron atendidos como si fueran los locos... por los locos mismos, que habían usurpado las funciones de guardias.

—¡No me diga usted! ¡Jamás he oído cosa tan absurda!

—Le cuento la verdad. Todo sucedió por culpa de un imbécil... un loco que sostenía haber inventado el mejor sistema de gobierno jamás imaginado... gobierno de locos, se entiende. Supongo que quería experimentar su invención y persuadió al resto de los enfermos a que se le unieran en una conspiración destinada a derrocar los poderes reinantes.

—¿Y lo logró?

—Naturalmente. Los guardias y los guardados cambiaron muy pronto de función, con la importante diferencia de que los locos habían estado sueltos con anterioridad, mientras que los guardias fueron encerrados en las celdas y tratados, lamento decirlo, de una forma ignominiosa.

—Pero supongo que no tardó en producirse una contrarrevolución. Imposible que semejante estado de cosas se prolongara mucho. Las personas de la vecindad... los visitantes que venían a la institución... no hay duda de que debieron dar la alarma.

—Se equivoca. El jefe de los rebeldes era demasiado astuto para eso. No admitió a ningún visitante, excepción hecha, cierto día, de un joven de aire tan estúpido que no le inspiró el menor temor. Lo dejó

entrar en el establecimiento... simplemente para variar un poco... para divertirse con él. Cuando se cansó de burlarse, lo dejó salir para que volviera a sus negocios.

—¿Y cuánto tiempo duró el reinado de los locos?

—¡Oh, mucho tiempo! Por lo menos, un mes... no podría decir exactamente cuánto. Pero lo pasaron muy bien, eso puedo jurárselo. Tiraron sus viejas ropas ajadas y se apoderaron del guardarropa y las joyas de la familia. La bodega de la institución estaba bien provista de buenos vinos y esos diablos dementes son los que mejor saben beber. Vivieron muy bien, se lo aseguro.

—Y el tratamiento... ¿En qué consistía ese tratamiento especial que puso en práctica el jefe de los rebeldes?

—Pues bien, como ya le he hecho notar, un loco no es un estúpido, y en mi honesta opinión, dicho tratamiento era muchísimo mejor que el anterior, era un sistema extraordinario... muy sencillo... limpio... nada complicado... realmente delicioso... Era...

Las reflexiones de mi anfitrión se vieron bruscamente interrumpidas por una nueva serie de gritos parecidos a los que nos habían alterado antes. Pero esta vez venían de personas que se acercaban rápidamente.

—¡Santo Dios! —grité—. ¡Los locos han debido de escaparse...!

—Temo que sí —respondió Maillard poniéndose mortalmente pálido.

Apenas había terminado la frase cuando se oyeron exclamaciones y blasfemias bajo las ventanas, y no tardó en verse que algunas personas del exterior estaban tratando de abrirse paso en el comedor. Golpeaban la puerta con algo que parecía ser un martillo, mientras sacudían las persianas con violencia.

Siguió una atroz escena de confusión. Para mi asombro, el señor Maillard se metió debajo del aparador. Yo hubiera esperado una mayor gallardía de su parte. Los músicos de la orquesta, que en los últimos quince minutos habían dado la impresión de estar demasiado borrachos para cumplir con su obligación, se pararon bruscamente agarrando sus instrumentos y, trepándose a la mesa, atacaron de común acuerdo con la conocida canción patriótica norteamericana *Yankee Doodle*, que ejecutaron, si no afinadamente, por lo menos con energías sobrehumanas durante el jaleo.

Mientras, el caballero a quien con tanta dificultad habían impedido que saltara sobre la mesa se apresuró a hacerlo y, después de plantarse entre las botellas y vasos, comenzó una arenga que no dudo hubiera sido de primer orden de haber podido escucharla. En el mismo instante, el hombre perinola comenzó a girar por la sala con energía, abiertos los brazos en ángulo recto con el cuerpo, con lo cual parecía realmente una peonza, derribando a todo aquel que se le ponía en el camino.

Entonces, al escuchar un increíble ruido de botella descorchada y de vino espumante saliendo de ella, terminé por descubrir que procedía del imitador de botellas de champaña. Por su parte, el hombre-rana croaba como si la salvación de su alma dependiera de cada sonido que profería. Y en mitad de todo se elevaba el incesante rebuzno de un burro. En cuanto a mi buena amiga la señora Joyeuse, me daba lástima ver el estado de asombro en que estaba. Todo lo que hacía era quedarse al lado de la chimenea, repitiendo con todas sus fuerzas: ¡Cocorocó-o-o-o-o!

Y entonces se produjo la catástrofe, sucedió el drama. Como, aparte de las hurras, los gritos y los cocorocós, los que me rodeaban no ofrecían resistencia a los de fuera, las diez ventanas no tardaron en ser forzadas casi simultáneamente. Y jamás olvidaré el horror con que vi saltar por ellas y lanzarse entre nosotros, golpeando, pateando, arañando y aullando, un ejército que creí de chimpancés, orangutanes o enormes monos negros del cabo de Buena Esperanza.

Recibí una terrible paliza, tras la cual rodé bajo un sofá y me quedé inmóvil. Luego de un cuarto de hora, tiempo en el cual escuché con todos mis sentidos lo que seguía ocurriendo en la habitación, llegué a una explicación satisfactoria del desenlace de aquella tragedia. Por lo visto, al hablarme del loco que había incitado a sus compañeros a la rebelión, Maillard relataba sus propias hazañas.

Este caballero había sido el director del establecimiento dos o tres años atrás, pero acabó por enloquecer y pasó a la categoría de paciente. El compañero de viaje que me había presentado ignoraba semejante cosa. En cuanto a los guardias, dominados por los locos, habían sido primeramente untados de alquitrán, luego emplumados y finalmente metidos en las celdas subterráneas. Llevaban allí un mes, en el curso del cual Maillard no solamente les había prodigado

generosamente el alquitrán y las plumas (que constituían su sistema), sino que los había tenido a pan y agua. Esta última, en forma de ducha diaria... Pero, al fin, tras de escapar por una cloaca, uno de los prisioneros logró poner en libertad a los demás.

El sistema de la dulzura —con significativas reformas— se ha reiniciado en el lugar; sin embargo, no puedo dejar de reconocer con Maillard que su tratamiento era verdaderamente radical. Como muy bien lo había dicho, era «muy sencillo... limpio... nada complicado...».

Solamente me falta agregar que, aunque he pedido en todas las bibliotecas y librerías de Europa los libros del doctor Alquitrán y del profesor Pluma, he fracasado en mi búsqueda; por ahora.

19

EL FRAUDE DEL GLOBO

(The Balloon-Hoax, 1844)

¡Sorprendentes novedades por expreso, vía Norfolk!

¡Travesía del Atlántico en tres días!

¡Éxito fantástico de la máquina voladora del señor Monck Mason!

¡Llegada a la isla Sullivan, cerca de Charleston, Carolina del Sur, del señor Mason, el señor Robert Holland, el señor Henson, el señor Harrison Ainsworth y otros cuatro pasajeros, a bordo del globo dirigible *Victoria*, luego de 75 horas de viaje de costa a costa!

¡Todos los detalles del vuelo!

El siguiente juego mental, con los titulares que preceden en enormes caracteres, separados por signos de admiración, fue publicado por primera vez en *The New York Sun*, para proporcionar alimento indigesto a los lectores de basura. La conmoción producida y el furor del «único diario que traía las noticias» fue más allá de lo extraordinario; y, para decir la verdad, si el *Victoria* «no» efectuó el viaje descrito (como aseguran algunos), sería difícil encontrar alguna razón que le hubiera impedido llevarlo a cabo.

E. A. P.

¡El gran problema ha sido solucionado! ¡Como la tierra y el océano, el aire ha sido dominado por la ciencia y se convertirá en un camino cómodo para la humanidad! ¡El Atlántico ha sido cruzado en globo! ¡Sin dificultades ni peligros, con perfecto dominio de la máquina, y en el breve tiempo de setenta y cinco horas, de costa a costa! Gracias a la decisión de uno de nuestros representantes en Charleston, Carolina del Sur, somos los primeros en proporcionar al público una crónica detallada de este viaje extraordinario, efectuado entre el sábado 6 del

corriente, a las 11 a. m., y el jueves 9, a las dos p. m., por el señor Everard Bringhurst, el señor Osborne, sobrino de lord Bentinck; el señor Monck Mason y el señor Robert Holland, los afamados aeronautas; el señor Harrison Ainsworth, autor de *Jack Sheppard* y otras obras; el señor Henson, diseñador de la reciente y fracasada máquina voladora, y dos marinos de Woolwich; ocho personas en total. Los detalles que siguen pueden considerarse auténticos, porque, con una sola excepción, fueron copiados de los diarios de navegación de los señores Monck Mason y Harrison Ainsworth, a cuya gentileza debe nuestro corresponsal mucha información verbal sobre el globo, su construcción y otras cuestiones no menos interesantes. La única alteración del manuscrito recibido se debe a la necesidad de dar coherencia a la apresurada reseña de nuestro representante, el señor Forsyth.

EL GLOBO

«Dos fracasos recientes —los del señor Henson y el señor George Cayley— habían debilitado el interés público por la navegación aérea. El proyecto del señor Henson (que en sus inicios los científicos consideraron factible) se fundaba en el principio de un plano inclinado, lanzado desde una eminencia por una fuerza extrínseca que se continuaba luego por la revolución de unas paletas que en forma y número semejaban las de un molino de viento. Pero las experiencias practicadas con modelos en la Adelaide Gallery mostraron que la revolución de aquellas paletas no solo no impulsaba la máquina, sino que impedía su vuelo. La única fuerza de propulsión evidente era el ímpetu adquirido durante el descenso por el plano inclinado, y este ímpetu llevaba más lejos a la máquina cuando las paletas estaban inmóviles que cuando funcionaban, demostración de la inutilidad de estas últimas. Como es natural, en ausencia de la fuerza propulsora, que era al mismo tiempo sustentadora, la máquina se veía obligada a descender. Esta última consideración movió al señor George Cayley a adaptar una hélice a alguna máquina que tuviera una fuerza sustentadora independiente: en una palabra, a un globo. Aquella idea no solo tenía la novedad de su aplicación práctica. El señor George exhibió un modelo en el Instituto Politécnico. El principio propulsor

se aplicaba aquí a superficies discontinuas o paletas giratorias. El aparato tenía cuatro paletas, que en la práctica resultaron ineficaces para mover el globo o ayudarlo en su ascensión. El proyecto resultó un fracaso completo. En esta coyuntura, el señor Monck Mason (cuyo viaje de Dover a Weilburg a bordo del globo *Nassau* provocara tanto entusiasmo en 1837), puso en marcha el principio de la rosca o hélice de Arquímedes para conseguir la propulsión en el aire, atribuyendo correctamente el fracaso de los modelos del señor Henson y del señor George Cayley a la interrupción de la superficie en las paletas independientes. Llevó a cabo la primera experiencia pública en los salones de Willis, pero más tarde trasladó su modelo a la Adelaide Gallery. A semejanza del globo del señor George, su globo era elipsoidal. Tenía cuatro metros de largo por dos de alto. Contenía diez metros cúbicos de gas; si se introducía hidrógeno puro, este podía soportar diez kilos después de haber sido inflado el globo, antes de que el gas se estropeara o escapara. El peso total de la máquina y el aparato era de ocho kilos, dejando un margen de dos kilos. Por debajo del centro del globo había un armazón de madera liviana de tres metros de largo, unida al globo por una red. La barquilla de mimbre estaba suspendida del armazón. La hélice era un eje hueco de bronce de cincuenta centímetros de largo, en el cual, sobre una semiespiral inclinada en un ángulo de quince grados, pasaba una serie de radios de alambre de acero de sesenta centímetros, que se proyectaban a cincuenta centímetros de distancia a cada lado. Dichos radios estaban unidos en sus puntos por dos bandas de alambre aplanado, constituyendo el armazón de la hélice, la cual se completaba mediante un forro de seda impermeabilizada, cortada de manera de seguir la espiral y presentar una superficie suficientemente unida. La hélice se hallaba sostenida en los dos extremos de su eje por brazos de bronce, que descendían del armazón superior. Dichos brazos tenían orificios en la parte inferior, donde los pivotes del eje podían girar libremente. De la porción del eje más cercana a la barquilla salía un vástago de acero que conectaba la hélice con el engranaje de una máquina a resorte fijada en la barquilla. Haciendo funcionar este resorte se lograba que la hélice girara a gran velocidad, comunicando un movimiento progresivo a la aeronave. Gracias a un timón, se hacía tomar a esta cualquier rumbo. El resorte era muy

fuerte para su tamaño y podía levantar más de veinte kilos sobre un rodillo de diez centímetros de diámetro en la primera vuelta, aumentando su poder a medida que tomaba velocidad. El timón era un marco liviano de caña cubierto de seda, parecido a una raqueta; tenía menos de un metro de largo y treinta centímetros de ancho. Pesaba medio kilo y podía colocárselo horizontalmente, para subirlo, bajarlo, o moverlo a derecha e izquierda verticalmente, con lo cual permitía al aeronauta transferir la resistencia del aire determinada por su inclinación hacia cualquier lado y hacer que el globo se moviera en dirección opuesta. Este modelo (que por falta de tiempo hemos descrito imperfectamente) fue ensayado en la Adelaide Gallery y alcanzó una baja velocidad. Aunque parezca raro, no provocó interés comparado con la anterior y complicada máquina del señor Henson; tan dispuesto se muestra el mundo a despreciar todo lo que se presente lleno de sencillez. Para llevar a cabo la gran aspiración de la navegación aérea, se suponía en general que debería llegarse a la complicada aplicación de algún profundo principio de la dinámica. Pero, tan satisfecho se sentía el señor Mason del buen resultado de su invento, que resolvió construir un globo de capacidad suficiente para probar su eficacia en un viaje extenso; la intención original era cruzar el canal de la Mancha, como se había hecho anteriormente en el globo *Nassau*. Para llevar su proyecto a la práctica, pidió y logró el padrinazgo del señor Everard Bringhurst y del señor Osborne, caballeros famosos por su saber científico y su interés por los progresos de la navegación aérea. A pedido del señor Osborne, el proyecto fue mantenido en riguroso secreto, y las únicas personas al tanto de la idea fueron aquellas que se ocuparon de la construcción de la máquina. Se construyó bajo la dirección de los señores Mason, Holland, Bringhurst y Osborne, en la residencia de este último, cerca de Penstruthal, en Gales. El señor Henson, y su amigo el señor Ainsworth, fueron admitidos a una exhibición privada del globo el sábado pasado, cuando ambos caballeros hacían sus preparativos para ser incluidos entre los pasajeros del mismo. No se nos ha dado la razón por la cual estos caballeros se agregaron a la expedición, pero dentro de uno o dos días haremos conocer a nuestros lectores los pormenores del viaje.

»El globo es de seda, barnizado con goma o caucho líquido. De

vastas dimensiones; contiene más de mil metros cúbicos de gas. Dado que se utilizó gas de alumbrado en vez de hidrógeno —mucho más costoso—, el poder de sustento de la aeronave, completamente inflada, pasa los mil kilos. El gas de alumbrado no solo es más barato, sino que es fácil de obtener y manejar. Debemos al señor Charles Green el uso del gas de alumbrado para la aeronavegación. Hasta su descubrimiento, el inflado de los globos era muy caro e inseguro. Con frecuencia, se empleaban dos o tres días en inútiles intentos para conseguir suficiente hidrógeno para llenar un globo, del cual este gas tiene gran tendencia a escapar debido a su ligereza y a su afinidad con la atmósfera circundante. Un globo suficientemente impermeable como para conservar su contenido de gas de alumbrado durante seis meses, apenas alcanzará a mantener seis semanas una carga equivalente de hidrógeno. Habiendo calculado la fuerza de sustentación en 1.200 kilos y el peso de todos los viajeros en 600, quedaba un excedente de 600, de los cuales 500 kilos se integraron con lastre, preparado en bolsas de diferentes tamaños, cada una con su peso marcado, cordajes, barómetros, telescopios, barriles con provisiones para quince días, tanques de agua, abrigos, sacos de noche y otras cosas indispensables, incluido un calentador de café que funcionaba por medio de cal viva, evitando así el uso del fuego, considerado peligroso. Todos estos artículos, salvo el lastre y unas pocas cosas, fueron suspendidos del armazón superior. La barquilla es proporcionalmente mucho más pequeña y liviana que la que se había colocado en el primer modelo en escala reducida. Se la construyó de mimbre liviano y extraordinariamente fuerte a pesar de su frágil aspecto. Tiene un metro y medio de profundidad. El timón es más grande que el del modelo, mientras la hélice es más pequeña. El globo está provisto de un ancla con varios ganchos y una cuerda guía. Esta última es muy importante y requiere algunas palabras explicativas para aquellos lectores que no se hallan al tanto de la misma. Apenas el globo se aleja de la tierra, queda sometido a situaciones que crean una diferencia en su peso, aumentando y disminuyendo su fuerza de ascenso. Por ejemplo, en la seda puede depositarse el rocío, hasta pesar varios kilos; es preciso arrojar lastre, porque de lo contrario la aeronave descenderá. Arrojado el lastre, si el sol hace evaporar el rocío, dilatando al mismo tiempo el gas del globo, este volverá a

ascender. Para impedirlo, el único recurso posible (hasta que el señor Green inventó la cuerda-guía) consistía en dejar escapar un poco de gas por una válvula. Pero la pérdida de gas supone una pérdida equivalente de poder de ascenso, vale decir que, después de un periodo breve, el globo mejor construido agotará sus recursos y tendrá que bajar. Esto constituía hasta entonces el gran obstáculo para los viajes largos. La cuerda-guía soluciona este problema del modo más sencillo. Consiste en una soga muy larga que cuelga de la barquilla, destinada a impedir que el globo varíe de altitud bajo ninguna circunstancia. Si, por ejemplo, se deposita humedad en la cubierta de seda y la aeronave empieza a bajar, no será necesario arrojar lastre para compensar este aumento de peso, sino que bastará soltar la soga hasta que arrastre por el suelo todo lo necesario para establecer el equilibrio. Si, por el contrario, alguna otra circunstancia ocasionara un aligeramiento del globo y su consiguiente ascenso, se lo contrarresta recogiendo cierta cantidad de soga, cuyo peso se agrega entonces al del globo. En esta forma, el aerostato solo subirá y bajará muy poco, y su capacidad de gas y de lastre se mantendrá invariable. Cuando se vuela sobre una superficie líquida hay que usar toneles de cobre o madera, llenos de una sustancia líquida más liviana que el agua. Dichos barriles flotan y cumplen la misma función que la soga en tierra firme. Otra función importante de esta última consiste en señalar la dirección del globo. Tanto en tierra como en mar, la cuerda arrastra sobre la superficie y, por tanto, el globo vuela siempre un poco adelantado con respecto a ella; basta establecer una relación entre ambos objetos por medio del compás para fijar el rumbo. De la misma forma, el ángulo formado por la cuerda con el eje vertical del globo indica la velocidad. Cuando no hay ningún ángulo, cuando la cuerda cuelga verticalmente, el aparato está firme; cuanto más abierto sea el ángulo, cuanto más adelante se halle el globo con respecto al extremo de la cuerda, mayor será la velocidad, y viceversa. Como la intención original consistía en cruzar el canal de la Mancha y descender lo más cerca posible de París, los viajeros habían tenido la precaución de proveerse de pasaportes válidos para todos los países del continente, especificando la naturaleza de la expedición, como en el caso del viaje del *Nassau*, y facilitando los trámites habituales de las aduanas, pero hechos inesperados hicieron inútiles estos documentos.

»El inflado del globo empezó con la mayor reserva al amanecer del sábado 6 del corriente, en el gran patio de Wheal-Vor House, residencia del señor Osborne, a un kilómetro y medio de Penstruthal, Gales del Norte. A las once y siete minutos los preparativos terminaron, y el globo se elevó suave y seguro en dirección al sur. Durante la primera media hora no se emplearon ni la hélice ni el timón.

»Ahora transcribimos el diario de viaje, según lo tomó el señor Forsyth de los manuscritos de los señores Monck Mason y Ainsworth. El cuerpo principal del diario es de puño y letra del señor Mason, al cual se agrega una posdata diaria del señor Ainsworth, quien tiene en preparación y dará pronto a conocer una crónica detallada y apasionante del viaje».

EL DIARIO

Sábado 6 de abril.

Después de terminar con todos los preparativos molestos durante la noche, empezamos el inflado de madrugada; una niebla densa, espesa, que envolvía los pliegues de la seda y no dejaba colocarla debidamente, atrasó el trabajo hasta las once de la mañana. Desamarramos llenos de optimismo y subimos suave pero continuamente, con un ligero viento del norte que nos llevó hacia el canal de la Mancha. Notamos que la fuerza de ascenso era mayor de lo que esperábamos; una vez que remontamos sobrepasando la zona de los acantilados, los rayos del sol aceleraron nuestro ascenso. No quise, sin embargo, perder gas en la etapa inicial de la aventura, y decidimos seguir subiendo. No tardamos en recoger nuestra cuerda-guía, pero, aun después que dejó de tocar tierra, seguimos subiendo muy rápido. El globo se mostraba estable y su porte era magnífico. Diez minutos después de salir, el barómetro indicaba cuatro mil quinientos metros de altitud. Teníamos un clima excelente y el panorama de las zonas vecinas, uno de los más románticos visto desde cualquier lado, era sublime. Las profundas hondonadas, cargadas de vapores, parecían lagos, y los montes del sudeste, inventaban ciudades de fábulas orientales. Nos acercábamos rápidamente a las montañas meridionales, pero estábamos lo bastante elevados como para

atravesarlas sin riesgo. Pocos minutos después las sobrevolamos magníficamente; el señor Ainsworth y los dos marinos se asombraron de su aparente pequeñez vistas desde la barquilla, ya que la gran altitud de un globo tiende a reducir las desigualdades de la superficie de la tierra hasta dar la impresión de una continua llanura. A las once y media, viajando siempre hacia el sur, tuvimos nuestra primera visión del canal de Bristol; quince minutos más tarde, los arrecifes de la costa se hallaban debajo de nosotros, e iniciábamos el vuelo sobre el mar. Decidimos soltar gas para que nuestra cuerda-guía, con las boyas atadas al extremo, tocara el agua. Iniciamos un descenso gradual. Veinte minutos más tarde, nuestra primera boya tocó el agua y, cuando la segunda estableció a su vez contacto, quedamos a una altura estacionaria. Todos estábamos ansiosos por probar la eficacia del timón y de la hélice, y los hicimos funcionar inmediatamente para acentuar el rumbo hacia el este, en dirección a París. Gracias al timón, no tardamos en desviarnos en ese sentido, manteniendo el rumbo casi en ángulo recto con el del viento; luego hicimos funcionar el resorte de la hélice y nos alegramos al comprobar que nos impulsaba como queríamos. Lanzamos nueve hurras de todo corazón y arrojamos al mar una botella con un pergamino donde se describía brevemente el principio de la invención. Apenas habíamos terminado de expresar nuestra alegría, cuando un accidente inesperado nos preocupó. El vástago de acero que conectaba el resorte con la hélice saltó súbitamente de su lugar en la barquilla (por un movimiento provocado por uno de los marinos que habíamos embarcado), y quedó colgando lejos de nuestro alcance en el pivote del eje de la hélice. Mientras tratábamos de recuperarlo, y nuestra atención se hallaba por completo absorbida en esto, nos agarró un viento fuerte del este que nos llevó con fuerza rumbo al Atlántico. De pronto, nos encontramos volando a un promedio que no era inferior a cien kilómetros por hora. Llegamos a la altura de Cape Clear, situado a unos setenta kilómetros al norte, antes de haber asegurado el vástago y tener una idea clara de lo que pasaba. Fue entonces cuando el señor Ainsworth propuso una idea extraordinaria, que en mi opinión no tenía nada de quimérica, y fue secundada de inmediato por el señor Holland; sugirió que aprovecháramos la fuerte brisa que nos impulsaba y, en lugar de retroceder rumbo a París, hiciéramos el

intento de alcanzar la costa de Norteamérica. La propuesta (¡cosa rara!) solo fue objetada por los dos marinos. Pero, como estábamos en mayoría, dominamos sus miedos y decidimos mantener el rumbo. Seguimos hacia el oeste; pero como el arrastre de las boyas demoraba nuestro avance y teníamos perfecto dominio sobre el globo, tanto para subir como para bajar, empezamos por desprendernos de veinte kilos de lastre y luego, por medio de una polea, recogimos la cuerda hasta conseguir que no tocara la superficie del mar. De inmediato, notamos el efecto de la maniobra. Aumentó la velocidad, el viento aumentó, y volamos con una velocidad inconcebible; la cuerda-guía flotaba detrás de la barquilla como una bandera en un barco. De más está decir que nos bastó poco tiempo para perder de vista la costa. Pasamos sobre muchas naves de todo tipo, algunas de las cuales trataban de navegar a vela contra la dirección del viento. Provocamos el más extraordinario revuelo a bordo de todas ellas, revuelo del que gozamos, y muy especialmente nuestros dos marineros, que, bajo la influencia de un buen trago de ginebra, se habían resuelto a tirar por la borda escrúpulos y miedos. Muchos de aquellos barcos nos dispararon salvas, y en todos ellos fuimos saludados con hurras (que oíamos con notable nitidez) y saludos con gorras y pañuelos. Continuamos en esta forma durante todo el día sin mayores incidentes, y cuando nos envolvieron las sombras de la noche, calculamos *grosso modo* la distancia recorrida, descubrimos que no podía bajar de ochocientos kilómetros, y probablemente los excedía por mucho. La hélice funcionaba continuamente y ayudaba a nuestro avance. Cuando se puso el sol, el viento se convirtió en un verdadero huracán y el océano era perfectamente visible por su fulgor. El viento sopló del este toda la noche, dándonos los mejores augurios de éxito. Sufrimos muchísimo el frío, y la humedad era muy desagradable; pero la amplitud de la barquilla permitía acostarnos, y con abrigos y colchones nos arreglamos bastante bien.

P. D. [por el señor Ainsworth].

Las últimas nueve horas han sido las más apasionantes de mi vida. Imposible imaginar nada más exaltante que el peligro, que la novedad de una aventura como esta. ¡Quiera Dios que tengamos éxito! No pido el éxito por mi seguridad, sino por el saber de la humanidad y

por la grandeza de semejante éxito. La proeza es tan factible que me asombra que los viajeros hayan dudado hasta ahora en intentarla. Basta con que un ciclón como el que nos favorece arrastre un globo durante cuatro o cinco días (y estos ciclones suelen durar más) para que el viajero se vea fácilmente transportado de costa a costa. Con un viento semejante, el vasto Atlántico se convierte en un lago. En este momento lo que más me impresiona es el silencio del mar por debajo de nosotros, a pesar de su gran agitación. Las aguas no hacen oír su voz a los cielos. La inmensidad llameante del océano se retuerce y sufre su tortura sin quejarse. Las cimas de las montañas, como diablos gigantes y mudos, luchan en una majestuosa agonía. En una noche como esta, un ser humano vive un siglo entero de vida común. No cambiaría yo este instante de delicia por todo ese siglo de existencia.

Domingo 7 [por el señor Mason].

A las diez de la mañana el ciclón amainó hasta convertirse en viento, llevándonos a una velocidad de unos cincuenta kilómetros por hora. Había girado considerablemente hacia el norte, y ahora, a la puesta del sol, mantenemos nuestro rumbo hacia el oeste gracias al timón y a la hélice, que cumplen sus tareas de manera admirable. Considero que mi mecanismo ha tenido el mejor de los éxitos, y la navegación aérea hacia cualquier rumbo (y no a merced de los vientos) deja de ser un problema. Cierto es que no hubiéramos podido volar en contra del fuerte viento de ayer, pero, en cambio, ascendiendo, hubiésemos escapado a su influencia de haber sido necesario. Estoy convencido de que, con ayuda de la hélice, podríamos avanzar contra un viento intenso. A mediodía, alcanzamos una altura de ocho mil metros, luego de arrojar lastre. Buscábamos una corriente de aire más directa, pero no hallamos ninguna tan favorable como la que seguimos ahora. Tenemos una buena provisión de gas para cruzar este insignificante charco, aunque el viaje nos lleve tres semanas. El resultado final no me inspira miedo. Puedo elegir el viento más favorable y, en caso de que todos los vientos fuesen contrarios, la hélice me permitiría seguir adelante. No ha habido ningún incidente digno de mención. La noche se anuncia serena.

P. D. [por el señor Ainsworth].

No tengo mucho para anotar, salvo que, para mi sorpresa, a una altura igual a la del Cotopaxi, no he sentido frío, ni dificultad para respirar ni dolor de cabeza. Todos mis compañeros coinciden conmigo; tan solo el señor Osborne se quejó de cierta opresión en los pulmones, pero pronto se le pasó. Volamos a gran velocidad durante el día y debemos estar a más de la mitad del Atlántico. Pasamos sobre veinte o treinta barcos, y todos ellos se mostraron jubilosamente asombrados. Cruzar el océano en globo, después de todo, no es una hazaña tan peligrosa. Todo lo desconocido se considera magnífico. Detalle interesante: a ocho mil metros de altura, el cielo parece casi negro y las estrellas se ven con toda claridad; en cuanto al mar, no aparece convexo, como podría suponerse, sino absolutamente cóncavo.

Lunes 8 [por el señor Mason].

Esta mañana volvimos a tener algunos problemas con la varilla de la hélice, que deberá ser completamente modificada en el futuro, para evitar accidentes. Hablo del vástago de acero y no de las paletas, porque estas son inmejorables. El viento sopló fuerte y sin parar desde el norte durante todo el día, y hasta ahora la fortuna parece dispuesta a favorecernos. Poco antes de aclarar nos alarmaron unos ruidos y temblores en el globo, que, sin embargo, no tardaron en parar. Aquellos fenómenos se debían a la dilatación del gas por el aumento del calor atmosférico y la ruptura de las partículas de hielo que se habían formado durante la noche en la tela. Arrojamos varias botellas a los navíos que encontrábamos. Vimos que una de ellas era recogida por los tripulantes de un barco, probablemente uno de los buques que hacen el servicio a Nueva York. Tratamos de leer su nombre, pero no estamos seguros de haberlo entendido. Con ayuda del catalejo del señor Osborne desciframos algo así como Atalanta. Es medianoche y seguimos volando hacia el oeste. El mar está fosforescente.

P. D. [por el señor Ainsworth].

Son las dos de la madrugada y el clima continúa tranquilo; resulta difícil saberlo exactamente, porque el globo se mueve junto con el viento. No duermo desde que salimos de Wheal-Vor, no aguanto más, intentaré descansar un rato. Ya no podemos estar lejos de la costa

norteamericana.

Martes 9 [por el señor Ainsworth].

A la una p. m. estamos a la vista de la costa baja de Carolina del Sur. El gran problema ha sido resuelto. ¡Hemos cruzado el Atlántico!, cómoda y fácilmente, en globo. ¡Alabado sea Dios! ¿Quién dirá desde hoy que hay algo imposible?

Así termina el diario de navegación.

El señor Ainsworth agregó algunos detalles en su charla con el señor Forsyth. El clima estaba absolutamente sereno cuando los viajeros avistaron la costa, que fue inmediatamente reconocida por los dos marinos y por el señor Osborne. Como este último tenía amigos en el fuerte Moultrie, se resolvió descender en las inmediaciones. Se hizo llegar el globo hasta la altura de la playa (había marea baja, y la arena, lisa y dura, se adaptaba para el descenso) y se soltó el ancla, que no tardó en quedar firmemente afirmada. Como es natural, los habitantes de la isla y los del fuerte se precipitaron para contemplar el globo, pero costó muchísimotrabajo convencerlos de que los viajeros venían… del otro lado del Atlántico. El ancla se estableció en tierra exactamente a las dos p. m., y el viaje quedó completado en 75 horas, o quizá menos, contando de costa a costa. No ocurrió ningún accidente serio durante la travesía, ni se corrió peligro alguno. El globo fue desinflado sin dificultades. En momentos en que la crónica de la cual extraemos este relato era despachada desde Charleston, los viajeros se hallaban todavía en el fuerte Moultrie. No se sabe cuáles son sus intenciones futuras, pero prometemos a nuestros lectores más noticias, el lunes o, a más tardar, el martes.

Estamos en presencia de la proeza más maravillosa y trascendental jamás consumada o intentada por el ser humano. Inútil sería tratar de deducir en este momento las magníficas consecuencias que de ella puedan resultar.

20

ALGUNAS PALABRAS CON UNA MOMIA

(Some Words with a Mummy, 1845)

El simposio de la noche anterior me puso muy nervioso. Me dolía la cabeza y me vencía el sopor. Por eso, en vez de pasar la velada fuera de casa como me lo había propuesto, se me ocurrió que lo más sensato era comer algo e irme inmediatamente a la cama. Hablo de una cena liviana. Nada me gusta más que las tostadas con queso y cerveza. Algo más de una tostada por vez no hace mal, dos tampoco, para ser sincero, y entre dos y tres no hay más que una unidad de diferencia. Puede ser que esa noche haya llegado a cuatro. Mi mujer sostiene que comí cinco, aunque con seguridad confundió dos cosas muy distintas. Estoy dispuesto a admitir la cantidad abstracta de cinco, pero, en concreto, se refiere a las botellas de cerveza que las tostadas con queso requieren imprescindiblemente a modo de condimento.

Habiendo así dado fin a una cena frugal, me puse mi gorro de dormir con intención de no quitármelo hasta el día siguiente, apoyé la cabeza en la almohada y, ayudado por una conciencia sin reproches, me dormí.

Pero, ¿cuándo se vieron cumplidas las esperanzas humanas? Apenas había completado mi tercer ronquido cuando la campanilla de la puerta sonó furiosamente, seguida de unos golpes de timbre que me despertaron. Un minuto después, mientras me frotaba los ojos, entró mi mujer con una carta que me tiró a la cara y que procedía de mi viejo amigo el doctor Ponnonner. Decía así:

> Apenas reciba esta carta, querido amigo, deje todo y venga a juntarse con nosotros. Por fin, después de firmes gestiones, he obtenido el permiso de los directores del Museo para examinar la momia. Ya sabe a cuál me refiero. Estoy autorizado a quitarle las vendas y abrirla si así me parece. Solo unos pocos amigos estarán presentes… y usted, naturalmente. La momia está en mi casa y empezaremos a desatarla a

las once de la noche. Su amigo,

PONNONNER

Cuando llegué a la firma, sentí que ya estaba bien despierto. Salté de la cama como en éxtasis, derribando cuanto encontraba a mi paso; me vestí rápido y corrí a casa del doctor. Encontré allí a un grupo de personas ansiosas que me esperaba con impaciencia. La momia estaba acostada sobre la mesa del comedor y, apenas entré, comenzó el estudio.

Aquella momia era una de las dos traídas pocos años antes por el capitán Arthur Sabretash, primo de Ponnonner, de una tumba cerca de Eleithias, en los montes libios, lejos de Tebas, sobre el Nilo. En aquella región, aunque las grutas no son tan maravillosas como las tebanas, presentan un interés mayor porque proveen muchos datos sobre la vida privada de los egipcios. La cámara de donde había sido extraída nuestra momia era riquísima en esta clase de referencias; sus paredes cubiertas de frescos y bajorrelieves, las refinadas estatuas y los mosaicos de diseños elegantes indicaban la fortuna del muerto.

El tesoro había sido depositado en el museo en la misma condición en que lo encontrara el capitán Sabretash, nadie había tocado el ataúd. Durante ocho años había quedado allí sometido tan solo a las miradas exteriores del público. Teníamos ahora, pues, la momia intacta a nuestra disposición, y aquellos que saben cuán raramente llegan a nuestras playas antigüedades no robadas, comprenderán que no nos faltaban razones para congratularnos de nuestra buena fortuna.

Acercándome a la mesa, vi una gran caja de más de dos metros de largo, casi un metro de ancho y ochenta centímetros de profundidad. Era alargada, pero no tenía forma de ataúd. Supusimos al comienzo que había sido construida con madera, pero al cortar un pedazo nos dimos cuenta que se trataba de cartón o, mejor dicho, de papel maché hecho con papiro. Estaba decorada con escenas funerarias; entre las pinturas y dibujos se veían grupos de caracteres jeroglíficos que sin duda contenían el nombre del difunto. Por suerte, el señor Gliddon era de la partida y tradujo los signos —simplemente fonéticos— que componían la palabra «Allamistakeo».

Fue fácil abrir la caja sin romperla, pero luego de hacerlo

encontramos una segunda caja en forma de ataúd, más pequeña que la primera, aunque muy parecida. La cavidad que había entre las dos había sido rellenada con resina, por lo cual los colores de la caja interna estaban algo borrados. No nos dio ningún trabajo abrirla, y descubrimos una tercera caja, también en forma de ataúd. Era igual a la segunda pero de cedro, de ella emanaba todavía la fragancia característica de esa madera. No había espacio entre la segunda y la tercera caja, que estaban muy ajustadas. Abierta esta última, encontramos el cuerpo y lo sacamos. Suponíamos que, como de costumbre, estaría envuelto en vendas o fajas de lino pero, en su lugar, hallamos una especie de estuche de papiro cubierto de una capa de yeso toscamente dorada y pintada. Las pinturas representaban los diferentes deberes del alma presentados ante los dioses. Había también muchas figuras humanas idénticas, que parecían ser retratos del muerto. Desplegada de la cabeza a los pies aparecía una leyenda en forma de columna, escrita en jeroglíficos fonéticos, donde se leían nombres y títulos del difunto y sus parientes.

En el cuello de la momia, que surgía de aquel estuche, había un collar de cuentas cilíndricas de vidrio y de diversos colores, dispuestas de modo que formaban imágenes de dioses, el escarabajo sagrado y el globo alado. La cintura estaba ceñida por un cinturón parecido. Arrancamos el papiro y descubrimos que la carne estaba bien conservada y que no despedía olor. Era rojiza. La piel parecía seca, lisa y brillante. Los dientes y el cabello estaban en buen estado. Los ojos (según nos pareció) habían sido extraídos y reemplazados por otros de vidrio, muy hermosos y de extraordinario parecido a los naturales, salvo que miraban de una manera demasiado fija. Los dedos y las uñas habían sido brillantemente dorados.

El señor Gliddon pensaba que, por el rubor de la epidermis, el embalsamamiento debía haberse efectuado con betún, pero, al raspar la superficie con un instrumento de acero y arrojar al fuego el polvo así obtenido, percibimos el perfume del alcanfor y de otras gomas aromáticas.

Examinamos el cadáver. Buscamos las hendiduras por las cuales habitualmente se extraían las entrañas, pero, con gran sorpresa, no las hallamos. Ninguno de nosotros sabía en aquel momento que, con frecuencia, suelen encontrarse momias que no han sido vaciadas. Por

lo regular, se acostumbraba extraer el cerebro por las fosas nasales y los intestinos por una incisión del costado; el cuerpo era luego rasurado, lavado y puesto en salmuera, donde permanecía varias semanas, hasta el momento del embalsamamiento propiamente dicho.

Como no encontrábamos la menor señal de una hendidura, el doctor Ponnonner preparaba ya sus instrumentos de disección, cuando le hice notar que eran más de las dos de la mañana. Entonces, decidió postergar el estudio interno hasta la noche siguiente. Estábamos por separarnos cuando alguien sugirió hacer una o dos prácticas con la pila voltaica.

La aplicación de electricidad a una momia de cuatro mil años no era una medida demasiado inteligente, pero resultaba lo bastante original como para que todos aprobáramos la idea. Un décimo en serio y nueve décimos en broma, preparamos una batería en el consultorio del doctor y trasladamos allí a nuestro egipcio. Nos costó muchísimo trabajo poner en descubierto una porción del músculo temporal, que parecía menos rígidamente pétrea que otras partes del cuerpo, pero, tal como habíamos anticipado, el músculo no dio la menor muestra de sensibilidad galvánica cuando establecimos el contacto. Esta primera prueba nos pareció decisiva y, riéndonos de nuestro disparate, nos despedíamos hasta la siguiente sesión, cuando mis ojos cayeron casualmente sobre los de la momia y quedaron clavados por el asombro. Me había bastado una mirada para darme cuenta de que aquellos ojos, que suponíamos de vidrio y que nos habían llamado la atención por cierta extraña fijeza, se hallaban ahora cubiertos por los párpados. Lancé un grito para llamar la atención de todos sobre el fenómeno. No diré que me sentí alarmado, porque en mi caso la palabra no resultaría exacta. Es probable, sin embargo, que, de no mediar la cerveza, me hubiera puesto nervioso. En cuanto al resto de los asistentes, no trataron de disimular el espanto que se apoderó de ellos. Daba lástima contemplar al doctor Ponnonner. El señor Gliddon, gracias a un procedimiento inexplicable, había conseguido hacerse invisible. En cuanto al señor Silk Buckingham, no creo que tendrá la audacia de negar que se había metido gateando debajo de la mesa.

Pasado el primer momento de estupor, resolvimos continuar con la experiencia. Practicamos una incisión en la zona exterior del dedo

gordo del pie derecho, llegando hasta la raíz del músculo abductor. Luego de ajustar la batería, aplicamos la corriente en los nervios al descubierto. La momia, con un movimiento lleno de vida, levantó la rodilla derecha hasta ponerla en contacto con la panza y, estirando la pierna con fuerza, descargó una patada contra el doctor Ponnonner. El golpe hizo salir por la ventana a dicho caballero, disparado como una flecha. Corrimos para socorrer al caído y tuvimos la alegría de encontrarlo en la escalera, subiendo a toda velocidad, abrasado de fervor científico y más que nunca convencido de que debíamos seguir con el experimento. Siguiendo su consejo, decidimos practicar una profunda incisión en la punta de la nariz, que el doctor sujetó en persona con gran vigor, estableciendo un fortísimo contacto con los alambres de la pila.

Moral y físicamente, figurativa y literalmente, el efecto producido fue eléctrico. Primero, el cadáver abrió los ojos y los guiñó repetidamente largo rato, como hace el señor Barnes en su pantomima; segundo, estornudó; tercero, se sentó; cuarto, le pegó una trompada en la cara al doctor Ponnonner; quinto, les dirigió en perfecto egipcio a los señores Gliddon y Buckingham el siguiente discurso:

—Debo deciros, caballeros, que estoy desconcertado y ofendido por vuestros comportamientos. Nada mejor podía esperarse del doctor Ponnonner. Es un pobre estúpido que no sabe nada de nada. Lo compadezco y lo perdono. Pero usted, señor Gliddon… y usted, Silk… que habéis viajado y trabajado en Egipto, al punto que podría decirse que ambos habéis nacido en nuestra madre tierra… Vosotros, que habéis vivido entre nosotros hasta hablar el egipcio con la misma perfección que su lengua… Vosotros, a quienes había considerado siempre como amigos leales de las momias… ¡esperaba una conducta más gentil de parte de ambos! ¿Qué debo pensar al veros contemplar impávidos el modo en que se me trata? ¿Qué debo pensar al descubrir que permitís que tres o cuatro fulanos me arranquen de mi ataúd y me desnuden con semejante frío? ¿Y cómo debo interpretar, para decirlo de una vez, que hayáis permitido y ayudado a ese miserable canalla, el doctor Ponnonner, a que me tirara de la nariz?

Ante este discurso, no cabía otra cosa que huir hacia la puerta, ponerse loco o desmayarse. Cada una de esas tres líneas de conducta

hubiera sido aceptada. Y doy mi palabra de que no alcanzo a explicarme cómo y por qué no seguimos ninguna de ellas. Quizás haya que buscar la verdadera razón en el espíritu de nuestro tiempo, que se guía por la ley de los contrarios y la acepta habitualmente como solución de cualquier cosa por vía de paradoja e imposibilidad. Puede ser, asimismo, que la naturalidad de la momia privara a sus palabras de un efecto aterrador. De todos modos, los hechos son como los he contado, y ninguno de nosotros demostró demasiado miedo, ni consideró que lo que sucedía fuese algo fuera de lo normal.

Yo estaba convencido de que todo estaba en orden y me limité a hacerme a un lado, lejos del alcance de los puños del egipcio. El doctor Ponnonner se metió las manos en los bolsillos del pantalón, miró con fijeza a la momia y se puso colorado. El señor Gliddon se acarició las patillas y se ajustó el cuello. El señor Buckingham bajó la cabeza y se metió el dedo pulgar derecho en el ángulo izquierdo de la boca.

El egipcio lo miró un largo rato, hizo un gesto despectivo y le dijo:

—¿Por qué no me responde, señor Buckingham? ¿Ha oído o no lo que acabo de preguntarle? ¡Sáquese ese dedo de la boca!

El señor Buckingham, alterado, sacó el pulgar derecho del lado izquierdo de su boca y, para compensar, metió el pulgar izquierdo en el ángulo derecho de la abertura antes mencionada.

Al no recibir respuesta del señor Buckingham, la momia se enojó, y, dirigiéndose al señor Gliddon le preguntó tajante qué diablos queríamos.

El señor Gliddon le contestó en idioma fonético; si no fuera por la ausencia de caracteres jeroglíficos en las imprentas norteamericanas, me hubiese encantado reproducir aquí su excelente discurso en la forma original.

Aprovecharé la ocasión para hacer notar que el intercambio de palabras con la momia fue en egipcio antiguo; tanto yo como los otros miembros no eruditos del grupo contamos con los señores Gliddon y Buckingham como intérpretes. Estos caballeros hablaban la lengua materna de la momia con fluidez, pero no pude dejar de observar que (a causa, sin duda, de la introducción de imágenes modernas, vale decir absolutamente novedosas para el egipcio) ambos eruditos se veían obligados en ocasiones a emplear formas concretas

para explicar determinadas cosas. El señor Gliddon, por ejemplo, no pudo hacer comprender en cierto momento al egipcio la palabra «política» hasta que no hubo dibujado en la pared, con un carbón, un diminuto caballero de nariz llena de verrugas, con los codos rotos, subido a una tribuna, la pierna izquierda echada hacia atrás, el brazo derecho tendido hacia delante, cerrado el puño y los ojos vueltos hacia el cielo, mientras la boca se abría en un ángulo de noventa grados. Del mismo modo, el señor Buckingham no logró hacerle entender la idea moderna de *whig* (Partido Liberal británico) hasta que el doctor Ponnonner le sugirió el medio adecuado: nuestro amigo se puso sumamente pálido, pero consintió en quitarse la peluca.

El discurso del señor Gliddon versó sobre los beneficios que proporcionaba a la ciencia el hecho de desempaquetar y destripar momias, excusándonos de los inconvenientes que pudiéramos haber causado, en especial a la momia llamada Allamistakeo. Concluyó sugiriendo (apenas insinuando) que, una vez explicadas las cosas, podíamos continuar con el examen.

Al oír esto, el doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

Pero parece ser que Allamistakeo tenía ciertos escrúpulos de conciencia —cuya naturaleza no pude llegar a comprender— con respecto a la fascinación del orador. Se mostró, sin embargo, satisfecho de las excusas ofrecidas y, bajándose de la mesa, estrechó las manos de todos.

Terminada esta ceremonia, reparamos los daños que el bisturí había ocasionado. Cosimos la herida de su frente, cubrimos su pie y le aplicamos vendas negras en la punta de la nariz.

Se notó entonces que el conde (tal parecía ser el título de Allamistakeo) temblaba ligeramente; sin dudas tenía frío. El doctor fue hasta su guardarropa y regresó con una chaqueta negra, un par de pantalones de tartán celeste, una camisa rosa de algodón, un chaleco bordado, una capa corta blanca, un bastón con puño, un sombrero sin alas, botas de charol, guantes de cabritilla de color paja, un monóculo, un par de patillas y una corbata del modelo en cascada. Dada la disparidad de tamaño entre el conde y el doctor (que se hallaban en proporción de dos a uno), tuvimos alguna dificultad para disponer aquellas prendas en la persona del egipcio, pero, una vez vestido, hubiera podido decirse que estaba bien vestido. El señor

Gliddon le dio el brazo y lo acompañó hasta un sillón junto al fuego, mientras el doctor llamaba y pedía cigarros y vino. La charla no tardó en animarse. Como es natural, nos sentíamos muy curiosos ante el hecho bastante notable de que Allamistakeo siguiera todavía vivo.

—Hubiera pensado —expresó el señor Buckingham— que usted estaba muerto desde hacía mucho.

—¡Cómo! —replicó el conde sorprendido—. ¡Si apenas he pasado los setecientos años! Mi padre vivió mil y no estaba contento cuando murió.

Luego de una serie de preguntas y cálculos, se llegó a la conclusión de que la antigüedad de la momia había sido evaluada toscamente. Hacía cinco mil cincuenta años, con algunos meses, que la habían depositado en las catacumbas de Eleithias.

—Mi observación —continuó el señor Buckingham—, no se refería a la edad de usted en el momento de su entierro (ya que no tengo inconveniente en reconocer que es usted un hombre joven), sino a la inmensidad de tiempo que llevaba, según su propio testimonio, envuelto en betún.

—¿En qué? —dijo el conde.

—En betún —persistió el señor Buckingham.

—¡Ah, sí, creo entender! El betún podía servir, en efecto, pero en mi tiempo se empleaba casi exclusivamente el bicloruro de mercurio.

—Lo que no podemos entender —dijo el doctor Ponnonner— es cómo, después de morir y ser enterrado en Egipto hace cinco mil años, hoy está usted lleno de vida y tan saludable.

—Si hubiese estado muerto, como dice usted —replicó el conde—, lo más probable es que continuara estándolo, pero veo que se hallan ustedes en la infancia del galvanismo y no son capaces de llevar a cabo lo que en nuestros antiguos tiempos era práctica corriente. Por mi parte, caí en estado de catalepsia y mis mejores amigos consideraron que estaba muerto o que debía estarlo; me embalsamaron, pues, inmediatamente, pero… supongo que están ustedes al tanto del principio fundamental del embalsamamiento.

—¡De ninguna manera!

—¡Ah, ya veo! ¡Qué triste ignorancia! Pues bien, no entraré en detalles, pero debo decir que en Egipto el embalsamamiento propiamente dicho consistía en la suspensión indefinida de todas las

funciones animales sometidas al proceso. Empleo el término «animal» en el sentido más amplio, incluyendo no solo el ser físico, sino el espiritual y el energético. Repito que el principio básico consistía entre nosotros en suspender y mantener latentes todas las funciones animales sometidas al proceso de embalsamamiento. O sea, que, en resumen, cualquiera fuese la condición en que se encontrara el sujeto en el momento de ser embalsamado, así continuaba por siempre. Pues bien, como afortunadamente soy de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado vivo, tal como me ven ustedes ahora.

—¡La sangre del Escarabajo! —exclamó el doctor Ponnonner.

—Sí. El Escarabajo era el emblema, las «armas» de una familia patricia muy poco numerosa. Ser de la sangre del Escarabajo significa pertenecer a dicha familia cuyo emblema era el Escarabajo. Hablo figurativamente.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver con que esté usted vivo?

—Era costumbre en Egipto extraer el cerebro y las entrañas del cadáver antes de embalsamarlo; tan solo la raza de los Escarabajos se eximía de esa práctica. De no haber sido yo un Escarabajo, me hubiera quedado sin cerebro y sin entrañas; no resulta cómodo vivir sin ellos.

—Ya veo —dijo el señor Buckingham—, y presumo que todas las momias que nos han llegado enteras son de la raza del Escarabajo.

—Sin duda.

—Yo había pensado —dijo tímidamente el señor Gliddon— que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.

—¿Uno de los qué egipcios? —gritó la momia, poniéndose de pie.

—Uno de los dioses —repitió el erudito.

—Señor Gliddon, estoy atónito al oírle hablar de esa manera —dijo el conde, volviendo a sentarse—. Ninguna nación de este mundo ha reconocido nunca más de un dios. El Escarabajo, el Ibis, etc., eran para nosotros los símbolos (como seres semejantes lo fueron para otros), los intermediarios a través de los cuales adorábamos a un Creador demasiado augusto para dirigirnos a él directamente.

Hubo una pausa. La conversación fue reanudada por el doctor Ponnonner.

—A juzgar por lo que nos ha explicado —dijo—, no sería improbable que en las catacumbas próximas al Nilo haya otras

momias de la raza de los Escarabajos e igualmente vivas.

—Sin duda —replicó el conde—. Todos los Escarabajos embalsamados vivos por accidente siguen estando vivos. Incluso algunos embalsamados expresamente pueden haber sido olvidados por sus ejecutores testamentarios y continúan en sus tumbas.

—¿Sería usted tan amable de explicarnos —pregunté— qué entiende por embalsamar «expresamente»?

—Con mucho gusto —respondió la momia, luego de observarme a través del monóculo, pues era la primera vez que me atrevía a hacerle una pregunta.

—Con mucho gusto —repitió—. El tiempo usual de la vida humana en mi época era de unos ochocientos años. Pocos hombres morían, a menos que sufrieran un accidente, antes de los seiscientos, pero la cifra anterior era considerada como el término natural. Luego de descubierto el principio del embalsamamiento, tal como lo he explicado antes, nuestros filósofos pensaron que sería posible satisfacer una muy loable curiosidad, y a la vez contribuir a los intereses de la ciencia, si ese término natural era vivido en varias etapas. En el caso de la historia, sobre todo, la experiencia había demostrado que algo así resultaba necesario. Un historiador, por ejemplo, llegado a la edad de quinientos años, escribía un libro con muchísima pasión, y luego se hacía embalsamar cuidadosamente, dejando instrucciones a sus albaceas *pro tempore*, para que lo resucitaran transcurrido un cierto periodo —digamos quinientos o seiscientos años—. Al reanudar su vida, el sabio descubría invariablemente que su gran obra se había convertido en una especie de libreta de notas reunidas al azar, algo así como una palestra literaria de todas las conjeturas antagónicas, los enigmas y las pendencias personales de un ejército de exasperados comentadores. Aquellas conjeturas, etc., que recibían el nombre de enmiendas, habían tapado y deformado de tal manera el texto, que el autor debía encender una linterna para buscar su propio libro. Una vez descubierto, no compensaba nunca el trabajo de haberlo buscado. Luego de escribirlo íntegramente de nuevo, el historiador consideraba su deber ponerse a corregir de inmediato, con su conocimiento y experiencias personales, las tradiciones corrientes sobre la época en que había vivido anteriormente. Y así, ese proceso de nueva redacción

y de rectificación personal, cumplido de tiempo en tiempo por diversos sabios, impedía que nuestra historia fuera fábula pura.

—Perdóneme —dijo el doctor Ponnonner, apoyando la mano sobre el brazo del egipcio—. Perdóneme, pero… ¿puedo interrumpirlo?

—Seguro, señor —contestó el conde.

—Solo una pregunta —continuó el doctor—. Mencionó usted las correcciones personales del historiador a las tradiciones referentes a su propio tiempo. Dígame usted, ¿qué proporción de dichas tradiciones eran verdaderas?

—Pues bien, señor mío, los historiadores descubrían que las tradiciones se encontraban a la par de las historias mismas antes de ser reescritas; vale decir que en ellas no había jamás, y bajo ninguna circunstancia, la menor palabra que no fuera totalmente falsa.

—De todos modos —insistió el doctor—, puesto que sabemos que han pasado por lo menos cinco mil años desde su entierro, doy por descontado que las historias de aquel periodo, si no las tradiciones, eran suficientemente explícitas sobre el tema de mayor interés universal, o sea la Creación, que, como bien usted sabe, sucedió hace tan solo diez siglos.

—¡Caballero! —exclamó el conde Allamistakeo.

El doctor repitió sus palabras, el egipcio las entendió después de muchas explicaciones y dijo esto:

—Sus ideas me resultan completamente nuevas. En mis tiempos jamás supe que alguien abrigara la singular fantasía de que el universo (o este mundo, si lo profiere) hubiera tenido jamás un principio. Solo recuerdo que una vez —solo una vez— escuché a un hombre muy sabio insinuar algo acerca del origen de la raza humana, y esa misma persona empleó la palabra «Adán» (o sea tierra roja) que acaba de emplear usted. Pero él lo hizo en un sentido muy amplio, refiriéndose a la generación espontánea de cinco grandes masas humanas nacidas del barro (como nacen miles de otros organismos inferiores), surgidas simultáneamente en cinco lugares diferentes y casi iguales del globo.

Al oír esto nos miramos, encogiéndonos de hombros, y uno o dos se llevaron un dedo a la sien. Entonces el señor Silk Buckingham, luego de observar la nuca y la coronilla de Allamistakeo, dijo:

—La larga vida de su tiempo y la costumbre ocasional de pasarla

en distintas etapas, según nos ha explicado usted, debe haber contribuido profundamente al desarrollo y a la acumulación general de conocimientos. Presumo, pues, que la marcada inferioridad de los egipcios antiguos en materias científicas, si se los compara con los modernos, y más especialmente con los yanquis, nace de la mayor dureza del cráneo egipcio.

—Debo confesar nuevamente —repuso el conde con mucha gentileza— que me cuesta comprenderle. ¿A qué materias científicas se refiere, por favor?

Uniendo nuestras voces, le dimos entonces toda clase de detalles sobre las teorías frenológicas y las maravillas del magnetismo animal.

Luego de escucharnos, el conde narró algunas anécdotas que demostraron claramente cómo los prototipos de Gall y de Spurzheim habían florecido en Egipto en tiempos tan remotos como para que su recuerdo se hubiese perdido, así como que los procedimientos de Mesmer eran despreciables triquiñuelas comparados con los verdaderos milagros de los sabios de Tebas, capaces de crear insectos.

Le pregunté al conde si su pueblo sabía calcular los eclipses. Sonrió y me contestó que sí.

Me desconcertó, pero seguí preguntando sobre sus saberes astronómicos hasta que uno de los presentes, que hasta entonces no había abierto la boca, me susurró al oído que para esa clase de informaciones haría mejor en consultar a Ptolomeo (sin explicarme quién era), así como a un tal Plutarco, en su *De facie lunoe*.

Entonces, le consulté a la momia sobre espejos ustorios o cóncavos y sobre lentes y catalejos, y de manera general sobre la fabricación del vidrio, pero, apenas hube formulado mis preguntas, cuando el contertulio silencioso me apretó suavemente el codo, pidiéndome en nombre de Dios que echara un vistazo a Diodoro de Sicilia. En cuanto al conde, se limitó a preguntarme, a modo de respuesta, si los modernos poseíamos microscopios que nos permitieran tallar camafeos en el estilo de los egipcios.

Mientras pensaba cómo responder a esta pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se puso en descubierto de la manera más extraordinaria.

—¡Vaya usted a ver nuestra arquitectura! —exclamó, con indignación por parte de los dos egiptólogos, quienes lo pellizcaban

fuertemente sin conseguir que se callara—. ¡Vaya a ver la fuente del Bowling Green, de Nueva York! —gritaba exaltado—. ¡O eche una ojeada al Capitolio de Washington!

Y nuestro breve médico siguió detallando minuciosamente las proporciones del edificio del Capitolio. Explicó que tan solo el pórtico se hallaba adornado con no menos de veinticuatro columnas, las cuales tenían un metro y medio de diámetro y estaban situadas a tres metros una de otra.

El conde dijo que lamentaba no recordar en ese momento las dimensiones exactas de cualquiera de los edificios de la ciudad de Aznac, cuyos cimientos habían sido puestos en la noche de los tiempos, pero cuyas ruinas seguían aún en pie en la época de su entierro, en un desierto al oeste de Tebas. Recordaba sí (ya que de pórtico se trataba) que uno de ellos, perteneciente a un palacio secundario en un suburbio llamado Karnak, tenía ciento cuarenta y cuatro columnas de más de once metros de circunferencia, colocadas a casi ocho metros una de otra. A este pórtico se llegaba desde el Nilo por una avenida de tres kilómetros de largo, compuesta por esfinges, estatuas y obeliscos, de seis, veinte y cincuenta metros de altura. El palacio, hasta donde recordaba, tenía más de tres kilómetros de largo, y su circuito total debía alcanzar los doce kilómetros. Las paredes estaban cubiertas con jeroglíficos. El conde no pretendía afirmar que dentro del área del palacio hubieran podido construirse unos cincuenta o sesenta Capitolios como el del doctor, pero, aun sin estar seguro, pensaba que, con algún esfuerzo, se hubieran podido meter doscientos o trescientos. Claro que, después de todo, el palacio de Karnak era insignificante. De todas maneras, el conde no podía negarse conscientemente a admitir la inspiración, la grandeza y la superioridad de la fuente del Bowling Green, tal como la había descrito el doctor. Se veía forzado a reconocer que en Egipto jamás se había visto nada semejante.

Pregunté entonces al conde qué opinaba de nuestros ferrocarriles.

Contestó que no opinaba nada en especial. Los ferrocarriles eran un tanto frágiles, mal pensados y torpemente hechos. Por supuesto que no se los podía comparar con las enormes pistas, perfectamente lisas, directas y con vías de hierro, sobre las cuales los egipcios transportaban templos enteros y grandes obeliscos de cincuenta

metros de altura.

Aludí a nuestras formidables fuerzas mecánicas.

Convino en que algo sabíamos de esas cosas, pero me preguntó cómo me las habría arreglado para colocar las impostas de los dinteles, aun en un templo tan pequeño como el de Karnak.

Decidí no escuchar esta pregunta y quise saber si tenía alguna idea sobre los pozos artesianos. El conde se limitó a levantar las cejas mientras el señor Gliddon me guiñaba con furia el ojo y me decía en voz baja que los ingenieros encargados de las perforaciones en el Gran Oasis acababan de descubrir uno hacía muy poco.

Hablé entonces de nuestro acero, pero el egipcio levantó desdeñosamente la nariz y me preguntó si nuestro acero habría podido hacer los relieves que se ven en los obeliscos, hechos con herramientas de cobre.

Esto nos desconcertó tanto que trasladamos la ofensiva al campo metafísico. Mandamos a buscar un ejemplar de *The Dial*, y le leímos en voz alta uno o dos artículos sobre algo confuso, que los bostonianos llamaban el Gran Movimiento del Progreso.

El conde se limitó a decir que los Grandes Movimientos eran cosas tristemente vulgares en su tiempo; en cuanto al Progreso, en cierta época había sido una desgracia, pero nunca llegó a progresar.

Hablamos entonces de la importancia de la democracia y tuvimos gran trabajo para explicarle al conde las ventajas que teníamos viviendo en un lugar donde existía el sufragio y no había ningún rey.

Nos escuchó muy interesado y, en realidad, me dio la impresión de que se divertía bastante. Cuando terminamos, nos hizo saber que, mucho tiempo atrás, había ocurrido entre ellos algo parecido. Trece provincias egipcias decidieron ser libres y dar un magnífico ejemplo al resto de la humanidad. Sus sabios se reunieron y confeccionaron la más ingeniosa constitución que pueda concebirse. Durante un tiempo se las arreglaron muy bien, pero su tendencia a la fanfarronada era extraordinaria. La cosa terminó el día en que esos Estados, a quienes se agregaron otros quince o veinte, se consolidaron creando el más odioso e insoportable despotismo que jamás se haya visto en la superficie de la tierra.

Pregunté el nombre del tirano usurpador.

El conde creía recordar que se llamaba Masa o Populacho.

No sabiendo qué decir, deploré la ignorancia de los egipcios sobre el vapor.

El conde me miró lleno de asombro, pero no dijo nada. En cambio, el contertulio silencioso me dio fuertemente en las costillas con el codo, diciéndome que bastante había hecho ya el ridículo, y preguntándome si realmente era tan tonto como para no saber que la moderna máquina de vapor deriva de la invención de Hero, pasando por Salomón de Caus.

Estábamos por ser vencidos. Pero, entonces, para nuestra buena suerte, el doctor Ponnonner acudió a socorrernos e inquirió si el pueblo egipcio pretendía rivalizar seriamente con los modernos en la importantísima cuestión del vestido.

El conde, al oír esto, miró sus pantalones y, tomando uno de los faldones de su chaqueta, se lo acercó a los ojos durante largo rato. Por fin lo dejó caer, mientras su boca se iba extendiendo gradualmente de oreja a oreja, pero no recuerdo que respondiera nada.

Recobramos así nuestro ánimo, y el doctor, acercándose con gran dignidad a la momia, le pidió que declarara francamente, por su honor de caballero, si alguna vez los egipcios habían sido capaces de comprender la fabricación de las grajeas de Ponnonner o de las píldoras de Brandeth.

Esperamos ansiosamente una respuesta, pero en vano. La réplica no llegaba. El egipcio se sonrojó y bajó la cabeza. Jamás se vio triunfo más completo, jamás una derrota fue sobrellevada con tan poca gracia. Me resultaba insoportable el espectáculo de la momia mortificada. Busqué mi sombrero, me incliné y salí.

Al llegar a casa vi que eran las cuatro pasadas y me metí en la cama. Son ahora las diez de la mañana. Desde las siete estoy levantado, escribiendo este artículo para beneficio de mi familia y de la humanidad. A la primera no volveré a verla. Mi esposa es una arpía. Diré la verdad: estoy cansado de esta vida y del siglo XIX en general, persuadido de que todo está mal. Además, estoy impaciente por saber quién será presidente en 2045. Por eso, luego de afeitarme y tomar una taza de café, volveré a casa de Ponnonner y me haré embalsamar por un par de cientos de años.

21

EL HOMBRE REDUCIDO. UN RELATO SOBRE LA RECIENTE CAMPAÑA CONTRA LAS TRIBUS BUGABÚ Y KIKAPÚ

(The Man that Was Used Up. A Tale of the Late Bugaboo and Kikapoo Campaign, 1839)

«¡Llora, llora, y conviértete en agua!
La mitad de mi vida ha enterrado a la otra mitad».

PIERRE CORNEILLE

No me acuerdo dónde o cuándo vi por primera vez a aquel militar elegante, el brigadier general honorario John A. B. C. Smith. Seguramente, alguien me lo presentó en alguna ceremonia pública, ¡naturalmente!, presidida por alguna persona importante, ¡claro!, en un lugar o en otro, ¡por supuesto!, aunque me haya olvidado inexplicablemente de su nombre. Debo decir que esperé aquella presentación tan nervioso que me impidió formarme una idea bien definida del lugar y del tiempo. Soy un tipo nervioso; es un defecto de familia, y no lo puedo impedir. El menor desacuerdo, la cosa más pequeña que no pueda entender, alcanzan para hundirme de inmediato en un tremendo estado de inquietud.

Había algo notable —sí, la palabra es notable, pero no alcanza para decir plenamente lo que quiero dar a entender— en la apariencia de aquel personaje. Tenía un aspecto imponente, un metro y ochenta centímetros más o menos de estatura, y un aire distinguido que hablaba de una cultura refinada y hacía suponer una alta alcurnia. Sobre este tema —el de la apariencia personal de Smith— siento una especie de melancólica satisfacción en ser minucioso. Su cabello hubiera hecho honor a un Bruto: se ondulaba del modo más extraordinario y tenía un brillo incomparable. Era de un negro azabache, y este color —o, mejor dicho, este no-color— era asimismo

el de sus inusitadas patillas. Ya habréis advertido que no puedo hablar sin entusiasmo de estas últimas; no digo demasiado si afirmo que eran las dos patillas más bellas existentes bajo el sol. Rodeaban, y a veces hasta cubrían, la boca más perfecta, donde lucían los dientes más regulares y blancos que puedan concebirse. Nacía de esa boca una voz clara, melodiosa y bien timbrada, siempre en el justo momento. Cada uno de sus ojos valía por un par de órganos oculares ordinarios. Grandes y brillantes, tenían profundas pupilas terrosas, y una ligera e interesante oblicuidad que le daba fuerza a su expresión. El torso del general era el más hermoso. En vano se hubiera querido encontrar alguna falla en su perfecta proporción. Tan rara peculiaridad ponía de manifiesto unos hombros que hubieran provocado el rubor de la humillación en el Apolo de mármol. Me apasionaban los hombros, y puedo decir que jamás había visto excelencia semejante. Los brazos estaban igualmente bien modelados, y los miembros inferiores no les iban en zaga. Eran realmente las piernas más hermosas. Todo conocedor de la materia reconocía que aquellas piernas eran notables. Ni demasiado musculosas ni demasiado flacas; ni rudeza ni fragilidad. Imposible imaginar una curva más graciosa que la del fémur; ni siquiera faltaba la suave prominencia de la parte posterior del peroné, que contribuye a la formación de una pantorrilla equilibrada. Hubiera pedido a los dioses que mi amigo, el talentoso escultor Chiponchipino, hubiera podido contemplar las piernas del brigadier general honorario John A. B. C. Smith.

Aunque los hombres apuestos no abundan tanto como las razones o las zarzamoras, me resultaba imposible creer que lo notable a que he aludido, ese no sé qué extraño que envolvía a mi reciente conocido, procediera tan solo de la acabada perfección de sus dones corporales. Quizás emanara de su actitud, pero tampoco en esto puedo estar seguro. Había un estiramiento, por no decir rigidez, en su actitud, un grado de precisión mesurada y, si se me permite decirlo así, rectangular, en todos sus movimientos, que en una persona más pequeña hubiera parecido lamentable afectación o pomposidad, pero que en un caballero de las dimensiones del general no podía atribuirse más que a reserva, dignidad y, en una palabra, sentido de las proporciones.

El excelente amigo que me presentó al general Smith me dijo al

oído algunas frases elogiosas sobre el militar. Era un hombre notable, muy notable, en realidad uno de los más notables de la época. Gozaba de especial favor ante las damas, sobre todo por su reputación de indomable.

—En ese terreno es insuperable. No hay nadie más temerario que él. Un verdadero paladín, sin la menor duda —dijo mi amigo con un susurro, llenándome de excitación por el misterio que había en su voz —. Sí, un paladín completo, a no dudarlo. Y lo demostró, a fe mía, durante la última y terrible lucha en los pantanos del sur, contra los indios bugabú y kikapú. —Aquí mi amigo abrió los ojos—. ¡Dios me asista! ¡Cuánta sangre, pólvora... todo lo imaginable! ¡Prodigios de coraje! Supongo que ha oído usted hablar de él... Probablemente no ignora que es el hombre que...

—¡Vaya, vaya! ¿Cómo está usted? ¿Cómo le va? ¡Cuánto me alegro de encontrarlo! —lo interrumpió en ese momento el general en persona, tomando del brazo a mi amigo e inclinándose rígida pero profundamente cuando le fui presentado.

Pensé en aquel momento (y lo sigo pensando) que jamás había escuchado una voz tan resonante ni contemplado semejante dentadura. Pero debo reconocer que lamenté que nos hubiera interrumpido justamente cuando, después de los murmullos y las insinuaciones que anteceden, me sentía interesadísimo por el héroe de la campaña contra los bugabú y los kikapú.

No obstante, la deliciosa charla del brigadier general honorario John A. B. C. Smith disipó mi disgusto. Como nuestro amigo se fue, sostuvimos un diálogo largo, y no solo quedé complacido sino que aprendí muchas cosas. Jamás he oído a un narrador más fluido ni a un hombre más informado. Con modestia, sin embargo, se abstuvo de tocar el tema que más me apasionaba —aludo a las misteriosas circunstancias referentes a la guerra contra los indios—, y por mi parte, una delicadeza que considero oportuna me vedó mencionar la cuestión, pese a que estuve tentado de hacerlo. Noté que el valiente militar prefería hablar de filosofía y se complacía en comentar el progreso de las invenciones mecánicas. Cualquiera fuera el rumbo de nuestro diálogo, volvía invariablemente a ocuparse del asunto.

—No hay nada comparable a esto —decía—. Somos un pueblo admirable y vivimos en una época maravillosa. ¡Paracaídas y

ferrocarriles! ¡Trampas mecánicas y fusiles de gatillo! Nuestros barcos a vapor recorren todos los mares y el globo de *Nassau* se dispone a efectuar viajes regulares (a solo veinticinco libras el pasaje) entre Londres y Tombuctú. ¿Quién puede prever la inmensa influencia sobre la vida social, las artes, el comercio, la literatura que habrán de tener los grandes principios del electromagnetismo? ¡Y le aseguro a usted que no es todo! El progreso de las invenciones no conoce fin. Las más admirables e ingeniosas... y permítame usted agregar, señor... señor Thompson, según creo, permítame agregar, digo, que los dispositivos mecánicos más útiles, los realmente útiles... surgen día a día como hongos, si es que puedo expresarme así o, más metafóricamente, como... sí, como saltamontes... como saltamontes, señor Thompson... en torno de nosotros... ¡ja, ja!... en torno de nosotros.

Mi nombre no es Thompson, pero de más está decir que me separé del general Smith con multiplicado interés por su persona, imbuido de una altísima opinión sobre sus dotes de conversador y una profunda convicción de los valiosos privilegios que gozamos por vivir en esta época de invenciones mecánicas. Mi curiosidad, sin embargo, no había quedado satisfecha y resolví averiguar, entre mis amistades, sobre el brigadier general honorario y toda la verdad sobre los espantosos hechos ocurridos durante la campaña de los bugabú y los kikapú.

La primera oportunidad que se me presentó, y que aproveché sin escrúpulos, sucedió en la iglesia del reverendo doctor Drummummupp, donde un domingo, a la hora del sermón, me encontré instalado en uno de los bancos, al lado de mi muy comunicativa amiga Tabitha T. Apenas la descubrí, me congratulé por el buen cariz que tomaban mis asuntos, y no me faltaba razón, ya que si alguien sabía alguna cosa sobre el brigadier general honorario John A. B. C. Smith, esa persona era Tabitha T. Nos telegrafiamos unas cuantas señales y empezamos un animado diálogo en voz baja.

—¿Smith? —dijo ella, en respuesta a mi ansiosa pregunta—. ¿Querrá usted decir el general A. B. C.? ¡Dios me asista, hubiera jurado que estaba al tanto de todo! ¡Un episodio tan horrible! ¡Ah, esos kikapús, qué monstruos sanguinarios! Sí, luchó como un héroe... prodigio de coraje... renombre inmortal. ¡Smith! ¡Brigadier general

honorario John A. B. C.! Vamos, bien sabe usted que se trata del hombre que...

—¡El hombre —gritó el doctor Drummummupp con todas sus fuerzas, y con un puñetazo que estuvo a punto de romper el púlpito —, que ha nacido de mujer, solo vivirá poco tiempo; así como crece, así es cortado como una flor!

Me apresuré a correrme al extremo del banco, advirtiendo, por las miradas que me echaba el predicador, que la cólera, poco menos que fatal para el púlpito, provenía de los murmullos entre la dama y yo. No había nada que hacerle; me sometí, pues, resignadamente, y escuché envuelto en el martirio de un silencio digno el resto de aquel discurso.

A la noche siguiente fui algo tarde al teatro Rantipole. Estaba seguro de que en el palco, conversando con las señoritas Arabella y Miranda Cognoscenti, iba a poder satisfacer mi curiosidad. El notable trágico Clímax representaba a Yago ante mucho público, y me costó trabajo hacerme oír, nuestro palco estaba casi colgando sobre el escenario.

—¡Smith! —dijo Arabella, que por fin entendió mi pregunta—. ¡Smith! ¿El general John A. B. C.?

—¡Smith! —coreó pensativamente Miranda—. ¡Dios me bendiga! ¿Vio usted alguna vez un hombre con tanto encanto?

—Jamás, amiga mía; pero, por favor, dígame usted...

—¿Y una gracia tan inimitable?

—Nunca, bajo palabra de honor. Pero quisiera saber...

—¿Y un sentido tan profundo de la escena?

—¡Señorita!

—¿O una apreciación más delicada de las verdaderas bellezas de Shakespeare? ¡Mire usted qué piernas!

—¡Oh, qué diablos! —dije, y me volví otra vez hacia su hermana.

—¡Smith! —repitió ella—. ¿No será el general John A. B. C.? ¡Ah, qué horrible fue aquello! ¿No es cierto? ¡Y qué miserables los bugabú... tan salvajes...! Afortunadamente, vivimos en una época de tantas invenciones... ¡Smith, oh, sí, un gran hombre! ¡Temerario hasta el límite! ¡Renombre inmortal! ¡Prodigio de coraje! ¡Nunca oí nada parecido! —Esto fue dicho a los gritos—. ¡Dios me asista! Ya sabe usted, es el hombre que... ni la mandrágora ni todos los somníferos

del mundo te proporcionarán ese dulce sueño que gozaste ayer —aulló Clímax casi en mi oído y agitando el puño delante de mi cara en una forma que no pude ni quise tolerar. Me separé de las señoritas Cognoscenti, pasé entre bastidores y, al aparecer el pícaro, le di una paliza que recordará hasta el día de su muerte.

Durante la velada en casa de una encantadora viuda, la señora Kathleen O'Trump, estaba seguro de no volver a desencantarme. Apenas nos habíamos sentado a la mesa de juego, teniendo a mi bella anfitriona cara a cara, le hice la pregunta cuya respuesta se había convertido en algo esencial para mi tranquilidad de espíritu.

—¡Smith! —dijo mi amiga—. ¿Supongo que alude usted al general John A. B. C.? ¡Qué terrible episodio! ¿Oros, dijo usted? ¡Ah, esos kikapús, qué miserables! Por favor, señor Tattle, estamos jugando al whist... De todos modos esta es la época de las invenciones... es la época de la excelencia... ¡Un héroe, y de una valentía increíble! ¿No tiene usted corazones, señor Tattle? ¡Imposible! ¡Un renombre inmortal... prodigio de coraje! ¿Nunca había oído hablar de él? ¡Cómo! ¡Si se trata del hombre que...!

—¿Hombre qué? ¿El capitán Hombrequé? —interrumpió desde lejos y a los gritos una invitada—. ¿Está usted hablando del capitán Hombrequé y del duelo? ¡Oh, quiero escuchar lo que dicen! ¡Por favor, señora O'Trump... siga usted, le suplico que siga contando!

Y así lo hizo la señora O'Trump, emprendiendo un relato sobre cierto capitán Hombrequé, a quien habían ahorcado o muerto a tiros, o que por lo menos lo merecía. ¡Palabra! Y como la señora O'Trump seguía sin parar... me fui. Aquella noche me sería imposible escuchar algo referido al brigadier general honorario John A. B. C. Smith. Me consolé, sin embargo, pensando que tanta mala suerte no podía durar para siempre y decidí buscar información en los salones de fiesta de la angélica y mágica señora Pirouette.

—¡Smith! —exclamó mientras dábamos vueltas y vueltas en un baile—. ¿Se refiere usted al general John A. B. C.? ¡Ah, qué terrible esa historia de los bugabús! ¿No es cierto? ¡Qué gentes tan horribles son los indios! ¡Ponga la punta de los pies hacia afuera! ¿No le da vergüenza? Un hombre muy valiente, el pobre... Pero vivimos en una época de maravillosas invenciones... ¡Dios mío, me falta el aliento! ¡Sí, un coraje temerario! ¡Prodigio de valor! ¿Nunca oyó usted hablar

de él? ¡Imposible! ¡Tengo que sentarme y hacérselo saber! ¡Si justamente Smith es el hombre que...!

—¡Man-fredo! —gritó la señorita Sabihonda, en momentos en que yo llevaba a la señora Pirouette hacia un sillón—. ¿Cómo se puede decir semejante cosa? ¡Le aseguro que se trata de Man-fredo y no de Man-frido!

Y como la señorita Sabihonda me tomara por testigo de la manera más perentoria, me vi obligado a terciar en la solución de una disputa referente al título de un drama poético de Lord Byron. Y aunque afirmé que el verdadero título era Man-frido, y no Man-fredo, apenas me volví en busca de la señora Pirouette descubrí que se había perdido de vista, por lo cual me fui de su casa con odio contra la entera raza de las sabihondas.

La cosa se estaba poniendo muy seria y resolví visitar a mi gran amigo el señor Theodore Sinivate, pues estaba seguro de obtener de él alguna precisión.

—¡Smith! —exclamó, con su peculiar modo de arrastrar las palabras—. ¿No se tratará del general John A. B. C.? Triste asunto ese de los kikapús, ¿no es cierto? Una temeridad extraordinaria... ¡una lástima verdaderamente! ¡Qué época, qué maravillosos inventos! ¡Prodigio de valor! Dicho sea de paso, ¿no oyó hablar usted del capitán Hombrequé?

—¡Que se vaya a la mierda el capitán Hombrequé! —le respondí —. Por favor, siga con su relato.

—¡Ejem! Pues bien... ¿Smith, eh? ¿El brigadier general John A. B. C.? Vea usted... —y aquí el señor Sinivate creyó oportuno meterse un dedo en la nariz—. ¿No pretenderá insinuar que no sabe nada de la historia de Smith? Porque usted habla de Smith, supongo, de John A. B. C., ¿eh? Pues, estimado amigo, se trata del hombre...

—Señor Sinivate —imploré—. ¿Se trata del hombre de la máscara de hierro?

—No —repuso, con aire de entendido—. Ni tampoco del hombre de la luna.

Consideré que esta respuesta era un insulto y abandoné, muy enojado, la casa, dispuesto a exigir a mi amigo el señor Sinivate una pronta explicación por tan grosera conducta y mala educación. Pero, en el ínterin, no estaba dispuesto a renunciar a las informaciones que

deseaba. Me quedaba todavía un recurso. Lo mejor sería ir a la fuente misma. Visitaría inmediatamente al general, pidiéndole con palabras explícitas una solución al misterio. Aquí no habría posibilidad de error. Sería llano, positivo, perentorio, tan breve como Tácito o Montesquieu.

Llegué temprano a casa del general, que se estaba vistiendo, pero como insistí en que se trataba de algo urgente, un viejo mucamo negro me hizo pasar al dormitorio, y se quedó allí para servir a su amo. Como es natural, al entrar en la habitación, miré en torno buscando a su ocupante, pero no lo distinguí. Había un bulto muy grande y muy raro contra mis pies, y, como no estaba yo del mejor de los humores, le di un puntapié para sacarlo del medio.

—¡Ejem... ejem... no me parece una conducta muy correcta que digamos! —dijo el bulto con una vocecita débil y rara, una mezcla entre chasquido y chiflido.

Grité de terror y huí hasta refugiarme en el rincón más alejado del dormitorio.

—¡Mi estimado amigo! —volvió a chiflar el bulto—. ¿Qué... qué... qué cosa le sucede? ¡Hasta creería que no me reconoce!

¿Qué podía yo contestar a eso? Tambaleándome, me dejé caer en un sillón y, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas, esperé la solución de aquel enigma.

—No deja de ser raro que no me haya reconocido, ¿verdad? —insistió la indescriptible cosa, que, según alcancé a ver, estaba efectuando en el suelo unos movimientos inexplicables, parecidos a los de colocarse las medias. Pero solo se veía una pierna.

—No deja de ser raro que no me haya reconocido, ¿verdad? ¡Pompeyo, tráeme esa pierna!

Pompeyo se acercó al bulto y le alcanzó una notable pierna artificial, con su media ya puesta, que el bulto se aplicó en un segundo, tras lo cual vi que se enderezaba.

—Y aquella batalla fue harto sangrienta —continuó diciendo la cosa, como si monologara—. Pero no hay que meterse a pelear contra los bugabús y los kikapús y creer que se va a salir de allí sin un rasguño. Pompeyo, haz el favor de darme ese brazo. Thomas —agregó, volviéndose a mí— es el mejor fabricante de piernas postizas, pero si alguna vez necesitara usted un brazo, querido amigo,

permítame que le recomiende a Bishop.

Y a todo esto, Pompeyo le atornillaba un brazo.

—Aquella lucha fue una cosa terrible, puedo asegurárselo. Vamos, perillán, colócame los hombros y el pecho. Pettit fabrica los mejores hombros, pero si quiere usted un pecho vaya a Ducrow.

—¡Un pecho! —exclamé.

—¡Pompeyo! ¿Terminarás de ponerme la peluca? Que lo esculpan a uno no tiene nada de agradable, pero a fin de cuentas siempre es posible procurarse una peluca tan buena como esta en De L'Orme.

—¡Peluca!

—¡Vamos, negro, mis dientes! Para una buena dentadura, le aconsejo ir enseguida a Parmly. Son caras, pero excelentes. En cuanto a mí, me tragué no pocos de mis dientes cuando uno de los bugabús me machacaba con la culata del rifle.

—¡Culata del rifle! ¡Lo machacaba! Pero ¿qué ven mis ojos?

—¡Oh, ahora que lo menciona... trae aquí ese ojo, Pompeyo, y atorníllalo pronto! Esos kikapús son rápidos para dejarlo a uno tuerto. Pero el doctor Williams es muy talentoso, y no puede imaginarse lo bien que veo con los ojos que fabrica.

Comencé entonces a percibir con toda claridad que el objeto erguido ante mí era nada menos que mi reciente conocido, el brigadier general honorario John A. B. C. Smith. Debo reconocer que las manipulaciones de Pompeyo habían transformado por completo la apariencia de aquel hombre. Pero su voz me seguía dejando perplejo, aunque el misterio no tardó en disiparse como los otros.

—¡Pompeyo! —chifló el general—, estaría por creer que vas a dejarme salir sin paladar.

Mascullando una excusa, Pompeyo se acercó a su amo, le abrió la boca con aire entendido y le ajustó un aparato de singular aspecto, con gran destreza, aunque por mi parte, no alcancé a ver nada. El cambio en la expresión del general fue instantáneo y sorprendente. Cuando habló otra vez, su voz había recobrado la potencia y el tono que me habían asombrado en el primer encuentro.

—¡Malditos sean esos perros! —dijo con una articulación clara que me sobresaltó—. ¡Malditos sean! No solo me hundieron el paladar, sino que se tomaron el trabajo de cortarme por lo menos siete octavos de lengua. Pero, afortunadamente, tenemos a Bonfanti,

que es inigualable en toda América cuando se trata de artículos de esta especie. Se lo recomiendo a usted con confianza —agregó el general, inclinándose— y le aseguro que mucho me complace poder hacerlo.

Agradecí su gentileza lo mejor posible y me despedí de inmediato, perfectamente enterado de la verdad y sin el menor resto de aquel misterio que tanto me había perturbado.

Era claro y evidente. El brigadier general honorario John A. B. C. Smith era un hombre reducido.

22

EL CUERVO

I

Durante una tormentosa medianoche, envuelto en tristes reflexiones,
cabeceaba soñoliento sobre mamotretos con textos olvidados,
de repente oí llamar suavemente a mi puerta,
como si alguien golpeara con mano insegura.
Me dije: «Es un visitante que llama a mi puerta:
eso es todo, ¡y nada más!».

II

¡Ah! Lo recuerdo bien, era el crudo mes de la nieve,
y el fantasma de cada brasa moribunda se reflejaba en el suelo.
Esperaba ansioso la llegada del nuevo día,
intentaba inútilmente encontrar un alivio en la lectura
para sanar el dolor por la muerte de Leonora, la virgen radiante, la impar,
que en compañía de los ángeles no dejaría de estar nunca más.

III

El crujido triste, incierto, de las cortinas rojas
me aterrorizaba, me llenaba de miedos fantásticos,
no podía dominar los latidos en mi pecho,
y repetía: «Es un visitante que quiere entrar a mi cuarto;
una visita tardía,
es eso todo, ¡y nada más!».

IV

Paso a paso, mi espíritu fue recobrando fuerza y ánimo.
«Señor o señora, mil perdones, pero estaba durmiendo,

con tanta gentileza me vinisteis a llamar,
con tanta delicadeza y tan tímida perseverancia
os pusisteis a tocar que no oí»,
dije, y abrí las puertas de mi cuarto; había sombras ¡nada más!

V

Quedé mudo, asustado, empeñado en mirar entre sombras,
quedé allí, forjando sueños;
el silencio y el sosiego eran más profundos.
Solo un nombre se escuchaba a aquella hora
el que yo repetía en voz baja,
y el eco coreaba como un aliento: ¡Leonora! ¡Nada más!

VI

En mi cuarto, con el alma inquieta,
oí llamar otra vez, en esta ocasión con más violencia,
y dije: «Seguro que es algo que se posa en mi persiana;
busquemos la razón de este asunto raro y resolvamos el enigma.
¡Tranquilo corazón! en un instante aclararemos el misterio.
Es el viento, ¡y nada más!».

VII

Abrí la ventana y, con un aleteo cadencioso y un raro donaire,
entró un cuervo esplendoroso de los sagrados días idos.
Sin pararse ni un instante y sin señales de miedo,
con aires de gran señor o de gran señora,
fue a posarse sobre el busto de Palas, que adorna el dintel de mi puerta.
Fue, quedó inmóvil ¡y nada más!

VIII

Con su torva, seria y distinguida gracia
el pájaro negro transformó en sonrisas mi tristeza.

Le dije: «Aunque llevas la cresta calva, no eres un cuervo de la noche,
viejo cuervo funesto, vagabundo en la sombra.
Dime: «¿Cuál es tu nombre, en el reino plutoniano de noches y tinieblas?».
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!».

IX

Me asombré al oír hablar al pajarraco,
a pesar de que su respuesta seca no expresaba demasiado;
es preciso que convengamos que nunca alguien
pudo observar a un ave encaramada sobre una efigie
en el dintel de su puerta,
con tal nombre: «¡Nunca más!».

X

Pero el cuervo, inmóvil y solitario sobre el busto de Palas,
solo dijo esas palabras, como si su alma estuviese unida a ellas,
no sacudía ni una pluma, ni pronunciaba otra cosa.
Dije entonces: «Ya se fueron otros antes,
al amanecer él también se irá volando como han volado mis sueños».
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!».

XI

Sorprendido por una respuesta tan abrupta como justa, pensé:
«No hay duda, lo que este cuervo dice
lo aprendió de algún amo desdichado
perseguido por las desgracias hasta la muerte,
de ahí viene su cantinela sin sentido,
su triste lamento de "Nunca, nunca más"».

XII

El cuervo hizo sonreír a mi alma triste,
me acomodé frente al pájaro, que seguía sobre el busto, en la cornisa;

después, hundido en el sillón, hilé fantasía con fantasía,
descifrando los deseos de ese pájaro de un tiempo inmemorial,
ese cuervo desagradable, amenazador, funesto, tétrico y odioso
que graznaba: «¡Nunca más!».

XIII

Seguí quieto y sereno, estudiando al cuervo,
cuyos ojos encendidos quemaban mi pecho y mi alma.
Reclinado sobre almohadones de terciopelo rojo,
me empeñaba en entender su mensaje;
sobre ellos, una vela imprimía huellas de luz,
una luz que jamás ella volverá a tocar. ¡Ah! ¡Nunca más!

XIV

El aire me parecía perfumado
por un misterioso incensario columpiado por un ángel,
y escuchaba voces apasionadas que decían:
«Olvida a Leonor, bebe el nepentes
bebe el olvido en sus mortíferas fuentes»;
dijo el cuervo: «¡Nunca más!».

XV

Dije: «Eh, profeta o duende o pájaro o demonio,
que envió la tormenta para mi desgracia,
huésped de esta casa de congoja,
dime, dime, te lo imploro:
¿Podré encontrar algún consuelo para el mal que lloro?».
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!».

XVI

Dije: «Oh, profeta, pájaro o demonio,
por Dios y por el cielo, a quien ambos adoramos,
dile a esta alma lastimada, presa infausta de la pena,

si alguna vez, en otra vida, podré volver a abrazar
el alma virgen de quien los arcángeles llaman Leonora!».
Respondió el cuervo: «¡Nunca más!».

XVII

Grité: «Que esa voz, oh, cuervo, sea la señal de tu partida,
¡Retorna a la guarida de tu horrenda falsedad,
la orilla plutónica de la noche y la bruma!
No dejes ni una pluma negra, ¡abandona el busto!
¡Deja en paz mi soledad! ¡Saca el pico de mi corazón!». Dijo el cuervo: «¡Nunca más!».

XVIII

El cuervo sigue inmóvil sobre el busto que decora el dintel de mi puerta,
sus ojos son los ojos de un demonio que sueña con el mal;
la luz que cae sobre él
proyecta en el suelo su fúnebre sombra,
y mi alma, atrapada en esa sombra que flota en el suelo
¡nunca saldrá de allí! ¡Nunca más!

POSFACIO

EDGAR ALLAN POE, NUESTRO MÁS ILUSTRE Y DESVENTURADO COMPATRIOTA[1]

La tercera década del siglo XIX fue escenario de una aurora literaria que influyó no solo en la historia del cuento fantástico, sino en la historia del cuento corto en su totalidad, y creó indirectamente las líneas y destinos de una gran escuela estética europea. Tenemos la suerte, como norteamericanos, de poder exigir como propio ese amanecer, ya que estuvo encarnado en la figura de nuestro más ilustre y desventurado compatriota, Edgar Allan Poe.

La fama de Poe ha sido objeto de las más curiosas sinuosidades, y ahora está de moda entre la «vanguardia» restar importancia a su arte y minimizar su influencia, pero le sería difícil a un crítico sensato y reflexivo negar el colosal valor de su obra y la contundente fuerza de su capacidad como creador de visiones artísticas. La verdad es que algunas de sus ideas pudieron ser anteriores, pero él fue el primero en concretarlas y darles una forma superior y un sistema expresivo. También es cierto que sus discípulos pudieron haberlo superado en algunos textos aislados, pero que fue él quien les enseñó, por medio del ejemplo y el precepto, el arte que ellos pudieron perfeccionar al tener caminos abiertos y a Poe como guía. Más allá de sus limitaciones, Poe logró lo que nadie había realizado, a él le debemos el cuento de terror moderno en su forma final y perfecta. Antes de Poe, la mayoría de los escritores fantásticos trabajaban a ciegas, sin entender los fundamentos psicológicos del horror, y con la traba de un conformismo ante ciertas convenciones literarias, tales como el final feliz, la recompensa a la virtud y, en general, un falso moralismo, una aceptación de los valores impuestos y un retaceo de las emociones, tomando partido con los defensores de las ideas artificiales del vulgo. Por el contrario, Poe percibió la esencia impersonal del verdadero artista, y supo que la función de la literatura creativa era la de expresar e interpretar los sucesos y las sensaciones tal como son, sin

importar lo que prueban —bueno o malo, atractivo o repulsivo, estimulante o deprimente—, con el artista actuando siempre como un atento e impersonal cronista, lejos del tendencioso profesor o el vendedor de opiniones. Poe observó lúcidamente que todas las fases de la vida y el pensamiento eran temas permitidos y eficaces para el artista, y al estar su espíritu inclinado hacia lo raro y lo oscuro, decidió ser el intérprete de esos poderosos sentimientos que arrastran más dolor que placer, más ruina que prosperidad, más terror que sosiego, y que son fundamentalmente adversos o indiferentes al sentir común de la humanidad, lo mismo que a la salud, cordura o bienestar general de la especie.

Los fantasmas de Poe adquirieron así una convincente perversidad que no tenían los de ninguno de sus precursores, y estableció un nuevo grado de realismo en los anales del horror literario. Por otra parte, su propósito de arte impersonal se apoyaba en una actitud científica casi desconocida hasta entonces, por medio de la cual Poe estudiaba la mente humana más que los usos de la novela gótica, y trabajaba con un conocimiento analítico de las auténticas fuentes del terror, que duplicaba el vigor de su narrativa y lo liberaba de las ridiculeces destinadas a producir sustos convencionales.

Con este ejemplo a la vista, los autores posteriores estaban obligados a seguirlo, si deseaban competir de alguna manera; un cambio drástico empezó a producirse en la literatura de lo macabro. Poe, además, consagró un nuevo estilo de perfección técnica, y aunque algunos de sus textos hoy nos parezcan un poco melodramáticos, podemos rastrear su indudable impronta en cosas tales como la constante presencia de una atmósfera única, y el objetivo de un solo efecto, lo mismo que la rigurosa selección de incidentes relacionados al argumento o al clímax. Con toda justicia, puede decirse que Poe inventó el cuento moderno.

Su influencia, al elevar la enfermedad y la perversidad a un nivel de temas artísticamente expresables, fue de largo alcance, pues, ávidamente recibido e intensificado por su famoso admirador francés Charles Baudelaire, se convirtió en el núcleo de los principales movimientos estéticos en Francia, haciendo de Poe el padre de los decadentes y los simbolistas.

Poeta y crítico por naturaleza, lógico y filósofo por elección, Poe

no era un hombre sin defectos. Sus pretensiones de oscuro humanista, su forzado sentido del humor y sus frecuentes arranques de crítica prejuiciosa, todo eso es conocido y se le puede perdonar. Más allá y por encima de todo, estaba la visión magistral del terror, alrededor y dentro de nuestras almas, y del gusano que se agita en un abismo espantosamente cercano. Afinando todas las atrocidades de esa caricatura de colores chillones mal combinados que llamamos existencia, y en ese carnaval solemne que denominamos pensamiento y sentimiento humano, esa visión tiene el poder de proyectarse en tenebrosas y mágicas transmutaciones y cristalizaciones; y en la América estéril de mediados del siglo XIX surgió de pronto un espléndido jardín de hongos ponzoñosos alimentados por la luna, que jamás pudieron lucir ni siquiera las infernales laderas de Saturno. Los poemas y los cuentos sostienen la esencia del pánico cósmico.

El cuervo cuyo pico se clava en el corazón, los vampiros que redoblan las campanas en torres hediondas, la tumba de Ulalume en la noche de octubre, los majestuosos capiteles bajo las olas, la región salvaje y misteriosa que descansa, sublime, más allá del Tiempo y del Espacio; todo eso y mucho más nos vigila entre el repiquetear loco y la pesadilla febril de la poesía.

Y en la prosa, se abren frente a nosotros las mismas bocas del infierno, rarezas inauditas levemente insinuadas por el poder de unas palabras de cuya inocencia apenas dudamos, hasta que la voz quebrada y vibrante del narrador, tensa de emoción, nos revela las temibles implicaciones; siluetas y presencias demoniacas adormecidas, que despiertan súbitamente en un instante fóbico acarreando la locura, o retumbando en ecos memorables. Un aquelarre que desgarra los mantos del pudor, una visión monstruosa debido a la destreza científica que hace que cada detalle se ubique, con aparente facilidad, con relación a las conocidas miserias de la vida.

Los cuentos de Poe son diversos; algunos contienen la esencia más pura del horror espiritual. Los relatos de raciocinio, precursores de la narrativa moderna de detectives, no cabe incluirlos en la literatura sobrenatural; ciertas narraciones, acaso influidas por E. T. A. Hoffmann, poseen una extravagancia que las relegan al límite de lo grotesco.

Otro grupo de cuentos se sumergen en lo inverosímil y lo obsesivo;

su efecto es de espanto, pero no fantástico. Una parte sustancial de ellos, no obstante, representa a la literatura del terror sobrenatural en sus formas más agudas, y confiere a su autor un lugar inamovible como deidad y manantial de toda la literatura diabólica moderna.

¿Quién puede olvidar al terrible e imponente navío suspendido al borde de las olas abismales en el «Manuscrito encontrado en una botella»? La urgencia lóbrega de su monstruosa dimensión, su antigüedad incalculable, la siniestra tripulación de viejos extravagantes y su viaje espeluznante y fatal hacia al sur, a través de los hielos de la noche antártica, impulsado por una corriente demencial hacia el torbellino secreto que será su perdición.

Luego tenemos al inexpresivo señor Valdemar, en estado hipnótico durante siete meses después de muerto, dejando escapar sonidos frenéticos un momento antes de que el fin del experimento lo deje convertido en una masa casi líquida de horrible, detestable podredumbre.

En *La narración de Arthur Gordon Pym* los viajeros llegan, en primer lugar, a una extraña región del polo sur habitada por terribles salvajes y en donde no existe el color blanco. Enormes barrancos rocosos tienen la forma de inmensos caracteres egipcios que deletrean siniestros arcanos de la Tierra. Luego visitan una región misteriosa en donde todo es de color blanco: los extraños pájaros, las figuras colosales que vigilan una inmensa catarata de niebla que desde alturas inmensas cae en un caliente mar lechoso.

El relato titulado «Metzengerstein» aterroriza con malignas intimaciones de una monstruosa transformación, el hidalgo loco que incendia los establos de su enemigo hereditario; el caballo colosal que huye del edificio en llamas después de la muerte de su dueño; el fragmento perdido del antiguo tapiz donde aparecía el gigantesco caballo del antepasado de la víctima durante las Cruzadas; el constante cabalgar del loco sobre el gran corcel y su odio y temor de la bestia; las estúpidas profecías que pesan sobre las familias enemigas, y finalmente, el incendio del palacio del loco y su muerte en medio de las llamas. Luego, el humo que brota de las ruinas calcinadas toma la forma de un caballo gigante.

«El hombre de la multitud» nos cuenta la historia de un individuo que recorre incansablemente las calles durante el día y la noche

buscando mezclarse entre la muchedumbre, como si le espantara estar solo. El relato posee efectos más discretos, pero no implica otra cosa que el más puro terror cósmico. La mente de Poe jamás se apartaba del terror y la decadencia; y en cada cuento, poema o diálogo filosófico descubrimos una tensa impaciencia por penetrar los abismos insondables de la noche, rasgar el velo de la muerte e imperar en la fantasía como amo y señor de los misterios del tiempo y del espacio.

Algunos relatos de Poe poseen una perfección casi absoluta de estructura artística que los convierten en verdaderos faros en el terreno del cuento. Cuando se lo proponía, Poe sabía dar a su prosa un exquisito molde poético, empleando ese arcaico estilo oriental de frases enjoyadas, de reiteraciones bíblicas, tan exitosamente utilizado por escritores posteriores como Oscar Wilde y Lord Dunsany; y, cuando esto sucedía, el resultado era un efecto narcótico de fantasía lírica, los arabescos oníricos del opio en el lenguaje de los sueños, donde cada color sobrenatural e imágenes grotescas se encarnan en una sinfonía de acordes similares.

«La máscara de la muerte roja», «Silencio» y «La sombra» son indudablemente poemas en todo el sentido de la palabra, excepto en la métrica, y logran su fuerza y efecto mediante cadencias auditivas e imaginería visual. Sin embargo, es en dos de sus relatos menos conscientemente poéticos, «Ligeia» y «La caída de la casa Usher» —especialmente este último—, donde encontramos esas cumbres artísticas en las que Poe reina como el supremo miniaturista literario. De argumento simple y directo, esos cuentos deben su magia a la habilidad para seleccionar y ubicar cada pequeño suceso. «Ligeia» narra la historia de una mujer de alta alcurnia y origen misterioso, que regresa después de muerta para tomar posesión del cuerpo de la segunda esposa de su marido, logrando incluso imponer su apariencia física en el cadáver temporalmente reanimado de su víctima. A pesar de cierta fastidiosa prolijidad y lentitud, el cuento alcanza su desenlace con inexorable poder. «La caída de la casa Usher», cuya supremacía en detalle y proporción es muy marcada, sugiere estremecedoramente la vida de las cosas inorgánicas y despliega una trinidad de entidades anormalmente entrelazadas en el ocaso de una historia familiar, un hermano, su hermana gemela y su mansión increíblemente antigua, todos compartiendo un alma única y una

muerte simultánea. Estas concepciones bizarras, que podrían ser torpes en manos inexpertas, se convierten bajo la magia de Poe en sustos reales y convincentes que embrujan nuestras noches; y todo ello a causa de la perfecta comprensión por parte del autor de la mecánica y fisiología del miedo y lo raro: el énfasis en los detalles esenciales, la exacta selección de las discordancias que anteceden al horror, los hechos y referencias que se asoman como símbolos del desenlace siniestro, las inflexiones brillantes del clima opresivo y el ensamble perfecto que da una infalible continuidad a todo el relato hasta el momento del clímax inexorable, los matices de paisaje y escenario que dan vida a la atmósfera e ilusión que se pretende lograr, y otros principios de esta índole, algunos demasiado sutiles y que escapan a la comprensión de un simple comentarista.

Es posible que en sus cuentos encontremos melodrama e ingenuidad; según dicen, existía un latoso caballero francés que no soportaba la lectura de Poe, excepto en la traducción elegante y modulada de Baudelaire, pero esas insuficiencias están eclipsadas por el poderoso sentido de lo morboso, lo fantasmagórico y lo feo que surge de la mente creativa del artista, sellando sus obras macabras con la marca imperecedera del genio más sublime. Los cuentos fantásticos de Poe están vivos, mientras el olvido arrastra a otros.

Como sus colegas en el género, Poe sobresalía en el manejo de sucesos y en los efectos narrativos más que en el retrato de los personajes. Su protagonista es, por lo general, un caballero de vieja alcurnia y circunstancias opulentas, sombrío, elegante, orgulloso, melancólico, intelectual, de exacerbada sensibilidad, caprichoso, introspectivo, solitario y, en ocasiones, un poco loco; ilustrado en saberes raros y oscuramente ambicioso por penetrar en los misterios del universo. Salvo por su nombre altisonante, este personaje tiene poco que ver con los de las primeras novelas góticas, porque no es un héroe acartonado ni un villano diabólico. Sin embargo, tiene indirectamente una relación genealógica, dado que sus cualidades sombrías, antisociales y ambiciosas tienen el sabor del héroe byroniano, quien a su vez, es un retoño de los góticos Manfredos, Montonis y Ambrosios. Muchas de sus características parecen derivar de la propia psicología de Poe, quien, durante largas etapas de su vida, tenía las mismas aspiraciones sublimes, la depresión, la

sensibilidad, la soledad y la extravagancia, que él impuso a sus criaturas solitarias, víctimas del Destino.

H. P. LOVECRAFT

1 Fragmento de *El horror sobrenatural en la literatura* (*Supernatural Horror in Literatur*e), de H. P. Lovecraft, 1927.

arpa

Nudo España

Iglesias, Pablo
9788416601967
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una discusión política de gran envergadura. Dos generaciones,

dos maneras distintas de entender España, frente a frente.

Pablo Iglesias y Enric Juliana son personalidades extraordinariamente lúcidas y creativas y sin duda dos de los mejores conocedores del contexto político y social español actual. Pertenecientes a tradiciones intelectuales y políticas distintas, sus visiones se complementan en un diálogo que conforma una panorámica inédita sobre el pasado, el presente y el futuro de España.

Europa y la ola de cambios tecnológicos que se avecina, el sintomático giro italiano, la proyección latinoamericana, el futuro de la monarquía, la situación en Cataluña, el gobierno de las grandes ciudades, el PSOE y Podemos, la nueva competición en el seno de la derecha o el fortalecimiento del feminismo son algunos de los asuntos que estructuran este ambicioso retrato a dos manos de nuestro país.

Nudo España es una reflexión en profundidad sobre los desafíos y las oportunidades que tenemos por delante. En lugar de las tertulias apresuradas y bulliciosas a las que estamos tan acostumbrados, propone un modelo de debate inusual en España en el que no basta con enunciar ideas con vehemencia, sino que exige razonarlas y contrastarlas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Falos y falacias

Royo, Adriana
9788416601943
195

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Existe un abismo entre cómo creemos que deberíamos vivir la sexualidad, cómo la mostramos a los demás y cómo la vivimos en

realidad. Fingimos orgasmos,follamos por fardar, soñamos con los tríos que vemos en el porno, nos acomplejan nuestras pollas y nuestras tetas... Y sin embargo nunca hemoshecho tanto alarde de nuestra libertad y de nuestro placer. ¡Somos tan modernos!En esta sociedad narcisista, regida por el imperativo de la apariencia, el engaño es la moneda de cambio de los vínculos afectivos y, por supuesto, sexuales.Aterrados por la intimidad, el compromiso, el rechazo y la soledad, vendemos de nosotros mismos una imagen vacía y vanidosa, y cuando nos juntamos conotro para saciar nuestra ansiedad, voilà: nos hemos convertido en dos imágenes follando. La gran vanidad contemporánea.Con un aire fresco y desacomplejado, Adriana Royo, sexóloga y terapeuta, destapa todas las falsedades que construimos alrededor del sexo y de lasrelaciones afectivas. Confía que más allá del narcisismo, las máscaras y la superficialidad, un sexo sincero, íntimo y bien explorado puede ayudarnos areconciliarnos con nosotros mismos y con los demás.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Camelia y la filosofía

Rivera, Juan Antonio
9788416601646
362

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un relato fascinante sobre la iniciación de una joven al conocimiento de la Filosofía, escrito por Juan Antonio Rivera, autor de *Lo que*

Sócrates diría a Woody Allen (Premio Espasa de Ensayo 2003).

Camelia es una adolescente que, como tantas otras, está preocupada por su aspecto físico, pero más aún si cabe por el desarrollo de su inteligencia. Por suerte para ella, en las clases de Filosofía encuentra el alimento con el que aplacar su apetito de saber.

Entabla una singular correspondencia con su profesora de Filosofía en la que van apareciendo las cuestiones que a ella le interesan, o asombran, o incluso algunas de las que nada sabía hasta entonces: la felicidad y el papel que en ella juega el azar, la falta de voluntad y las cosas que no se pueden conseguir por más voluntad que se ponga, el gusto moral y el cuidado de sí misma, la inteligencia evolutiva y la importancia de la racionalidad en la vida individual y en la colectiva, las fuentes de la motivación, el libre albedrío y otros rompecabezas metafísicos.

De todas estas cosas habla Cam en las cartas que dirige a su profesora, pero también, cada vez más, de algunos de sus problemas personales y de un pasado enrevesado del que no logra desprenderse y que la persigue hasta las aulas.

De esta manera se va abriendo paso la trama, un híbrido entre ensayo y ficción novelesca, en que el primero nunca pierde su protagonismo sin por ello negar su sitio y su parte a la segunda.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Elogio de la duda

Camps, Victoria
9788416601202
180

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Fue Bertrand Russell quien dijo que la filosofía es siempre un ejercicio de escepticismo. Aprender a dudar implica distanciarse de

lo dado y poner en cuestión los tópicos y los prejuicios, cuestionar lo incuestionable. No para rechazarlo sin más, sino para examinarlo, analizarlo, razonarlo y, por fin, decidir. Elogio de la duda recorre las vicisitudes de la duda a lo largo y ancho de la historia del pensamiento —desde sus páginas nos hablarán Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Hume, Montaigne, Nietzsche, Wittgenstein, Russell, Rawls y un largo etcétera de hombres que decidieron dudar — y lo hace de manera asequible a un público amplio, sin renuncia alguna al rigor y la profundidad de quien ha ejercido la docencia universitaria durante 30 años. "Anteponer la duda a la reacción visceral. Es lo que trato de defender en este libro: la actitud dubitativa, no como parálisis de la acción, sino como ejercicio de reflexión, de ponderar pros y contras…" "Lo que mantiene viva y despierta a la filosofía es precisamente la capacidad de dudar, de no dar por definitiva ninguna respuesta." "Dudar, en la línea de Montaigne, es dar un paso atrás, distanciarse de uno mismo, no ceder a la espontaneidad del primer impulso. Es una actitud reflexiva y prudente (…) la regla del intelecto que busca las respuesta más justa en cada caso." "La filosofía, el conocimiento, procede de personas que se equivocan. La sabiduría consiste en dudar de lo que uno cree saber."

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos Estados

Mascarell, Ferran
9788416601929
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Por qué tantos catalanes creen que España y Cataluña saldrían ganando si cada una tuviera su propio Estado?

¿Puede un Estado catalán ser " moderno, republicano y más equitativo y eficaz" que el Estado español? ¿Puede contribuir la propuesta catalana a renovar, modernizar y democratizar el relato político español?

Un Estado es una herramienta, un conjunto de instituciones destinadas a legislar, gobernar y atender a los intereses y anhelos de sus ciudadanos. Como instrumento debe ser representativo, eficiente y democrático, y por lo tanto adaptativo e inequívocamente servidor de las opciones de bienestar y de identidad de los ciudadanos. El problema de España, hasta los unionistas lo admiten, ha sido y es su Estado, que, especialmente desde 2010, muchos catalanes ya no sienten como propio.

En este argumento se apoya el historiador y político Ferran Mascarell para presentar su propuesta: construir un pacto cívico entre iguales y desde la libertad de cada uno y generar un nuevo e ingente caudal de energía social positiva. Nada, excepto la cerrazón política de las élites estatales, nos impide desplegar un ejemplo de buena vecindad, prosperidad y justicia social a españoles y catalanes. Rompamos con esa concepción de la política y establezcamos la alianza de fraternidad, cooperación y solidaridad que los ciudadanos desean en beneficio de todos.

Desdramaticemos. La propuesta catalana permitirá a España refundarse, renovar, modernizar y democratizar su propio relato político de futuro. España necesita su mutación particular. Si una mayoría de catalanes intenta imaginar e impulsar un Estado propio, moderno y republicano, los españoles deben asimismo proyectar cómo quieren que sea su Estado en los años por venir.

El proyecto de un Estado catalán no solo es bueno para Cataluña, defiende Mascarell, lo es también para España: dos Estados democráticos y eficientes son incomparablemente mejor que el

Estado único y heroico, ineficiente y de baja calidad democrática que tenemos hoy.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)